

# Nuestra Bandera

N.º 113 - JULIO  
1982 - 200 PTAS.



**El pensamiento  
político  
de Dimitrov**

**La recuperación  
de la ciudad**

**Racionalismo  
tecnológico,  
ideología  
y política**

**Tras las  
elecciones en  
Andalucía**

*Nuestra  
Bandera*

### Consejo de Redacción

José SANDOVAL - Director  
Julián ARIZA  
Luis ARROYO  
Jordi BORJA  
M.<sup>a</sup> Antonia CALVO  
Antonio KINDELAN  
Armando LOPEZ SALINAS  
Héctor MARAVALL  
Damián PRETEL  
Eulalia VINTRO

### Maqueta y confección:

Javier URBEZ

### Secretaria de Redacción:

María GARCIA OSET

### Distribución y suscripciones:

Domingo BERNAL

### Redacción y Administración:

Santísima Trinidad, 5.  
Madrid-10.

Depósito legal: M. 20.166-1977

Imprime: HAUSER Y MENET, S. A.  
Plomo, 19. Madrid-5

N.º 113

## Sumario

### EDITORIALES

- Tras las elecciones en Andalucía ..... 3  
"Nuestra Bandera" cumple cuarenta y cinco años ..... 6

### NACIONAL

- Militancia comunista y democracia sindical. Héctor Maravall ... 8  
La recuperación de la ciudad. Giuseppe Campos Venuti ..... 14

### INTERNACIONAL

- Las Malvinas, la CEE y la OTAN. López Salinas. .... 20  
El laberinto libanés. Teresa Aranguren ..... 23  
Emancipaciones nacionales y nuevo internacionalismo. Mikel Ca-  
mio ..... 26

### POLITICA

- El pensamiento político de Dimitrov. Encuentro internacional en la  
FIM ..... 28  
Vivencias históricas. El general Emilio Herrera. Amaro del Rosal. 54

### TEORIA

- Racionalismo tecnológico, ideología y política. Adolfo Sánchez  
Vázquez ..... 56  
La polémica evolucionista. Una historia de los conceptos bio-  
lógicos. Pedro Marset ..... 66

### CULTURAL

- Un lugar de encuentro y debate. José Sandoval ..... 74  
Nicolás Guillén. Ochenta años. Jaime Ruiz Encina ..... 76

### LIBROS

- El control de la información en España. Vicente Romano ..... 80  
César Falcón. Memoria de un escritor perdido. Eusebio Cimorra . 82

# Tras las elecciones en Andalucía

Las elecciones en Andalucía han mostrado la inestabilidad política de una gran parte del electorado. En relación a 1979 han cambiado sus preferencias políticas tantos o más votantes que los que han permanecido fieles a los partidos votados en otros comicios anteriores. Ha saltado hecho añicos el mapa electoral andaluz y con él, probablemente, el mapa electoral de España.

La victoria del PSOE, esperada, ha sido mayor que la prevista. Alianza Popular, tras su éxito en Galicia, se ha transformado en el segundo partido andaluz y ve cómo se despeja, en gran medida, el camino hacia la llamada mayoría natural.

El PSOE ha ganado votos por la izquierda y por la derecha. Votos de UCD, PSA, PCE-PCA, de los fallecidos PTE y ORT han caído en sus urnas. Se ha producido así una concentración del voto de izquierda, y no sólo de izquierda, en un solo partido: el PSOE. Se ha apostado a caballo ganador, al partido que en la izquierda aparecía como vencedor claro en las encuestas. A un partido que se ha beneficiado de las tensiones y rupturas habidas en UCD, PSA y PCE y que ha venido jugando desde el comienzo de la transición al bipartidismo, a la bipolarización izquierda-derecha por más que sus dirigentes digan ahora que dicha bipolarización sería nefasta para la democracia española.

Pero lo cierto es que hasta el intento de golpe de Estado del 23 de febrero, el PSOE no tuvo conciencia de la necesidad de una política amplia, de concentración democrática. Sin embargo, las cosas en España estaban bastante claras. Tras la muerte del dictador se produjo la ruptura con el anterior sistema político. Pero dicha ruptura hubo que negociarla con aquellos sectores que, procedentes del franquismo, comprendían que para salvaguardar de la mejor manera posible sus intereses era necesaria una evolución de signo democrático.

Y hubo que negociar el cambio con esos sectores porque ni la izquierda ni el movimiento obrero, menos aún la burguesía progresista, eran capaces, cada uno por su lado, de dar al traste a un aparato de Estado que, prácticamente, seguía intacto.

Por ello, tras el momento del cambio y para poder realizar con éxito las transformaciones sociales y políticas que la realidad de nuestro país demandaba —y sigue demandando— era necesario un acuerdo político entre las fuerzas de izquierda y la burguesía reformista, progresiva, que en parte acaudillaba Suárez.

Pero ese acuerdo necesario, por más que la política de consenso fuera un sucedáneo del mismo, no llegó a cuajar en formas de gobierno y hoy estamos pagando las consecuencias. La democracia española está empan-

electoral

tanada, sin consolidar. Y la derecha dura, autoritaria, que permanecía agazapada y fragmentada en los primeros tiempos de la transición, transición que no ha terminado, está reagrupando sus fuerzas, pasando a la ofensiva en todos los terrenos.

El PSOE no quiso o no supo ver, cegado por la tentación bipartidista, la necesidad del citado frente democrático. Suárez y el sector progresista de UCD no tuvieron el valor suficiente para gobernar con la izquierda.

Cierto es que tras la campanada del 23 de febrero el PSOE propuso un Gobierno de coalición. Pero al frente del Gobierno de UCD ya no estaba Suárez. Y los sectores progresistas del centro habían perdido posiciones. Quien mandaba era Calvo-Sotelo, la fracción de UCD dispuesta a llevar a cabo la operación gran derecha. Un Calvo-Sotelo que, aprovechando la coyuntura golpista, intentaba, haciendo concesiones, desbordar a Fraga por la derecha, sustituir a éste en su liderazgo al frente de la misma. Proclive, por tanto, a la bipolarización, al enfrentamiento izquierda-derecha, a la voladura, controlada o no, del centro político.

Y es a ese Calvo-Sotelo, a esa UCD cada vez más escorada a la derecha, a quien el PSOE ofrece su apoyo parlamentario. Apoyo que en su día negara a Suárez. En la política de bipolarización, aunque por razones distintas, han coincidido Calvo-Sotelo y Felipe González. El primero, porque liquidando la política de centro abría paso a la gran derecha, política que contaba con el apoyo de la gran patronal, de las multinacionales y otros poderes, entre ellos el del imperialismo americano. Una política de gran derecha que servía y puede servir aún más para administrar la crisis económica en beneficio del gran capital, cargando la totalidad de la crisis sobre las espaldas de los trabajadores, de la juventud, de los pensionistas, de la pequeña y mediana empresa.

El segundo, Felipe, porque al situarse la confrontación entre Alianza Popular y el Partido Socialista la op-

ción no era dudosa para amplios sectores de la población. Así, en Andalucía, ha funcionado el voto útil en favor del PSOE. Para que esto se produjera era necesario dinamitar el centro y reducir al PCE a las mínimas dimensiones electorales posibles.

El giro a la derecha iniciado ya en tiempos de Suárez, y llevado casi hasta sus últimas consecuencias por Calvo-Sotelo, haciendo morder a UCD la manzana del huerto de la gran patronal, ha conducido a la práctica disgregación del centro, a la fuga de votantes hacia el PSOE y AP. Hacia el PSOE han ido los votos de un sector de UCD que ha castigado a su partido no sólo por los errores cometidos en Andalucía, sino también porque temía más el deslizamiento de su partido hacia la zona de influencia de Fraga que el triunfo socialdemócrata.

Alianza Popular se ha beneficiado del giro a la derecha de UCD, de las divisiones existentes en el partido del Gobierno, de la campaña electoral llevada a cabo por la CEOE en Andalucía. Una AP que, con un mensaje claro, enérgico, de fondo autoritario, ha calado en determinados sectores de la sociedad española y que, apoyándose en la política llevada a cabo por Calvo-Sotelo, partero de la gran derecha, ha conseguido hurtar una masa importante de votos a UCD. Una AP que, como antes señalábamos, está reagrupando a la derecha tradicional, al franquismo sociológico, a ciertos políticos de la dictadura. Y que a la ofensiva, caso de lograr liquidar políticamente a la burguesía progresista, caso de lograr un avance electoral importante en las próximas elecciones generales a costa de UCD, intentaría, por unas u otras vías, constitucionales o no, dar un giro a la totalidad de la política española: reforma de la Constitución, recortes a las libertades políticas y sindicales, etc.

Hay que señalar algunas cuestiones sobre lo que para nuestro Partido y su política han supuesto las elecciones andaluzas. Sin duda, un serio revés electoral político. Se ha quebrado el avance lento, logrado hasta 1979.

En el bajón experimentado han influido muy decisivamente algunas causas objetivas de no fácil remedio y sin las cuales no se comprendería el actual panorama político español y una buena parte del origen de las sucesivas crisis que ha venido atravesando nuestro partido. Ciertamente el análisis de las causas objetivas no puede velar los problemas internos, de orden político, ideológico y organizativo que hoy padece el PCE, los errores cometidos.

Entre las causas objetivas hay que señalar la forma en que en España se llevó a cabo el cambio político, hegemónico por las fuerzas reformistas del régimen anterior y que dio lugar, entre otras cosas, a los bajos resultados electorales obtenidos por el Partido en las elecciones de 1977, fuente de muchos desencantos en nuestras filas. Una crisis económica profunda, a la que no se ve salida, y que ha puesto patas arriba al conjunto de la sociedad española. Más de dos millones de parados, jóvenes la mayoría de ellos, ven que sus problemas no son resueltos por el sistema democrático imperante. Una democracia que ha estado y sigue estando en vilo, amenazada por el terrorismo y el golpismo y que aún no se ha repuesto del susto del 23 de febrero. Junto a ello, y no cabe menospreciar su impacto, la grave situación política internacional, los peligros que para la paz existen, temas como el de Polonia, Afganistán y la agresividad imperialista, la entrada de España en la OTAN.

Al romperse la política de consenso, que facilitó serios beneficios a la democracia naciente, al abrirse paso el bipartidismo, la bipolarización, la correlación de fuerzas existente resituó en gran medida nuestra fuerza parlamentaria. Teníamos lo que teníamos y nada más que eso. El deslizamiento a la derecha de UCD y los acuerdos entre Calvo-Sotelo y el PSOE fueron determinando el aislamiento del PCE. Contra ello combatimos, pero no logramos los resultados que eran necesarios.

A causa de lo anteriormente dicho,

y a causa también de no haber sido capaces de convencer a la totalidad del Partido de la necesidad de la política de concentración democrática, dicha estrategia entró en crisis. Lo cual no significa, ni mucho menos, que la citada política de frente democrático no siga siendo necesaria. Lo es, aunque hayan aumentado las dificultades.

De otra parte, y como se señaló en el X Congreso, hemos venido colocando en lugar preferente nuestra actividad institucional con un cierto olvido, en la práctica, del terreno donde realmente tenemos mayor fuerza. No hay que olvidar que el PCE, desde la clandestinidad, está muy enraizado en el movimiento obrero, en todo el tejido social. En cierto modo, tras la legalización, nos reclinamos en el interior del Partido, en los locales abiertos, aflojando los lazos con las organizaciones de masas existentes. Y es vital, para un partido como el nuestro, volver a tomar el terreno perdido en nuestras relaciones con las masas.

Desde Córdoba y aún de antes se viene insistiendo en la necesidad de construir un partido numeroso, fuerte, ágil, capaz de enfrentarse con éxito a toda suerte de situaciones políticas. No basta con tener una línea política justa, adecuada a la realidad, si se carece del instrumento necesario para llevarla a la práctica. Y aún, enredados en polémicas internas con renovadores y dogmáticos, no lo tenemos. Necesitamos un partido de masas nucleado por un gran número de cuadros políticos para que lo espontáneo no sea la característica dominante. Un partido, unos militantes capaces de asegurar una relación cotidiana con las masas. Capaz de llevar la política a la calle, a las empresas, al movimiento asociativo, capaz de ligar el trabajo parlamentario, institucional, con los problemas diarios y generales más sentidos por las fuerzas populares. Necesitamos orientar más y mejor la política sindical del Partido, no dejarla, como ha sucedido, a la libre interpretación de los cuadros dirigentes comunistas en CC. OO. La política sindical no es, no puede ser un coto

cerrado en el cual sólo entran los especialistas. Todo lo contrario, lo sindical es una parte esencial de la política del conjunto del Partido.

Necesitamos ir solucionando, a la mayor brevedad posible, los problemas que plantea la acumulación de cargos en las manos de un grupo, relativamente reducido, de dirigentes comunistas. Ello asegurará un trabajo más efectivo y una mayor y mejor relación entre militantes y dirigentes, el control del cumplimiento de las decisiones acordadas.

Hay que señalar que en la actual situación del Partido han influido muy negativamente las crisis abiertas en Valencia, Cataluña, Euskadi, Madrid y Andalucía. Renovadores y dogmáticos no han aguantado el tirón que supone la difícil situación por la que atraviesa la clase obrera, las fuerzas populares, el propio Partido. No han aguantado el tirón del bipartidismo, de la bipolarización, de la crisis de la política de concentración democrática. Así, dogmáticos y renovadores han mostrado no conocer la realidad histórica de nuestro país, la necesidad de una estrategia eurocomunista, que es comunista y no otra cosa. Unos y otros han sido succionados por la política del PSOE. Unos, los mal llamados renovadores, porque haciendo dejación de principios revolucionarios, giran cada vez más en la órbita de la política socialdemócrata. Otros, los dogmáticos, porque entre otras cosas, refugiándose en una política testimonial, que no tiene en cuenta el análisis concreto de la realidad concreta española e internacional, rechazando en la práctica la política leninista de la que se reclaman, necesidad de las alianzas políticas frente al enemigo fundamental, dejan el terreno libre tanto a la derecha como a la socialdemocracia.

Se ha llegado así a tensiones y rupturas. Las elecciones andaluzas se perdieron, por más que en las mismas se cometieran errores, antes de iniciarse la campaña electoral. Un partido con disensiones internas, crisis sucesivas, no ofrece garantías al voto popular.

Rupturas difícilmente evitables, ya que se cuestionaba la línea política y los acuerdos del X Congreso. La responsabilidad de lo sucedido recae sobre renovadores y dogmáticos. Facilitando la tarea de otras fuerzas políticas, han apostado públicamente, cuando no han hecho campaña, a la derrota electoral en Andalucía para así justificar su posición y continuar combatiendo al Partido. Cosa que está sucediendo ahora mismo. Rupturas difícilmente evitables, ya que la lucha contra los acuerdos del X Congreso, y la actividad fraccional consiguiente, fueron llevadas a cabo por dirigentes y cargos públicos que buscaron la complicidad de los medios de comunicación de masas para así presentar un Partido desarbolado, cuya salvación sólo podría venir si se aceptaban sus propuestas políticas y organizativas, su dirección personal.

Ciertamente no era necesario estimular demasiado a determinados medios de comunicación, que parecen tener como meta esencial la destrucción del PCE. La lucha de clases, y de qué manera, se libra también a través de dichos medios, que están monopolizados, tal como se demuestra en el libro de Bustamante, por la derecha de nuestro país.

Todo ello ha conducido, porque se ha prolongado demasiado tiempo, porque hay una táctica preconcebida para no cerrar la crisis a través del goteo de las dimisiones, al desconcierto de amplios sectores del Partido y de fuera del mismo. A la pérdida de influencia política en la sociedad española. Se ha aburrido, se ha cansado a muchos comunistas con debates estériles al margen de los problemas reales de la sociedad española. De ese modo, miles de comunistas se han dado de baja o no aparecen por las agrupaciones. No se han marchado con renovadores o dogmáticos, se han ido a su casa.

Tras todo lo anteriormente dicho, y aunque los problemas del Partido y la solución de los mismos tienen que contemplar un horizonte más lejano que el de las próximas elecciones ge-

nerales, éstas, las elecciones, sin duda van a ser un factor determinante para la vida política y social española de los próximos años y, por tanto, para nuestro Partido Comunista.

Se trata, pues, por un lado, de ir resolviendo sobre la marcha los problemas políticos y organizativos que tenemos planteados, de devolver la confianza al conjunto de los afiliados, de practicar una política de puertas abiertas —no de negociación de los acuerdos del X Congreso, que hay que cumplir, con renovadores y dogmáticos— para todos aquellos que quieren volver a las filas comunistas. La tarea de construir el partido, no cabe engañarse, va a ser lenta, no fácil. Y hay que empezar ya. No basta con hacer el diagnóstico del enfermo, es necesario apuntar soluciones. Algunas de ellas se han indicado en párrafos anteriores.

De otra parte, y cara a las próximas elecciones generales, es necesario cerrar la crisis actual, poner a punto el Partido. Hace falta una comisión electoral central que elabore un programa claro y sencillo, al alcance de todo el mundo. Que tenga en cuenta, de una manera fundamental, cuestiones relacionadas con la crisis económica y

cómo hacerla frente. Así el paro, la carestía de la vida, la situación de la juventud y de los pensionistas. Una comisión electoral que elabore una política no especulativa, sino de soluciones reales a los problemas de las fuerzas de la cultura y las capas medias. Que haga hincapié en la necesidad de una política española, no aliñada, en favor de la paz y la distensión mundial, que ponga el acento en la suspensión de la entrada de España en la OTAN.

Se trata de que tenemos que hacer una política que frene a la derecha, una política que tiene que hacerse con todos aquellos que no quieren la bipolarización. Ello supone la recuperación del centro progresista. Hay que decir, con toda claridad, que en las condiciones concretas de nuestro país, y como fruto de la bipolarización, caso de un triunfo electoral del PSOE frente a un Fraga líder de la derecha española, borrada del mapa la burguesía progresista, reducidos los comunistas a la mínima representación parlamentaria, la victoria del PSOE sería pírrica. Las cañas se tornarían lanzas. No se trata aquí de apostar, ni mucho menos, a la incapacidad socialista para gobernar el país, no se trata

de frotarse las manos ante un eventual fracaso del PSOE. Se trata de que en España no se dan las condiciones objetivas suficientes para que un solo partido de la izquierda, incluso la totalidad de la misma, por amplia cobertura electoral que tenga, pueda frenar a la gran derecha y llevar a cabo las reformas de orden económico, político y cultural, la democratización del aparato del Estado, que hoy reclama la democracia española.

Un Gobierno socialista, aunque en el mismo a modo de guinda figurara algún independiente o tráfuga de UCD, quedaría sujeto a la política de la gran patronal y otros poderes fácticos. Bipolaridad política no significa alternancia en el poder, el turno de Cánovas y Sagasta. Significa que tras Felipe González, y a corto plazo, llegaría Fraga y tendríamos gran derecha para rato.

Así, pues, y tal como señala Santiago Carrillo en el editorial de "M. O." del 1 de julio: "En este país, si el PCE no sale fortalecido en las próximas elecciones, si el sector progresista del centro no se recupera limpiándose de derechistas y si el PSOE no corrige su tendencia a la bipolarización y si todas esas fuerzas no conjuntan su acción, desgraciadamente será muy difícil frenar a la derecha".

## *"Nuestra Bandera" cumple 45 años*

El 15 de julio de 1937 salía a la calle el primer número de NUESTRA BANDERA. Su aparición cobraba especial relieve por el momento en que se producía, al año del desencadenamiento de la guerra civil por la sublevación militar y cuando la España popular intentaba edificar en medio de la tragedia los cimientos de una España moderna y progresista. El nacimiento de NUESTRA BANDERA venía entonces a subrayar la importancia

que el Partido Comunista concedía a la lucha de las ideas incluso en un momento en que la lucha armada campaba por sus respetos.

En los cuarenta y cinco años transcurridos desde entonces, la revista teórica y política del Partido ha conocido una vida azarosa, compartiendo las vicisitudes de los comunistas, lo que es tanto como decir que ha estado siempre entre nosotros, en la brecha: lo mismo en la hora de las armas

que en la hora del repliegue, en los años de clandestinidad que en los tiempos de la legalidad recobrada. Cada número de la revista que salía a la luz era una batalla ganada a las dificultades y a las adversidades.



Pero cada hora trae sus desvelos. Los de hoy ya no son los de una guerra civil impuesta al pueblo o los peligros de la clandestinidad y de la lucha contra la dictadura. Ahora se trata de los afanes para consolidar y desarrollar la democracia y evitar nuevos retrocesos; y también para fortalecer el Partido como organización política de la clase obrera y de las fuerzas populares en una situación de tensos debates y de graves problemas.

En estas circunstancias, la prensa del Partido tiene que jugar un papel importante, aunque difícil. Difícil, en primer lugar, porque debe propiciar un debate serio y constructivo sobre los grandes problemas políticos y teóricos del movimiento revolucionario de nuestros días. Pero también porque no es tarea fácil sostener y difundir la prensa comunista.

El reciente monopolio de la propiedad privada sobre los principales medios de información y comunicación —e incluso sobre la fabricación del papel y la distribución de la publicidad— está dando a unos pocos grupos de presión del capital financiero la posibilidad de asfixiar económicamente y reducir físicamente los espacios naturales de difusión de la prensa de las organizaciones obreras. Si hace cuarenta y cinco años los obreros leían exclusivamente su prensa, sus diarios, hoy vemos que todos aquellos diarios han sucumbido y que incluso las revistas de izquierda van naufragando una tras otra, sumergidas por la tremenda ola del monopolio capitalista de los medios de información. Así puede hablarse hoy en España de la prensa como del "cuarto poder"; pero un poder —que nadie se llame a engaño— que no es otra cosa que la prolongación del poder del capital.

Ese poder pone en manos de la derecha armas temibles de manipulación de la opinión pública. Los comunistas tenemos pruebas sobradas en las campañas que desata contra el

Partido Comunista, en el marco de una de las más tenaces e insidiosas operaciones de desestabilización interna que el Partido haya sufrido en su larga historia.

Digamos en seguida que, a despecho del cerco económico, de la invasión de los "mass media" y de la cultura de la imagen; a despecho también de las campañas del "cuarto poder", la audiencia de NUESTRA BANDERA sigue siendo importante gracias a la ayuda y a la colaboración de miles de comunistas en todo el país, que forman parte de lo que con orgullo llamamos el "oro del Partido".



Importante, decíamos, pero no suficiente cuando la medimos con las exigencias que presenta en la actualidad la lucha política e ideológica, entablada hoy en España y en el mundo con una intensidad sin precedentes.

En nuestros medios se alude con frecuencia al bajo nivel de formación teórica de las bases del Partido. Deberíamos preguntarnos, no obstante, si se hace el esfuerzo necesario para elevar la formación de los militantes, si se aprovechan debidamente todos los instrumentos de que disponemos para ello. Y si los comités del Partido tienen presente que entre esos instrumentos debe ocupar un lugar privilegiado la prensa comunista.

El valor de la palabra escrita sigue siendo insustituible como vehículo de crítica política y social, como vía de intelección de la realidad y como medio de formación de criterios solventes, que guíen la acción política práctica. Por eso es preciso estimular el hábito de lectura entre los trabajadores, ayudar a nuestros camaradas a vencer la pereza ante la letra impresa, ensanchar el campo de lectores de la prensa comunista.

No parece, en este sentido, ninguna pretensión utópica pedir a cada una de las agrupaciones del Partido que se suscriba a NUESTRA BANDERA; que dispongan en su biblioteca de la colección de la revista; que se creen grupos de difusores y se organicen discusiones sobre el contenido de la revista; que se envíen al Consejo de Redacción ideas, críticas y colaboraciones. Como tampoco nos parecería una excentricidad que se aprovecha-

sen las fiestas y actos públicos del Partido no sólo para ganar nuevos suscriptores en los medios comunistas, sino para sacar NUESTRA BANDERA de los "recintos amurallados" del Partido y abrirle caminos de circulación por el campo abierto del movimiento popular.

NUESTRA BANDERA nació con la voluntad de contribuir a la difusión de las ideas y de la política del Partido y de propiciar el debate y la reflexión sobre ellas. Repetimos hoy unas palabras del primer número de la revista, escritas hace cuarenta y cinco años:

"NUESTRA BANDERA no es un coto cerrado: será una obra colectiva".

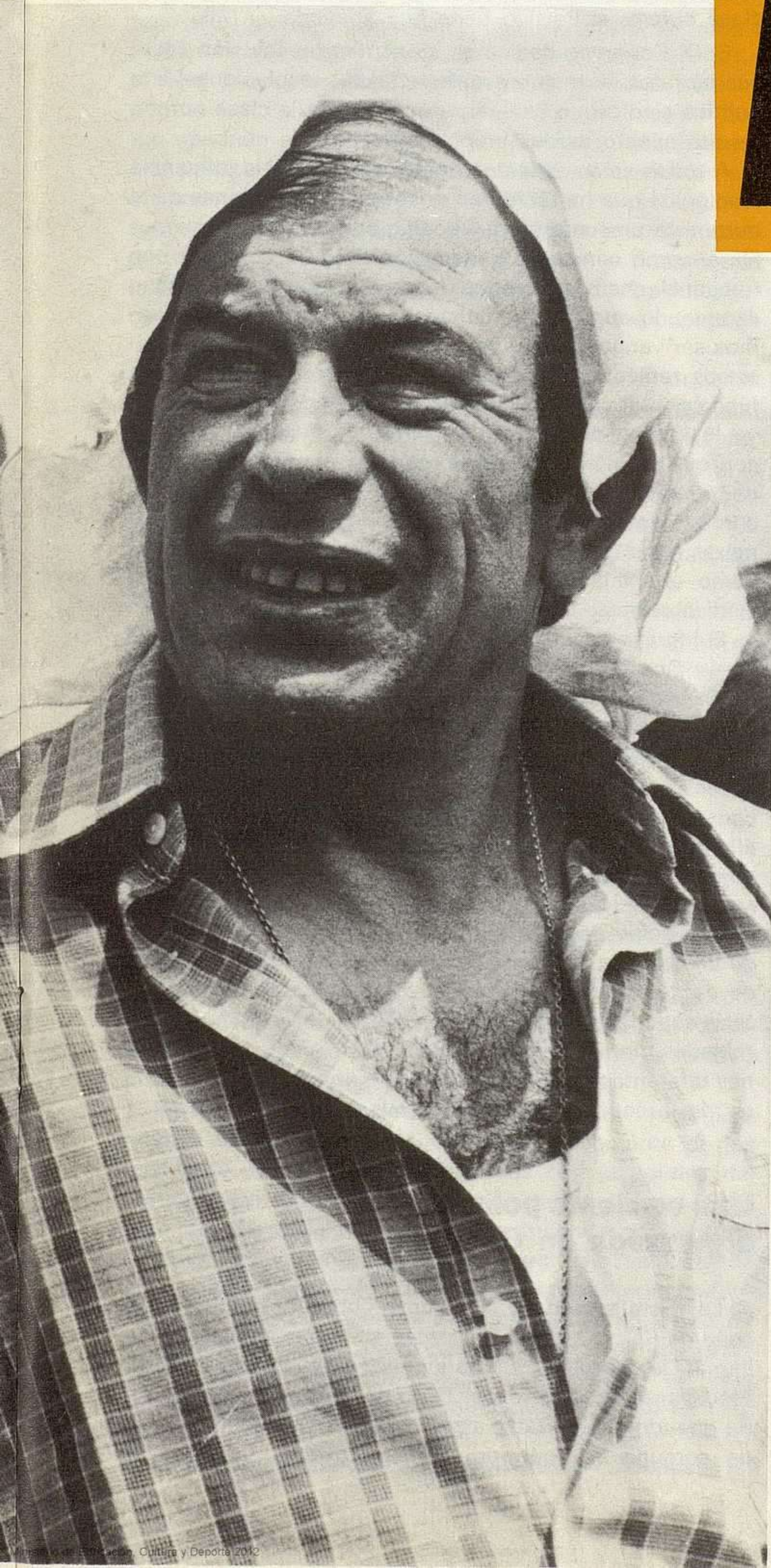
En efecto, la existencia, la elaboración y la difusión de la revista no puede ser obra de un grupo de élite. Ha de ser la obra y el patrimonio de todo el Partido. Cada comunista debe considerar NUESTRA BANDERA como su bandera. Sólo así podrá cumplir aquella misión "de primer orden y de máxima responsabilidad" que proclamara como razón de su existencia el 15 de julio de 1937.

**NACIONAL**

# Militancia comunista y democracia sindical







# A

## Héctor Maravall y Enedina Alvarez

partir del histórico Comité Central de junio de 1980, que inició un debate en el seno del Partido sobre la política sindical del PCE, uno de los temas que más ha surgido ha sido el de la relación dialéctica entre papel y militancia política de los comunistas en el sindicato y democracia en el seno de éste.

Si bien la discusión sobre esta cuestión no ha sido sistemática e incluso con frecuencia ha tenido caracteres genéricos o se ha pretendido saldar el debate con definiciones abstractas e incluso simplistas, la aparición en el II Congreso de CC. OO. de una candidatura alternativa a la elaborada por la comisión electoral congresual y que refleja en la práctica la estructuración de una corriente política organizada en el seno del sindicato, formada, además, por comunistas, a lo que hay que añadir la constitución del PCC, en el que se integra en el ámbito de Cataluña una parte sustancial de esta corriente política, sitúa esta reflexión en un terreno concreto, dándole un carácter inaplazable.

### La relaciones Partido-sindicato

La presencia decisiva que desde sus inicios tuvimos los comunistas en las CC. OO., la influencia en la línea sindical de éstas de la mano de nuestra intensa actividad desarrollada en sus filas, la identificación histórica de los comunistas con esta nueva experiencia del movimiento obrero español, no fueron nunca obstáculos para que los militantes comunistas discutiéramos, elaborásemos y lleváramos a CC. OO. la política sindical de nuestro Partido.

La presencia en CC. OO. de otras fuerzas políticas, con posiciones muy diferentes (MC, PT, ORT, LCR, etc.), era un factor sin duda que exigía una homogeneidad básica entre los comunistas que militábamos en CC. OO.

La propia estructura organizativa del Partido en la clandestinidad facilitaba la vida política orgánica regular de los comunistas y su homogeneización cara al trabajo en CC. OO. Los órganos de dirección del Partido, asimismo, prestaban periódica y sistemática atención a la elaboración de la política sindical que defendíamos en CC. OO.

Diversos hechos que se suceden a partir de la legalidad van a ir incidiendo en un cambio en esta situación.

La desvinculación de los militantes del PTE y ORT, el progresivo carácter testimonial de MC y LCR, prácticamente desaparecidos en estos años de la transición, se traduce en que el único partido con incidencia en CC. OO. sea el PCE.

La nueva forma de organización del Partido en 1977, es decir, la territorialización, produce, por la precipitación en su aplicación, por lo escasamente debatida y contrastada a medida de su puesta en práctica, un alejamiento de la vida orgánica regular de cientos y cientos de cuadros del Partido militantes de CC. OO. que dedicaron en esos meses sus esfuerzos a constituir el sindicato, a dotarle de una estructura organizativa, afiliando y dando a conocer el mismo al mayor número posible de trabajadores.

La presencia amplia de significados dirigentes del Partido en los órganos de dirección de CC. OO. se tradujo en la práctica en considerarse innecesario desde el Partido elaborar política sindical y, como consecuencia, debatir los temas sindicales en los órganos del PCE; el cada vez mayor protagonismo público de CC. OO., las iniciativas sociopolíticas del sindicato, van situando al PCE en un mero papel de apoyo de las propuestas de CC. OO. en el terreno socio-económico.

El vuelco del activo del Partido, excepción hecha de los sindicalistas, en las tareas nuevas que se abren a raíz de las elecciones, como son el frente institucional y municipal, apartaron de la vida política del Partido un alto número de nuestros militantes obreros, dedicados a su vez a las tareas del sindicato casi exclusivamente.

Todo ello desemboca en una cierta concepción de división tácita, primero a nivel interno del Partido: los militantes sindicalistas se "especializan", aunque no de forma organizada, sino a partir de una identificación (que se presupone) genérica con la política del Partido, en las cuestiones sindicales, y el resto de los militantes se dedican a la actividad netamente política.

Esa "compartimentación" o división del trabajo va a tener otros efectos.

Los temas socio-económicos, las iniciativas laborales, sindicales, se "delegan" implícitamente en el campo de acción del sindicato; el PCE se centra principalmente en la política parlamentaria municipal, etc. Ha de reconocerse que fue tardía —de ahí las mayores dificultades actuales para recuperar ciertos "despegues" de algunas camaradas respecto del Partido— la toma de conciencia del peligro que existía de una pérdida de presencia real, organizada, del PCE entre la clase obrera.

Esta situación podría derivar a que los comunistas hicieran en el sindicato una práctica sustitutiva de la ausencia de vida partidista, con el riesgo claro de transformar CC. OO. en un partido sindical en el que, además, se debatiesen los distintos enfoques que sobre cuestiones extrasindicales se daban entre los comunistas.

En una fase en que, por las propias características de la transición, se extendió una visión degradada del papel de los partidos, la concepción, abrigada incluso por militantes comunistas, de que "lo auténticamente de clase" era el sindicato, no implicado en las "negociaciones con los partidos de la burguesía" "en la política de consenso" daba

paso a una infravaloración del papel de vanguardia del PCE y a un pansidicalismo de claras raíces anarquistas.

Llegándose en ciertos casos, de hecho, a un intento de correa de transmisión en sentido inverso: del sindicato al Partido. El sindicato da la alternativa a los problemas de la clase obrera, el Partido tiene que apoyarla.

El IX Congreso dedica en su séptima resolución escasos párrafos (la más breve de todas las resoluciones) a la política sindical, lo cual, en un partido de la clase obrera, resulta cuanto menos preocupante.

A todos estos aspectos habría que añadir la influencia ideológica que ha tenido en nosotros las posiciones de la burguesía presentando a CC. OO. como sindicato comunista, como correa de transmisión del PCE, a lo que con frecuencia hemos respondido de forma defensiva y no asumiendo que los comunistas, como Partido que debemos ser vanguardia de la clase obrera, seguimos y seguiremos teniendo una presencia cualitativa y cuantitativa fundamental en CC. OO. y, en este sentido, es significativa la actitud defensiva, casi diría de "mala conciencia", con que abordamos las reuniones en el seno del Partido de cuadros sindicales, el temor a que se interpreten como "contubernios" los intentos orgánicos de homogeneizar a los cuadros sindicales del Partido, a que se vea como una injerencia del Partido en las cuestiones del sindicato, etc.

El ingreso de los compañeros de USO y la constitución de la Corriente Socialista Autogestionaria en CC. OO. podía haber sido un aliciente para debatir toda una serie de cuestiones sobre las relaciones Partido-sindicato; sin embargo, entre los comunistas que militamos en CC. OO. no se ha dado el necesario debate respecto de algunas concepciones de los compañeros de la CSA; no sabiendo diferenciar lo que supone el reconocimiento de la importancia histórica de su presencia en CC. OO., como reforzamiento del pluralismo del sindicato, además de suponer un golpe decisivo a la manipulación por la burguesía de una tercera fuerza sindical en España, de la necesidad de contrastar diversas concepciones para conseguir síntesis superiores en el sindicato. Ello supone que en determinados momentos es inevitable que se marquen posiciones diferentes, sin que se llegue a lograr totalmente síntesis de la confrontación de las mismas.

## **Una corriente política organizada en CC. OO.**

La cristalización de una nueva corriente política en el seno de CC. OO. tiene sus raíces en lo que se ha dado en llamar la fracción dogmática en el seno del Partido. Efectivamente, dentro del PCE, un grupo de camaradas ha querido capitalizar y atraer a sus posiciones a cientos de comunistas que por diversas razones tenemos un

sentimiento de respeto al papel que en la historia de la lucha de clases ha jugado la Unión Soviética en el avance del socialismo y comunismo, sin que por ello, no todos, dejemos de reconocer, criticar y denunciar los errores y desviaciones que se han venido cometiendo, todo ello dentro del marco de nuestra propia estrategia política, elaborada y ejecutada por nosotros mismos.

Este grupo no libró públicamente grandes batallas para que el PCE tuviera otra estrategia política, sino que fue minando a la dirección, oponiéndose y resistiéndose a la política del Partido en lo concreto, aprovechando sobre todo los momentos en que el PCE se ha pronunciado sobre temas internacionales que hacían referencia al bloque soviético —caso Afganistán y Polonia— o cuando la política de concentración del Partido encontraba dificultades, como fue el incumplimiento parcial de los pactos de la Moncloa.

La razón de no presentar otra estrategia en aquellos momentos es clara: no la tenían lo suficientemente elaborada, dada la complejidad de los problemas de España, y eran conscientes de que si impugnaban frontalmente la política del Partido se quedarían como un pequeño grupo sin base, lo que les llevaría o bien a tenerse que ir del PCE o a quedar prematuramente al descubierto, incapacitándoles políticamente.

Ante esto, optaron por establecer como terreno más adecuado de ataque a la línea del PCE, las CC. OO. Las razones para escoger como marco de la confrontación política las CC. OO. son diversas; desde que los camaradas que trabajan en CC. OO., como ya hemos dicho, casi no militaban en las Agrupaciones, el que el Partido dejaba en la práctica la elaboración de la política sindical en manos de los camaradas de CC. OO., y sobre todo que en la lucha día a día de la clase obrera contra la patronal es donde más claro puede apreciarse —dada la impotencia que puede sentirse cuando no se resuelven, o no se resuelven como se desea, un alto porcentaje de los problemas que tiene la clase obrera en nuestro país— la política de resistencia, la política tradicional de “clase contra clase” como la más correcta, evadiéndose de la realidad y no ofreciendo alternativas de superación de la crisis a partir de los intereses de la clase obrera.

Para esta actividad necesitaban neutralizar ideológicamente, en la medida de lo posible, al conjunto de los militantes comunistas indentificados con la política del Partido, y el argumento a esgrimir fue precisamente la autonomía sindical. Curiosamente, quienes por su dogmatismo serían los más proclives a las tesis leninistas de la correa de transmisión, son los más acendrados defensores de la independencia del sindicato, recogiendo de forma oportunista la teorización y defensa de esa independencia que los comunistas hemos de hacer, en línea con la propia política eurocomunista del Partido en esta cuestión.

Empiezan por cuestionar el papel de los comunistas en

el sindicato, argumentando que los comunistas como colectivo no tenían por qué llevar la política sindical del PCE en CC. OO., sino que en la elaboración de la línea del sindicato los comunistas son unos más que participan con sus opiniones **individuales**, sin necesidad de homogeneizarse, diluyéndose y no asumiendo, en definitiva, su papel de vanguardia de la clase obrera en el frente de masas donde trabajan.

Durante meses, los comunistas que militamos en CC. OO. hemos estado en un vaivén de posiciones defensivas, cuando no de “apaciguamiento” a lo que representa en la práctica una corriente política organizada dentro de CC. OO. Pero el desarrollo de los acontecimientos exige que esta situación no pueda seguir manteniéndose.

Es necesario recordar que el II Congreso de CC. OO. —celebrado antes que el X del PCE— aprobó una determinada política: superación de la crisis a través de la dialéctica negociación-presión y, dentro de ella, se enmarcaba el apoyo a la firma del ANE; no a la política de bloques y lucha por la paz mundial; reconocimiento congresual de la CSA; organizarse en base a ramas y territorios y, dentro de esto, que la estructura sindical y organizativa fundamental es el sindicato provincial, etc. Esta política, elaborada democráticamente en el proceso congresual, es aprobada por la amplia mayoría del sindicato, incluida la CSA.

El X Congreso del PCE aprueba una política sindical que coincide en sus grandes rasgos con la del II Congreso de CC. OO. Una vez dicho esto, y teniendo presente nuestro pasado referente al papel que desempeñaron los ex compañeros del PT, ORT, así como los del MC y LCR, podríamos llegar a la conclusión de que la fracción dogmática, al convertirse en Partido en Cataluña y avanzar en su vinculación a nivel de Estado, tiene su razón histórica de identificación y aglutinamiento a partir de la negación rotunda y sistemática de la política sindical que los comunistas defendemos en CC. OO. Cualquier síntesis o aproximación con nosotros en temas fundamentales es **objetivamente** liquidadora para ellos. Lo que no excluye que tácticamente, y en base a la correlación de fuerzas existente en los distintos ámbitos del sindicato, flexibilicen en uno u otro sentido sus posiciones, evitando hoy por hoy una confrontación abierta que tendría negativos resultados para ellos. Esto marca una total diferencia con las síntesis a las que podemos llegar comunistas, socialistas autogestionarios, independientes, etc., que son enriquecedoras y positivas para todos.

Ya no es que estén radicalmente en contra, como demuestran las repetidas posiciones que han venido manteniendo en el tema ANE, Polonia, etc., de la política aprobada en el II Congreso; que se utilice, cuando pueden, la infraestructura del sindicato para montar su partido o que hayan ralentizado las tareas sindicales para dedicarse a organizarse. Es que van al sindicato a conquistarlo para, a partir de ese control del sindicato, poder

consolidarse como partido. Todo esto sin olvidar las negativas repercusiones que su política puede tener en la afiliación, en la acción sindical de CC. OO., y la catástrofe sindical a la que podría conducirnos su estrategia, basada en exclusiva en la confrontación y no negociación frente a la crisis, que serían motivos más que suficientes para hablar de su radical incompatibilidad histórica con las CC. OO.

Esta utilización **instrumental** del sindicato, esta negación de la política de CC. OO., su propia incompatibilidad política objetiva con los comunistas, se traduce en que estos compañeros forman un colectivo que no **suma** al sindicato, sino que **resta**, y son, por tanto, un factor permanente de distorsión de la vida sindical.

## La verdadera democracia sindical

El que los comunistas asumamos y seamos coherentes con nuestros planteamientos y con esta realidad nos debe llevar, además, a toda una serie de reflexiones colectivas sobre la relación entre papel y militancia política de los comunistas en el sindicato y democracia en el seno de éste.

Las concepciones ideológicas que nos catapultan a la burguesía vinculan democracia en el sindicato a número de comunistas en los órganos de dirección, pero sobre todo al grado de aproximación entre la política sindical de CC. OO. y la línea del PCE. Su filosofía se reduciría, a "grosso modo", a "cuanto más influya la línea política del PCE en CC. OO., menos democracia hay en este sindicato".

Nuestras concepciones de la democracia en el sindicato son otras muy diferentes.

Para nosotros, las garantías democráticas vienen dadas y aseguradas por otros factores, que son los que defendimos en el II Congreso y que son los que caracterizan realmente el concepto de autonomía sindical que nosotros defenderemos y asumiremos con firmeza:

- En primer lugar, por el carácter de masas del sindicato. Cuantos más trabajadores afiliados haya, mayores serán las dificultades de manipulación burocrática o partidista.
- En segundo término, la consolidación organizativa del sindicato. Un sindicato que sólo tiene órganos de dirección en el vértice y debajo la presencia inorgánica de los afiliados, es un sindicato carente de posibilidades reales de participación democrática de los afiliados. Cada sección sindical, cada sindicato, cada Federación, cada Unión que se consolida y funciona es una garantía de vida democrática.
- Un tercer aspecto a considerar es el funcionamiento periódico, sistemático de los órganos de dirección a todos los niveles. Los Consejos, las Comisiones Ejecutivas funcionando a pleno rendimiento son también garantías de democracia en el sindicato.
- La existencia de una legalidad democrática (estatu-

tos), de un proceso de renovación periódica de los órganos, de procesos congresuales participativos (y nosotros hacemos estas asambleas congresuales desde las fábricas) son igualmente factores de democracia interna.

- Por último, el que la línea del sindicato se apruebe en un proceso congresual con amplia participación de los afiliados y que su aplicación se desarrolle y ejecute por los órganos democráticamente elegidos.

Si todo lo anterior se da, el que en los órganos de dirección del sindicato haya mayoría comunista, o que la política de CC. OO. sea coincidente con las líneas generales de la política sindical, socio-económica del PCE, será lógica consecuencia del buen trabajo de los comunistas en el sindicato, del carácter de vanguardia de la clase obrera que el Partido debe desempeñar y, en este contexto, la democracia en el sindicato será un hecho real.

Por otra parte, se hace imprescindible una clarificación ideológica entre los camaradas sobre cuál es el papel de un partido comunista en una organización de masas.

Si partimos de la concepción de que el Partido Comunista debe ser la vanguardia de la clase obrera, la **fuerza motriz** decisiva, aunque por supuesto no única, de las luchas de la clase por su emancipación y, por otro lado, de que en un sindicato de amplias masas se afilian trabajadores con diferentes niveles de conciencia, de militancia e incluso con diversas ideologías, la conclusión es que, sin minusvalorar en absoluto el papel de los trabajadores no comunistas en la vida del sindicato, los impulsos básicos que activan el sindicato deben provenir del Partido. En otras palabras, si el sindicato carece del apoyo, del activismo organizado del Partido, es un sindicato que nunca llegará a tener especial fuerza, coherencia y proyección.

Si esto ha sido así históricamente, y quizá esta sea una de las claves de la caída del anarcosindicalismo, en las sociedades industriales modernas, cuyo complejo entramado exige una vertiente sociopolítica de la acción sindical, una amplia proyección hacia la sociedad del trabajo del sindicato, la carencia de esa fuerza motriz que es el Partido ahogaría las posibilidades de desarrollo de una acción sindical diversificada y compleja que debe ser, además, efectiva y no exclusivamente testimonial.

Por supuesto que esta posición no puede llevarnos nunca a caer en una caracterización de CC. OO. **como el sindicato del PCE** o como sindicato comunista, tal y como aparece UGT con respecto al PSOE. CC. OO. es el sindicato donde **vuelcan** su militancia los comunistas, con quien se identifican en el plano sindical, el sindicato cuya potenciación entre los trabajadores procuran en la medida de sus fuerzas, etc. Por ello tenemos que dejar claro que un debilitamiento del PCE en el contexto político actual de nuestro país tendrá gravísimas consecuencias en el reforzamiento y desarrollo de CC. OO.

En este sentido, el reforzamiento de opciones bipartidistas, la caída electoral o la pérdida de peso político del

PCE no debe ser sólo motivo de honda preocupación de los comunistas, sino también del conjunto de los afiliados y cuadros no comunistas de CC. OO.

Esto, repito, no puede entenderse como que CC. OO. debe polarizarse en la órbita del PCE, pero sí ser conscientes de que la independencia de CC. OO. con respecto al PCE no puede entenderse como indiferencia ante la evolución, en el contexto político del país, del partido político que de forma decisiva milita en CC. OO. A CC. OO. **como tal sindicato**, le interesa un PCE fuerte, coherente y homogéneo, que pueda seguir una vía bipartidista que se traduciría en la marginación política del PCE y llevaría inevitablemente a la de CC. OO. Olvidar esto es hacer política abstracta y, en definitiva, suicida.

Este planteamiento es significativo que la mayoría de los trabajadores lo tienen claro y es esta la razón de que en gran medida elijan a militantes comunistas para los órganos de dirección del sindicato; esto se da como consecuencia normal del papel de dirigentes (en el sentido colectivo de intelectual orgánico) que deben cumplir los cuadros comunistas.

A mayor abundamiento, el rechazar este papel de dirección colectiva, de fuerza motriz organizada, para defender ese funcionamiento inorgánico de los comunistas en el sindicato, es incongruente con el hecho en sí de militar en un partido comunista. Militamos no por simple adhesión a una política, eso está bien en un partido exclusivamente electoral, sino **para transformar la realidad de forma colectiva**. El Partido Comunista no es un colectivo de pensamiento, sino un **colectivo para la acción en común**, y esto sirve para el ámbito sindical, institucional, profesional, etc.

## Asumir el papel de vanguardia

Junto a esta clarificación ideológica sobre los fundamentos de la democracia, los comunistas tenemos que recuperar a fondo la iniciativa y la capacidad de propuesta del Partido como tal, como colectivo, en el ámbito socio-económico y sindical. El PCE debe tener su propia imagen nítida ante los trabajadores, con sus propias alternativas (que en general tendrán muchos aspectos comunes y coincidentes con los de CC. OO.) en relación a los problemas sociales, económicos, sindicales que interesan y preocupan a los trabajadores.

Si nuestro Partido aparece ante la clase obrera como otro más de los que están metidos **exclusivamente en las instituciones** del Estado, nuestra crisis será irremediable, porque en ese terreno la política eurocomunista se diluye a quien realmente tiene ahí su protagonismo es el Partido Socialista, al ser la mayoría de izquierda en el Parlamento.

La viabilidad del eurocomunismo se relaciona con que las clases populares de nuestro país reconozcan por una parte la capacidad de gobierno, de transformación institucional que tenemos los comunistas, y con que los trabaja-

dores españoles **asuman y sientan la necesidad del PCE** como garantía para la defensa y conquista de sus reivindicaciones, de sus objetivos históricos.

En otras palabras, los trabajadores **en los centros de trabajo** tienen que ver al Partido, ver el papel diferenciado que juega.

El día que la clase trabajadora en las fábricas "no nos eche de menos", estaremos a punto de desaparecer del mapa político, y esto nos lleva a la última reflexión ineludible. El replanteamiento a fondo de la **presencia organizada del PCE** en los centros de trabajo. No se trata de cuestionar la territorialización, sino de complementarla. No es suficiente con que los trabajadores "sepan" que determinados militantes son comunistas; es imprescindible que noten la presencia **colectiva y organizada del PCE** en la empresa. Esta será, además, la única vía real de consolidación y crecimiento del Partido entre la clase obrera.

Las conclusiones a todo lo anterior son múltiples: la imprescindible vida orgánica de **todos** los militantes comunistas que están en CC. OO.; el seguimiento y debate continuado de los temas sindicales en el Partido en todos sus niveles; el fortalecimiento de la presencia organizada del Partido en los centros de trabajo con la estructuración de las agrupaciones de empresa; la elaboración de una política sindical propia del Partido a llevar a defender por **todos** los comunistas en CC. OO.; el conjugar la necesidad de que el Partido dé respuesta propia a los diversos temas socio-económicos y reivindicativos que interesan a los trabajadores con el apoyo a iniciativas surgidas desde el sindicato, como conjugar el realizar movilizaciones propias del Partido con el apoyo a movilizaciones convocadas por el sindicato.

Asumir el papel de vanguardia que como colectivo debemos jugar los comunistas en el sindicato y a la vez ser los máximos defensores de la independencia real del sindicato, luchar contra toda **instrumentalización partidista** del sindicato, reforzar el carácter pluralista, unitario y de masas de CC. OO., y ello, hoy y aquí, significa la defensa tajante de la política sindical aprobada en el II Congreso de la C. S. de CC. OO. y su **ejecución efectiva**.

No se trata, es evidente, con estas posiciones, de caer en una devaluación del papel del sindicato, de las organizaciones de masas, ni de establecer competitividades, de "ir a comer terreno", de subordinar el sindicato, las organizaciones de masas en general, al Partido. Se trata de encontrar el equilibrio perdido en esa relación dialéctica Partido-sindicato, que parte de ese papel de vanguardia revolucionaria que debe tener el Partido Comunista y de ese respeto profundamente democrático del papel básico del sindicato en la lucha por la libertad y por el progreso, por el socialismo, a través de la lucha cotidiana por la defensa de las reivindicaciones e intereses de los trabajadores.

# LA RECUPERACION DE LA CIUDAD

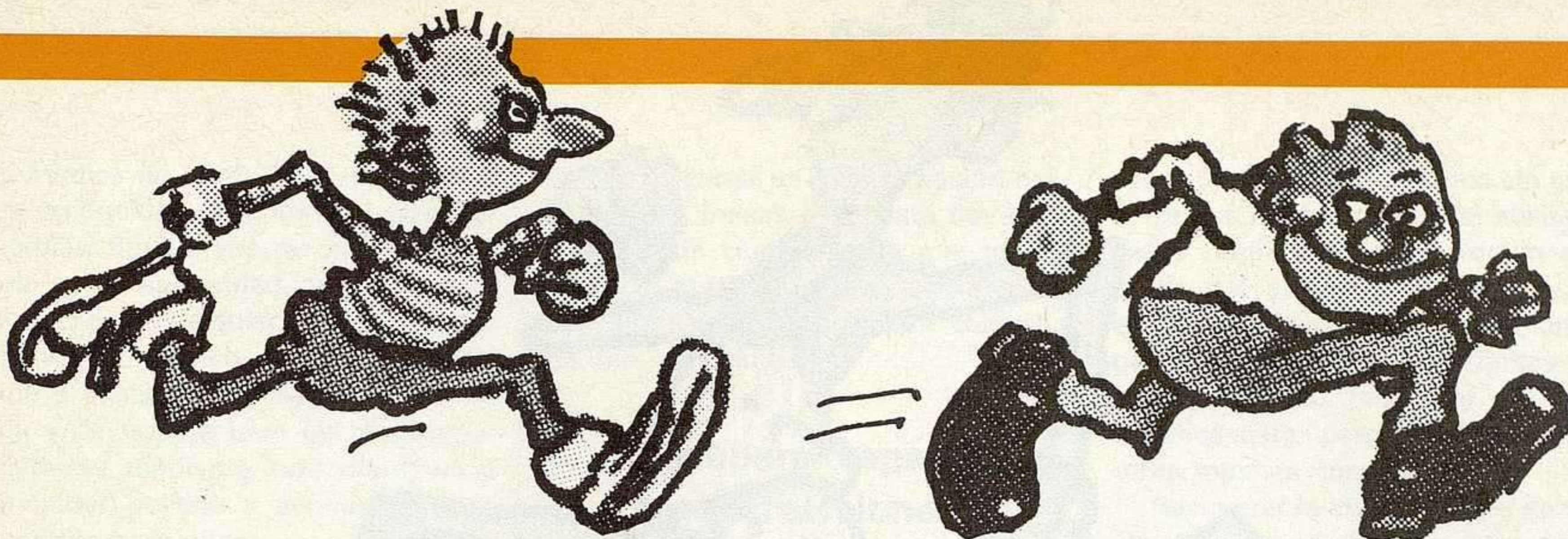
Giuseppe Campos Venuti

## 1. ¿Qué quiere decir recuperación urbana?

“Recuperar la ciudad”: ¿qué quiere decir? En el diccionario, en el término “recuperar” viene: “Recobrar la disponibilidad de un objeto, a efectos de una utilización renovada”, y también “procurar la readaptación de personas a la vida social”, y por último, “reutilizar materiales o energías que, de no hacerlo, vendrían a desecharse o a disiparse”. Entre los sinónimos de “recuperar” se encuentran: “recobrar, reutilizar, regenerar, salvar o incluso redimir”. Por tanto, la utilización que del término hace la disciplina urbanística no es impropia; con él se quiere indicar exactamente lo que dice el diccionario: es decir, la voluntad de reutilizar, regenerar, salvar y redimir la ciudad.

Pecando de sutiles, podría objetarse que el término sugiere el concepto de encontrar algo que se había perdido: y ello puede llevar a sospechar que “recuperar la ciudad” pueda intentar decir devolver a los ciudadanos de hoy las míticas condiciones de vida de un pasado feliz, que, sin embargo, nunca existió. Nada más inexacto, porque a casi la mayoría de los ciudadanos de ayer la ciudad ofrecía bastante menos de lo que hoy ofrece: hambre, enfermedades, trabajo muchas veces inhumano y recompensas irrisorias. Sin embargo, los hombres se ven atraídos por las ciudades con la esperanza de encontrar en ellas mejores condiciones de trabajo, de





educación, de vida. Y esta "idea", mejor dicho, este "ideal" de ciudad, es el que se quiere recuperar para transformarlo en una realidad concreta, en el lugar mejor para vivir: como decía una antigua frase, que a mí todavía me parece joven, recuperar la ciudad es el único medio para realizar hoy "la ciudad a la medida del hombre".

Por tanto, es necesario separar los momentos negativos de la ciudad actual de los positivos, identificar los aspectos patológicos del proceso de crecimiento y de transformación urbana capitalista para combatirlos y eliminarlos. Estos momentos negativos, estos aspectos patológicos, son evidentes: es labor del urbanista determinar su esencia y estudiar las alternativas. Yo he intentado clasificarlo en cinco sectores problemáticos que, a la postre, resultan ser los cinco campos de batalla para la que yo llamo "el urbanismo de la austeridad".

## 2. Las estrategias de la recuperación urbana

El primero de estos campos de batalla se refiere a la privatización patológica de la ciudad. La justa defensa de la "privacy" y de la propiedad individual y familiar ha sido llevada hasta la negación de los espacios y de los servicios donde los ciudadanos se reencuentran para satisfacer en común las exigencias propias: mientras las "necesidades sociales" crecían, los intereses capitalistas inmobiliarios escatimaban a las ciudades los lugares necesarios para poder satisfacerlas. Incluso estadísticamente, es decir, medido con los conocidos "standards", el espacio que la ciudad destina a los

servicios públicos es irrisorio: con la única excepción de las carreteras, por la sencilla razón de que son indispensables para la utilización y por tanto para la valorización de cada uno de los inmuebles. Ni siquiera los transportes colectivos han escapado a la férrea ley de la privatización urbana, desarrollándose de manera insuficiente y generando la congestión del tráfico ciudadano.

Ciertamente, Madrid tampoco se ha salvado de la privatización patológica capitalista de la ciudad: todo lo contrario, ha exasperado dicho fenómeno, distribuyendo los pocos servicios creados con una desigualdad enorme entre las zonas más ricas del Centro y Norte y las más populares del Sur. De este modo, en la zona Centro-Norte se encuentra el 81 por 100 del número de plazas hospitalarias disponibles, mientras que en la zona Sur sólo se encuentra un 19 por 100; respecto a las instalaciones deportivas, la relación es de un 80-20 por 100; en colegios con estudios superiores es de un 74-28 por 100, en parques, de un 72-28 por 100. Por tanto no es de extrañar que el 82 por 100 de los titulados superiores vivan en la zona Centro-Norte y el 68 por 100 de obreros lo hagan en el Sur.

Así, en Madrid, el desequilibrio Norte-Sur se suma al desequilibrio social tradicional de la ciudad entre centro y periferia. Una periferia en donde, en todas las ciudades, se segrega a las capas populares expulsadas de las zonas centrales e intermedias: y éste es el segundo campo de batalla impuesto por las patologías urbanas. Los intereses inmobiliarios capitalistas pugnan por una terciarización cada vez mayor de los edificios del centro y

para ello expulsan a los trabajadores que residen en ellos: esto se da puntualmente en Madrid, donde, además de las familias trabajadoras, se han visto afectadas por el fenómeno las parejas jóvenes, que se han visto obligadas a emigrar hacia los Ayuntamientos del cinturón metropolitano para poder encontrar una vivienda.

Por estos mismos motivos, el sector terciario expulsa las actividades productivas industriales del centro urbano, actividades que ciertamente crean riqueza para la sociedad, pero que no resultan tan ventajosas para el régimen inmobiliario capitalista: y este es el tercer sector problemático para el urbanismo de la austeridad.

Durante años, en apoyo de estos intereses, se ha movilizad astutamente la lucha contra la contaminación provocada por las chimeneas: hasta que la ecología moderna ha aclarado que los daños del medio ambiente ciertamente no se suprimen alejando unos cuantos kilómetros las fábricas, y que el ecosistema se protege sólidamente depurando los procesos productivos allí donde se encuentran. Sin duda alguna, la mayor parte del desarrollo secundario de Madrid se ha realizado en el último cuarto de siglo, pero numerosas instalaciones industriales se encuentran todavía incrustadas en los tejidos decimonónicos de Arganzuela, así como en los del principio del siglo actual: algunas de estas instalaciones ya han sido expulsadas de la ciudad y otras se ven amenazadas por el mismo peligro, para así destinar las áreas al sector terciario o a viviendas de lujo.

El proceso de desarrollo urbano capitalista ha actuado con la misma indiferencia en lo que respecta al am-



biente de la ciudad: a menudo se ha destrozado el ambiente arquitectónico de la ciudad antigua, se ha destruido y manipulado con el pretexto de una modernidad que escondía el desinterés por los valores históricos y culturales; entre tanto, el ambiente natural al que llega la ciudad en su expansión se ha simplemente ignorado y suprimido, salvándose, como la Casa de Campo, sólo cuando se encontraba en medio de una expansión que fue solamente cuantitativa. Y este es el cuarto campo de batalla que hay que regular para recuperar la ciudad.

El quinto sector problemático al que hay que enfrentarse no se refiere al valor, sino al método de las alternativas urbanísticas. Porque para realizar sus designios, el régimen inmobiliario capitalista necesitaba que el crecimiento y la transformación de la ciudad estuvieran fuera del alcance de todo criterio explícito programático y que se concibieran y se llevaran a cabo al margen de toda participación ciudadana. De este modo, los planes urbanísticos del pasado siempre han estado rodeados por el misterio tecnocrático, para que no se contrastaran sus propios objetivos con los intereses reales de todos los usuarios de la ciudad. Y también por ello la elaboración

y puesta en marcha de los planes urbanísticos no se basaban en las disponibilidades financieras efectivas públicas o privadas, ni en las necesidades prioritarias sociales y funcionales, ni en programas concretos de actuación, para que las opciones del régimen inmobiliario pudieran prevalecer en todo momento sobre cualquier consideración de interés público.

Y es en torno a estos cinco grandes sectores problemáticos donde se juega el destino de nuestras ciudades, de todas ellas, desde el pequeño centro de cincuenta mil habitantes hasta la gran metrópoli que alberga a tres o cuatro millones de personas. Los efectos patológicos del desarrollo urbano capitalista serán, según los casos, más o menos graves, con consecuencias más o menos irreversibles: pero el terreno en el que enfrentarse con el régimen inmobiliario ha de buscarse esencialmente en el seno de estas problemáticas estratégicas. Y son, repito: la cuestión pública, la cuestión social, la cuestión productiva, la cuestión ambiental y la cuestión de la programación popular del desarrollo urbano. Una solución positiva de estas problemáticas sólo se podrá obtener si en ella prevalecen los valores humanos y naturales en el interés de

todos, por encima de los valores inmobiliarios, que son el interés de unos pocos: con la preponderancia de las que yo llamo las "cinco salvaguardias", o mejor aún, las "cinco estrategias de la austeridad urbanística".

### 3. La austeridad urbanística

Es mi deseo también aclarar aquí qué es lo que pienso respecto a la utilización del término "austeridad", que a veces no gusta, incluso a algún amigo mío: y me veo obligado a recordar una vez más a estos amigos, que ya ha habido una batalla por la austeridad, la de la "burguesía emprendedora contra el feudalismo parasitario, realizada en nombre de la acumulación capitalista y contra el despilfarro de los recursos" (1). ¿Es que acaso la Historia no ha dado la razón a esa batalla por la austeridad?

"Corresponde, pues, a la clase trabajadora, como nueva clase que surge del enfrentamiento con el capital, proponer una transformación económica, que persiga una nueva distribución de

(1) Las citas son de la "Introducción a la edición española" de "Urbanismo y austeridad". G. Campos Venuti. Siglo XXI Editores.



los medios de producción, de los bienes producidos y de los recursos disponibles. Batalla que, de nuevo, ha de serlo por la austeridad, desprovista en este caso de cualquier significado moralista y metafísico, antes bien destinada a suscitar una mejor calidad de vida y de trabajo para las clases trabajadoras mediante una distribución del poder político y económico más favorable para ellas”.

El gran cambio que caracteriza la economía mundial de la última década no ha pillado desprevenidas a las fuerzas dominantes del capitalismo internacional: “Las multinaciones del petróleo nunca han ganado tanto desde que empezó a escasear el petróleo, y, sin embargo, los pueblos pobres están ahora todavía peor que ayer. Mientras, en el seno de las sociedades nacionales, se trata de hacer pagar a los trabajadores el precio del nuevo equilibrio económico... Es ésta la austeridad de ‘la patronal’, una austeridad capitalista muy distinta de aquella dinámica y productiva de hace dos siglos, una austeridad que exige el sacrificio de los muchos que tienen poco y no a los pocos que tienen mucho”. Otra cosa muy distinta es “la austeridad popular, no una propuesta de ahorro a corto plazo, sino una verdadera estrategia de renovación y transformación de la sociedad”.

Austeridad popular “no quiere decir estar contra el bienestar, sino rechazar aquel bienestar del que las masas reciben únicamente las migajas y a veces ni siquiera éstas: lo que no significa, por principio, reducir el consumo, sino limitar el consumo improductivo, parasitario y lujoso, para ampliar el productivo, social y sustancial”. La austeridad popular tampoco quiere ser “un listado de necesidades y objetivos, o un programa puramente económico, sino una propuesta que contenga también valores morales e ideales, capaz de reclamar no sólo el interés, sino también el entusiasmo y la tensión espiritual de los trabajadores, de las mujeres, y en especial de los jóvenes”.

La batalla por la austeridad se ha entrelazado, desde hace muchos años ya, tanto en Italia como en España, con la batalla de la renovación urbanística. Ha atraído a las fuerzas políticas y culturales, pero especialmente

ha hecho surgir una participación amplia de las masas que hasta hoy concebían a la ciudad como mal menor respecto al campo y que hoy intervienen directamente para decir cómo ha de ser “su” ciudad.

#### 4. Recuperar espacios y construcciones

La recuperación de la ciudad representa el modelo de planificación e intervención para lograr la austeridad urbanística. Se trata de una estrategia conjunta y no de actuaciones que quedan aisladas, aun siendo positivas. Por tanto, recuperar la ciudad no quiere decir solamente restaurar las

casas de su centro histórico sin expulsar a sus habitantes, ni rehabilitar las casas degradadas que existen en el tejido del ensanche decimonónico y en las periferias modernas y contemporáneas a costes soportables para los habitantes: recuperar la ciudad significa esto, pero también significa otras muchas cosas más.

Recuperar la ciudad quiere decir rechazar para el futuro ese “desarrollo a saltos” que, también en Madrid, tan sólo ha servido para valorar las propiedades inmobiliarias, con un despilfarro enorme de suelo y con la marginación de los trabajadores, económicamente más débiles; pero tampoco significa rellenar los espacios sin edificar con un mar de viviendas por par-



te de la iniciativa especuladora. Recuperar la ciudad, sin embargo, quiere decir aprovechar todo terredo aún libre en los tejidos ya edificados para satisfacer el enorme déficit de servicios públicos, escolares, asistenciales, sanitarios, deportivos, verdes, que hemos heredado de las gestiones urbanísticas del pasado: para poder así realizar una de las premisas fundamentales de las que, cuando escribí hace muchos años mi libro "La administración del urbanismo", definí como "las libertades urbanas".

Recuperar la ciudad también significa mantener en su uso actual aquellas actividades industriales y artesanales que se realizan en el interior del tejido urbano, revitalizándolas y acondicionándolas contra toda contaminación. La destrucción de estas estructuras productoras representaría una pérdida económica, únicamente justificada por los especuladores, y también una grave pérdida social, porque facilitaría e incluso haría necesario el alejamiento de las viviendas obreras ligadas a ella.

Vemos, pues, que también la recuperación de las viviendas degradadas se sitúa en un marco unitario que se refiere a la ciudad en su conjunto: ya se trate de edificios históricos, cuyos valores arquitectónicos hay que proteger, o se trate de edificios por rehabilitar o incluso por sustituir radicalmente, el hecho de la recuperación pierde en este marco todo carácter formal para convertirse en una intervención de economía social y territorial.

## 5. Recuperar funciones, infraestructuras y movilidad

"Recuperar la ciudad" tampoco debe entenderse como una suma de edificios rehabilitados o de terrenos libres reutilizados para usos sociales: la recuperación urbana ha de tender, por lo general, a transformar la ciudad existente en beneficio de sus ciudadanos, más que agrandarla. Y entonces no bastarán los nuevos servicios públicos que han de crearse en las periferias desheredadas, sino que será necesario llevar hasta esas periferias aquellos servicios privados que hasta

hoy el régimen inmobiliario capitalista ha concentrado en las zonas más céntricas de la ciudad. El equilibrio entre los barrios mejor dotados y los peor dotados, también se realiza equipando en estos últimos áreas y ejes viarios donde se estimule la presencia del sector terciario comercial, profesional, administrativo.

Así el bloqueo de la terciarización de las zonas centrales resulta necesario no sólo para evitar su ulterior congestión, sino también para favorecer una terciarización moderada de las periferias. En esta exigencia de recuperación urbana no existe ninguna hostilidad ideológica contra la función terciaria, que, por el contrario, hoy representa el elemento clave para el progreso económico y social: justamente por esto, su segregación en una única zona de la ciudad priva a los demás tejidos urbanos de un elemento indispensable para una mejora en la calidad de la vida.

Recuperación urbana significa incluso enfrentarse con la antigua contradicción entre ambiente humano y ambiente natural, protegiendo y poniendo al servicio de la colectividad ciudadana aquellas áreas con valor paisajístico con las que la ciudad ha tropezado en su propia expansión y que a veces amenaza con privatizar o, peor todavía, con destruir, garantizando además la supervivencia de aquellas que existen hoy en día. Demasiadas veces, los "anillos verdes" de tradición anglosajona se han convertido en las ciudades mediterráneas en la protección tecnócrata de operaciones especulativas tan singulares como frecuentes: es mejor localizar más explícitamente parques fluviales y montañosos, cuñas verdes que el crecimiento urbano todavía no ha violado, manteniendo sus características naturales y haciéndolos accesibles para la población. De este modo, al menos en parte, podremos recuperar la Naturaleza para la ciudad.

Recuperar la ciudad significa también considerar todo el sistema de infraestructuras urbanas como una única gran máquina, que alimenta y depura los circuitos principales de la ciudad. Hasta hoy, estas infraestructuras tecnológicas permanecían en recíproca y permanente contradicción: sin embargo, las aguas de las alcantari-

llas depuradas se destinan a fertilizar los parques urbanos, así como la producción termoeléctrica genera aguas calientes de la refrigeración, que a su vez son utilizadas para calentar viviendas y edificios públicos. El mismo sistema de tráfico puede contemplarse dentro de este cuadro orgánico infraestructural: concediendo al transporte férreo la hegemonía en el desplazamiento capaz de salvar a la ciudad de la paralización, sin suprimir la circulación de coches, pero sí devolviendo al peatón por lo menos una parte de lo que la máquina le había robado. Todo ello permite aumentar al máximo la eficacia de la ciudad, reduciendo al mínimo el derroche de energía, agua y trabajo humano.

## 6. Recuperar nuevas partes de la ciudad

Si la recuperación urbana significa dedicarse en primer lugar a la mejora de la calidad de vida en la ciudad existente, también cumplirán este objetivo los "nuevos trozos de ciudad", las expansiones futuras. La enorme dimensión de estas expansiones ha representado el caballo de batalla de la vieja planificación urbanística megalómana y desarrollista. El resultado está a la vista de todos: crecimiento desordenado de la ciudad, elevadas densidades y congestión residencial, sistemática expulsión de las instalaciones industriales, costes elevadísimos de los terrenos edificables que repercutían en el coste de la construcción. El dimensionamiento desarrollista de las expansiones urbanas ha fracasado: y hoy es tanto más absurdo cuanto que el crecimiento demográfico de las grandes ciudades se ha parado —y Madrid no es ciertamente una excepción a la regla— y la expansión de todo el área metropolitana, lógicamente, se repartirá entre el centro y la periferia.

En la recuperación urbana, por tanto, han de buscarse nuevas áreas de expansión residencial e industrial, en la medida en que sirven para cualificar a la ciudad en su conjunto, y allí donde sirven para complementar y regenerar su periferia. Más que nuevas expansiones gigantes, se necesitan áreas para realizar una operación de

sutura en los deshilachados bordes de la ciudad, pero también en el interior, para lograr con esas nuevas intervenciones la revitalización de los tejidos ya existentes. Particularmente, por lo que se refiere a las viviendas, el problema principal es el de poder contar con la financiación pública indispensable para la construcción de las viviendas que logren un nuevo equilibrio social.

## 7. Programación popular para recuperar la ciudad

Recuperar la ciudad significa rechazar el desarrollo exclusivamente cuantitativo, indiferente a la calidad; y entonces, en el caso de las viviendas, la

recuperación urbana tendrá que programar las medidas que se adopten en la planificación residencial, tanto las destinadas a la rehabilitación de viviendas como las destinadas a la creación de nuevas viviendas de iniciativa pública, de protección oficial y de iniciativa privada. Pero recuperación urbana no significa organizar "a posteriori" el gasto para la transformación y crecimiento de la ciudad: por el contrario, significa concebir el plan urbanístico desde su elaboración como un programa a realizar gradualmente, según prioridades establecidas por las necesidades sociales y productivas de la población, adecuado a las posibilidades reales de inversión tanto pública como privada, en una sucesión de actuaciones que permita en cada intervención mejorar un poco la

calidad de vida y preparar y estimular las futuras actuaciones.

Para que todo esto sea posible es necesario también que la síntesis política de la operación urbanística se construya y realice continuamente sobre la sólida base de la voluntad popular; es necesario que el Plan, tal como se ha hecho en Madrid, se construya desde abajo, buscando las necesidades populares en los barrios más olvidados y recomponiendo el modelo urbano en su conjunto según las propuestas y orientaciones fundamentales, surgidas desde la base de la comunidad ciudadana.

Todo esto se ha cumplido puntualmente en la elaboración de la propuesta "general" para el Plan de Madrid, de lo que la ley española define como "Avance del Plan". De hecho, la descripción que he intentado hacer aquí de la recuperación urbana, sigue fielmente la huella constituida por la propuesta urbanística madrileña, sus caracteres generales y, a menudo, también las soluciones particulares tomadas.

En Madrid se ha tenido que empezar por "recuperar" la competencia urbanística sustraída a la responsabilidad municipal desde casi medio siglo: y se ha seguido adelante, partiendo del conocimiento político de las necesidades populares y de su elaboración técnica en todos los distritos de la ciudad. La estrategia, los principios, los objetivos del Plan urbanístico propuesto representan hoy la formulación más completa de la recuperación urbana: una propuesta de alto valor técnico, cultural, político, un modelo para cada actuación urbanística que durante estos años se intentará llevar a cabo en un país industrializado.

Personalmente, tras una vida de trabajo por la renovación urbanística en mi país, me siento orgulloso y feliz de haber podido participar, aun de forma marginal, en la construcción de estas propuestas para el futuro Plan de Madrid. Hoy puedo tan sólo desear que la propuesta llegue sin traumas a su elaboración final y que en el futuro la aplicación del Plan pueda seguir encontrando realizadores tan capaces y entusiastas y ciudadanos legítimamente decididos a realizarlo.



# Las Malvinas, la CEE y la OTAN

López Salinas

**L**A crisis de las islas Malvinas, saldada no por vía de negociaciones, sino por la victoria militar del Reino Unido, va a afectar profundamente a las relaciones de los pueblos de América Latina con la Comunidad Económica Europea y con su vecino del Norte: los Estados Unidos de Norteamérica.

rica.

La guerra del Atlántico Sur, conflicto colonial con sabor a petróleo y novelas a lo Kipling, se ha convertido, de hecho, en una confrontación Norte-Sur, en una confrontación entre los países capitalistas altamente desarrollados y el drama que vive la Humanidad del Tercer Mundo, que exige un nuevo orden económico internacional, el respeto a la soberanía e independencia nacionales de los pueblos que lo componen.

Cierto es que el hecho inicial del conflicto armado fue la agresión argentina; que la Junta Militar presidida por Galtieri, para acallar las protestas del pueblo, para acallar las voces de las madres de la plaza de Mayo, que llevan años y años reclamando por los desaparecidos; para yugular huelgas y manifestaciones, libertades políticas y sindicales, inició la aventura militar

frente a los ingleses sin medir las consecuencias que de ello podían derivarse. Pero no es menos cierto que la soberanía argentina sobre las islas Malvinas es incuestionable; no hay más que echar una ojeada a la Historia y a la geografía. Y que el pueblo argentino, los sucesivos Gobiernos que han sido en dicho país, viene reclamando desde hace más de cien años esa parte integrante de su territorio. Y que los sucesivos Gobiernos del Reino Unido han venido dando la callada por respuesta, amparados no en la razón, sino en la fuerza de sus armas.

Por eso, la reacción del Gobierno de la señora Thatcher y sus aliados en la OTAN y en la CEE ha sido arrogante y desproporcionada. No han querido negociar, sino humillar al pueblo argentino. Y a través de su victoria militar, advertir y disuadir a otros pueblos que hoy luchan de diversas formas contra el colonialismo y el neocolonialismo.

Los EE. UU., que al principio se presentaron ante la opinión pública mundial como mediadores en el conflicto, pasaron, rápidamente, a ponerse al lado de su aliado europeo. Cabe recordar que, cuando en la Organización de Estados Americanos se votó el apoyo a Argentina, ellos se abstuvieron en dicha votación. Y que horas





más tarde, el mismo día, hicieron declaración pública de su apoyo político y militar al Reino Unido. Las idas y vueltas de Haig como secretario de Estado a Buenos Aires y Londres, pasando por Washington, perseguían no una solución negociada, sino que los argentinos se ablandaran ante las presiones políticas y diplomáticas y que los británicos ganaran tiempo para poner a punto su dispositivo militar. Claro está que la guerra de las Malvinas, entre otras cosas más sustanciosas —posibilidad de una base militar, posibilidad de explotación de los yacimientos petrolíferos—, ha supuesto para los EE. UU. un banco de pruebas perfecto para aplicar en vivo su moderna tecnología militar, su material de guerra más sofisticado. Los muertos los han puesto ingleses y argentinos, pero la OTAN y los yanquis, todo lo demás. No hay que olvidar la miserable alegría de Mr. Luns, secretario general de la OTAN, el cual, frotándose las manos, indicaba que la citada guerra era una buena ocasión para que la flota inglesa pudiera mostrar su capacidad de combate. La demostración, evidentemente, estaba orientada hacia la URSS y los países socialistas; lo que ocurriera con los argentinos importaba un bledo.

La actitud de Haig y Reagan ha determinado la ruptura de la "solidaridad" interamericana, se ha ahondado el foso entre los EE. UU. y la práctica totalidad de los pueblos de América Latina. La Comunidad Económica Europea, presionada por el Gobierno conservador de Londres y por el imperialismo americano, se ha solidarizado activamente con el colonialismo británico. Al apoyar abiertamente al Reino Unido y decretar el bloqueo económico indefinido contra Argentina, ha enfrentado a los pueblos de América Latina con los pueblos de Europa adscritos a la CEE y a la OTAN.

Los resultados de esa confrontación van a verse en los próximos tiempos, a la corta o a la larga. A pesar del revés sufrido en las Malvinas, los argentinos van a seguir manteniendo su reivindicación sobre las islas; organizaciones como la OEA y el TIAR pueden ir a parar a la cloaca de la Historia, y el antiimperialismo, desde Río Grande a la Tierra de Fuego, se va a extender como una mancha de aceite. Y las sanciones económicas

impuestas por la Comunidad Económica Europea al pueblo argentino, que sin duda han perjudicado a dicho país, pueden volverse ahora contra los sancionadores.

Lo cierto es que, hasta el conflicto de las Malvinas, Galtieri y su Junta Militar aparecían como los amigos más fieles del imperialismo americano y, por tanto, de la OTAN. Galtieri era el líder del anticomunismo en América Latina, el lacayo más dócil de Reagan y sus acólitos. Pero una vez más, y ésta con toda claridad, se ha demostrado que Washington no tiene amigos, sino intereses. Y los intereses del imperialismo americano están por encima de la doctrina Monroe, de la OEA o del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, por encima de la solidaridad interamericana. Los Gobiernos de América Latina, ya sean de derechas, ya sean abiertamente proyanquis, ya sean dictaduras sangrientas a lo Junta Militar argentina, no pueden permitirse veleidades frente a los amos del Norte. Han descubierto que la OTAN no es sólo una alianza militar agresiva frente a los países socialistas, sino también un instrumento para salvaguardar los intereses imperialistas de los EE. UU. o de algunos, no de todos, de los miembros más notorios de dicha Alianza, en este caso el Reino Unido.

Reagan ha optado en favor de la OTAN, como era de prever, frente a Argentina, la OEA y el TIAR, frente a los pueblos latinoamericanos. Ha optado, en definitiva, por la política de bloques militares caiga quien caiga. Aunque quien caiga sea el Galtieri de turno, el lacayo a su servicio que ha tenido la veleidad, seguramente no premeditada, de poner en contradicción la política exterior de los EE. UU. Pero el que siembra vientos recoge tempestades. Y así ha ocurrido que las contradicciones internas del sistema capitalista, del cual forma parte Argentina, han llevado a que el siervo se rebele contra el señor, a que el general Galtieri, títere de los EE. UU., denuncie al imperialismo yanqui como el enemigo principal del pueblo argentino, el causante de su derrota.

El pueblo argentino tiene ante sí una tarea nada fácil de llevar a cabo. De un lado, luchar por el cambio político en su país liquidando la Junta Militar, sustituyendo a ésta por un Gobierno provisional representativo

de todas las fuerzas políticas democráticas. De otro, impedir que se lleven a término los designios de los EE. UU. de sustituir a un general por otro general, o a un general por un civil de la cuerda del Departamento de Estado americano. Impedir que las cosas cambien para que todo siga igual.

Esta situación, antes lo apuntaba, va a obligar a los pueblos latinoamericanos a plantearse de forma distinta las relaciones Norte-Sur, su posición frente a Europa y los EE. UU. En este sentido es sintomática la posición de Argentina y de otros países del continente americano en la reunión de los no alineados celebrada recientemente en La Habana. Cuestiones tales como la dependencia económica y de armamentos se van a poner al orden del día.

De otra parte, el conflicto de las Malvinas ha puesto de manifiesto, como otras veces en la historia del movimiento obrero, la inconsistencia política e ideológica de la Internacional Socialista, al menos de una parte de sus miembros. Han prevalecido los intereses de Estado frente a las ideologías proclamadas. Así, partidos socialdemócratas en el poder, tales como el francés o el alemán, han apoyado al Gobierno más reaccionario que padece Gran Bretaña desde comienzos de siglo. Ello ha llevado a los, en general, poco influyentes partidos socialdemócratas latinoamericanos a una situación grave, no fácil de resolver. A un cierto estallido de contradicciones ideológicas y políticas en el seno de la II Internacional a cuenta del alineamiento de una parte de ésta con el imperialismo americano frente a los pueblos de América Latina.

La situación creada debería hacer pensar al Gobierno español acerca de lo que supone, o puede suponer, el ingreso de España en la OTAN. Desde hace ya bastante tiempo se ha reforzado la tendencia, y el caso de las Malvinas es la evidencia de ello, a intervenir en cualquier lugar del mundo donde se cuestione, de un modo u otro, los intereses de los países con mayor peso dentro de la OTAN, fundamentalmente de los EE. UU. Hace muy poco, Sulzberger, el conocido comentarista político norteamericano, decía que "la OTAN debe reconocer de modo abierto que tiene la responsabilidad moral de hacer todo lo que esté en su mano no sólo para defenderse en una guerra, sino también pa-

ra demostrar el interés activo de la coalición en los acontecimientos militares, políticos, económicos y cuando sea posible ideológicos de aquellas zonas del Atlántico Norte".

El lenguaje no puede ser más claro, es el lenguaje de la confrontación total, de la política al borde de la guerra, no sólo frente a los países socialistas, sino también frente a los no alineados, frente al Tercer Mundo, frente a los pueblos que luchan por su soberanía e independencia nacionales.

Ello significa que España, amén de sufrir la destrucción nuclear caso de un conflicto armado con el Pacto de Varsovia, puede verse envuelta en toda una suerte de guerras locales o conflictos políticos y económicos con países de no importa qué lugar del mundo con los cuales no tenemos ninguna colusión de intereses, antes al contrario. Y que en los contenciosos larvados o abiertos con otras potencias, con el Reino Unido a cuenta de Gibraltar, con Marruecos a cuenta de las reivindicaciones sobre Ceuta y Melilla, está claro que la Alianza Atlántica nos dejaría descolgados.

España, en la OTAN, en el mejor de los casos, va a ser la comparsa de los principales actores. España no es el Reino Unido, Francia, Alemania Federal o los EE. UU. No vamos a pintar nada en las decisiones militares o políticas fundamentales. Como no pintó Grecia cuando su enfrentamiento con Turquía.

España, en el conflicto de las Malvinas a causa de su entrada en la OTAN, a causa de la ambigüedad del Gobierno de Calvo-Sotelo en su deslavazado apoyo al pueblo argentino, ha visto disminuidas las posibilidades de una política exterior acorde con nuestra historia y con nuestros intereses como Estado soberano. Si España, por pertenecer a la OTAN, sacrifica sus privilegiadas relaciones con América Latina, cometerá un error histórico de incalculables consecuencias. La entrada en la OTAN cuestiona, está cuestionando ya nuestra historia y nuestros intereses latinoamericanos. Nuestra entrada en la OTAN, la permanencia en nuestro suelo de bases yanquis, está cuestionando ya nuestras relaciones con los pueblos árabes. ¿Quién puede responder hoy a la pregunta de si las bases americanas no están siendo utilizadas para la agresión a libaneses y palestinos?

# El laberinto libanés

Teresa Aranguren

**E**

L Líbano es un país extraordinario, mientras la gente se está matando dos calles más abajo, tú puedes entrar en un refinado restaurante, pedir el más sofisticado plato de la cocina francesa, y, con las explosiones de las bombas como música de fondo, brindar con champán de la mejor cosecha". La frase corresponde a un miembro del cuerpo diplomático acreditado en Beirut; tras el cínico snobismo de

estas palabras no es difícil descubrir los viejos supuestos del "europeo colonial" ansioso de experiencias exóticas con las que adornar su conversación de hombre de mundo, blanco, occidental y civilizado que observa la "tragedia espectáculo" de los otros. Los otros, claro está, suelen ser pueblos que en un pasado no muy lejano, formaron parte del imperio colonial de su país y su tragedia tiene mucho que ver con este dato.

El Estado del Líbano, tal como ahora lo conocemos, tiene una existencia muy reciente; en realidad es el resultado del reparto del Imperio otomano llevado a cabo por Francia e Inglaterra al finalizar la primera guerra mundial. Lo que históricamente se había conocido como Líbano era una provincia de Siria que comprendía las tierras montañosas del actual país, habitadas por una población en su mayoría cristiana (maronitas fundamentalmente) y que al igual que el resto del mundo árabe formaba parte desde el siglo XVI del gran Imperio turco.

Durante la primera guerra mundial, la población árabe, alentada funda-

mentalmente por Inglaterra (recuérdese Lawrence de Arabia y su famosa legión árabe) se levantó contra el poder turco aliado de Alemania, creyendo en las promesas europeas de que una vez lograda la victoria alcanzarían su independencia. Sin embargo, las intenciones de las potencias aliadas eran muy otras, y concluida la contienda, la partición del mundo árabe se puso en marcha: Francia se quedó con los territorios de las actuales Siria y Líbano e Inglaterra con los de Palestina y Jordania.

Esta traición, que no ha sido nunca olvidada, está en la raíz del antioccidentalismo que subyace, unas veces latente y otras explícito, en todos los movimientos árabes de carácter nacionalista.

En el año 1920, Francia, siguiendo la política del "divide y vencerás", creó el Estado independiente del Gran Líbano, bajo protectorado militar francés, añadiendo a la antigua provincia cristiana los puertos de Tiro, Sidón, Trípoli y Beirut. De este modo se desgajaba de Siria, foco principal del arabismo, una importante porción de territorio y nacía un nuevo Estado en el que las comunidades cristianas representaban el 50 por 100 del total de la población.

Desde el comienzo de su mandato, el Gobierno de París potenció y apoyó el desarrollo de estas comunidades, en especial los maronitas, estableciendo estrechos lazos comerciales y financieros con ellos y afianzando su dominio político y económico sobre la población musulmana. El francés pasó a ser la lengua habitual de estos cristianos ricos para los que hablar árabe era un signo de pobreza, subdesarrollo y falta de estilo.

Conviene aclarar, sin embargo, que esta occidentalización de los cristianos no fue general; basta recordar que muchos de los más conocidos líderes del arabismo son y han sido cristianos: Michel Aflak, Antonio Saade, Georges Habache, Nayef Hawtmeh, Nicolas Chaoui...

La peculiar compartimentación religiosa del país se traduce en un espíritu de clan, más fuerte y anterior al sentimiento nacional, que hace que un libanés se sienta en primer lugar maronita, ortodoxo-griego, sunnita o chiita, en segundo lugar cristiano o musulmán y sólo en último término libanés.

Si en todo el Oriente Medio es evidente la necesidad de tolerancia mutua y de un cierto grado de compromiso entre las distintas confesiones religiosas que a lo largo de la Historia han convivido en sus tierras, en el caso del Líbano es una cuestión de supervivencia. Todo el sistema político, económico y social del país refleja este mosaico de religiones; los escaños parlamentarios se distribuyen proporcionalmente entre representantes de los grupos religiosos y por estricta convención el Presidente de la República ha de ser un cristiano maronita, el primer ministro sunnita y el portavoz de la Asamblea Nacional un chiita.

En 1945, la total retirada de las tropas francesas marca el inicio de la independencia del Líbano, pero el foso entre las dos comunidades se mantuvo y se vio acrecentado cuando la creación del Estado de Israel, el 15 de mayo de 1948, trajo consigo el éxodo de 750.000 palestinos, muchos de los cuales (cerca de 300.000) vinieron a instalarse en míseros campamentos al Sur del país. La aparición de los refugiados radicalizó las posiciones: para los cristianos occidentalistas la presencia palestina representaba una amenaza a sus intereses económicos y políticos, ya que su objetivo era lograr un Líbano desgajado del mundo árabe, un segundo enclave de Occidente en la zona, después de Israel; para la población musulmana y para muchos cristianos esta finalidad significaba traicionar sus raíces y su auténtica condición de libaneses y árabes.

A partir de los años 50, el crecimiento demográfico de la población musulmana (con una tasa de natalidad muy alta) vino a poner en peligro

la tradicional supremacía cristiana. Pese a que no se ha realizado ningún censo desde 1932 (posiblemente por miedo a los resultados), se supone que al menos un 60 por 100 de la población es ya de religión musulmana. La filosofía del Líbano comenzaba, pues, a parecerse a la del resto del mundo árabe, donde las comunidades cristianas, aunque con un gran peso en la economía de sus países respectivos, no pasan de constituir minorías religiosas insertas en una sociedad de marcado carácter islámico.

Las milicias cristianas, muy en especial los falangistas, no podían resignarse a aceptar un proceso que significaba el retorno a la distribución demográfica anterior al mandato francés y la pérdida de sus privilegios políticos.

La mecha de la guerra civil ya estaba preparada, sólo faltaba prenderle fuego.

El primer brote de violencia a gran

escala tuvo lugar en 1958 cuando la población musulmana se rebeló ante los intentos del Presidente de la República, Camille Chamoun, de eliminar de sus puestos en el Parlamento a los diputados nacionalistas opuestos a su política de alianzas con Occidente. La ira de los sublevados llevó a la destrucción de las oficinas de los Servicios de Información de los Estados Unidos en Trípoli y en Beirut; el Presidente llamó a Washington pidiendo ayuda y el 14 de abril de 1958, cerca de 10.000 marines americanos desembarcaban en las costas libanesas, poniendo fin a una crisis que no era sino el reflejo de la inevitable división del país.

Desde 1965, el inicio de la actividad de la guerrilla palestina viene a añadir un nuevo elemento de carácter decisivo en el difícil equilibrio libanés: las acciones de represalia israelíes. El 28 de diciembre de 1968, y en respuesta al atentado palestino contra un





avión de El Al ocurrido en Atenas, los comandos israelíes llegaron hasta el aeropuerto de Beirut, destruyendo totalmente 14 reactores de la compañía MEA, mientras el Ejército permanecía inactivo. El 16 de septiembre de 1972, en una expedición de castigo que duró treinta y seis horas, Israel causó la muerte de más de un centenar de civiles, 30 militares y unos 50 fedayines. La indefensión del Líbano es ya evidente para todos: la actitud de las Fuerzas Armadas ante los ataques israelíes es de total pasividad, mientras las milicias cristianas se muestran cada vez más violentas y dispuestas a enfrentarse no con Israel (del que de modo clandestino han comenzado a recibir ayuda), sino a los intrusos palestinos y a sus aliados los progresistas libaneses.

Es un período de continuos enfrentamientos callejeros, asesinatos y venganzas que culminará con el ametrallamiento de un autobús de palesti-

nos en el centro de Beirut, a cargo de un grupo de falangistas parapetados en una iglesia. Era el 13 de abril de 1975 y la guerra civil en el Líbano ya había estallado.

Aunque en un principio la política oficial de la OLP fue el mantenerse al margen del conflicto (Yaser Arafat actuó en repetidas ocasiones como mediador para lograr un alto el fuego), lo cierto es que el desarrollo de los acontecimientos y la actitud de algunos grupos de la guerrilla pertenecientes al Frente de Rechazo, llevaron a los palestinos a verse totalmente envueltos en la guerra civil.

También el Ejército intenta mantenerse fuera de la lucha; su primera intervención, el 9 de diciembre del 75, no está, sin embargo, encaminada a separar a los contendientes, sino que se sitúa claramente del lado de los falangistas cristianos, que para esas alturas de la guerra se encontraban ya en franca desventaja.

Un joven teniente llamado Jatib se declara en rebeldía y forma el Ejército del Líbano Árabe; es el comienzo de la desintegración de las Fuerzas Armadas, soldados y oficiales pasarán a integrarse en uno de los dos bandos en lucha.

En enero del 76, el desarrollo de la contienda es manifiestamente favorable a los musulmanes que controlaban el 80 por 100 del territorio; los cristianos estaban reducidos en el enclave de Jounieh, que habían convertido en su capital.

La partición del país parecía ya inminente, y es en ese momento cuando las fuerzas sirias intervienen (abril del 76), produciéndose una extraña alianza entre las tropas de Damasco y los cristianos derechistas. Su objetivo es aplastar a la guerrilla palestina. El cerco del campo de refugiados de Tel Al Zaatar, donde miles de palestinos, sin distinción de sexo ni edad, fueron aniquilados es uno de los episodios más terribles de esta guerra en la que la crueldad fue la norma.

Tras varios intentos inútiles de poner fin a las hostilidades, la Liga Árabe consigue en octubre del 76 un alto el fuego. Un amplio contingente de las fuerzas árabes de disuasión (con masiva participación siria) queda en territorio libanés para proteger la paz. El resultado de esta guerra ha sido: 60.000 muertos, más de 100.000 heridos y un país arrasado, sin Ejército y sin Administración central.

Desde entonces la historia del Líbano ha venido marcada por la persistencia de la guerra civil soterrada bajo el aparente alto el fuego y que en cualquier momento se hacía presente en el disparo anónimo de un francotirador o en la pelea callejera de dos grupos rivales armados hasta los dientes.

Mientras tanto, las incursiones israelíes en las assoladas tierras del Sur han continuado hasta culminar en la reciente invasión que, apoyada por las falanges cristianas, pretende levantar un nuevo Líbano, cristiano, occidental y aliado de Israel sobre los cadáveres de los refugiados palestinos y de los libaneses progresistas ligados en un mismo trágico destino.



# Emancipaciones nacionales

Mikel Camio

Organizado por el ISER (Instituto Socialista de Estudios e Investigaciones) y la dirección del Partido Socialista Francés, se ha celebrado en París, los días 7, 8 y 9 de junio el tercero de sus seminarios después de la victoria socialista en Francia. La recepción final en la sede del presidente de la Asamblea Nacional era testimonio del acceso al Gobierno hace un año del PSF.

En las mismas fechas se celebraba la cumbre de Versalles de los siete grandes, acogidos por el Presidente Mitterrand, no lejos del retirado hotel del Bougival, donde se reunía el seminario. Esta grandilocuente comparación quiere ejemplificar las contradicciones de las fuerzas de izquierda en el momento actual, la realidad de las relaciones internacionales y los principios y aspiraciones de socialistas y comunistas por un nuevo internacionalismo; la impotencia de las fuerzas de izquierda para superar la lógica de bloques y la necesidad de lograrlo para dar pasos en una política socialista.

También en los mismos días era inminente la batalla de Puerto Argentino en las Malvinas, Israel invadía el Líbano provocando miles de muertos, otro golpe de Estado en la República de Tchad. La realidad llamaba a la puerta de este seminario que reunía a representantes de los partidos socialistas y socialdemócratas de casi toda Europa: Francia, España, Italia, Austria, R. F. Alemania, Holanda, Bélgica, Suecia; de partidos eurocomunistas: PCI, PCE; de partidos y movimientos de liberación de América Latina: Salvador, Chile...; de Africa: Marruecos, Argelia, Túnez, Alto Volta, Senegal (L. Senghar intervino en la clausura), Madagascar, Mozambique, Tanzania, del Irán; intelectuales y representantes de institutos de investigación de España (Sandoval, Claudín), de Austria, del Centro de Estudios Africanos, de Bélgica, de Hungría, de Yugoslavia... y mayoritariamente del propio ISER. En torno a cien delegados. Es decir, que siendo trágica la realidad de las relaciones internacionales, sin embargo, es cierta la voluntad política de superar esta situación entre los socialistas, los socialdemócratas, los comunistas, los movimientos de liberación y ese era el motivo y, en sí mismo, uno de los mejores frutos de la reunión.

El seminario pretendía, pues, una reflexión común, plenamente libre, sobre el tema enunciado, un intercambio de experiencias, un conocimiento mutuo, un reforzamiento de las relaciones. Si por un lado era un seminario de estudios, había también una idea de representación, patente por las invitaciones cursadas. En la clausura intervenían L. Jospin, secretario general del PSF, y los jefes de las delegaciones extranjeras. Quiero resaltar la presencia del PCE, en cuyo nombre intervino Jordi Borja. Frente a tantos agoreros, el PCE es una fuerza con la que se cuenta para plantearse el nuevo internacionalismo.

En la elección del tema se manifiesta una

superación del análisis interno: socialdemocracia, estalinismo, para pasar a afrontar los grandes problemas y sus posibles soluciones del mundo actual: la guerra, el hambre, la opresión, la dependencia.

El ISER, con el calor del triunfo socialista, ha jugado un papel central en la realización de este encuentro y sin duda sus gentes son quienes han hecho las aportaciones decisivas, un plantel de cuadros, en solución de continuidad de jóvenes y generaciones maduras con responsabilidades en el PSF y en la Administración francesa, eran el centro del seminario. El acceso al Gobierno suscita y plantea con renovada pasión los viejos problemas del internacionalismo a la izquierda europea.

## Planteamiento de los temas

Fue Michelet del ISER quien planteó las transformaciones económicas en la actual fase del capitalismo, reclamando una revisión de la concepción leninista del imperialismo como fase superior del capitalismo.

Si a una primera etapa de exportación de mercancías sucedió la exportación de capitales (imperialismo), la fase actual debe ser caracterizada como la de exportación del capital productivo. El papel creciente de los países del Tercer Mundo en determinados sectores productivos, la aparición de mercados de valores en la periferia, supone un crecimiento de los intercambios, una acentuación de la internacionalización de la producción y de las actividades financieras internacionales. Las autoridades monetarias públicas no regulan esta nueva situación. Se profundiza la internacionalización de las economías más industrializadas, se acelera la formación de un capitalismo mundial. Esto determina una nueva articulación del centro y la periferia del sistema y agudiza las dependencias en una forma nueva, impidiendo un desarrollo autocentrado, especialmente en la periferia del sistema.

Las cuestiones que esta situación plantea son las de la validez de una terapéutica nekeynesiana a la crisis y la de la validez de una política de cooperación sostenida en modelos de desarrollo autocentrados.

Efectivamente, esta fase del desarrollo capitalista con su nueva división internacional del trabajo plantea nuevas tareas a las opciones socialistas.

Tras este encuadre económico, Carlo María Santoro del PC, analizó muy lúcidamente la lógica de la política de bloques. Caracterizó la bipolaridad como la expresión modificada de la política de equilibrio que, heredera de la política internacional del XVIII y XIX, introduce, por otra parte, jerarquías en el seno de cada bloque. La izquierda no puede aceptar sin crítica una política bipolar que plantea dificultades insalvables a la paz mundial, ni tampoco un planteamiento universalista, por futurible y utópico.

Hay que liquidar la bipolaridad constituida por las guerras con una alternativa real, planteada como una operación política.

Se mostró partidario de respetar las reglas esenciales de la bipolaridad para evitar crisis traumáticas: la guerra, en definitiva, cuyo posible escenario quiere Reagan que sea Europa, introduciendo a la vez una lógica nueva, universalista, en las relaciones internacionales.

Esta nueva lógica requiere multiplicar los actores de la política internacional, el resurgimiento de las nacionalidades, nuevos grupos económicos que impidan la realización de la fuerza de las potencias, dispersando las potencias. Mencionó aquí Afganistán, Etiopía, Polonia, Salvador. La fuerza militar no es definitiva y desde 1963 a 1982 estamos en conflictos de palabras, porque la misma potencia armada es un factor de disuasión dada la vulnerabilidad recíproca.

Para actuar en favor de la disuasión y de la superación de la bipolaridad se hace necesario movilizar la opinión exterior e interior (movimientos por la paz), multiplicar las relaciones interpotencias, sumar las energías de las pequeñas potencias que se mueven en el dilema de fortalecerse a cooperar.

La tarea de la izquierda es la de fortalecer la disuasión y abrir paso a la cooperación.

Claudín, ¡qué bien seleccionado el ponente!, tuvo a su cargo el tema del "Internacionalismo proletario y el hegemonismo soviético".

Después de considerar inadecuada la caracterización de "hegemonista" de la política soviética, porque, según él, le corresponde el calificativo de imperialista, no en el sentido leninista, en el resumen nos diría que no es un imperialismo económico, sino ideológico y político (¡curioso análisis marxista!), se extendió en caracterizar el sistema soviético como la concreción de ciertas características del zarismo, resultado de la Revolución de una minoría, monolítico, militarizado.

Después de pasar por el tema del consenso del régimen soviético como sobre ascuas y de las diferencias entre los países del Este y la URSS, apeló a una acción decidida de la izquierda en apoyo de los cuadros reformistas de los PP. CC. y, sobre todo, de los disidentes que luchan frontalmente contra el sistema. Era lógico después de un tal análisis de los países del Este. Entre los allí presentes, conocidas las posiciones respectivas, la discusión se centró en la caracterización de los regímenes en esos países, del consenso social, de la vía reformista, del papel de la izquierda y del tipo de relaciones a mantener con esos PP. CC.

El siguiente tema a cargo del delegado general de relaciones internacionales del PSF, Philippe Farine, fue el de los movimientos de liberación nacional. Consideró trasnochado el planteamiento tercermundista, que siguió un papel en los años 50-60, reclamando una alianza de los movimientos de liberación nacional, los mo-

# y nuevo internacionalismo

vimientos de liberación en los países del Este y los movimientos de transformación social en Europa. Combatió la exaltación nacionalista pidiendo que no se santifique lo nacional, y sugirió que ante las dificultades de diálogo y de mutuo reconocimiento era necesario un internacionalismo pluralista, una convergencia desde experiencias diversas, que se apliquen a tareas concretas, "sabemos lo que queremos —terminó—, pero no cómo lograrlo".

La ponencia más polémica, sin duda, fue la de Jacques Huntzinger, secretario nacional para las relaciones internacionales del PSF.

Señaló a Europa como el continente decisivo para la paz, para la cooperación internacional, para el socialismo, por su historia, por la repercusión de sus conflictos, por su "universalismo", por su situación entre el Norte y el Sur, entre el Este y el Oeste, y dentro de Europa, el centro: Francia, Alemania. Como dijo un delegado africano, "y en el centro, el ombligo de monsieur Mitterrand". Para él estamos saliendo de la II y de la III Internacional y estamos en la fase de una nueva forma de convergencia. No debemos olvidar que a pesar de la crisis de 1920 hay un terreno común del movimiento obrero europeo: socialistas y comunistas se necesitan.

Recordó la ambigüedad del resurgimiento nacionalista que puede adoptar salidas progresistas o conservadoras. (Es útil reflexionar después del reciente viaje de Mitterrand sobre este tema.) Reclamó un pacifismo europeo más allá de la disuasión y de la "ostpolitik" del PSD. Abogó por una "nacionalidad de Europa" que permita un fondo común socialista.

Por fin, para terminar esta exposición temática, haré referencia a la intervención de clausura de L. Jospin.

Hay que abandonar, para abordar un nuevo internacionalismo, el espíritu de cruzada, así como el escepticismo. Se están replanteando los esquemas de la posguerra: el internacionalismo proletario y el tercermundismo. El socialismo tiene que abordar con nueva visión los problemas internacionales. La exigencia inseparable de socialismo y libertad es el envite actual a la izquierda en todos los países y continentes.

Hay, por otra parte, nuevos problemas en la crisis actual para los que no tienen respuesta las viejas internacionales. La reivindicación, el resurgimiento y la apropiación de la nación por parte de las fuerzas de progreso se plantea en el Este (Polonia), en el Tercer Mundo (Irán), en el Occidente (Francia, Alemania).

El nuevo internacionalismo pasa por la lucha por la paz, el restablecimiento del equilibrio, la firmeza de principios (un internacionalismo pluralista no debe significar la renuncia a los principios) para caminar hacia la disolución simultánea de los bloques, con una táctica que vaya de la realidad a la realidad. Nuevo internacionalismo significa afirmar la propia identidad, respetando las otras, reconociendo que los otros

son necesarios y huyendo de la uniformidad y los dogmas.

Aunque saludó a Bernt Carlsson, secretario de la Internacional Socialista allí presente, afirmó que la III Internacional no es necesariamente la clave. Sólo la democracia puede afirmar el desarrollo; la libertad no es un lujo, es un producto básico en toda sociedad y es el método más económico de desarrollo.

## Algunas cuestiones

El seminario discutió en la libertad a lo largo de cuatro días, y asistimos a un intercambio muy rico de opiniones en los debates que seguían en cada charla y fuera de ellos. No parece inadecuado decir, como lo dijo Jospin en la clausura, que se trata de un movimiento vivo, no dogmático, que busca respuestas en una respetuosa confrontación de ideas.

El papel atribuido a Europa por los socialistas franceses aparece como excesivo. Este "eurocentrismo", sin duda nacido de la voluntad de afirmar la independencia de Europa frente a los bloques y de encontrar un espacio en el conocimiento internacional, no puede convertirse en un nuevo "guía" del movimiento internacional. A pesar de los avances democráticos: Portugal, Grecia, España...; del empuje de izquierda: Francia, Grecia, Europa no es todavía la Europa de los pueblos, no es todavía la Europa de los trabajadores, de la solidaridad, sino la Europa de los Estados capitalistas, herederos del colonialismo, y embarcados en empresas neocoloniales como hemos visto en las Malvinas. Es, además, la Europa de la OTAN y del Pacto de Varsovia. El nuevo internacionalismo será el resultado de experiencias diversas y en ello los movimientos de liberación del Tercer Mundo y sus naciones van a jugar un importante papel. Las fuerzas progresistas en África, en América Latina están, además, empeñadas en la construcción de una identidad común y solidaria en sus continentes. L. S. Senghor lo recordaba en la clausura.

Sería una osadía "eurocentrista" también, y deudora de la II Internacional, ignorar en la construcción del nuevo internacionalismo a los países socialistas, que han destruido la propiedad privada capitalista y que juegan un papel más y más crucial en la esfera internacional. Afirmando la necesidad de la libertad en toda experiencia socialista, los llamados "países del Este" son indispensables al nuevo internacionalismo. Que no se pretenda prolongar la III Internacional no quiere decir que las fuerzas que se reclaman de ella puedan quedar ausentes, si queremos reconstruir la cooperación internacional en un nuevo nivel. Es más, el aislamiento de los partidos comunistas no ayuda, bien al contrario, al desarrollo de la libertad en los países del Este. A este respecto fueron muy expresivas la intervención de Veronica Isenberg, del SPD, y de Tortorella, del PCI, quienes desde perspectivas distintas venían a coincidir en la necesidad de sostener y ampliar las relaciones con los regímenes de los países del Este.

El "teoricismo" de los franceses era compensado por el "pragmatismo" de los socialistas holandeses, alemanes y suecos. Ya se ha dicho que este tema fue objeto de otro seminario. Van Traa, del Partido Socialista holandés, fue preciso al poner autocríticamente en evidencia la contradicción de los socialistas. Contradicción entre el programa y los principios socialistas, internacionalistas y los programas de gobierno, la acción real, base de su fuerza. De una parte, la afirmación antiimperialista y de otra la participación y apoyo a la OTAN. Criticó los postulados teológicos de la IS cuando se proclamaba en Ginebra como "salud del mundo", y trajo a colación la situación en África Austral, en el Sudeste asiático, ahora mismo en el Próximo Oriente, en que la actuación de fuerzas socialistas está plagada de contradicciones. ¿Somos suficientemente fuertes?, se preguntaba y afirmaba a la vez la necesidad de abrirse y sumar más fuerzas, para reencontrar el internacionalismo.

Esta polémica intersocialista es altamente ejemplificadora. ¿Cómo salir del "status quo" hacia una nueva articulación de los países, con una táctica que vaya de lo real a real, sin aventuras, que nos retrotraigan al pasado y al cataclismo en definitiva? En este sentido, y Polonia es un caso, los resultados del pragmatismo del SPD con la "ostpolitik" son avances más serios para la paz en Europa que muchos postulados de la Internacional Socialista. Sin embargo, la política socialdemócrata, tanto en política interna como exterior, aparece atrapada en muchas ocasiones por la lógica de bloques.

Sandoval recordó el ingreso de España en la OTAN y las obligaciones solidarias de los socialistas europeos en este atentado a los intereses de España y al equilibrio europeo.

El nuevo internacionalismo requiere de nuevos movimientos sociales, de los movimientos de liberación, del movimiento por la paz, de más fuerzas políticas..., pero requiere de los partidos políticos, especialmente de socialistas y comunistas para tener resultados.

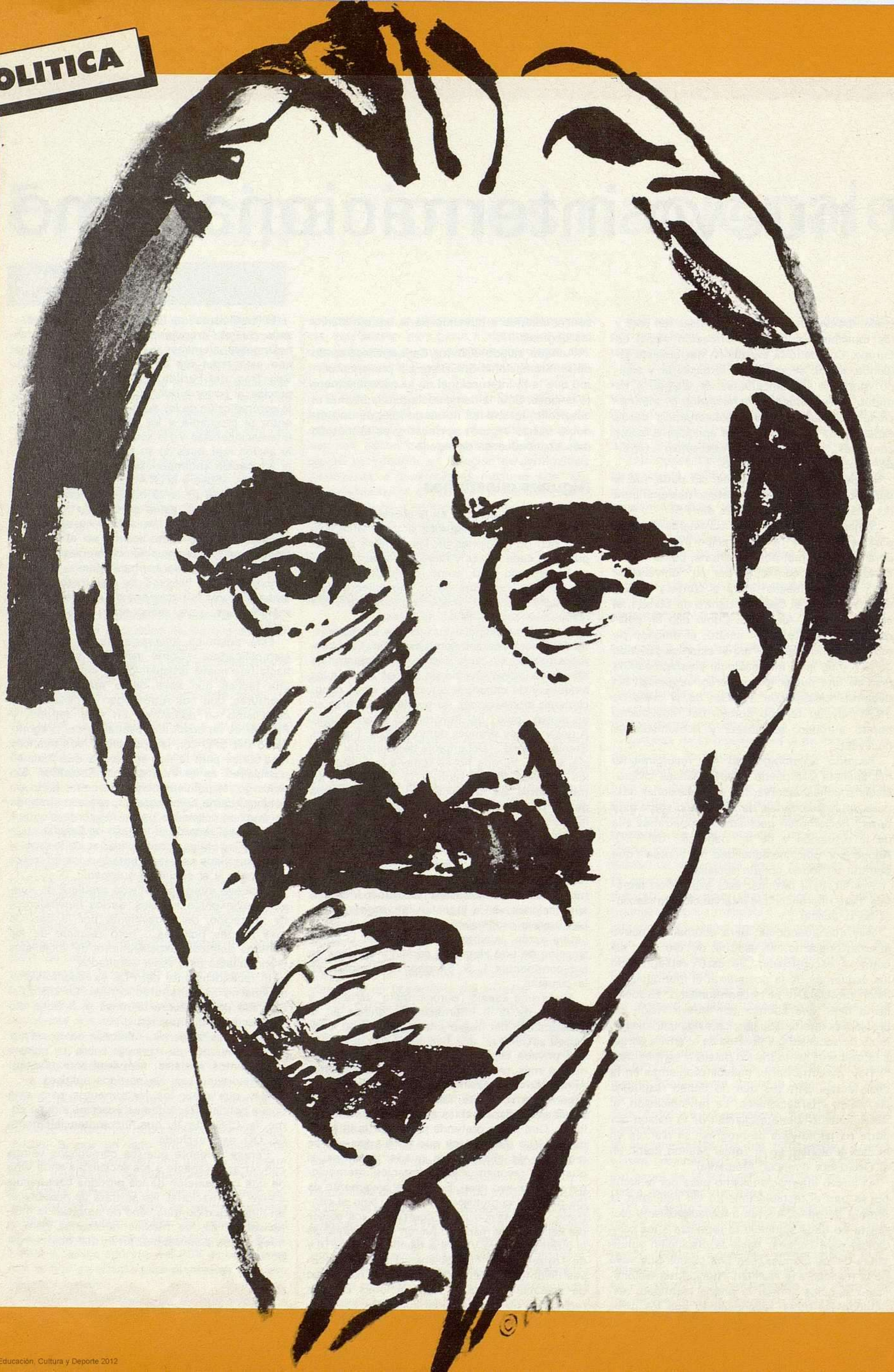
El reconocimiento del PCE es reconfortante, aunque no nos ahorraron críticas. La crisis del PCE fue puesta sobre la mesa y J. Borja dio respuesta de la situación.

Tuve ocasión de oír, calificada como etérea, una intervención de Azcárate sobre los nuevos movimientos sociales, asépticamente planteados, ignorando casi los partidos políticos.

Hay que crear los instrumentos para esta nueva política. Recordamos nosotros alguno como la CES, de la que incomprensiblemente CC. OO. está excluida.

Parece evidente que los comunistas vamos con retraso respecto a los socialistas en la forja de una cooperación de los partidos comunistas a nivel internacional. No se trata de restablecer un nuevo partido-guía, sino de propiciar la multiplicación de los medios necesarios para el nuevo internacionalismo, en lo que nos corresponde.

**POLITICA**



© 2012

# El pensamiento político de

# Dimitrov

*La Fundación de Investigaciones Marxistas ha reunido los días 26, 27 y 28 de mayo un encuentro internacional sobre el pensamiento político de Jorge Dimitrov, con motivo del centenario del gran dirigente del movimiento comunista, nacido el 18 de junio de 1882 en el pueblecito de Kovachevtsi (Bulgaria).*

*La trayectoria de Dimitrov, no exenta de contradicciones, fue analizada a lo largo de tres sesiones, dedicadas sucesivamente a los temas:*

- *Dimitrov y el Frente Popular.*
- *Del Frente Popular a la democracia popular.*
- *Los problemas de la democracia popular.*

*Invitados por la FIM, en el encuentro intervinieron como ponentes los búlgaros Petko Petkov y Dimitar Sirkov, los italianos Aldo Agosti y Adriano Guerra, la francesa Lilly Marcou y los españoles Santiago Alvarez, Antonio Elorza, Cesáreo Rodríguez Aguilera, Manuel García Alvarez y Pere Vilanova. A la sesión final, celebrada en la sala de actos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, asistió Santiago Carrillo, quien pronunció las palabras de clausura.*

*Las ponencias fueron seguidas de animados debates, en los que participó activamente el público asistente.*

*Dado el interés historiográfico y teórico de los temas tratados, en las páginas que siguen recogemos algunas de las ideas expuestas por los conferenciantes.*

## DIMITROV Y EL FRENTE POPULAR

### El Frente Popular en la guerra civil española

Santiago Alvarez

"Las fuentes originarias del Frente Popular tienen, en la historia del PC de España y de nuestro movimiento obrero, fechas, nombres y datos concretos..."

"La lucha contra los restos del sectarismo en nuestras filas y un constante esfuerzo cerca de los otros sectores obreros y democráticos, habrán de llevar, ya en las elec-

ciones de noviembre de 1933, al Frente Popular en una provincia, Málaga, en forma de un pacto electoral de comunistas, socialistas y republicanos. Merced a ese pacto salió electo el primer diputado comunista al Parlamento español, en unas elecciones generales ganadas por la derecha".

"Los acontecimientos de Asturias, los que llevaron a Companys a proclamar el Estado catalán independiente dentro del Estado Federal español, y la detención de Azaña y de otros dirigentes republicanos, habían fundido en un similar afán de lucha democrática a la clase obrera, a la pequeña burguesía democrática, a parte de los campesinos, a cierto núcleo de la burguesía liberal y la burguesía autonomista. Impedir el entronizamiento de un sistema semifascista en el poder era una causa común..."

Las experiencias derivadas de octubre de 1934 se adelantaban en la práctica política a lo que Dimitrov

aportó en el VII Congreso de la I. C. en junio-agosto de 1935 al decir:

"... En una serie de países, el establecer el Frente Único del proletariado y el Frente Popular antifascista se halla enlazado por la dialéctica viva de la lucha, se entretienen, se truecan el uno en el otro, en el proceso de lucha práctica contra el fascismo, y no se hallan separados, ni mucho menos, por una muralla china..."

"El fascismo, como habían de demostrarlo los hechos, no era la simple supresión circunstancial de las libertades políticas, sindicales, nacionales, sino el dominio dictatorial, terrorista, del capital financiero, enemigo mortal de los trabajadores, pero también de las demás clases y capas no monopolistas..."

"El ejemplo hitleriano mostraba que el Estado fascista dejaba de ser un Estado burgués en el sentido tradicional del término para convertirse en instrumento de dominación de una fracción de la burguesía: la oligarquía financiera monopolista. He aquí una de las bases objetivas de la justeza política de la fórmula del Frente Popular"

"La coalición electoral, o Frente Popular, que triunfó en las urnas el 16 de febrero estaba constituida por representantes de la clase obrera y de los campesinos modestos de la pequeña y media burguesía urbana y rural y de la burguesía industrial y comercial de signo liberal.

Las características socio-políticas del Frente Popular, su moderado programa electoral, la participación en las elecciones y la valoración de éstas son el mentís más rotundo a la propaganda franquista, que intentó justificar la sublevación aduciendo la falsedad histórica de que en vísperas del 18 de julio de 1936 existía un complot comunista para adueñarse del poder del Estado"

José Díaz, en un artículo publicado el 20 de marzo de 1936, decía:

"Hemos obtenido ya la amnistía; hemos obtenido la readmisión de millares de represaliados... Por los mismos métodos estamos dispuestos a obtener el cumplimiento íntegro y rápido del programa que ha servido de plataforma electoral para el Frente Popular". José Díaz se refería a los métodos democráticos y pacíficos. "Sin embargo, esos métodos se vieron amenazados y contrarrestados por la conspiración fascista, la sublevación y, finalmente, la guerra civil..."

"De febrero a julio de 1936, el Frente Popular tuvo que luchar en los órdenes político, parlamentario y de masas, así como en el aspecto ideológico, contra una coalición reaccionaria nucleada en torno a la oligarquía financiera, que fue la que organizó la sublevación. Dicha coalición tenía su mejor soporte en el aparato coercitivo del Estado, así como en la Administración y la magistratura, procedentes del anterior sistema monárquico. La Iglesia le proporcionaba el apoyo suficiente para justificar ideológica y moralmente su conspiración y, en definitiva, su alzamiento contra el régimen democrático"

"Debido a sus debilidades, insuficiencias y errores, el Frente Popular no pudo con todos esos enemigos, apoyados por el fascismo y la reacción mundial, alistados bajo una sola bandera y respaldados por las masas menos

cultas y políticamente menos concienciadas de extensas zonas del país, cuyos sentimientos religiosos y patrióticos fueron manipulados por la reacción política y por las jerarquías de la Iglesia"

"El Gobierno, integrado por los republicanos y apoyado en el Parlamento y en la calle por los demás componentes del Frente Popular, subestimaba la fuerza de los tres pilares esenciales de la conspiración y sobreestimaba su capacidad para hecerles frente, sin recurrir al apoyo generalizado de la población y al armamento de las masas populares"

"El que los partidos obreros, socialista y comunista, no participasen en el Gobierno a partir de febrero de 1936 podría catalogarse como el error histórico más importante que cometieron ambos en esa etapa, y que cometió en conjunto el Frente Popular. La presencia de dichos partidos en el Gobierno hubiese permitido adoptar medidas susceptibles de modificar la situación, evitando, tal vez, la sublevación y ahorrando a España la guerra civil. Pero el Frente Popular, que propiciaba un desarrollo pacífico de la democracia española, no pudo evitar ni la sublevación ni la guerra"

En diversos países, y particularmente en España, se ha tratado de desprestigiar la idea del Frente Popular. El terreno para esta tentativa reaccionaria se ha visto abonado en que el Frente Popular español fue derrotado"

"Los cuarenta años de monopolio dictatorial del poder y de utilización de los aparatos coercitivos e ideológicos del Estado han favorecido un ataque constante, sin oposición, contra la idea del Frente Popular. La clase dominante ha utilizado su dictadura para desarrollar ese combate ideológico a fondo. Fuerza es reconocer que, en este terreno, ha logrado importantes éxitos. Porque la idea de que el Frente Popular no valió la pena, se ha incrustado en el pensamiento de numerosos cuadros progresistas, de esa parte de la élite cultural y política cuya influencia irradia, sin duda alguna, a vastos sectores del pueblo... La enemiga contra el Frente Popular no es el producto de ciertas calumniosas acusaciones, sino de lo que el Frente Popular significó como base política de un poder democrático y patriótico que puso en peligro el dominio de la oligarquía financiera"

"Los partidos obreros y democráticos del Frente Popular español se alzaron contra el intento de ese dominio dictatorial del capital financiero. Primero, democrática y pacíficamente; más tarde, como el capital recurrió a la sublevación, por medio de las armas"

"La sublevación quebró el Estado democrático, ya que en ella participó la mayoría del aparato estatal. El Frente Popular estimuló el espíritu antifascista y, apoyándose en una tradición nacional y patriótica, la de las milicias populares, organizó la resistencia..."

"A partir de la sublevación fascista, el Frente Popular se convirtió en una nueva formación política revolucionaria, bajo la hegemonía de la clase obrera, si bien esta hegemonía se vio seriamente afectada por las divergencias ideológico-políticas en el seno del movimiento obrero. En el Frente Popular se agrupaban el proletariado, los

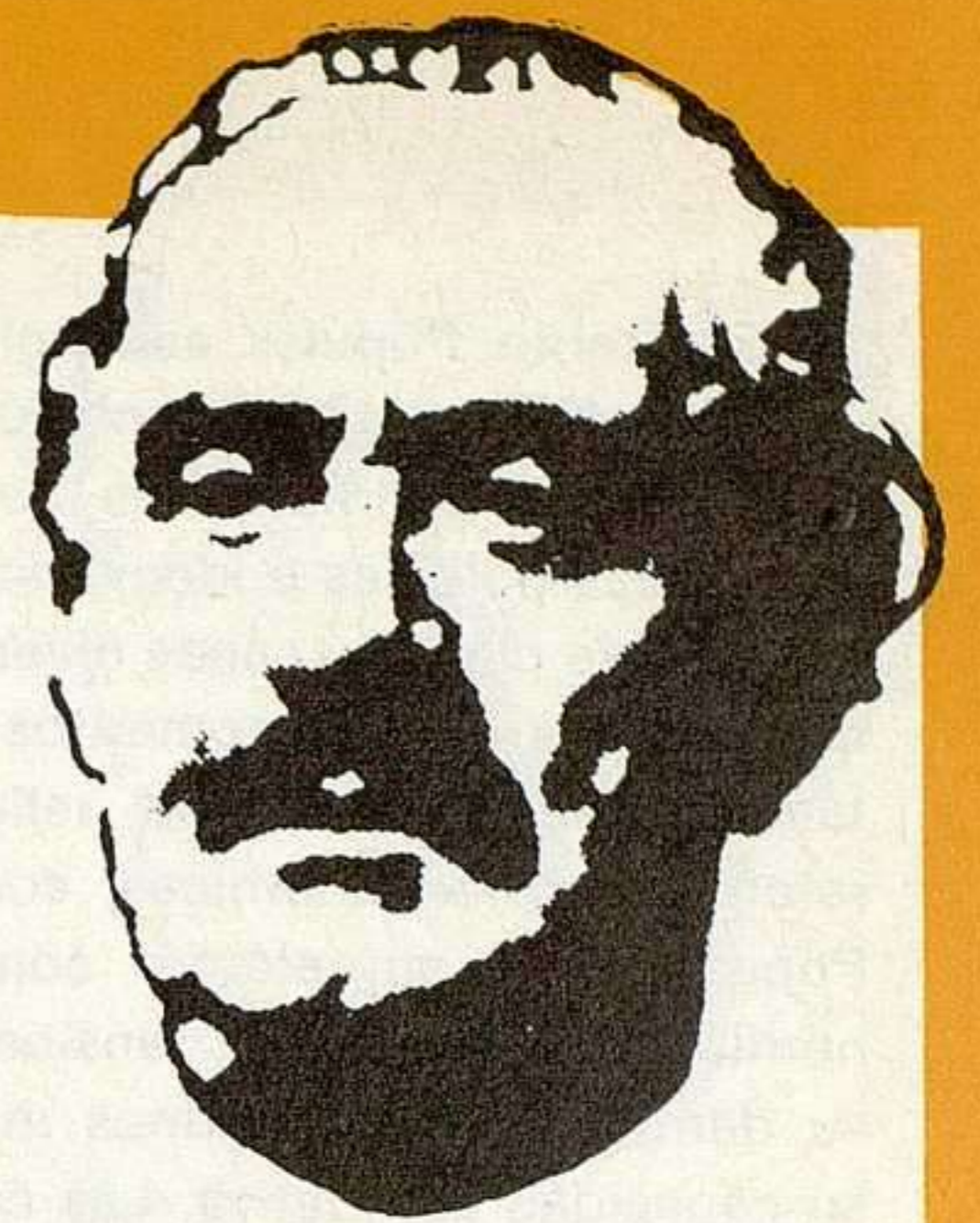


## LAS BRIGADAS INTERNACIONALES EN EL SENO DEL EJERCITO POPULAR AYUDAN A DEFENDER TUS RIQUEZAS Y TU TIERRA

campesinos, un amplio sector de universitarios e intelectuales y de la pequeña y media burguesía, pasando así de ser una coalición táctica, electoral y parlamentaria, a ser una concepción estratégica de la revolución democrático-popular”.

“Si la tarea central de entonces, a escala europea y mundial, radicaba en la acción contra el fascismo, esta tarea había adquirido en nuestro caso una concreción muy nítida. Era una lucha armada que a partir de agosto de 1936 asume ya un nuevo carácter: el que le imprime la intervención italo-alemana al lado de Franco”.

“Los requerimientos de la lucha, de doble vertiente, exigían transformar la República democrático-burguesa en una democracia de nuevo tipo, es decir, en una democracia antioligárquica apoyada en el pueblo. Y el



Frente Popular abordó esa ingente tarea partiendo de nuestras circunstancias y realidades concretas”.

“Los fundamentos de su moderación, que estribaban ante todo en dar supremacía a la tarea de ganar la guerra, cuando, por añadidura, las transformaciones revolucionarias habían alcanzado un alto techo, no residían en si dicha moderación interesaba o no a la URSS, como potencia que construía el socialismo, sino en el hecho de que la subsistencia del Frente Popular era la única garantía de la continuidad de la lucha contra el fascismo”.

“El Estado constituido por el Frente Popular durante la guerra fue el régimen de mayor democracia y libertad para el pueblo que ha conocido la historia de España. Los diversos partidos y organizaciones que participaron —o colaboraron— con el Frente Popular, gozaron de gran libertad y autonomía. Poseían sus órganos de expresión propios, celebraban mítines, congresos y asambleas; mantenían públicamente sus puntos de vista, en una polémica y un contraste constante de opiniones. Ningún partido o grupo te-

nía la posibilidad de imponer sus criterios a los demás; las decisiones eran tomadas democráticamente, en el marco del Frente Popular, sobre la base de la libre discusión, de las lecciones de la práctica y de la persuasión...”.

“Con el Parlamento de la República, los Parlamentos de las nacionalidades, los Ayuntamientos y otras instituciones democráticas tradicionales, coexistieron nuevos órganos de poder: los Comités de Empresa, los Comités de Frente Popular, de unidad sindical y juvenil. Al lado de los partidos, los sindicatos desempeñaron un papel político social importantísimo. Las organizaciones de la juventud, las de las mujeres y otras organizaciones de masas participaron en el ejercicio del poder a unos u otros niveles...”.

“El Frente Popular español, que fue una formación política pluripartidista, conoció en su seno tensiones, a veces agudas, dimanantes de su composición, de las diferencias políticas e ideológicas y de la participación en su seno de clases y capas diversas. Las tensiones, que se manifestaron en los momentos más cruciales de la lucha, también se pusieron de relieve en relación con las reformas socioeconómicas, con la creación del Ejército Popular y con su carácter, con el problema de las autonomías, etc. Pero esas tensiones no fueron la causa de su derrota, aunque algunos momentos pudieron afectar su capacidad combativa. Las causas de la derrota fueron la intervención y el bloqueo del imperialismo mundial”.

“El Frente Popular librando una lucha sin cuartel contra fuerzas superiores en pertrechos militares, en medios financieros y en apoyos internacionales, y casi siempre a la defensiva, no podía superar hábitos tan negativos y tan arraigados históricamente en nuestros pueblos y que contribuyeron a su derrota, como son:

— El conservadurismo tradicional de amplias masas populares.

— El radicalismo izquierdizante, cuya expresión ideológica esencial eran las corrientes predominantes del anarquismo.

— El espíritu localista y cantonalista, responsable esencial del fracaso de la revolución democrática española en su momento histórico. Espíritu que en este caso se manifestó en la economía, en la política, en la organización del Estado, en el Ejército Popular e incluso en ciertas operaciones militares.

— El espíritu también débil, consecuencia de lo anterior, del concepto de España como Estado”.

“Pero con todas sus contradicciones, debilidades y errores, sólo la existencia del Frente Popular, con las características mencionadas, hizo posible los tres años de resistencia española al fascismo y lo que ésta aportó al movimiento obrero internacional y a la Humanidad progresista:

Despertar a millones de hombres y mujeres de todo el mundo a la lucha antifascista; contribuir a forjar dirigentes políticos y militares que encabezaron después, en la segunda guerra mundial, esa lucha armada contra el nazi-fascismo en sus propios países; alertar a los pueblos frente al peligro de la segunda conflagración mundial y contribuir, asimismo, a retrasar durante más de un año el estallido de ésta”.

“Recordemos algo muy importante: que el nucleamiento político de las fuerzas del Frente Popular fue posible gracias, en primer lugar, a la unidad de acción, la colaboración y el acuerdo de comunistas y socialistas”. Y que aunque su lucha fue derrotada, es un antecedente nacional y un punto de referencia de la futura democracia socialista española. Y si hoy inspira algunos de los planteamientos básicos de la estrategia eurocomunista de nuestro Partido, tal vez mañana esa inspiración puede abarcar a ámbitos nuevos.

## Jorge Dimitrov sobre el Frente Popular

Dimitar Sirkov

Después de salir de la prisión hitleriana, Dimitrov llega a Moscú el 27 de febrero de 1934. Inmediatamente le incluyen activamente en el trabajo de los órganos dirigentes de la IC. Por proposición del Buró Político del CC del Partido Comunista de toda Rusia (bolcheviques), en la primavera de 1934, Dimitrov de hecho encabeza la dirección de la Internacional Comunista y realiza muchos encuentros y conversaciones con dirigentes del PCR (b) y de otros partidos, defendiendo la necesidad de cambios radicales en la línea política de la IC. En uno de estos encuentros (7 de abril de 1934), Dimitrov declara: “En la prisión he pensado mucho. Si nuestra doctrina es correcta, entonces, ¿por qué en los momentos decisivos los millones de masas no nos siguen?, ¿por qué siguen a la socialdemocracia o, como es el caso de Alemania, al nacionalsocialismo?”. Y él subraya que la causa principal es el enfoque incorrecto hacia los obreros europeos. Dimitrov destaca la unidad y la continuidad entre la lucha por la democracia y la lucha por el socialismo; desarrolla la idea que en las condiciones de la ofensiva del fascismo no sólo contra el movimiento comunista, sino también contra la democracia en general, surge la posibilidad de una etapa democrática en el desarrollo de la revolución proletaria.

Es así que en la IC empieza una discusión viva, y a veces aguda, sobre las nuevas tareas del movimiento comunista. Inmediatamente debemos subrayar que en este proceso renovador se manifiestan dos corrientes: por una parte, discusiones y disputas en los órganos dirigentes de la IC; por otra, una corriente que se desarrolla en los propios partidos comunistas desde abajo. En este sentido, un papel considerable desempeñan los acontecimientos en Francia y en Austria en febrero de 1934, así como el desarrollo difícil y contradictorio del proceso revolucionario en España después de 1931.

En una carta a Stalin, de junio de 1934, Dimitrov plantea de manera generalizada todos los problemas candentes. De hecho, esta carta es la primera exposición desarrollada en el seno de los órganos dirigentes de la IC sobre la necesidad de reexaminar una serie de planteamientos caducos e incorrectos, de superar el sectarismo y el dogmatismo en las filas del movimiento comunista. Dimitrov se refiere a los siguientes problemas fundamentales:

**El primer problema** es el de la socialdemocracia. El considera incorrecta la calificación arbitraria de la socialdemocracia como socialfascismo, así como la definición según la cual la socialdemocracia en todas partes y bajo todas las condiciones es el apoyo social principal de la burguesía, particularmente que los grupos socialdemócratas de izquierda son en todas las condiciones un peligro principal. Se declara contra el tratamiento arbitrario de todos los cuadros dirigentes de los partidos social-



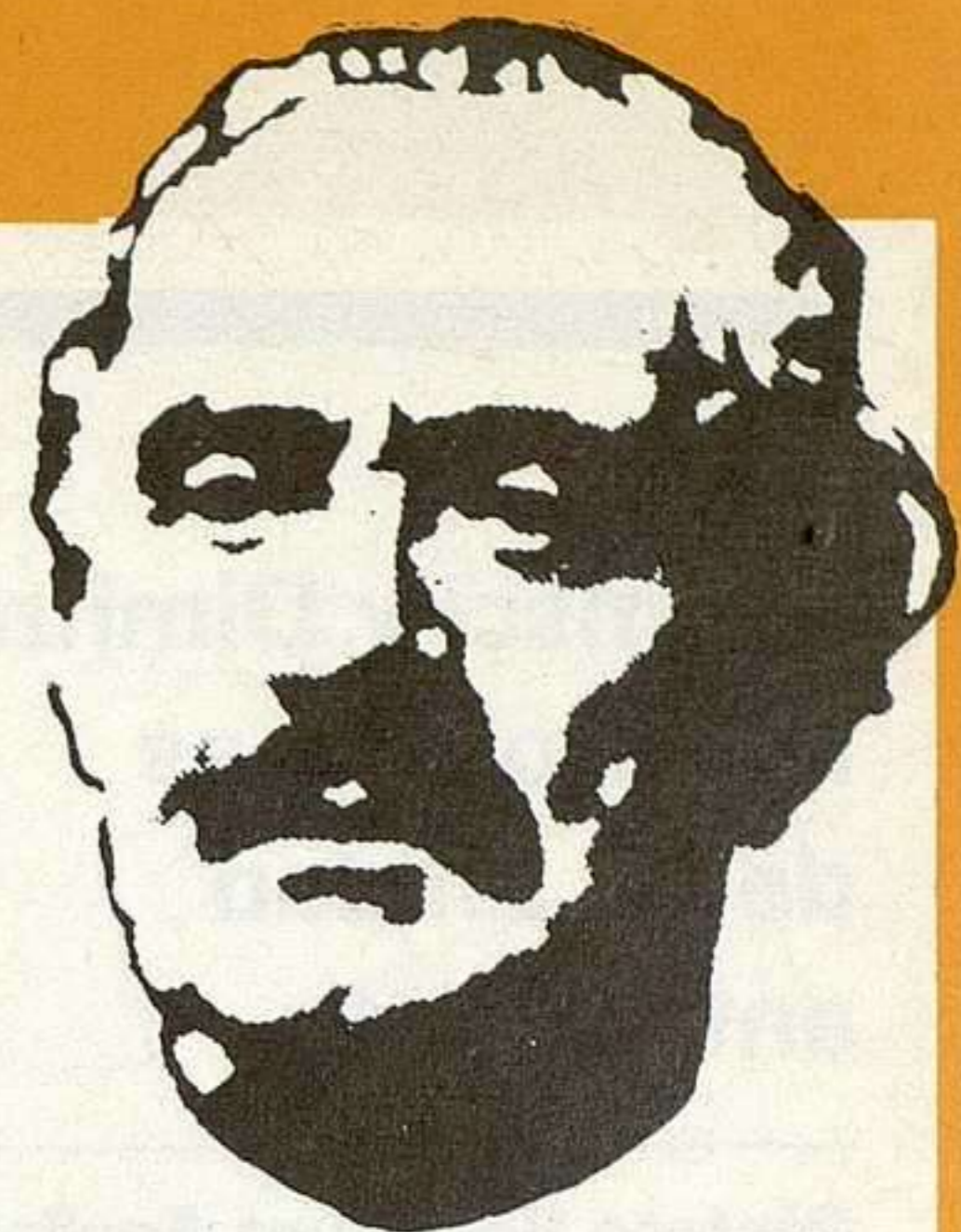
demócratas y de los sindicatos reformistas como traidores conscientes de la clase obrera. "Es que podemos esperar —escribe Dimitrov— que junto con los obreros socialdemócratas en el proceso de la lucha emprenderán el camino revolucionario también no pocos de los dirigentes actuales de los partidos socialdemócratas y de los sindicatos reformistas". Hay que rechazar la habladería inútil sobre la posibilidad o la imposibilidad de conquistar a los sindicatos reformistas, y en vez de ello, plantear claramente ante sus miembros la tarea de convertir estos sindicatos en armas de la lucha de clases del proletariado. Hay que examinar el problema de la unificación de los sindicatos revolucionarios y los reformistas sin plantear como condición previa el reconocimiento de la hegemonía del Partido Comunista.

**El segundo problema** se refiere al frente único. Dimitrov considera que, en las nuevas condiciones, la táctica del frente único debe ser modificada. "En vez de aplicar esta táctica únicamente como maniobra para denunciar la socialdemocracia sin intentos serios de crear la verdadera unidad de los obreros en la lucha, debemos convertirla en un factor activo para desplegar la lucha de masas contra la ofensiva del fascismo". Hace falta rechazar la fórmula que el frente único puede edificarse sólo desde abajo y dejar de tratar como oportunismo toda búsqueda de contacto también con la dirección de los partidos socialdemócratas. Es necesario no declarar la hegemonía del Partido Comunista, sino llevar a la práctica tal dirección por parte del Partido mismo. Se impone un cambio radical en nuestro enfoque hacia los obreros socialdemócratas y sin partido. No debemos limitarnos a afirmaciones generales sobre la tradición de la socialdemocracia, sino aclarar concreta, paciente, argumentadamente a los obreros a qué lleva y a qué ha llevado la política socialdemócrata de colaboración con la burguesía.

**El tercer problema** atañe a la dirección de la Internacional Comunista. "Es necesario —escribe Dimitrov— cambiar los métodos de trabajo y de dirección de la IC, teniendo en cuenta que desde Moscú es imposible dirigir de manera operativa en todos los asuntos a todas las sesenta y cinco secciones de la IC, que se encuentran en las condiciones más diversas". Debemos concentrar nuestra atención en la dirección política general del movimiento comunista, en la ayuda que debe ser prestada a los partidos comunistas en los problemas políticos y tácticos fundamentales, para el reforzamiento de los partidos comunistas con cuadros por cuenta de la reducción del pesado aparato burocrático del CEIC. Dimitrov insiste, asimismo, en un despliegue mayor de la autocrítica, debido a que por miedo a ésta a veces quedan sin esclarecer grandes problemas políticos.

(...) Jorge Dimitrov considera que la etapa intermedia, democrática antifascista, es una posibilidad que no debe descartarse en ninguno de los países capitalistas. Pero él nunca ha afirmado que ésta es una fase obligatoria para todos los países capitalistas y bajo todas las condiciones de la lucha.

Admitir la posibilidad y la necesidad de una etapa democrática antifascista significa plantear también el problema del carácter del poder político, del régimen político en esta etapa. En su intervención ante una sesión



del Secretariado del CEIC el 5 de junio de 1936, Jorge Dimitrov subraya que en el lapso de tiempo que va del gobierno burgués tradicional al poder socialista son posibles tres tipos de gobierno: primero, gobierno burgués de izquierda; segundo, gobierno que depende del Frente Popular; tercero, gobierno del Frente Popular. Añade, además, que los límites entre estos tres tipos no son pétreos, sino dinámicos.

El 18 de septiembre de 1936, en su intervención sobre el problema español ante la sesión del Secretariado del CEIC, Jorge Dimitrov, al resumir la discusión, expone ideas de gran importancia teórica. Señalando que el pueblo, español en la etapa dada la lucha por el establecimiento de una República democrática, Dimitrov declara: "Esta no será la antigua República democrática, como, por ejemplo, la norteamericana, ésta no será la República francesa, tampoco será la República suiza. Esta República en la etapa dada de transición en las relaciones internacionales, con la existencia del Estado Soviético, de la democracia soviética, por un lado, y de Estados de democracia burguesa, como Inglaterra y Norteamérica, y con la existencia de la dictadura fascista, será un Estado específico con una verdadera democracia popular. Este no va a ser un Estado soviético, sino un Estado antifascista, de izquierda, con la participación del ala realmente izquierda de la parte burguesa". Este es un Estado democrático en que el Frente Popular tiene la influencia decisiva y en el que todavía subsiste el sistema burgués.

¿Y qué sucederá más adelante con el gobierno democrático del Frente Popular? La opinión de Dimitrov sobre este problema la encontramos en la siguiente intervención suya en el VII Congreso de la IC: "La esencia del problema consiste en lo siguiente: ¿estará listo el propio proletariado en el momento decisivo para el derrocamiento inmediato de la burguesía y el establecimiento de su poder; logrará asegurarse en tal caso el apoyo de sus aliados, o el movimiento del frente proletario único y del Frente Popular antifascista será en la etapa dada capaz únicamente de aplastar y derrocar el fascismo, sin pasar inmediatamente a la liquidación de la dictadura burguesa?".

Todos estos planteamientos teóricos tienen una inmensa significación práctica en su época; algo más, han resistido la prueba de los decenios siguientes y tienen importancia actual también en nuestra época (...).

## Gramsci y Dimitrov: los problemas de la unidad antifascista

Cesáreo Rodríguez Aguilera

Dimitrov, que se había convertido en un símbolo de la creciente unidad contra el fascismo, fue, como acertadamente indica Agosti, uno de los primeros comunistas que insistió en cambiar el punto de vista tradicional sobre el Frente Unico, volviendo no sólo a los orígenes del mismo, sino ampliando su concepción. Se trataba no de entenderlo como una maniobra para "desenmascarar" a los socialdemócratas, sino como un poderoso medio de unión obrera contra el avance del fascismo y la reacción. Esto significaba que debían darse todas las facilidades prácticas para que pudiera realizarse, lo que implicaba, naturalmente, los pactos con las direcciones reformistas. Dimitrov se opuso a definir a la socialdemocracia como fascista y como el principal apoyo de la burguesía. Antes del VII Congreso, esta línea no fue homogénea ni bien aceptada por todas las secciones nacionales de la IC, de ahí la importancia histórica de aquél.

Efectivamente, el último Congreso de la IC, pese a presentarse como una mera adaptación táctica de la línea general tradicional, eliminó definitivamente la política de "clase contra clase" y potenció la creación de Frentes Populares antifascistas. Como es sabido, la investigación de los trabajos del VII Congreso tropieza con dificultades dado el limitado estado de las fuentes y el escaso conocimiento de los debates internos. Con todo, es indudable que, en general, se afirmaron elementos de autocrítica política por la anterior subvaloración del peligro y las consecuencias del fascismo. Sin embargo, se mantuvieron ciertas formas que quisieron conciliar el nuevo rumbo con la tradición sectaria, ya que se continuó sosteniendo que las previsiones de la IC habrían sido siempre "científicas" y que, eventualmente, se habían cometido algunos "errores" de aplicación. Dimitrov presentó la primera relación específica sobre el fascismo en la IC. En su célebre definición, el fascismo era considerado como "la dictadura de los elementos más reaccionarios, más chauvinistas y más imperialistas del capital financiero". El fascismo sería así la expresión del poder de esta fracción de la burguesía que habría cambiado la **forma del Estado** del dominio de clase y no sólo la de gobierno. Aun así, hay cierto determinismo en su visión, ya que se considera que la burguesía, más tarde o más temprano, siempre acaba haciéndose fascista. El fascismo sería, por tanto, la fase **final** del capitalismo, criterio que no tiene en cuenta suficientemente la lucha de clases que puede modificar esa perspectiva. En última instancia, Dimitrov no extrajo todas las consecuencias de la tesis que carac-

terizaba al fascismo como un movimiento reaccionario de masas, como, por ejemplo, más matizadamente había efectuado poco antes Togliatti.

Por lo que se refiere a la decisiva cuestión de las alianzas, Dimitrov reconoce el aislamiento general del proletariado y los errores sectarios de los comunistas, lo que no obsta para denunciar las enormes responsabilidades de la socialdemocracia. A partir de ahora se requerirá influir en todos los estratos del pueblo trabajador, no sólo a los obreros y los campesinos, sino también a la pequeña burguesía urbana y a los intelectuales para vencer al fascismo. A la vez se trata de potenciar el Frente Unico obrero tanto por la base como "por arriba", extendiendo los órganos unitarios. En la concepción de Dimitrov, el Frente Unico obrero y el Frente Popular antifascista estaban conectados, lo que originó algunas reservas de ciertos sectores comunistas. Esto es lo que explica la política de unidad orgánica sindical e incluso el fomento de partidos obreros unificados, si bien "bolchevizados".

Una de las consecuencias más trascendentales de la política de Frente Popular hace referencia a la defensa de las instituciones democráticas. Por primera vez, los comunistas debían defender las anteriormente denostadas libertades burguesas, concebidas ahora como conquistas populares, pero en este terreno nuevo y poco desarrollado no se extrajeron todas las consecuencias teóricas pertinentes. En efecto, si los comunistas tenían que asumir la democracia burguesa, eso, en el fondo, cambiaba la perspectiva estratégica de la revolución (...).

El viraje estratégico de Gramsci se inicia en 1923, con su estancia en la URSS, al aceptar con todas sus consecuencias la política de Frente Unico. A partir de ahí, la IC favoreció el cambio en la dirección del PCI, a la vez que Gramsci reconoció la inoperancia del sectarismo, su incompreensión sustancial del fascismo y la ausencia de reflexión **nacional** sobre la revolución: **"En la Europa Central y Occidental, el desarrollo del capitalismo ha determinado no sólo la formación de amplios estratos proletarios, sino también un estrato superior, la aristocracia obrera con sus anexos de burocracia sindical y de grupos socialdemócratas. La determinación que en Rusia era directa y lanzaba a las masas a las calles para el asalto revolucionario, en Europa Central y Occidental se complica por todas estas superestructuras políticas, creadas por el mayor desarrollo del capitalismo, hace más lenta y más prudente la acción de las masas y requiere, por tanto, del partido revolucionario toda una estrategia y una táctica bastante más compleja y a largo plazo de las que fueron necesarias a los bolcheviques entre marzo y noviembre de 1917" (...).**

Por su parte, Gramsci procuró definir más cabalmente la naturaleza del fascismo en cuanto movimiento reaccionario de masas que reorganizaba de forma nueva el dominio de la burguesía. Al mismo tiempo, no era visto como un fenómeno aislado y local, sino que obedecía a una tendencia general del capitalismo. Por consiguiente, combatir al fascismo significaba también atribuir un nuevo rol al proletariado, puesto que sería preciso agrupar a toda la nación bajo su dirección contra la dictadura. Para Gramsci, fascismo y liberalismo no eran intercambiables sin más,

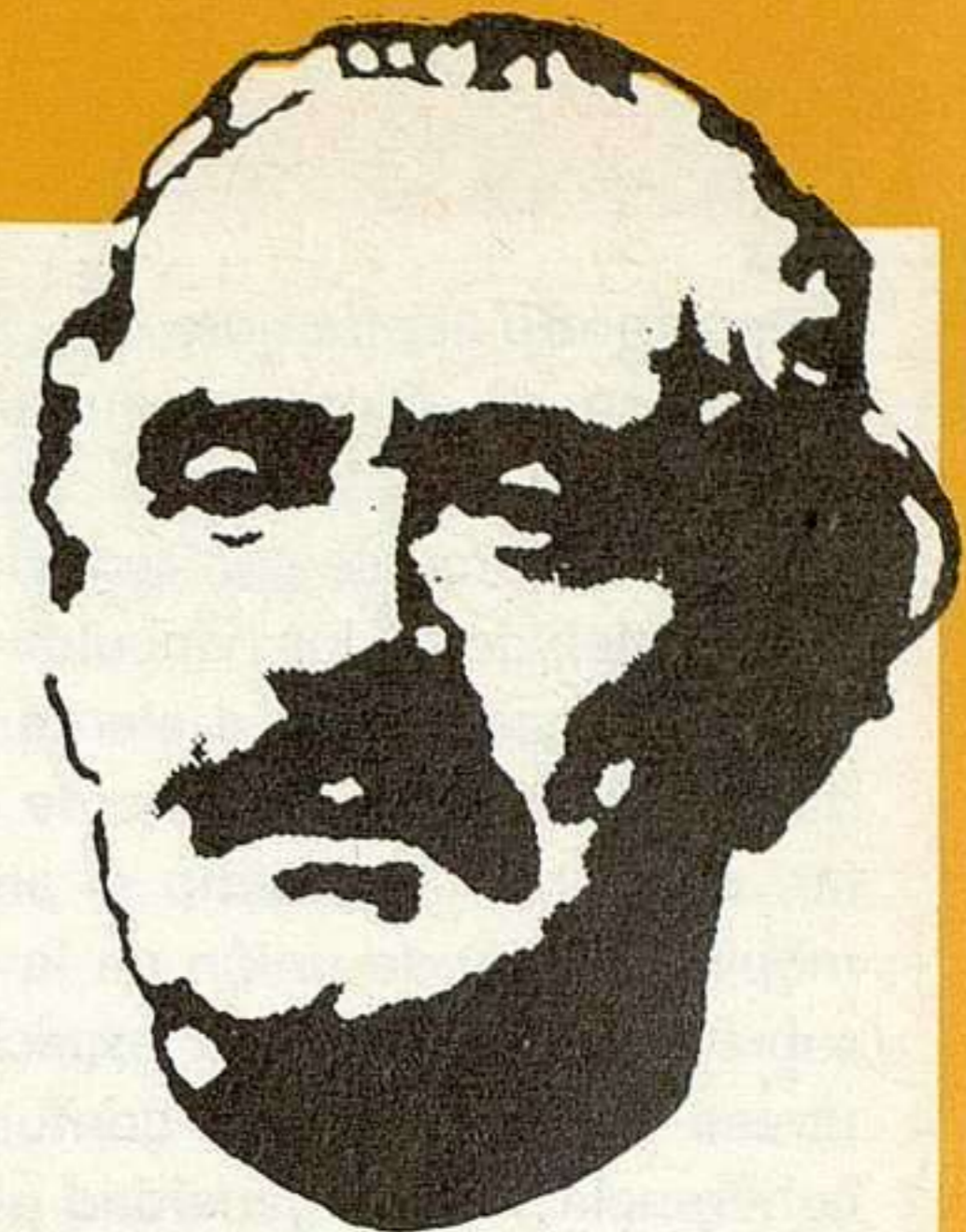
a voluntad por la burguesía, sino que obedecían a correlaciones de fuerzas distintas.

Gramsci señaló que en ningún país capitalista el proletariado estaba en condiciones, con sus solas fuerzas, de conquistar el poder y, sobre todo, mantenerlo. De ahí la necesidad de aliarse con otras clases que tuvieran intereses potencialmente anticapitalistas, asumiendo sus reivindicaciones. En Italia, el proletariado era minoritario con relación a la población total y estaba concentrado en el "triángulo" industrial del Norte, de ahí la importancia de conquistar el apoyo del campesinado mayoritario. Pero la alianza obrera y campesina, por circunstancias históricas nacionales, tenía unas particularidades específicas, como cuestión **meridional** y como cuestión **católica**. (...).

Gramsci intentó desarrollar con sus camaradas de presidio un seminario sobre los problemas de la revolución en su país, pero sus posiciones fueron rechazadas y calificadas de reformistas por aquéllas, dado el clima sectario imperante. La principal propuesta que avanzó fue la de la "Asamblea Constituyente", que tiene evidentes conexiones con la política posterior de Frente Popular. Para Gramsci, la "Asamblea Constituyente" sería uno de los medios más adecuados para movilizar a la mayoría de la población contra el fascismo. En condiciones de clandestinidad y de feroz represión, la vanguardia revolucionaria no podría extender significativamente sus alianzas de clase. Con la "Asamblea Constituyente" sería posible llegar a acuerdos con los dirigentes antifascistas de otros grupos sociales, ya que los sectores liberales tendrían muchas cosas que decir tras el derrumbe de la dictadura, pese a que en el presente pareciesen insignificantes.

En todo caso, es importante destacar su planteamiento definitivo de las alianzas, puesto que, en su perspectiva, la lucha por la hegemonía del proletariado en la sociedad civil conlleva una política de unidad y de penetración popular. La estrategia de la "guerra de posiciones" implica, en palabras de Gramsci, que "el proletariado puede llegar a ser clase dirigente y dominante en la medida en que consiga crear un sistema de alianzas de clase que le permitan movilizar contra el capitalismo y el Estado burgués a la mayoría de la población trabajadora, lo que significa en Italia, con las relaciones de clase existentes, obtener el consenso de las más amplias masas campesinas. Pero la cuestión campesina en Italia está históricamente determinada, no es la **"cuestión campesina y agraria en general, en Italia la cuestión campesina (...) ha asumido dos formas típicas y particulares, la cuestión meridional y la cuestión vaticana. Conquistar la mayoría de las masas campesinas significa, por tanto, para el proletariado italiano, hacer suyas estas dos cuestiones"**.

Por tanto, Gramsci proporcionó elementos teóricos que crean una estrategia de la revolución socialista y de la transición diferenciada para Occidente, y en esto radica una de sus principales aportaciones. En este terreno, Gramsci se distancia de Dimitrov, puesto que fue más allá de la coyuntura y la táctica política concreta del momento, así como de los intereses del Estado soviético...



# 2

## DEL FRENTE POPULAR A LA DEMOCRACIA POPULAR

### La "línea Dimitrov" en la Internacional. 1934-1939

Aldo Agosti

Si la existencia de una "línea Dimitrov" en el terreno de la lucha por la paz parece difícilmente discutible, resulta más arduo desentrañar una originalidad específica de la línea de conjunto de la Internacional Comunista. La de la línea de conjunto de la Internacional comunista. La documentación de la que dispone el investigador que no tiene acceso a los archivos de la Comintern se reduce en la práctica a los escritos publicados por Dimitrov y a las informaciones bastante interesantes, pero mucho más parcas y difíciles de comprobar, contenidas en las obras recientes de historiadores búlgaros y soviéticos, y sobre todo en el último libro de K. K. Sirinya, **Strategiya i Taktika Komintern v bor'be protiv fasizma i volny**. Aunque incompleta, esta documentación parece suficiente, no obstante, para autorizar una conclusión inicial: es decir, que en todo el arco temporal comprendido al

menos entre septiembre de 1935 y septiembre de 1938, la acción de Dimitrov en el interior del Secretariado político de la Comintern, aunque sumamente cauta y pudiendo ejercerse con reducidísimos márgenes de autonomía debido a los vínculos a los que está sometida, aparece encaminada a alentar una concepción no sectaria y al tiempo no puramente defensiva del Frente Popular, a valorar al máximo el antifascismo como factor de movilización y de unión de la "humanidad progresiva", a subrayar con fuerza las especificidades nacionales de las tareas de cada partido comunista. Tras una fachada de coherencia y homogeneidad plenas, la línea política de la Comintern en estos años presenta en realidad una andadura no rectilínea, con repentinas aperturas y endurecimientos igualmente bruscos cuyo significado suele ser difícil captar hasta el fondo. Se podrían recordar las oscilaciones ante la evolución de la situación política en Checoslovaquia entre 1935 y 1936, o la contradictoria actitud adoptada frente a la insurrección de Creta y las consiguientes perspectivas abiertas en Grecia, por no hablar, naturalmente, de los casos de Francia y España, sobre los cuales volveré. Sería aventurado, desde luego, atribuir a Dimitrov la paternidad de toda apertura y a sus adversarios la de todo endurecimiento; probablemente las cosas son más matizadas y complejas. Lo que se puede afirmar sin temor a equivocarse es que Dimitrov, más que ningún otro dirigente de la Comintern, percibe claramente el cambio profundo que la ascensión del fascismo a fenómeno internacional ha producido en las relaciones de clase y la reclasificación de las formaciones políticas que de ello se deriva. El está más predispuesto que ningún otro dirigente de la Comintern para sacar las consecuencias en lo que atañe a la puesta al día o a la corrección de la línea política del movimiento comunista, y a veces da la impresión de que él llega, aunque sin superarlo, hasta el límite de la revisión teórica de algunos puntos fuertes de la concepción de la Tercera Internacional.

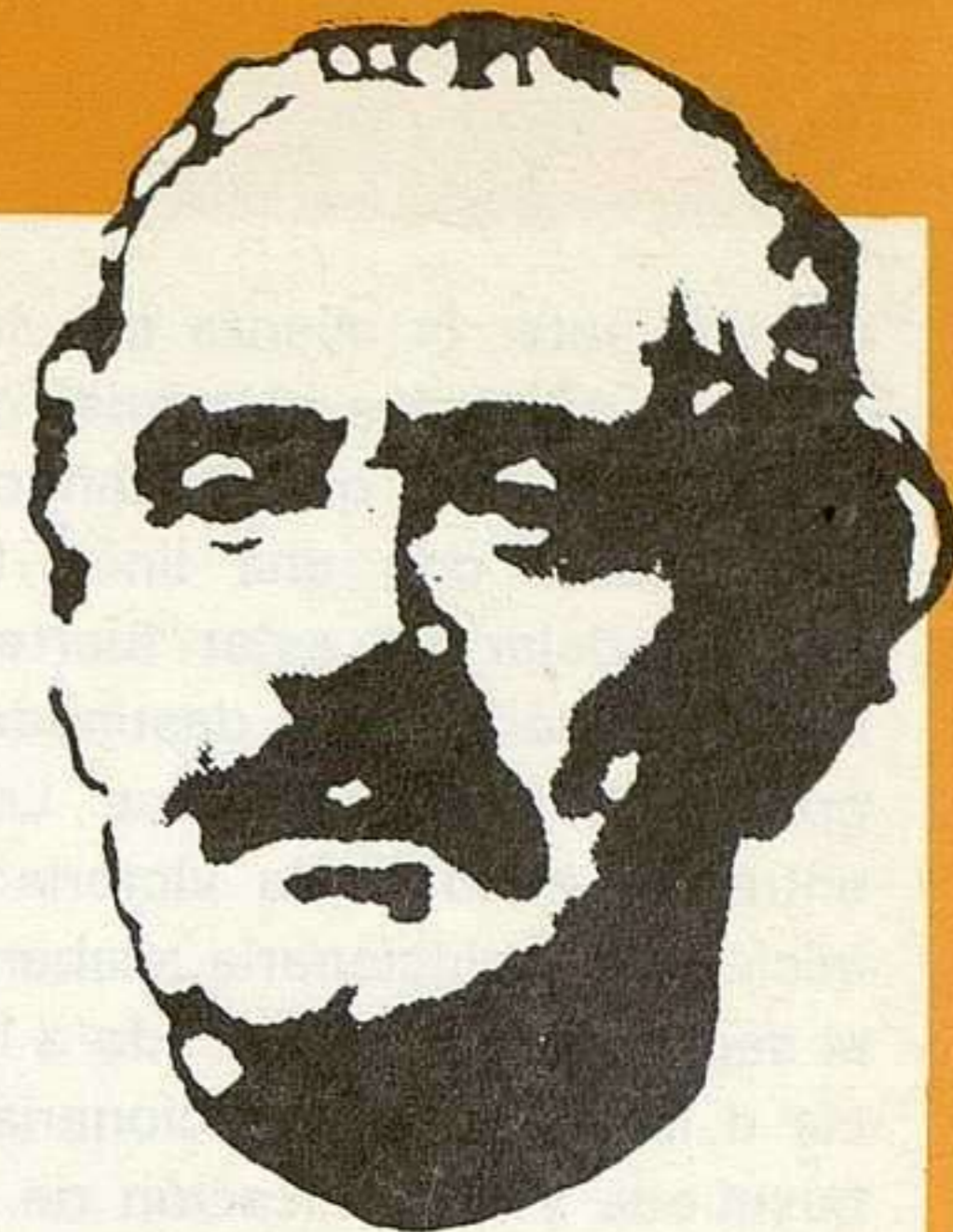
En este sentido resultan significativos los desarrollos de una de las cuestiones que Dimitrov había situado en el centro de su informe al VII Congreso: la del gobierno de frente único o de Frente Popular. El comunista búlgaro había afirmado claramente que este gobierno era sólo una etapa del avance hacia el socialismo: **"No está en condiciones de derribar el dominio de clase de los explotadores y por ello no puede eliminar realmente ni siquiera el peligro de la contrarrevolución fascista... ¡Sólo y únicamente el poder soviético aportará la salvación!"**.

Según esta concepción, la transición sigue siendo siempre —como escribe F. de Felice— una fase "en la cual se queman las ilusiones democráticas para prepararse al asalto final", bastante más que una fase "en la cual la propia democracia burguesa cambia de signo, en cuanto cambian las relaciones de fuerza entre las clases, se reconvierten las funciones de las capas sociales y de las mismas fuerzas productivas avanzadas". El gobierno de Frente Popular seguía siendo así un objetivo transitorio, que podría desarrollar una función de organización y

dirección de las masas en la lucha por el poder, pero que al final abriría camino a una crisis revolucionaria que culminaría en la fractura violenta del orden democrático-burgués, según el modelo experimentado en Rusia en 1917.

Después de la victoria del Frente Popular en Francia en la primavera de 1936, el PCF se atiene rigurosamente a este planteamiento: **"La defensa de las formas democráticas del Estado burgués y su transformación revolucionaria permanecen completamente separadas... Al concebirse el Estado proletario como radicalmente distinto, entre democracia burguesa y democracia de nuevo tipo sólo puede haber solución de continuidad, y no transición"** (S. Wolikow). Así se explica la timidez de las propuestas reformadoras del PCF, al menos en la primera fase del Frente Popular, y la actitud, mezcla de fastidio y de preocupación, ante los propios planes económico-sociales presentados por los socialistas; no se trata sólo de no chocar con los aliados "burgueses", sino de dejar muy claro que fase democrática y fase socialista son fases distintas en el tiempo y están separadas por una fractura. La posición de Dimitrov no parece diferenciarse a este respecto de la de los otros dirigentes de la IC, por ejemplo de la de Kuusinen, que ya en su informe al Presidium de noviembre de 1935 había criticado la actitud del PCF sobre el problema del Gobierno, acusándolo de olvidar que un Gobierno de Frente Popular podía tener solamente la tarea de preparar el advenimiento de la dictadura del proletariado. En una reunión del Secretariado de la IC, en la cual se discute nuevamente el problema, el 11 de mayo de 1936, Dimitrov se pronuncia explícitamente contra la participación de los comunistas en el Gobierno, aduciendo argumentos que en parte contrastan con los que ha presentado en el VII Congreso; trata, es cierto, de superar esta contradicción afirmando que la no participación está motivada por razones de oportunidad política y no por razones de principio; pero en conjunto su discurso expresa una reticencia, común tanto a la Internacional como al PCF, a deducir todas las posibles implicaciones políticas y estratégicas de la orientación surgida un año antes.

En la experiencia del Frente Popular español se manifiesta, en cambio, una tendencia distinta. La exhumación del concepto de "revolución democrática" asume un significado nuevo, en el límite de un proceso de revisión teórica. Se trata de una reflexión que implica tanto al PCE como al grupo dirigente de la Internacional (y en éste, en primer lugar, a Dimitrov), de una elaboración discontinua y sujeta a frecuentes correcciones y reflexiones, que conoce sus aspectos más interesantes en el otoño de 1936. En la reunión del Secretariado de la IKKI, celebrada el 19 de septiembre y que aprueba una importante resolución, Dimitrov intenta por primera vez dar una caracterización original de la revolución que se está produciendo en España, afirmando que la República democrática española no será una república burguesa de viejo cuño, sino **"un Estado especial, con una auténtica democracia popular"**: **"No todavía un Estado soviético,**



cia de no limitarse a no tipificar el proceso en marcha en España como una revolución "democrático-burguesa" clásica. Se abre camino en ellas la idea de que el problema principal de una revolución socialista en la Europa de los años 30 es el de la reorganización de las masas en el terreno de la democracia y de la lucha por sus posteriores y consiguientes desarrollos. Se va definiendo un objetivo político general de carácter transitorio, que consiste en una nueva forma específica de la revolución socialista: un "tipo nuevo de república democrática" en la cual las relaciones de fuerza entre las clases sean tan favorables a la clase obrera y a sus aliados que impongan ya un tipo de instituciones y una dialéctica política dentro de las cuales sea posible hacer avanzar contenidos económicos nuevos y transformaciones productivas y sociales profundas. Hay, en suma, el intento de prefigurar en las modalidades de desarrollo del proceso revolucionario español las características de las formas "de transición y de acercamiento

pero sí... un Estado antifascista, de izquierdas, con la participación de la parte verdaderamente de izquierda de la burguesía". "Aquí se plantea el problema —precisa aún el dirigente búlgaro— de organizar la producción sin suprimir definitivamente la propiedad privada capitalista, de organizar la producción con la organización y bajo el control de la clase obrera y de sus aliados..., esto es, de la pequeña burguesía y de los campesinos. Teóricamente, acaso sea justo considerar esto como una forma particular de la dictadura democrática de los obreros y los campesinos". Expresiones semejantes figuran también en el conocido artículo de Togliatti, *Sulle particolarità della rivoluzione spagnola*, de noviembre de 1936, y aparecen con creciente frecuencia en los discursos de los dirigentes comunistas españoles, y de modo especial de José Díaz: pese a su carácter genérico, reflejan la exigen-

a la revolución proletaria" (Lenin) que pueden caracterizar la vía al socialismo en los países democráticos y que la diferencian del modelo aplicado en Rusia a partir de 1917.

Sin duda, ni es ésta la única interpretación de la revolución española que tenga carta de ciudadanía en la elaboración de la Comintern, ni el propio Dimitrov permaneció siempre fiel a ella; junto a ella sigue coexistiendo (y hasta se va imponiendo gradualmente) otra más tradicional, que encierra esa experiencia dentro de los límites de la fase "democrático-burguesa", y a la cual es sustancialmente ajeno el concepto de transición, pues las conquistas revolucionarias siguen siendo distintas de la democracia y se exigen a la fase "socialista". Es una interpretación, entre otras cosas, estrictamente funcional para la exigencia de la política exterior soviética de no

comprometer la alianza con las potencias occidentales. Por otra parte, los márgenes de expansión de la primera interpretación, la que, forzando un poco las cosas, podría identificarse con una línea Dimitrov-Togliatti-Díaz, no pueden dejar de estar fuertemente condicionadas por una situación militar destinada a resultar cada vez más gravosa para la República. La difícil línea de equilibrio entre prioridad de la victoria militar y desarrollo de la iniciativa revolucionaria acabará, por ello, rompiéndose, y el segundo será sacrificado a la primera. Pero la referencia a la España revolucionaria del 36 como terreno de búsqueda y de indicación de nuevas vías de desarrollo del socialismo, no coincidentes con la soviética, reaparecerá con frecuencia, incluso en la posguerra, en todos los intentos del movimiento comunista de afrontar el problema de la relación entre democracia y socialismo.

## Concepto de democracia popular como forma de Estado

Manuel B. García Álvarez

Según la teoría oficialmente sostenida en los países socialistas, o más exactamente según las ideas expuestas en los manuales de Teoría del Estado y de Derecho político, que se utilizan en las Universidades soviéticas, rumanas o alemanas orientales, que cito porque son las que fundamentalmente he utilizado para este trabajo, se parte de una concepción materialista del Estado como elemento de la superestructura, determinada en última instancia por la base económica de la sociedad. Se afirma que a cada tipo de sociedad, dividida en clases, le corresponde un tipo de Estado determinado, que independientemente de las formas que pueda revestir, tendrá siempre la misma esencia. Efectivamente hay tipos de Estado, y cada uno de ellos puede revestir, ofrecer diversas formas. Porque, efectivamente, íntimamente relacionada con la categoría del tipo estatal, está la categoría de forma de Estado, en el sentido de que, como cualquier fenómeno, el Estado tiene contenido y forma, y mientras el tipo expresa la esencia clasista, la esencia de clase, la forma se refiere al modo de organizarse el poder y el gobierno en ese Estado. Además se dice que al hecho de que a cada tipo de Estado corresponde una variedad de formas no es fortuito, sino que una serie de factores ejercen una influencia determinante, tal y como la relación entre las fuerzas de clases en el interior del país, el grado de gravedad que revisten las contradicciones entre las clases, etcétera. Claro que el marxismo o leninismo no habría intentado elaborar previamente, "a priori", modelos de forma estatal socialista (concepto de forma que, por otra parte, se dice es uno de los más importantes en la teoría del Estado socialista), sino que, al contrario, tal

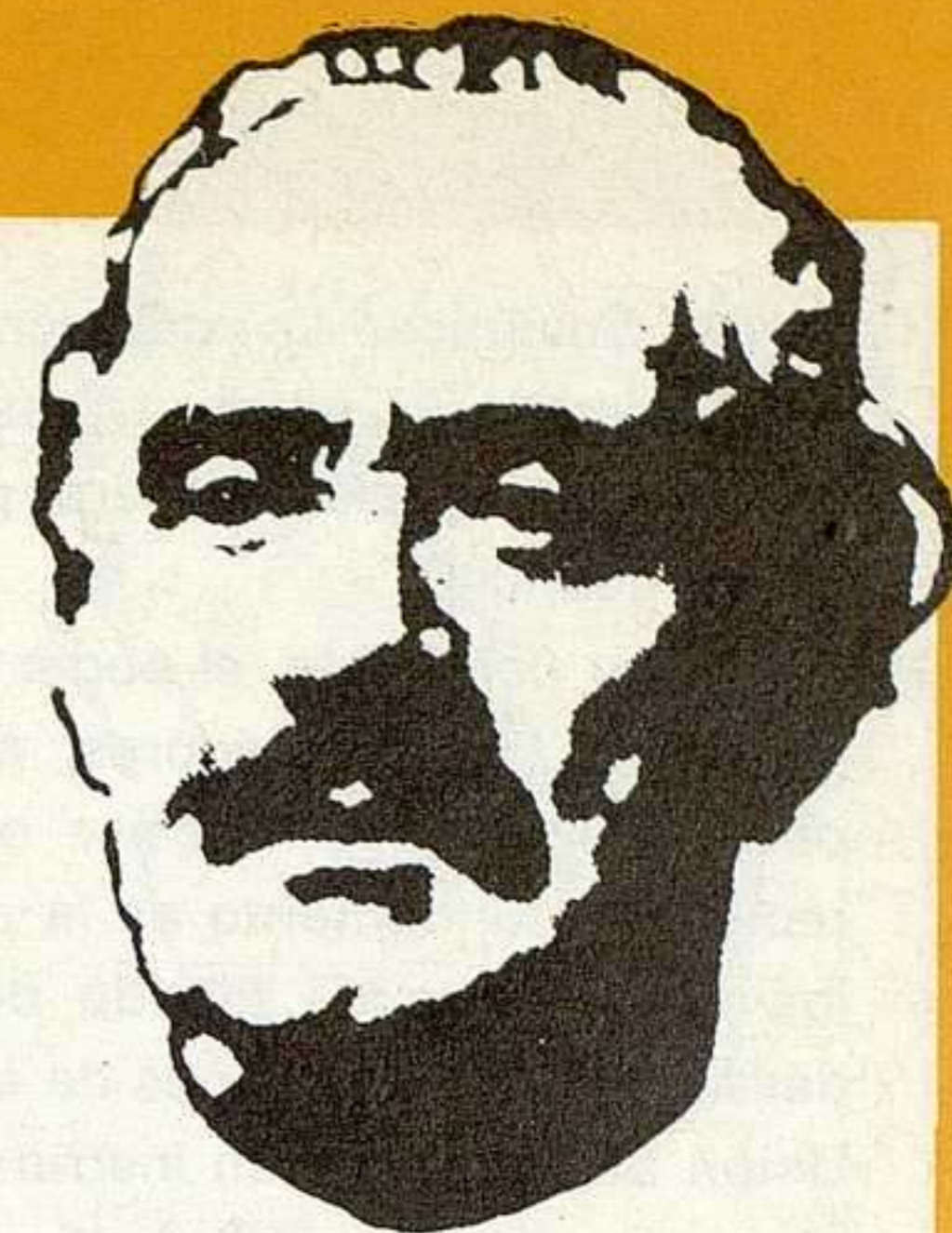
y como pensaban los clásicos, se parte de la idea según la cual solamente la creatividad revolucionaria de las masas está en condiciones de acuñar en cada momento las formas de organización política que represente la más acabada forma de dominación política de los trabajadores. Según esa experiencia habida hasta el momento, cabe hablar de tres formas de Estado socialista, y de ellas hablan todos los manuales al uso. Esas tres formas son: la forma de la Comuna parisina, ya histórica, y en la actualidad, como vigentes, la forma soviética y la forma democrático-popular. Hay una identidad en lo esencial, aunque hay una variedad en las formas de los Estados socialistas. ¿Cuáles son esas diferencias, esas variedades, en qué consisten y cuáles son las diferencias que existen entre la forma soviética y la forma democrático-popular como las dos formas de las que se habla, dos formas del Estado socialista? Se suelen mencionar en los manuales que citaba las siguientes: Primero, la existencia de otros partidos políticos. Sovoliev, por ejemplo, dice que es la más importante característica de las democracias populares, que las distingue de la forma soviética; la segunda: "Mayor tolerancia con el derecho de propiedad privada, concretamente por lo que se refiere a la tierra como medio de producción"; tercero: "Diferencias en cuanto a los orígenes, en cuanto a que la Rusia soviética no sería en un primer momento una dictadura conjunta del proletariado y del campesinado"; cuarto: "La presencia de un Estado socialista, la URSS, permitió la instauración y el desarrollo de los regímenes democrático-populares en unas condiciones de relativa facilidad, que no se dieron obviamente en el supuesto soviético". Prescindiendo de estas dos últimas características de naturaleza histórica ya, conviene que detengamos nuestra atención en los otros dos elementos que en principio, según se dice al menos, caracterizan a la democracia popular. Vamos a constatar su existencia, a ver si eso que se decía a finales de los años 40, primeros años de la década de los años 50, sigue siendo todavía cierto, y si realmente se da esa existencia, ver hasta qué punto justifica la presencia de esos dos elementos el que se hable de la democracia popular como una forma de Estado distinta a la soviética (...).

... Abordaba Dimitrov, en una intervención suya el 19 de diciembre de 1948, el tema de la esencia de clase del Estado democrático popular, al decir que: **"Encarnando la dominación de los trabajadores bajo la dirección de la clase obrera, el régimen de democracia popular puede y debe cumplir con éxito las funciones de la dictadura del proletariado, para esa liquidación de los elementos capitalistas y la organización de la economía socialista"**. Y hay que añadir la intervención, seis días más tarde, el 25 de diciembre, en el mismo Congreso del Partido Comunista Búlgaro, en la que de nuevo Dimitrov insiste sobre la misma idea, en la identificación de la democracia popular como una forma del Estado socialista cuyo contenido de clase es ya claramente, se dice, la dictadura del proletariado (...).

Independientemente de ese tema, desde la perspecti-

va del derecho político de la teoría del Estado, que es la que yo estoy intentando utilizar en esta rápida intervención de hoy, cabe preguntarse hasta qué punto la presencia de esas organizaciones políticas que se llaman partidos, tiene la suficiente entidad para que se pueda hablar de democracia popular con una forma propiamente dicha del Estado socialista, distinta de la soviética. Porque no olvidemos, les decía que Sovoliev dice que la más importante característica, lo que permite hablar de una forma distinta de Estado es la presencia de esos partidos no comunistas. Y es que por partido político suele entenderse, como es bien sabido, pero permítaseme recordarlo, una fuerza política organizada que con una visión global de los problemas de la sociedad aspira al ejercicio directo del poder, respondiendo públicamente del mismo; lo cual no parece fácilmente admisible en los países objeto de nuestra atención, aunque sólo sea si tenemos en cuenta la constitucionalización, que es ya general, del papel dirigente del Partido Comunista, de presencia de ese papel dirigente del PC en absolutamente todos los textos constitucionales.

Cabe afirmar que esas fuerzas políticas a las que se suele llamar partidos respondan más bien, aunque esto es discutible, a las características de algo que yo en otro lugar he denominado clubs políticos. Si ello es así, las diferencias con otras organizaciones sociales existentes en todos los Estados socialistas, incluida la Unión Soviética —organizaciones de masas y organizaciones sociales en el sentido estricto de la palabra—, serían mínimas dada esa no aspiración al ejercicio directo del poder. Serían mínimas máxime si se tiene en cuenta que otras organizaciones sociales, en algunos de los Estados socialistas, suelen participar en la elaboración de las listas electorales, y que incluso en la República Democrática de Alemania, organizaciones sociales que no son partidos políticos ni llevan la denominación de partidos políticos, participan en las elecciones en cuanto tales organizaciones sociales: sindicatos, organizaciones femeninas, etcétera, y están presentes en cuanto tales en la Cámara Popular al igual que lo están los partidos políticos. Lo que se llama partidos realizarían fundamentalmente una triple función, como el resto de las organizaciones sociales, de transmisión, de integración y de educación. En cuanto a la otra característica, que al decir de muchos comentaristas distinguiría las democracias populares de la forma soviética, es decir, el más amplio reconocimiento o tolerancia de la propiedad privada en las democracias populares respecto a la Unión Soviética, parece ser rechazable en buena medida, a estas alturas de 1982, como característica que justificaría el hablar de una forma de Estado distinta a la forma soviética. Por lo que se refiere a este grupo de países que estudiamos, con la conocida excepción polaca, donde aproximadamente el 80 por 100 de la tierra está todavía, efectivamente, en manos individuales, la propiedad privada es de una relevancia insignificante, y la mención de la propiedad privada en los textos jurídico-públicos de estos Estados prácticamente ha desaparecido. Los textos constitucionales



en los Estados socialistas prácticamente ya se limitan a mencionar entre las formas de propiedad individual la propiedad personal, que, por supuesto, toleran y protegen. Pero apenas hacen mención de la propiedad privada de los medios de producción en el sentido estricto de la palabra. No quiero decir con ello, naturalmente, que la propiedad privada haya desaparecido en cuanto tal de estos países, es sabido que no. Como tampoco ha desaparecido, aunque no lo mencionen los textos o apenas lo mencionen, el derecho de herencia. En ello no vemos diferencias ciertamente cualitativas en la actualidad, sino en todo caso puramente cuantitativas con esta forma de propiedad individual tal y como está considerada o tolerada en la Unión Soviética. Por lo tanto, ni una ni otra característica, a mi modesto entender, parece que pueda dar pie para hablar de una forma de Estado distinta a la propiamente soviética.

---

## **Jorge Dimitrov acerca de la democracia popular como forma de la transición del capitalismo al socialismo**

**Petko Petkov**

Examinando la lucha antifascista de los pueblos de Europa del Este durante la segunda guerra mundial, su triunfo, la naturaleza del sistema político que se iba organizando en estos países y sobre todo la experiencia de nuestro país, Jorge Dimitrov fue uno de los primeros en formular algunos de los rasgos principales de la democracia popular y del Estado popular-democrático, y en definir su papel en la transición del capitalismo al socialismo. Lo hizo en el informe presentado ante el V Congreso del Partido Comunista Búlgaro, en diciembre de 1948. Dimitrov señaló que la democracia popular se había establecido en las condiciones de la derrota de las fuerzas germano-fascistas y de la histórica victoria de la

Unión Soviética. La democracia popular surgió como resultado de "la lucha de las masas populares, bajo la dirección de la clase obrera, por la libertad nacional y la independencia".

Por su contenido, el poder democrático-popular es un poder de los trabajadores, de la enorme mayoría del pueblo, en el que la clase obrera desempeña el papel rector. Su fundamento es la alianza de la clase obrera y los campesinos. El Estado democrático-popular que se desarrolla en condiciones de estrecha cooperación con la Unión Soviética, es un instrumento en manos de la clase obrera y demás trabajadores, para realizar la transición del capitalismo al socialismo y liquidar la base económica de la burguesía en las diferentes esferas de la economía.

Jorge Dimitrov subrayó en más de una ocasión que la democracia popular estaba cumpliendo las funciones de una dictadura del proletariado. "El régimen soviético y el régimen democrático-popular —indicaba— son dos formas de un mismo poder: el poder de la clase obrera en alianza y al frente de los trabajadores de la ciudad y del campo. Son dos formas de la dictadura proletaria".

Dimitrov veía en el internacionalismo otro rasgo característico fundamental de la democracia popular. "Luchando contra todas las manifestaciones del nacionalismo, tenemos la obligación de educar a los trabajadores en el espíritu del internacionalismo proletario y de la fidelidad a la patria, lo que significa en un espíritu de auténtico patriotismo".

Estos rasgos caracterizan lo principal de la democracia popular y del Estado popular-democrático, lo que es común a todos los países que utilizan esta forma de transformación socialista de la sociedad.

Dimitrov alegaba que "cada pueblo pasará al socialismo, no siguiendo el mismo camino estereotipado, no exactamente por el camino soviético, sino por su propio camino, según sus propias condiciones históricas, nacionales, sociales, culturales y de otra índole". No obstante, estaba convencido de que independientemente de estas particularidades, la transición del capitalismo al socialismo tiene sus regularidades comunes, obligatorias para todos los países que realizan dicha transición.

La democracia popular en Bulgaria está estrechamente ligada con la

creación y el desarrollo del Frente de la Patria, que fue edificado bajo la dirección de nuestro partido en las condiciones de una feroz dictadura monarca-fascista y de creciente lucha armada. Además de los representantes de nuestro partido, al Comité Nacional del Frente de la Patria se incorporaron miembros del Partido Obrero Socialdemócrata Búlgaro, de la Unión Popular Zveno, de las fuerzas democráticas de la Unión Agraria Popular Búlgara y personas sin afiliación partidaria. La lucha armada se libraba bajo la dirección de nuestro partido. Los miembros y los adeptos de los demás partidos simpatizaban con la lucha armada y le prestaban ayuda, pero no participaban directamente en los destacamentos guerrilleros.

Con el triunfo, el poder en el país pasó a manos de los Comités del Frente de la Patria, de sus Comités. En ellos, nuestro partido desempeñaba el papel rector. "El 9 de septiembre, e inmediatamente después de él —subrayaba Jorge Dimitrov en el año 1945—, la única fuerza organizada en el país era el Partido Obrero. Por eso,





tanto en los Comités del Frente de la Patria como en la Administración, por necesidad, predominaban los comunistas”.

El Gobierno del Frente de la Patria estaba compuesto por representantes de cinco partidos (en el año 1945, al Frente de la Patria se incorporó también el Partido Radical) y por personas sin afiliación política. Nuestro partido participaba en el Gobierno sólo con cuatro ministros, pero ello no le impedía desempeñar un papel rector, por las razones expuestas.

Inmediatamente después del levantamiento del 9 de septiembre del 44 fueron disueltas las organizaciones políticas fascistas y destruido el aparato represivo estatal, la Policía y la Gendarmería.

El resto de los aparatos estatales fueron conservados en líneas generales, pero su dirección fue sustituida. La actividad de los organismos estatales fue sometida al pueblo. La monarquía seguía existiendo formalmente. El Consejo de Regencia estaba dirigido por nuestro partido, por medio del destacado filósofo comunista Todor Pavlov.

El Gobierno cumplía con el programa, de carácter democrático, del Frente de la Patria. Sin embargo, una serie de iniciativas realizadas en los primeros años rebasaban estos marcos.

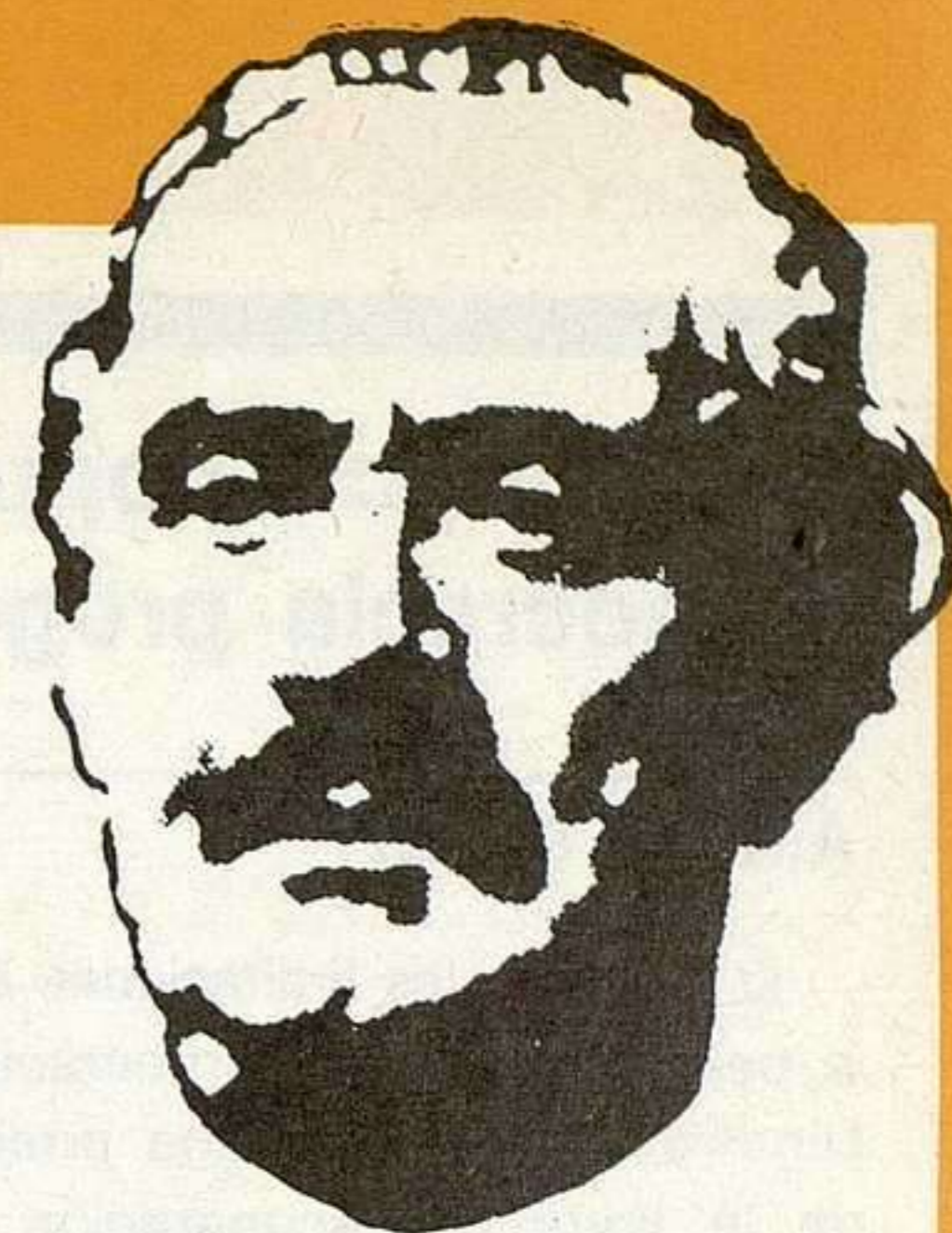
El carácter del poder y de las iniciativas de gobierno llevadas a cabo motivaron que algunos de los dirigentes de los partidos que integraban el Frente de la Patria lo abandonaran y crearan partidos de oposición. Así se creó el partido Unión Agraria Popular Búlgara, de Nicola Petkov. Los socialdemócratas de derechas constituyeron el Partido Obrero Socialdemócrata Unificado. Se formaron también el pequeño Partido Radical Unificado y el Partido Democrático, portavoz de la gran burguesía búlgara.

A los partidos de oposición les fue otorgada una amplia libertad de acción. Ellos creaban sus organizaciones, celebraban reuniones y mítines, editaban diarios y otro tipo de literatura de propaganda.

En el año 1946, la monarquía fue liquidada por medio de un referéndum de todo el pueblo. Ese mismo año se celebraron elecciones para la Gran Asamblea Nacional, que debía adoptar la nueva Constitución del país.

La oposición participó en las elecciones, pero sufrió una derrota. El 53,16 por 100 de los electores votaron al Partido Obrero Búlgaro, que obtuvo el 60 por 100 de los escaños. El partido tenía la posibilidad de formar un Gobierno monocolor; sin embargo, siguió la línea de unificación de las fuerzas progresistas. En el Gobierno, de 20 ministros, 10 eran de nuestro partido. El Gobierno lo encabezaba Jorge Dimitrov.

Con las transformaciones efectuadas en las diferentes esferas de la vida socioeconómica del país, se crearon condiciones para la remodelación del Frente de la Patria. Por iniciativa de nuestro partido, en el Segundo Congreso del Frente de la Patria, en febrero de 1948, se



decidió convertirlo en una organización sociopolítica con “un programa renovado, con estatutos comunes que formulaban las nuevas tareas en la transformación del país, con vistas a su avance hacia el socialismo” (J. Dimitrov, Obras, tomo XIV, páginas 289-290). La militancia en él ya era individual, con lo cual desaparecieron los elementos de coalicionismo.

A mediados del año 1948 se realizó la fusión del Partido Obrero Socialdemócrata Búlgaro con el Partido Obrero Búlgaro (comunista). Otros partidos decidieron autodisolverse. Lo hizo el Círculo Popular Zveno, en su conferencia nacional que tuvo lugar el 19 de febrero de 1949, y también el Partido Radical en su congreso del 6 de marzo de 1949. Sus miembros se adhirieron al Frente de la Patria. Quedó y sigue existiendo hoy día como partido independiente únicamente la Unión Agraria Popular Búlgara (UAPB). Este partido participa con cuatro ministros en el Gobierno actual y su dirigente es vicepresidente primero del Consejo de Estado de la R P B

El Estado popular democrático fue edificando su política económica sobre la base de las regularidades de la transición del capitalismo al socialismo, comunes a todos los países. Naturalmente, el PCB tomó en consideración las particularidades del desarrollo del país, lo que condicionó el empleo de formas y soluciones específicas.

La prohibición de la huelga, introducida por el poder fascista, fue abolida.

Con respecto al sector capitalista privado, se llevaron a cabo dos tipos de medidas: una destinada a regular y controlar la actividad de las empresas privadas; otras tendientes a reducir este sector poco a poco hasta su desaparición. Sobre la actividad de las empresas privadas fue establecido un riguroso control obrero, que se conjugaba con el control estatal.

El golpe más fuerte sobre la base económica de la burguesía fue asestado por la nacionalización del 23 de diciembre de 1947. Por esta ley fueron socializadas 6.100 empresas industriales y mineras.

La hacienda cooperativa de trabajo agrícola fue la fórmula aplicada para la reestructuración socialista de la agricultura. Mediante esta fórmula, en las cooperativas se socializaron los medios de producción, los campos se trabajan colectivamente, pero se conserva la propiedad privada de los campesinos sobre la tierra.

## Democracia popular, democracia progresiva

Antonio Elorza

(...) Porque las limitaciones están ahí desde el principio, a pesar de que la democracia popular, en la visión de Dimitrov, represente una prolongación lógica y positiva de la línea de recuperación de la democracia por el comunismo, abierta por el VII Congreso de la IC. Lo que Dimitrov propone es un tipo de régimen que garantice la hegemonía del proletariado mediante una alianza de capas sociales y organizaciones diversas, articulando socialización con mantenimiento de la propiedad frente al gran capital y al fascismo. Se trata de un pluralismo controlado en el marco del Frente de la Patria. "La democracia del Frente de la Patria —define Dimitrov en enero de 1945— es un nuevo tipo de democracia, distinguiéndose la democracia popular de la pseudodemocracia que en realidad se limita a disimular el yugo que hace sufrir al pueblo los opresores y expoliadores. Bajo el poder del Frente de la Patria, se conserva la propiedad privada". Hay un pluralismo social, con la presencia en el frente de industriales y comerciantes patriotas al lado de obreros, campesinos, artesanos e intelectuales. Y un pluralismo político: la democracia popular supone "la consolidación del régimen democrático con un Parlamento libremente elegido por el pueblo" y la unidad de acción conseguida no por la sumisión, sino por el contraste de las propuestas de los partidos que lo forman. Dimitrov denuncia inicialmente el sectarismo de los comunistas que quieren ver a los demás partidos del Frente convertidos en subordinados posesivos de sus decisiones. "No es cierto que el gobierno del Frente de la Patria vaya a ser el gobierno de un partido, que represente la 'dictadura de los comunistas' —advierte en noviembre de 1945—. Las tareas que hemos de afrontar son de tal modo difíciles y complejas que no pueden ser abordadas por un solo partido o una sola capa de la población"; requieren la conjugación de esfuerzos de todas las fuerzas democráticas y progresistas.

En definitiva, y de modo explícito, democracia o república popular significa algo claramente distinto de república soviética, de acuerdo con el principio de que "cada pueblo ha de pasar al socialismo no por una vía idéntica, estereotipada, no precisamente por la vía soviética, sino por su propia vía, según sus condiciones históricas, nacionales, sociales y culturales".

La codificación reduccionista del propio Dimitrov, en diciembre de 1948, elimina los componentes pluralistas de la democracia popular. Los dos rasgos internos tienden a resaltar: primero, el liderazgo obrero, que corresponde con la concepción monolítica del Frente de la

Patria, del que desaparece la pluralidad efectiva de opciones partidarias; segundo, el carácter básicamente coercitivo del régimen, en respuesta a una agudización de lucha de clases que desplaza la anterior política de alianzas. De modo que la pluralidad de vías es sustituida por la asimilación al modelo soviético, al convertirse la democracia popular en un régimen de liquidación del capitalismo que **cumple las funciones** de la dictadura del proletariado. En el orden internacional, el pluralismo queda asimismo borrado. La prioridad se otorga a la colaboración con la URSS y los países socialistas, definiéndose un "campo democrático antiimperialista" bajo dirección soviética (...).

"Democracia popular" y "democracia progresiva" coinciden inicialmente en su calidad de regímenes herederos de los frentes antifascistas, que se distancian tanto del modelo soviético como de la democracia tradicional, en la medida que suponen un componente ineludible de transformaciones socioeconómicas tendentes a anular el peso político de las fuerzas del gran capital y del fascismo, desde una perspectiva pluralista. En ambos casos hay un momento unitario, si bien mucho más rígido en el caso del frente patriótico de Dimitrov, marco de la única política legal a corto plazo, frente a la mayor flexibilidad del solidarismo y del compromiso que revisten las propuestas unitarias de Togliatti en la evolución que culmina en la elaboración conjunta de la Constitución a lo largo de 1947.

Más clara aparece la divisoria en la concepción del Estado. Dimitrov es aquí fiel seguidor de la tradición de Lenin y de la Tercera Internacional. Su Estado carece de autonomía, tanto respecto al partido como al sistema de intereses de clase cuya gestión asume. En el caso de Togliatti tenemos, por el contrario, una evolución hacia la autonomía del sistema político, en la dirección de un Estado neutral, como el definido por la Constitución de 1948, cuyos contenidos de clase dependen del juego de fuerzas dentro de la democracia, con una sola dirección excluyente en el sentido del antifascismo. Pero donde los comunistas pueden impulsar su política de transformaciones en contraste con otras propuestas caracterizadas por el conservadurismo o por la ambigüedad. En su famoso discurso de Nápoles, de abril de 1944, precisa ya Togliatti que no se trata de "hacer como en Rusia", sino de "crear en Italia un régimen democrático y progresivo", pluralista. La plataforma democrática asume unos perfiles nítidos, no recuperables a través de elementos de doble significación, como en el caso de la propuesta dimitroviana. Aunque la condición aliancista se mantenga como momento unitario: "La democracia progresiva —insiste en agosto de 1944— es un régimen basado en las amplias masas populares y en una coalición de fuerzas democráticas" (...).

Hay, no obstante, una línea de demarcación todavía más evidente. En Togliatti no se registra el desfase entre las concesiones políticas (de la monolítica dictadura del

proletariado a la pluralista democracia popular) y la rigidez del papel del partido, que, en cambio, caracteriza al proyecto de Dimitrov. A la democracia progresiva en el PCI corresponde un "partido nuevo", tanto en su relación con el tejido social como en su propia articulación interna. Los peligros de una subalternidad del partido comunista en la democracia no se combaten, como en Dimitrov, por la vía del reforzamiento de los aspectos militares de centralismo democrático, sino mediante la nueva posición del partido obrero como clave de bóveda de los intereses nacionales, capaz al propio tiempo de asumir en su interior al conjunto de fuerzas de transformación que alienta la sociedad italiana. El centralismo democrático se mantiene como barrera contra la infiltración y la disgregación. Pero la definición del partido asume ante todo rasgos positivos, transformadores, a cien leguas de la rigidez que caracterizara al partido "de clase" de la Tercera Internacional. "Partido nuevo —define Togliatti— es el partido capaz de llevar a la práctica esta nueva posición de la clase obrera, de llevarla a la práctica mediante su política, mediante su actividad, y por ello transformando incluso a este fin su organización. Al mismo tiempo, el partido nuevo que proyectamos debe ser un partido nacional italiano, esto es, un partido que plantee y resuelva el problema de la emancipación del trabajo en el marco de nuestra vida y libertad nacional, asumiendo todas las tradiciones progresivas de la nación".

La "democracia progresiva" supera así los estrangulamientos partido-democracia que aún subyacen al planteamiento de Dimitrov.

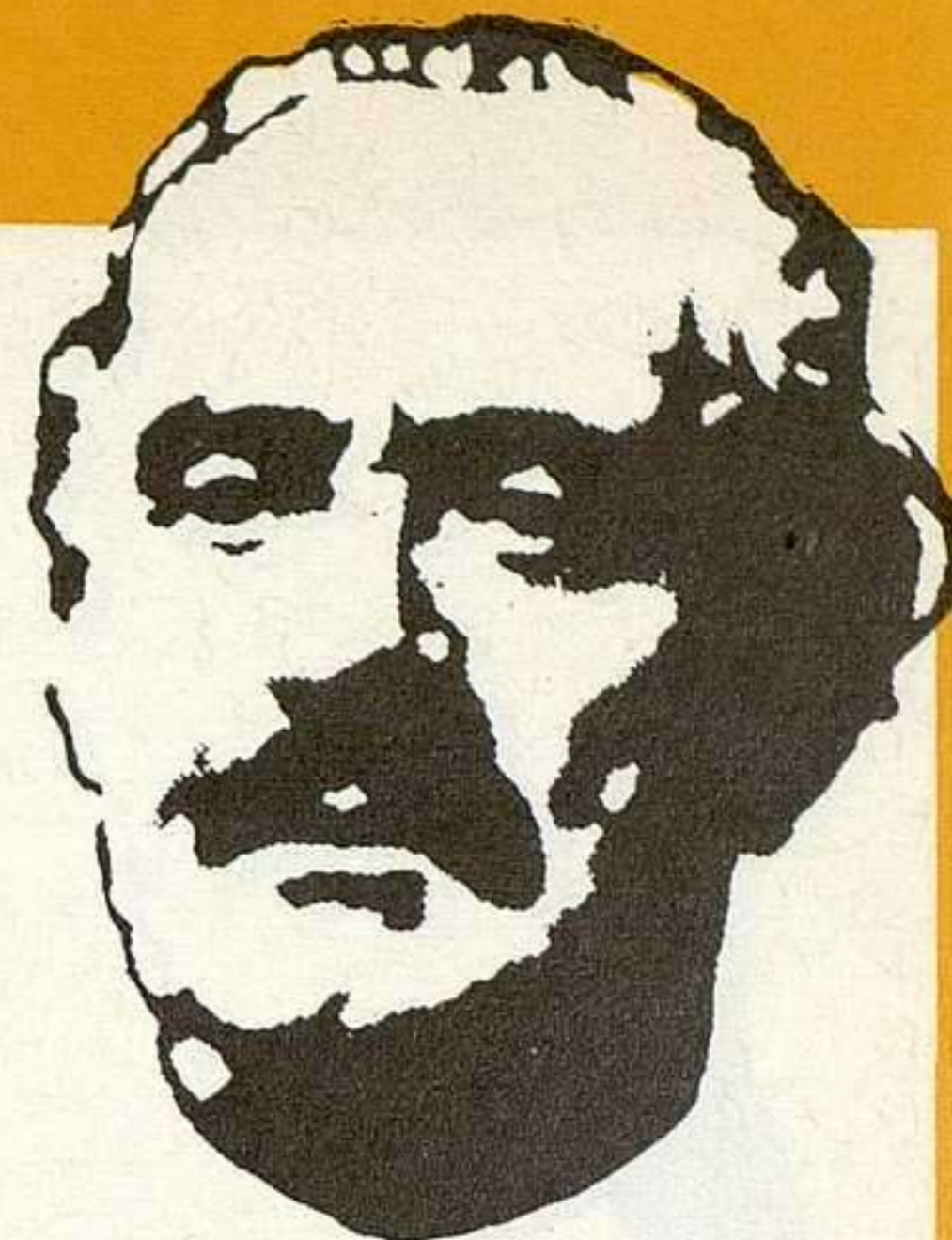
¿Qué tiene todo esto que ver con el comunismo español? Aparentemente bien poco, porque el tiempo de las "democracias populares" y de la "democracia progresiva" es en España el de la fallida lucha armada contra Franco. En las cuatro décadas de dictadura, la actuación comunista en pro de una recuperación de la democracia republicana, con la ineludible convocatoria a otras fuerzas políticas, de máxima amplitud desde 1956, parece estar más allá de los aspectos reductivos del modelo "democracia popular". Sin embargo, como veremos a continuación, una simple lectura de las publicaciones oficiales del Partido Comunista de España nos ofrece una imagen más compleja, menos diáfana (...).

La inflexión democrática de la definición política del PCE en los años 60 arranca de un horizonte ideológico en que sigue prevaleciendo implícitamente el modelo de la democracia popular. En su folleto **Sobre algunos problemas de la táctica de lucha contra el franquismo**, de marzo de 1961, S. Carrillo prefigura las opciones políticas que seguirán al inevitable triunfo del régimen democrático: si es por vía pacífica, habrá que admitir incluso la presencia de partidos del capital monopolista y de los grandes terratenientes, "derrotándoles" y "reduciendo su fuerza e influencia" por medio de "la acción combinada de la presión de las masas y de las decisiones parlamen-

tarias"; de imponerse la lucha armada, la persistencia **al lado del Partido** de partidos de pequeña burguesía y burguesía nacional. De forma más clara, en la Resolución crítica que el Comité Central publica en noviembre del 63 sobre los comunistas chinos, es prevista la puesta en marcha de una coalición de comunistas, socialistas, "grupos pequeños-burgueses e incluso fuerzas católicas progresistas", la cual, a través de una dinámica de lucha, alcance la transformación socialista. La legitimación histórica de esta propuesta es la experiencia del Frente Popular, visto como "un régimen de democracia popular, con una coalición de partidos que se apoyaba en el Parlamento".

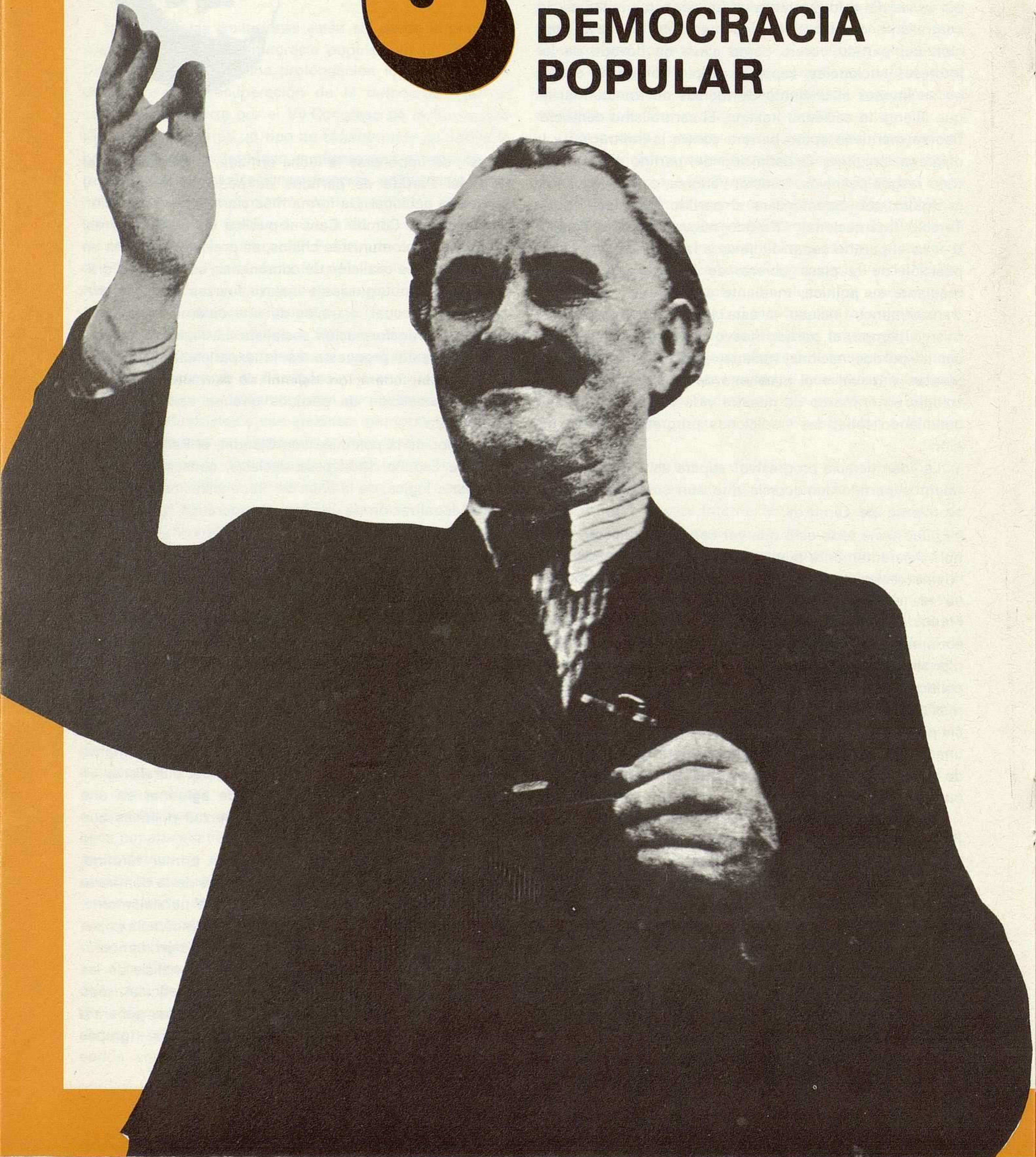
Al calor de la polémica con Claudín, el Partido Comunista de España da el paso decisivo, consecuencia, por otra parte lógica, de la línea de "reconciliación nacional": la individualización de una fase democrática, que calladamente quiebra el esquema leninista de revolución ininterrumpida y se comienza a apartar del modelo reductivo de las democracias populares. En **Después de Franco, ¿qué?**, Carrillo define este período específico como "democracia política y social", punto de inflexión entre lo viejo y lo nuevo. Su contenido tiende a aproximarse a la "democracia progresiva" de Togliatti: instituciones políticas democráticas, transformaciones estructurales, pluripartidismo como rasgo esencial de la transición. No faltan, en sentido contrario, las condenas sumarias de la democracia en los países capitalistas, ni el momento unitario, a modo de reducción forzada del pluralismo en una Alianza Socialista que habría de aglutinar en una "estructura concreta y eficaz" las fuerzas políticas que luchan por el socialismo (...).

¿Balance del recorrido anterior? En primer término, destaca la tardía aceptación sin reservas de la democracia como forma política de la transición. Y paralelamente, la persistente influencia del modelo de democracia popular, que llega casi a los albores de la transición democrática, bloqueando las posibilidades de un análisis de las perspectivas reales de la transición y, en particular, todo análisis de la socialdemocracia más allá de las generalizaciones relativas a otras "fuerzas auxiliares" (grupos democráticos, cristianos progresistas).



**3**

**LOS  
PROBLEMAS  
DE LA  
DEMOCRACIA  
POPULAR**



## Las contradicciones de Dimitrov al final de la era staliniana

Lilly Marcou

Lo que se podría llamar "el caso de la federación balcánica" es uno de los acontecimientos más confusos y contradictorios del final de la carrera política de Dimitrov. El estado actual de las fuentes no nos permite discernirlo entre una "torpeza", una confusión o un intento de oposición a Stalin.

El sueño de una federación balcánica ha pasado a formar parte de la historia moderna de los eslavos del Sur. Coincide con el sueño nacional que sacudió a los Balcanes a mediados del siglo XIX. Numerosas corrientes y fuerzas políticas de los países de la región fueron de una manera o de otra sensibilizados por ese proyecto. Pero es en el movimiento socialista y más tarde en el movimiento comunista donde encuentra mayor eco (...).

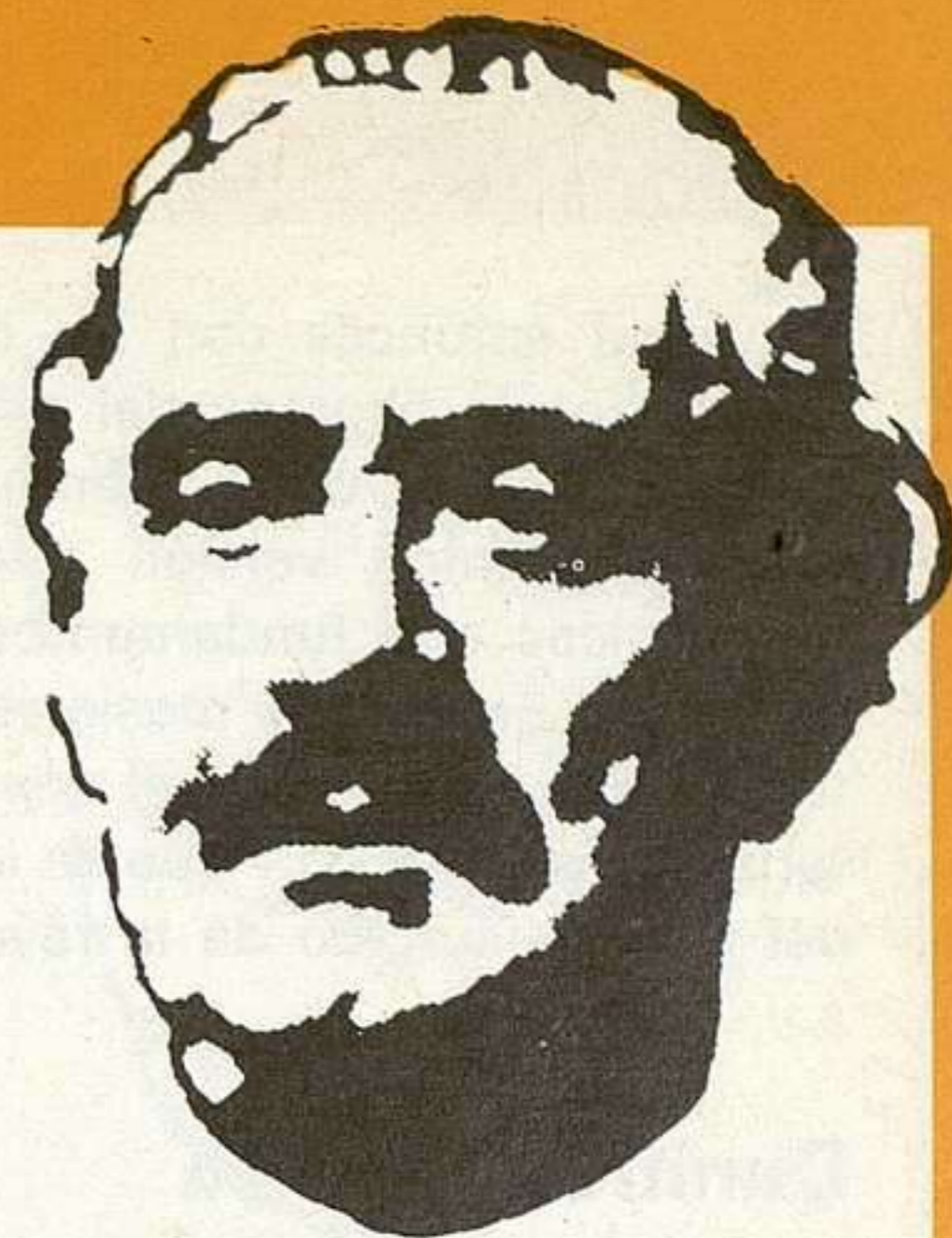
Durante la segunda posguerra, el proyecto se amplió a todos los países del Este europeo; el problema se planteaba esta vez más bien en términos económicos que políticos. Sumidos en una trágica penuria, sin poder beneficiarse del Plan Marshall y situados algunos de ellos ante las reparaciones de guerra a la URSS, los países de la Europa Oriental veían en la creación de una federación la única salida a su indigencia material (...).

Sería necesario esperar a la Conferencia Bled, que tuvo lugar a finales de julio de 1947, entre Tito y Dimitrov, para prever la realización, al menos parcial, de un proyecto búlgaro-yugoslavo. Los acuerdos firmados, que constituyeron la primera etapa de esa Federación, tendrían un carácter más bien económico que político: preveían esencialmente la creación de una unión aduanera.

Sin embargo, la idea de una gran federación que englobara toda la Europa Central y Oriental seguía abriéndose paso, al menos en el espíritu de ciertos líderes. Así, durante el período comprendido entre los acuerdos de Bled —julio 1947— y la resonante conferencia de prensa de Dimitrov —enero 1948—, este doble proyecto de federación estaría en el centro de los objetivos del dirigente búlgaro. Pero limitado a las simples conversaciones oficiosas, el proyecto se convertiría en **acontecimiento** con la famosa conferencia de Dimitrov del 17 de enero de 1948. Es en este momento cuando la crisis de la federación estalla y se hace pública (...).

En efecto, respondiendo a una pregunta sobre el futuro de una federación o una confederación que abarcara todos los países del Este y del Sudeste, Dimitrov declaró:

**"El problema de una federación o una confederación de esta naturaleza es prematura en lo que nos concierne. No está al orden del día por el momento; no ha sido discutida en nuestras conferencias. Cuando esta idea madure, lo que inevitablemente sucederá, nuestros pueblos, los pueblos de la democracia popular —Rumania, Bulgaria, Yugoslavia, Albania, Checoslovaquia, Polonia,**



**Hungría y Grecia, digo bien, Grecia— la regularán. Serán ellos quienes decidirán también tanto la forma que convendrá dar a ese proyecto: federación o confederación, como el momento en que deberá comenzar su andadura..."**

El 28 de enero, "Pravda" publica el texto íntegro de la conferencia de Dimitrov, sin ningún comentario. Pero al día siguiente, el órgano del PCUS (y, a través de él, Stalin) pone las cosas en su sitio (...).

¿Qué conclusiones se deducen del examen del "dossier" de la federación balcánica? Aún hoy numerosos dirigentes comunistas de aquella época sienten nostalgia por ese proyecto abortado. Según ellos, de haberse logrado, hubiera sido mejor la situación económica de los países del Este, sobre todo en el primer decenio de su existencia. Es cierto que en aquella época era una idea que parecía ofrecer, al menos desde el punto de vista económico, la única salida posible a su indigencia material. Pero a este respecto, la naturaleza de las relaciones entre países socialistas, tal como se desarrollaron después, nos permite interrogarnos sobre las posibilidades de éxito de una federación que englobara a toda la Europa Oriental.

En cuanto a la posición de Stalin, aun cuando se basara en argumentos serios, al evocar la ausencia de lazos históricos entre esos países, reflejaba ante todo la posición de una gran potencia que trataba de someter a su control a aquellos países predestinados a aceptarlo y, sobre todo, que intentaba impedir cualquier forma de unión que llegase a constituirse como una potencia paralela a la suya, creando así un nuevo centro del mundo comunista.

En fin, el episodio de la federación balcánica es concluyente en cuanto a la naturaleza de las relaciones que mantenían Dimitrov y Stalin en este período del fin de un reinado. Sin llegar a la conclusión extrema que haría de Dimitrov un oponente de Stalin, encontramos aquí contradicciones entre antiguos compañeros revolucionarios convertidos en Jefes de Estado. Mientras Dimitrov era jefe de filas del comunismo mundial y ciudadano de la Unión Soviética, no podían producirse roces entre él y Stalin. Pero cuando el viejo revolucionario, el antiguo secretario general de la Internacional se convierte en el jefe de la joven democracia popular búlgara, los intereses de Estado priman sobre los de la revolución, confundidos

en aquel entonces con los de la URSS. Es ahí donde percibimos la filigrana del antagonismo entre estos dos últimos gigantes de la Internacional. El proyecto de federación balcánica, versión 1945-1947, tenía más miras económicas que fundamentos ideológicos. Anteponía la razón de Estado al mesianismo revolucionario. Ya no tenía nada que ver con el que había propuesto la Kominintern en los años 20 y que se insertaba en la prolongación del modelo surgido de la revolución de octubre.

## **Dimitrov, teórico del régimen de democracia popular**

Podemos encontrar otra contradicción de Dimitrov en este último período en la forma, muy específica, en que sale valedor del giro ideológico y político de 1948, por el cual se deslinda de la ideología dominante de la época.

Como sabemos, los regímenes políticos surgidos de la liberación y de la defascización de la Europa del Este fueron definidos como regímenes intermedios, ni capitalistas ni socialistas. Se los define con los términos "democracia de nuevo tipo" o "nueva democracia" y sus primeras características fueron destacadas por los ideólogos soviéticos. Destaco aquí la definición y las características propuestas por Eugenio Varga en 1947, para contrastar seguidamente las diferencias con la definición dada más tarde por Dimitrov. "Por democracia de nuevo tipo, entendemos la situación de un país donde los vestigios feudales —la gran propiedad terrateniente— han sido liquidados, donde la propiedad privada de los medios de producción subsiste, pero las grandes empresas en el dominio de la industria, los transportes y el crédito están nacionalizados y donde el Estado mismo, al igual que su aparato coercitivo, no defienden los intereses de la burguesía monopolista, sino de los trabajadores de la ciudad y el campo".

En general, esta definición correspondía a cualquier programa socialista destinado a un régimen de Frente Popular. Sin embargo, al destacar las características del nuevo régimen, Varga subraya un aspecto innovador, presentado como un desarrollo del leninismo: "La organización social de estos Estados es diferente de cuantos conocemos hasta el presente, es algo absolutamente nuevo en la Historia de la Humanidad. No es la dictadura de la burguesía, pero tampoco la dictadura del proletariado". Esta precisión nos suministra el aspecto más interesante de esta teoría y es él precisamente el que cambiará más radicalmente al ser revisado, cuando, tras el desgañamiento de Yugoslavia, habrá que dotar a los países del Este de nuevas bases teóricas y políticas.

Otro aspecto importante de estas tesis, sobre todo si se analizan desde la perspectiva de su modificación posterior, consiste en que el acento se carga sobre la diversidad de formas que es posible imprimir a la construcción del socialismo, abandonando, por tanto, el principio de un modelo único, es decir, el modelo soviético. Las fuerzas internas, nacionales, juegan en este proceso un papel primordial. En la democracia popular definida en

1948 se verán esfumadas y relegadas a un segundo plano.

## **Democracia popular**

En los años 1948-49, durante el viraje que se produce con la excomunión de Tito por la Oficina de Información, la voluntad de dotar de un nuevo fundamento teórico a regímenes del Este se manifiesta tanto en la propaganda de la Cominform como en los trabajos de los partidos comunistas del Este. La ruptura yugoslava que afecta al monolitismo del movimiento comunista en un momento culminante de la guerra fría entraña —incluso si se toma en un sentido defensivo— tomar las riendas, traducido en un cambio político, que reclamaba cierta justificación ideológica. Puesto que la "herejía yugoslava" traía consigo un endurecimiento del "Glacis", lo que hacía falta, ante todo, era justamente una redefinición de lo que representaba este "Glacis". Las expresiones que apuntaban a los caracteres "intermedio", "particular", "transitorio"; las situaciones de "transición al socialismo" debían ser abolidas y reemplazadas por fórmulas que evocaran la estabilidad, la irreversibilidad, el carácter único y obligado de un modelo de transición: el soviético. Esta fue la época de la "canonización" de ciertas tesis leninistas y stalinistas (...).

La formulación teórica del régimen de democracia será lenta. Esta lentitud que hace pensar que, incluso en el vértice estos cambios tenían un carácter pragmático, condicionado por imperativos tanto de la política internacional como de la política interna propia de cada país. En otros términos, es más bien el contexto de la guerra fría, el impacto del conflicto Tito en un mundo partido en dos, lo que conllevará a la vez un cambio de las relaciones de fuerza en el interior del campo socialista y un cambio teórico en relación con las tesis de Varga y de otros ideólogos y economistas soviéticos enunciadas antes de 1948. Los fundamentos teóricos de la democracia popular serían anunciados por Jorge Dimitrov en el V Congreso del partido (...).

Diré ante todo, a guisa de conclusión, que hay que ser muy prudentes en las apreciaciones expuestas sobre este último período de la vida de Dimitrov. Del mismo modo que he rehusado siempre a hacer de Stalin el gran Satán, pienso que la historia de este período es demasiado compleja para reducirla a la lucha entre un gran malvado y unos cuantos buenos chicos. Por consiguiente, renuncio a entrar en el esquema que pretende hacer de Dimitrov un oponente de Stalin.

Sin embargo, al estudiar los grandes momentos, los grandes acontecimientos de este período, he podido comprobar algunas fisuras entre la política de Stalin y la política de Dimitrov. Ciertamente, la apertura de los archivos podrían aclararnos verdaderamente las dimensiones y los límites de estas brechas. En el estado actual de nuestros conocimientos, yo diría que estas contradicciones se sitúan a nivel de la "realpolitik", que termina siempre por imponerse a los viejos revolucionarios convertidos en Jefes de Estado. En otras palabras, no encontramos en Dimitrov otra concepción del poder comunista, otro proyecto de sociedad, otra visión de las alianzas. En

fin, no estamos ante un conflicto relevante sobre la naturaleza de las relaciones entre partidos. El debate se sitúa a un nivel estatal y son problemas que nos muestran las relaciones entre una gran potencia y un pequeño país, que abren una brecha entre los dos antiguos jefes carismáticos de la Internacional. El mesianismo deja sitio a la razón de Estado y es a este nivel que hace falta poner las cosas en orden.

Trabajar en la creación de una gran federación que reuniese a todos los países del Este europeo era tanto como querer constituir un poder estatal paralelo a la URSS; era, por tanto, atentar contra la concepción centralista que convergía hacia un centro único: Moscú.

Óponerse a hacer del Ejército Rojo la fuerza mayor de toda victoria revolucionaria era percatarse de las consecuencias desastrosas para la evolución futura de los países de democracia popular, convertidos por este hecho en dependientes de la fuerza armada soviética. Dimitrov, como un precursor, pudo haber intuido lo que Ernst Fischer formularía después de la intervención de Praga, en agosto de 1968: "Si el socialismo va acompañado de un reparto del globo en 'esferas de interés'; si está ligado a la expansión y al ensanchamiento de la potencia soviética; si no pertenece ya a los pueblos mismos, sino a las divisiones blindadas, decidir que el país debe ser, y de qué forma, socialista, entonces queda en juego hasta la naturaleza misma del socialismo". Podemos conceder a Dimitrov el mérito de haber profetizado ese peligro y de haberlo combatido con los reducidos medios que le quedaban.

---

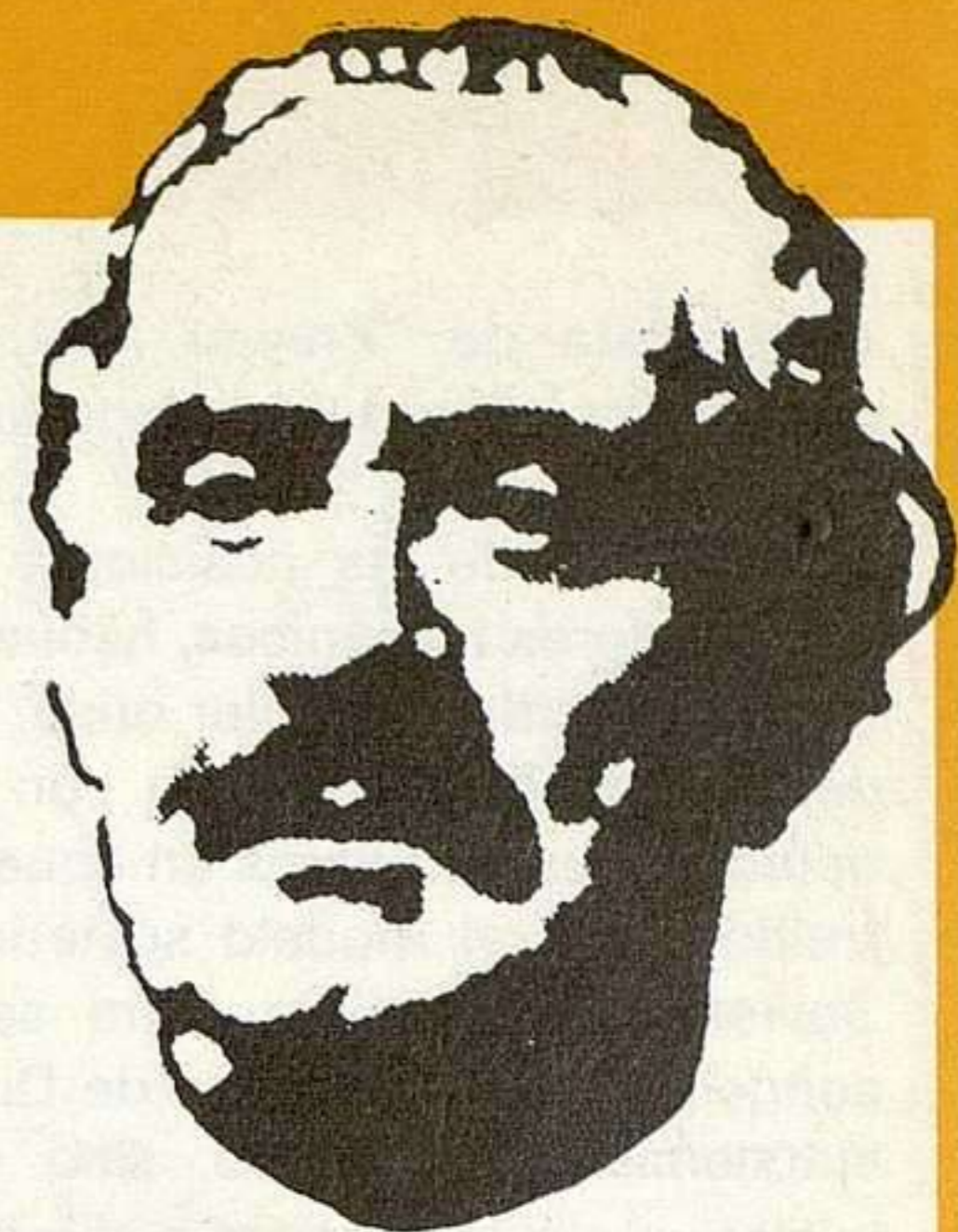
## Democracias populares y federación balcánica en la posguerra temprana

---

**Adriano Guerra**

La actuación y la política de Dimitrov tras su retorno a la patria debe situarse en el cuadro de una posguerra totalmente incierta y abierta a diversas soluciones, si queremos captar la originalidad de las iniciativas del revolucionario búlgaro en torno a los temas de la transición al socialismo en las democracias populares y del ordenamiento de Europa, especialmente del Sudeste europeo.

En Dimitrov estos dos temas están extraordinariamente ligados. En sus escritos y discursos vemos, efectivamente, desde el principio, que la cuestión de una vía "nueva y distinta al socialismo" se sitúa en una óptica que abarca todo el área del Sudeste europeo, con la idea de buscar solución, mediante la progresiva edificación del socialismo en las nuevas condiciones (por lo cual diría en 1946 que "ya no es esencial la dictadura del proletariado"), a los impulsos nacionales y nacionalistas presentes prácticamente en toda la región. Y aquí nos



topamos con el problema de la federación balcánica, tal vez uno de los más complejos de nuestro tiempo (...).

De hecho, sólo Dimitrov afrontó los problemas de la inmediata posguerra con la consciencia de que la tarea de las democracias populares entonces nacientes debía ser, en primer lugar, la de dar una respuesta internacionalista a la impresionante trama de "revoluciones nacionales" irresueltas que habían dejado, al final de sus días, los dos Imperios —el otomano y el de los Habsburgo— dominantes en aquella región...

La idea de una "federación de los eslavos meridionales" no había nacido, sin embargo, en la posguerra. Pero, justamente por ello, Dimitrov pudo darse cuenta rápidamente de la extraordinaria oportunidad que ofrecía la terminación de la guerra no sólo para encauzar el proceso de unificación del Sudeste europeo, sino para alumbrar una Europa nueva...

Lo que no se le escapaba a Dimitrov ni a las demás fuerzas que operaban en la zona era que el dato más significativo del cambio operado consistía —respecto a la Europa Central— en la contribución que habían dado los pueblos balcánicos —los yugoslavos ante todo, pero también los griegos, los albaneses y, con la revolución del 9 de septiembre, igualmente los búlgaros— a la derrota de Hitler. Ciertamente que no todos los países habían contribuido de igual manera y Dimitrov advirtió muy pronto el peso negativo que representaba el hecho de que Bulgaria fuese a todos los efectos un "país vencido". De otro lado, era inevitable que Yugoslavia —precisamente porque había sabido conquistar la libertad y la independencia con sus propias manos— aspirase ahora a jugar un papel particular de guía. Pero de aquí podía surgir un estímulo para alcanzar lo antes posible, mediante la vía de un gradual acercamiento entre Bulgaria y Yugoslavia, "la institución de una federación de los eslavos meridionales". "Semejante federación —diría Dimitrov en el V Congreso—, apoyándose en la amistad con la URSS y en la fraterna colaboración con las demás democracias populares", debería, en primer lugar, "dar una justa solución a los problemas irresueltos heredados de los viejos regímenes burgueses y monárquicos".

En aquellos días, Dimitrov ya no hablaba de la idea, bastante más ambiciosa, de una federación abierta a Grecia, a Hungría e incluso a Polonia. Se había producido

ya la nota de "Pravda" del 28 de enero, que había definido esa propuesta como una "plaga de contradicciones y de errores" (...).

Más allá de las posiciones y de la voluntad de los negociadores balcánicos, habían cambiado los tiempos. Y Stalin, vencida cualquier duda, había ya decidido responder al desafío americano con la transformación de las democracias populares en aquel bloque monolítico, construido sobre el modelo soviético y dirigido por la Unión Soviética, que exigía, para ser construido, no sólo la congelación del proyecto de Dimitrov y la liquidación del autonomismo yugoslavo, sino el abandono de cualquier iniciativa sin la presencia directa soviética (...).

La primera fase de la posguerra, abierta a las más variadas posibilidades, se estaba cerrando. Stalin se disponía a lanzar la excomunión de Tito. Como ha escrito lapidariamente Kardelj, "el asunto de la federación entre Yugoslavia y Bulgaria fue definitivamente sepultado tras la resolución de la Cominform", es decir, cuando se ultimó la división de Europa en bloques.

Y junto al espectro de la federación balcánica desapareció también en los días de la condenación de Yugoslavia lo que hasta entonces se había proyectado y elaborado sobre el tema de la búsqueda de vías nuevas y distintas al socialismo.

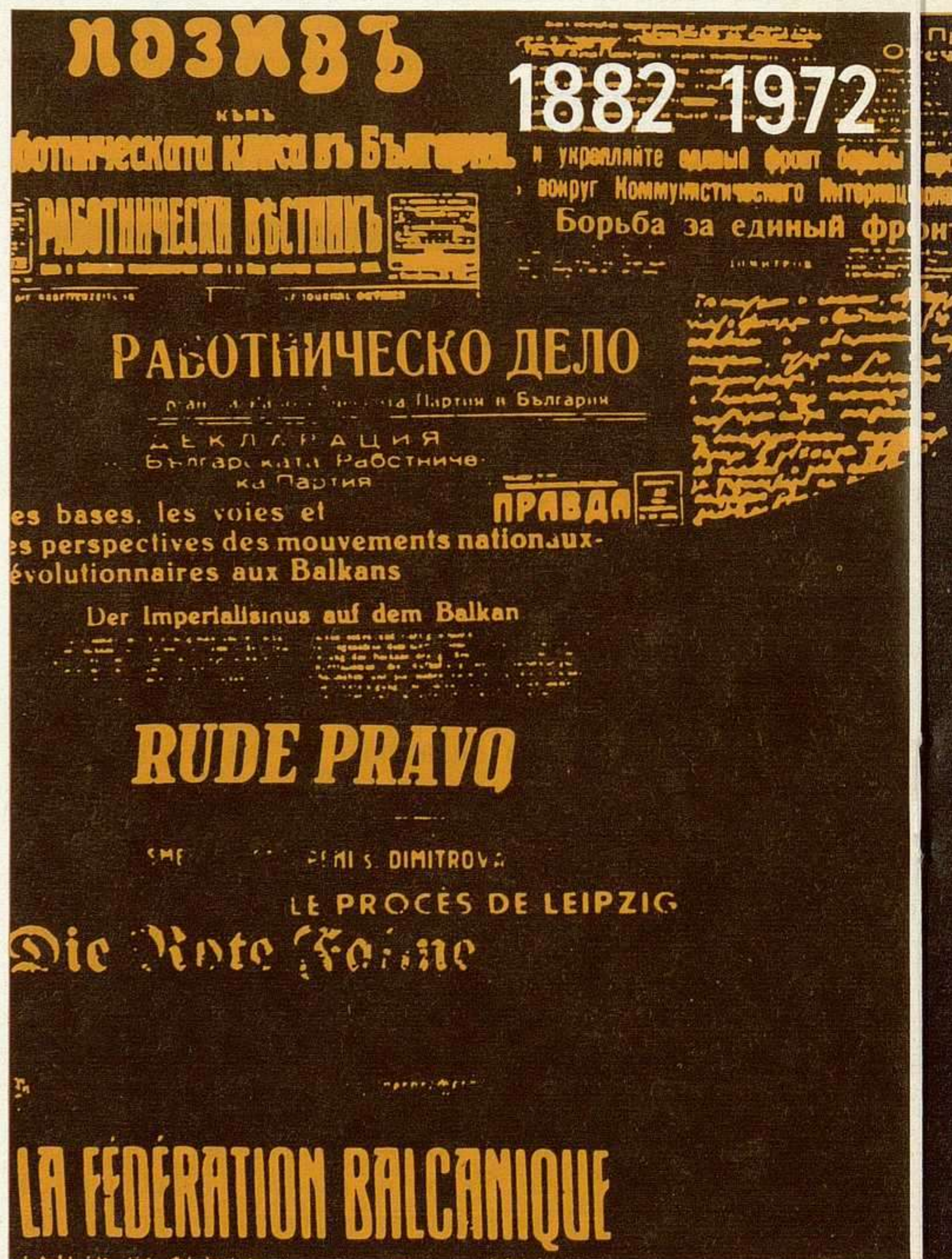
También sobre esto Dimitrov se había pronunciado repetidas veces, en el curso de los años 1945-1948, hablando explícitamente, por ejemplo, de "vía búlgara al socialismo" y poniendo de relieve lo que debería diferenciar al socialismo búlgaro del soviético. "La lucha por el socialismo —se lee en una intervención de febrero de 1946— es distinta hoy de la de 1917 en la Rusia zarista. Entonces era esencial derrocar el zarismo ruso, era esencial la dictadura del proletariado para poder pasar al socialismo. Desde aquella fecha han transcurrido tres decenios y la Unión Soviética, como Estado socialista, se ha convertido en una gran potencia mundial" (...).

Naturalmente, estas afirmaciones de Dimitrov (como las de Gomulka, Gottwald y otros) de 1945-1947 deben ser leídas y fechadas con atención. He reprochado antes a algunos historiadores por no contemplar aquel período con los ojos de la Cominform y de la guerra fría y no quisiera merecer el mismo reproche proponiendo una lectura de Dimitrov en clave "eurocomunista". Para impedirlo están las afirmaciones del mismo Dimitrov un año después y sus autocríticas en el V Congreso. Hay que decir, sin embargo, que las autocríticas de 1948 no pueden en ningún caso hacernos olvidar lo que el propio Dimitrov decía unos años antes relativo, por ejemplo, a la caracterización de la democracia popular respecto a la "república soviética".

"Bulgaria no será una república soviética, sino una república popular —afirma en 1946—, en la cual la función dirigente será asumida por la inmensa mayoría del pueblo...". En esta república "no habrá ninguna dictadura, sino que el factor fundamental y decisivo estará representado por la mayoría trabajadora de la población". Junto a Kostov, Dimitrov pensaba entonces, en suma, que el régimen político del Frente Patriótico "ocuparía un largo período de la historia del país", un "período que no se puede saltar". En lo que concierne a las relaciones

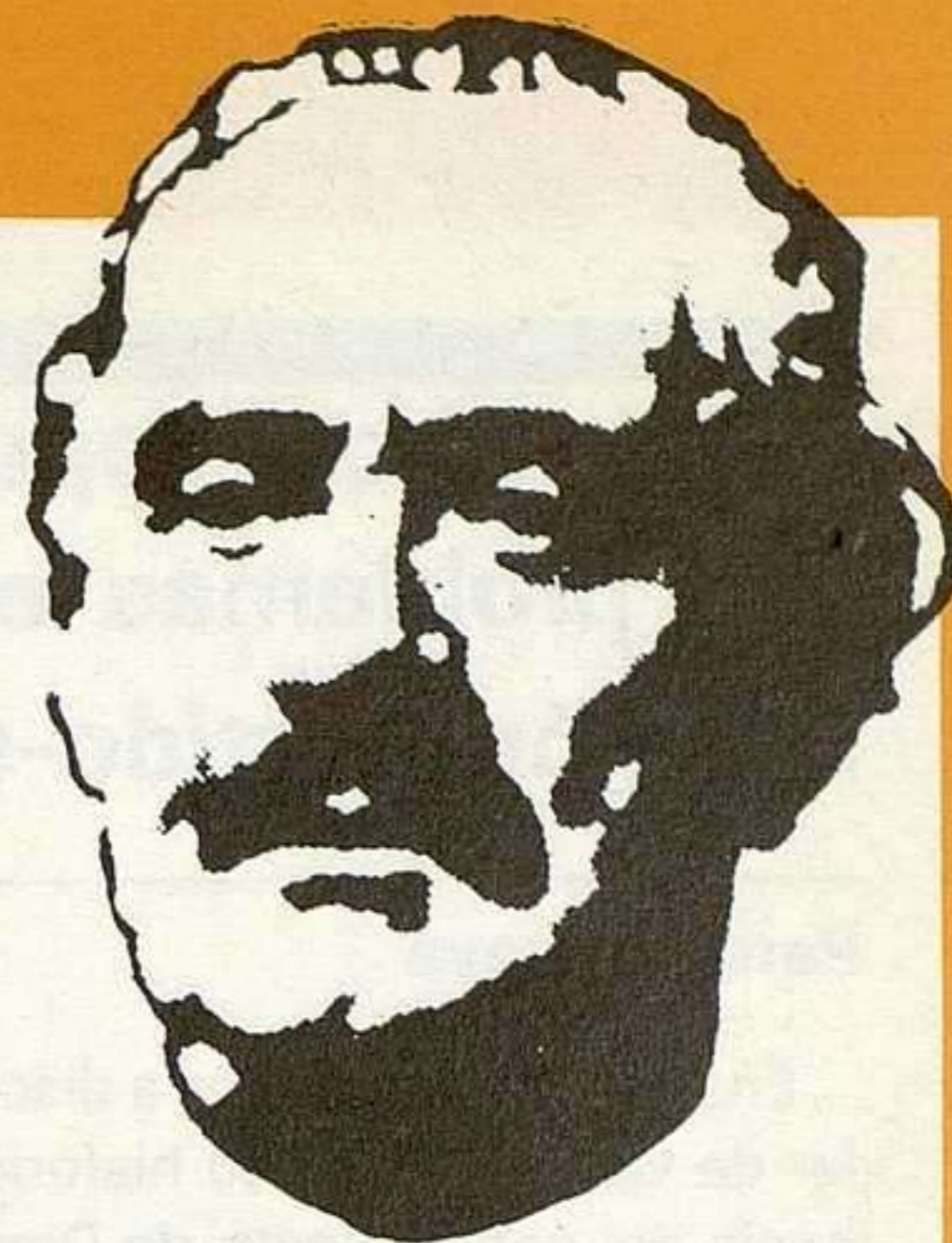
entre los partidos adheridos al Frente, Dimitrov decía, entre otras cosas: "El Frente Patriótico agrupa a cinco partidos. Estos pueden discutir, y de hecho discuten entre sí. Pueden tener contradicciones, y las tienen. Pero estas discusiones y contrastaciones pueden ser superadas porque dichos partidos arrancan de los intereses comunes del pueblo búlgaro". Mirándolo bien, se expresa aquí del modo más claro, en sus puntos altos y en sus límites, la cultura comunista de la época sobre el tema de la democracia y el pluralismo. Hay la conciencia de que existe y existirá por mucho tiempo un pluralismo de intereses... A este pluralismo económico corresponde la pluralidad de voces y de partidos (pluralismo político). Esta pluralidad, estos intereses diversos deben poder expresarse, pero siempre y sobre todo en el interior del Frente, siempre y sobre todo como "pluralismo de gobierno", nunca como confrontación gobierno-oposición.

Lo que estaba ausente, en definitiva, era la admisión





franca de que las discusiones y contrastaciones entre partidos pueden resultar también insuperables, y, por tanto, que el sistema político debía prever la existencia de una oposición. En las palabras de Dimitrov se refleja claramente no tanto las contradicciones del dirigente búlgaro cuanto los límites históricos del movimiento comunista de aquel período sobre el tema de los contenidos democráticos del socialismo. Esta inadecuación —política, teórica, cultural— vino más tarde a acentuarse a causa de que, en más de una ocasión, los partidos comunistas estuviesen entonces llamados, por singulares circunstancias de la historia, a constituirse en fuerza dirigente aun allí donde, como en Hungría, Bulgaria o Polonia, representaban una fuerza política absolutamente minoritaria. Es aquí y en el hecho de que paralelamente las fuerzas políticas no comunistas, aunque mayoritarias, estuviesen destinadas por las mismas circunstancias históricas a tomar nota de la imposibilidad de hacer política



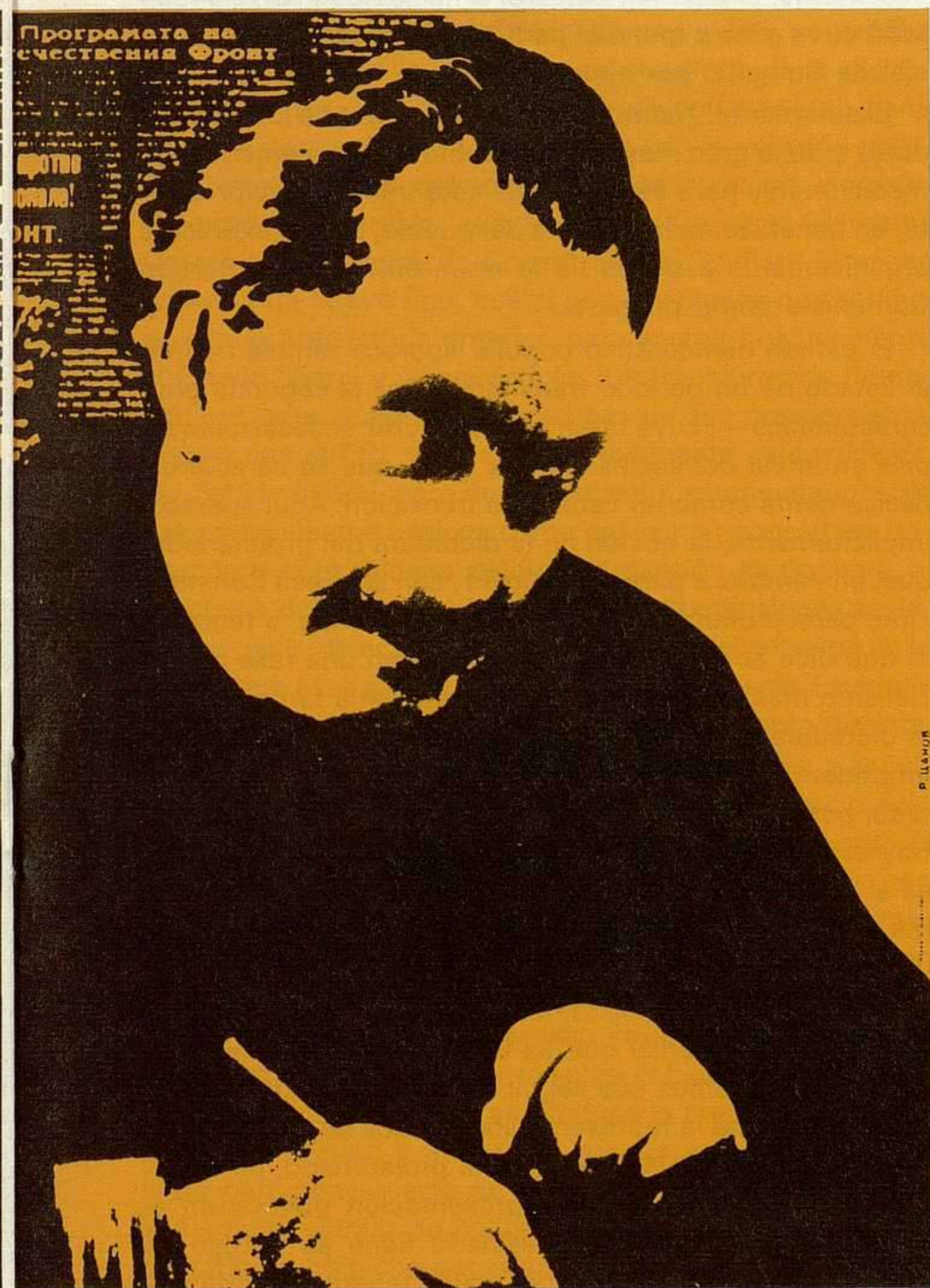
fuera del Frente y a aceptar el principio del "papel dirigente" del partido comunista, donde se encuentran las raíces de la crisis que fue invadiendo rápida y dramáticamente las democracias populares (y a causa de la cual en Bulgaria se pasaría, al cabo de muy poco tiempo, a la crisis del sistema político del Frente, a la lucha contra las oposiciones, a la detención y condena a muerte del líder del Partido Agrario, Petkov, para pasar más tarde a la liquidación del propio grupo dirigente del Partido Comunista).

Crisis que se refleja, por lo demás, en las dramáticas vicisitudes de Dimitrov en los últimos años de su vida, cuando diría que "el paso al socialismo no puede ser logrado sin la dictadura del proletariado" y que el soviético "es el único ejemplo de construcción del socialismo para nosotros y para los demás países de democracia popular".

Así terminaba la hipótesis de una vía distinta a un socialismo distinto. En primer lugar, ciertamente, por las contradicciones y limitaciones internas. Pero lo que impidió, sobre todo, que se prosiguiera el avance, aun dentro de las limitaciones y condicionamientos existentes, a lo largo de los espacios abiertos por las revoluciones antifascistas, fue, como queda dicho, aquella ruptura, la más vasta que se hubiera producido hasta entonces, entre las grandes potencias, determinando con ello la división de Europa, el surgimiento de los "campos" y su militarización.

De hecho, prácticamente en el curso de pocas semanas, mientras en los países de la Europa Oriental eran liquidadas las oposiciones, en Italia, Francia y otros países, los comunistas eran alejados del Gobierno. Se avecinaban tiempos dramáticos y Dimitrov era consciente de ello. De aquel período nos queda, además de los silencios y las declaraciones autocríticas de Dimitrov, un telegrama a Tito, el único recibido entonces por el dirigente yugoslavo, en ocasión de su cumpleaños, de otro dirigente comunista.

Y tal vez se deba también a este último mensaje el que este comunista búlgaro, que había estado a la cabeza de la Tercera Internacional, no sea extraño a quienes se proponen, tras levantar acta del desenlace que ha tenido el proceso abierto por el octubre de 1917 y de la crisis del viejo internacionalismo, a alumbrar juntos un nuevo internacionalismo y una nueva visión del socialismo.



## Democracia popular. Los problemas en la relación partido-sociedad

Pere Vilanova

En el tema que vamos a discutir es fundamental no perder de vista el contexto histórico; hay que valorar la diferencia del pensamiento de Dimitrov en el movimiento comunista —pienso que es aquí donde la figura de Dimitrov adquiere una relevancia excepcional— y después la influencia de este pensamiento en la práctica del movimiento obrero. Todo ello nos permitirá, sin agotar el tema, pero situándolo en perspectiva, entrar en lo que a mí más me preocupa, que es la eventual relación entre el eurocomunismo y su pasado. En este sentido, el eurocomunismo se ha referido reiteradas veces, como referencias positivas, por lo menos, a las experiencias de los Frentes Populares y a algunos conceptos de las democracias populares. Pienso que hay que entrar en este tema para evitar equívocos en la relación entre el eurocomunismo y las dos cuestiones aludidas (...).

Ahora bien, pienso que hay que llegar a los Frentes Populares para que desde el eurocomunismo se analice el propio pasado en unos términos seriamente críticos. Dicho de otra manera, pienso que el propio movimiento comunista internacional, incluso mucho antes del eurocomunismo, da la impresión de que dice (lo diré con palabras esquemáticas): "Con los Frentes Populares por fin se empieza a hacer política en serio, política positiva. Por fin, empezamos a hacer las cosas bien" (...).

Me interesa insistir en otro aspecto... Es un hecho admitido que el Estado liberal en los años 30 conoce su máxima crisis. Entiendo por Estado liberal el que se ha desarrollado en Europa en el siglo XIX al XX. Pero con los Frentes Populares, en la práctica, cambia la actitud de los partidos comunistas frente a ese Estado liberal, pasando a asumir su defensa activa, porque de repente se toma conciencia de que perderlo por la amenaza fascista es una catástrofe para todos, empezando por el propio movimiento obrero. Diría que esto es un golpe más contra la teoría del catastrofismo que arrastraba la Internacional de la época anterior. Ahora bien, digo que esta actitud frente al Estado liberal implica un cambio vital **en la práctica**, porque en la teoría no creo que hubiese una seria reflexión sobre esto; la defensa que se asume en la práctica, incluso de manera heroica, de este Estado liberal, tiene una dimensión muy táctica, es decir, no se cambia en cuanto a concepciones teóricas del Estado. Aquí, finalmente, este Estado tendrá que ser derribado para cambiarlo por otro (...).

El resultado de la segunda guerra mundial es el factor que domina, como contexto histórico condicionante, este tema. Y ahí se produce la diversidad entre la lógica que conduce al sistema político de los países socialistas, o países del Este, y la lógica que conduce al eurocomunismo.

Porque de la segunda guerra mundial se abre una nueva situación para la práctica política de estos partidos.

Si analizamos el concepto de democracia popular que hay en Dimitrov, se entiende muy bien en seguida que estas ideas responden —no sé si incluyendo los silencios o las palabras— a la situación que en estos momentos de guerra fría se produce en los países del Este.

En un texto del comienzo de la guerra fría —"El carácter, el papel y las perspectivas de la democracia popular y del Estado democrático popular"—, Dimitrov dice que el Estado democrático popular está determinado por cuatro rasgos fundamentales: representa el Estado de los trabajadores, de la gran mayoría del pueblo bajo el papel dirigente de la clase obrera. Aquí se hace ya brevemente un análisis de clase y su traducción al canal del Estado. Es decir, aquí se caracteriza al Estado democrático como un órgano representativo del poder de los trabajadores, de la gran mayoría del pueblo y del papel dirigente de la clase obrera. Esto se entiende muy bien con relación a lo que está pasando en Europa del Este en la posguerra y en los años de la guerra fría. Pero desde el punto de vista conceptual, aquí se puede hacer varias preguntas: en primer lugar, cabe preguntarse si ha bastado con el resultado de la guerra mundial, que ha transformado, sobre todo políticamente, el régimen búlgaro, si ha bastado con el resultado de la guerra mundial para modificar la estructura social de Bulgaria, por ejemplo.

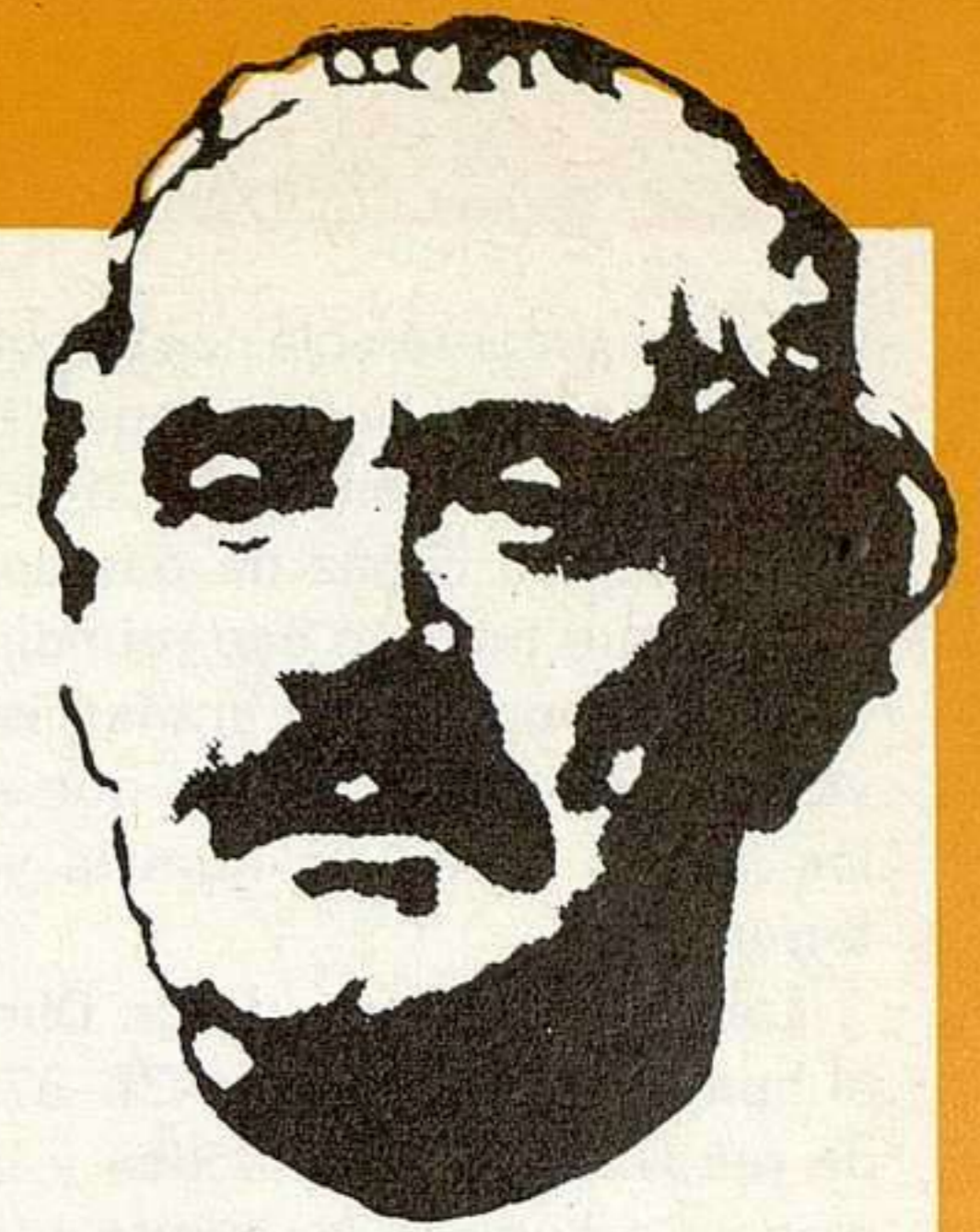
Exactamente: ¿cómo se mide este poder de los trabajadores y de la gran mayoría del pueblo? ¿Qué elementos de medición hay para asegurar que esta transformación existe, en beneficio de la mayoría del pueblo, que se expresará orgánicamente a través de la clase obrera y del Partido Comunista como dirigente?

El Estado democrático popular aparece también como el Estado de un período transitorio —es la segunda gran característica—, cuya tarea será asegurar el desarrollo del país en la vía del socialismo; es decir, que se caracteriza básicamente como un Estado de transición. Aquí aparece, implícitamente, la noción de la dictadura del proletariado, que, en cambio, a partir del año 71, con la nueva Constitución, parece difuminarse, en el sentido de que, a tenor de lo que dice la Constitución, se estaría en una fase de socialismo más maduro, en el que ya no sería tan necesaria la dictadura del proletariado, sino que se entiende como un poder de todo el pueblo, administrado a través del Estado, pero sin este carácter de dictadura del proletariado. Hay otros rasgos en los que no voy a insistir. Un ejemplo es el de la vinculación internacional, por el cual el problema búlgaro aparece muy explícitamente vinculado a la URSS, etcétera.

Aquí aparecen varios temas. Uno es el tema clásico del leninismo, que pienso que es uno de los problemas más graves que tenemos que seguir dilucidando, según el cual en una sociedad la representación política se da de manera más o menos lineal. Es decir, el proletariado, perfectamente medible, tiene una representación política en el Partido Comunista, el campesinado tiene su partido, la burguesía, antes de la toma del poder, tendría su partido, y

después queda la duda de si sigue teniendo una representación política o no. Lo que pasa en la práctica es que, cuando se caracteriza el Estado como un Estado de los trabajadores, de la gran mayoría del pueblo bajo la dirección de la clase obrera, ello conlleva implícitamente que, por un lado u otro, habrá de aparecer políticamente la oposición, la habitual disensión con la política de ese Estado. Por tanto, una de dos: o en este Estado ya la modificación y la evolución de las clases sociales es tal, habiendo sido expropiada la burguesía y los terratenientes, que esta relación política se hace entre la mayoría del pueblo, la clase obrera y su partido, o bien subsisten resistencias. En este informe de Dimitrov se toca este tema de las resistencias, pero de una manera que a mí me parece preocupante, en el sentido de que no se ha superado esta visión de que una sociedad es diversa por definición y cada fuerza social, cada clase social, cada grupo social, tiende a veces a representarse políticamente de manera muy distinta. Yo no diría que la derecha española tradicional e históricamente se haya representado a través de un partido, sino que su representación política ha pasado por muchos canales: partidos políticos, pronunciamientos, sabotajes económicos, aceptación de la democracia, etc.

Creo que este es el nudo de la cuestión: la concepción del Estado existente en la democracia popular que se consolida en el movimiento comunista en un área geográfica determinada, bajo la influencia del resultado de la segunda guerra mundial, conduce a una situación que no tiene solución de continuidad, comparada con la reflexión teórica que sobre estos mismos problemas inicia, por ejemplo, el Partido Comunista Italiano desde la misma Asamblea Constituyente. Desde la Constituyente, Togliatti hizo una reflexión de nuevo tipo, que sí que me parece que rompe, supera su trayectoria anterior, para asumir positivamente el Estado liberal y, asumiéndola, ir a transformarlo democráticamente, aceptando las cargas de sus presupuestos. Pienso que el PCI, al asumir positivamente esta tradición del Estado liberal, para democratizarlo, asume algunos de sus presupuestos básicos como cosas no negociables, tales como el pluralismo político, la división de poderes, el problema de la integración política de las tensiones sociales, es decir, dejar de lado la teoría de la lucha frontal en la que lo que está en juego es la conquista de este Estado; y aparece aquí, por tanto, una predicción bastante distinta. Por esto yo pienso que la tradición comunista va a seguir pensándose a sí misma, va a seguir pensando su propia historia. Reflexión que no tiene por qué ser excluyente ni antinómica; son dos situaciones distintas, que se han creado históricamente, y por eso implicarán transformaciones en unos y otros. A mí, los temas que me preocupan y sobre los que pienso que hay que seguir reflexionando son, primero, constatar el escaso desarrollo, en relación a otros temas, del pensamiento sobre el Estado en Marx; segundo, el tema de cómo se produce la mediación política entre la sociedad y el Estado, porque es el camino más corto para convergerse de la necesidad de asumir positivamente el pluralismo político. Por tanto, esta es la situación. Como ha dicho antes Adriano Guerra, el pensamien-



to político de Dimitrov es una pieza fundamental en esta tradición; en su ámbito específico, a través de los frentes populares y de las democracias populares, hizo aportaciones sustanciales en la teoría y en la práctica, y, por tanto, es una referencia obligada, desde el punto de vista de la reflexión, sin que ello implique actitudes de exclusión teórica ni de ruptura teórica. Ahora bien, me parece que de esa diversidad que se ha creado en el movimiento comunista se van a derivar cosas nuevas que habría que ir previniendo.

Pienso que esta diversidad en el movimiento comunista va más allá de ideas que quizá hemos manejado tradicionalmente, como la de que, en realidad, lo que hay es aplicación de unos mismos principios a situaciones diferentes. Me parece que el movimiento comunista se ha diversificado mucho y que estamos lejos de la simple aplicación de unos mismos principios a situaciones diferentes, porque las situaciones diferentes han modificado algunos de esos principios. Por ejemplo, insisto, la concepción del Estado y la concepción de la mediación social en la teoría de la democracia popular es algo radicalmente distinto a lo que potencialmente el eurocomunismo tiene por delante en relación a nuestro modelo social.

---

## Intervención de clausura

**Santiago Carrillo**

Voy a pronunciar unas breves palabras de clausura de este encuentro internacional. No van a ser, desde luego, ni una conclusión ni un resumen, sino algunas opiniones tan discutibles como las que han expuesto aquí los conferenciantes que han intervenido.

Es decir, quiero aclarar que no trato de decir ninguna última palabra en esta intervención.

Para mí, la figura de Jorge Dimitrov aparece, en primer término, como la figura de un gran luchador. Mi generación ha tenido la posibilidad de seguir, con una

emoción incontenible, aquel célebre proceso de Leipzig, donde Dimitrov, solo, aunque fuera millones de personas seguían atentamente lo que ocurría en aquella sala; solo allí, digo, fue capaz de dar una batalla al nazismo; una batalla que tuvo un eco mundial y una indudable influencia en el movimiento antifascista. El primer Dimitrov que yo veo es éste: el gigante que en Leipzig se enfrenta con los líderes nazis, los humilla y los derrota en su propio terreno.

Después hay otro Jorge Dimitrov que enlaza con éste: el hombre que en 1934-36-37 encabeza un movimiento de renovación de la táctica y la estrategia de la Internacional Comunista. No funda el eurocomunismo, y en este sentido tengo que decir que no trato de apropiarme de Dimitrov para el eurocomunismo, pero, al fin y al cabo, el eurocomunismo es una realización que ha surgido dentro de los partidos comunistas, dentro del movimiento comunista; sus raíces, por lo menos en algunos aspectos, pueden llegar muy lejos y, desde luego, no están cortadas de todos los movimientos de renovación que se han producido dentro del comunismo.

Para mí, esa segunda fase de Dimitrov, ese segundo aspecto de su figura, es la del hombre que contesta —y que contesta con gran energía— lo que entonces hubiéramos podido llamar una cultura política comunista tradicional. Una cultura política comunista tradicional que no era solamente el leninismo, sino, junto con el leninismo, todos los aditamentos sectarios que habían añadido no sólo Stalin, sino Kammenev, Zinoviev, los dirigentes de la Internacional Comunista durante un período. Aquella cultura política y comunista que se definía, por ejemplo, considerando a la socialdemocracia como socialfascismo, aquella política comunista que consideraba al Frente Unico, en realidad, como una maniobra para enfrentar a los trabajadores socialistas entre sí. Una cultura profundamente anclada en aquella época y que yo diría que no ha sido totalmente superada. Porque la vivencia de una cultura política fundamental es enorme y perdura a veces muchísimo tiempo, incluso cuando parece que ha sido superada. Esta segunda figura de Dimitrov a mí me parece importantísima. Es decir, el Dimitrov que critica acerbamente toda una posición anterior contra la socialdemocracia, considerándola el apoyo principal de la burguesía, que considera que todos los líderes de la socialdemocracia son simplemente traidores, que plantea el Frente Unico por la base con un criterio de maniobra. Una contestación que va también a otros terrenos. Por ejemplo, Dimitrov es el hombre que en el año 34 comienza a plantear abiertamente que los partidos comunistas no se pueden dirigir desde Moscú y a reconocer una autonomía real en el funcionamiento de los partidos comunistas.

Dimitrov es el hombre que en esa época se atreve a criticar el uso de esquemas, de frases sustitutivas del análisis marxista, método que desgraciadamente es bastante usual en muchos casos. Dimitrov es el hombre que plantea también el tema de la independencia sindical, rompiendo, quizá antes que nadie, con la concepción del sindicato como correa de transmisión.

Creo que hay otra aportación importante de Dimitrov en ese período que, aunque no haya tenido una confir-

mación en la práctica, era, sin embargo, muy valiosa: la guerra podía evitarse, la guerra imperialista no era inevitable. Idea que hoy está todavía más vigente que en aquella época.

Es decir, para los que hayan conocido lo que era la cultura comunista de clase contra clase, la idea de que la socialdemocracia y no sólo la socialdemocracia, sino los socialistas de izquierda eran traidores, para quien haya conocido, repito, aquella época, la intervención de Dimitrov en esos años es como un viento fresco que viene a llevarse muchas de las telarañas que impiden al pensamiento comunista ponerse al día. Me parece que en ese sentido Dimitrov desempeña un papel importantísimo.

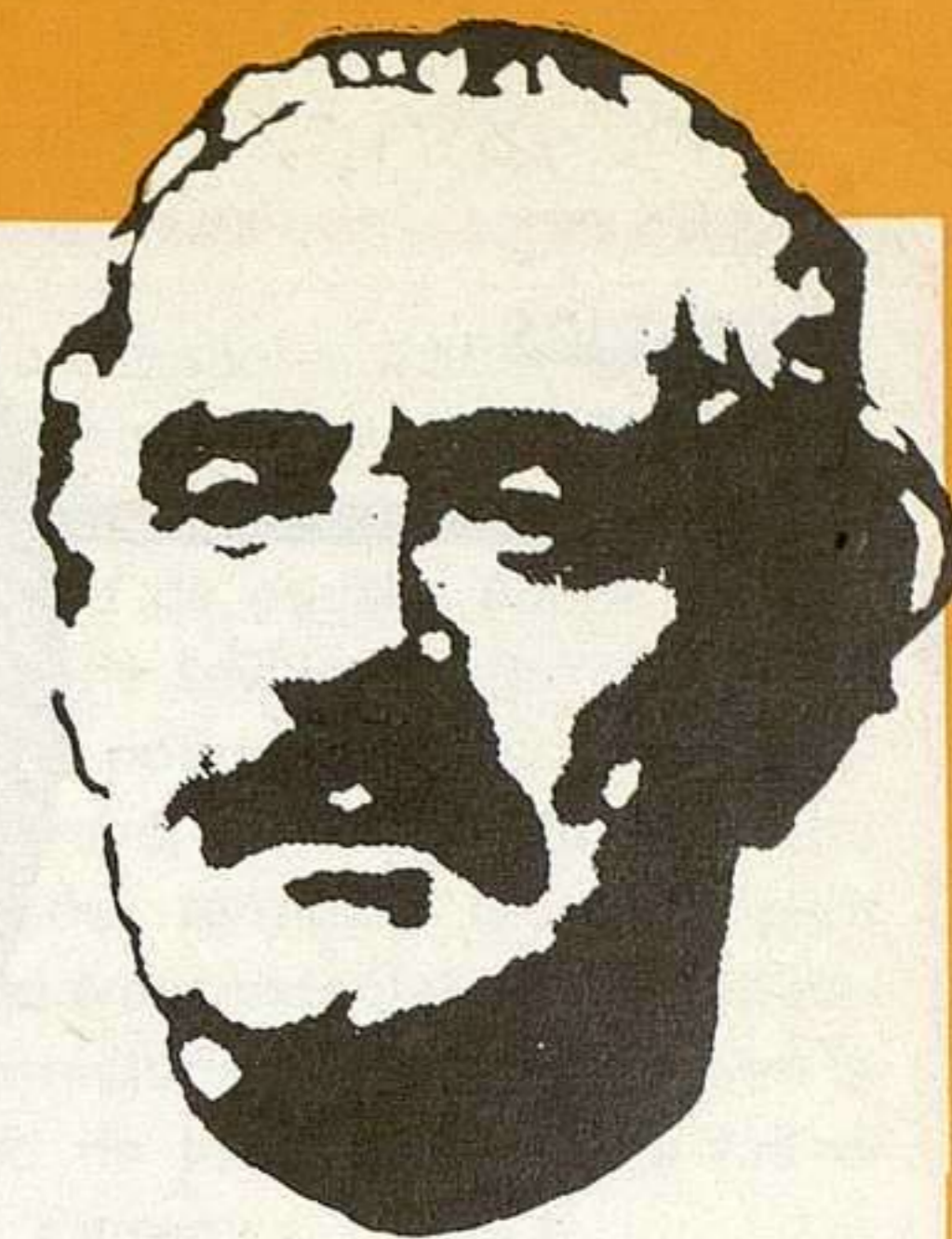
Yo no entraría en el análisis de que si Dimitrov hace eso de acuerdo o en contra de Stalin; creo que ahí hay un cierto maniqueísmo. Creo que en el movimiento comunista no siempre, pero sí en ciertas ocasiones históricas, ha habido una dialéctica, una contraposición —aunque no fuese directa— de opiniones. Y, evidentemente, si las opiniones de Dimitrov no hubieran sido, en definitiva, aprobadas por Stalin, probablemente no hubieran tenido curso en aquella época. Pero lo que me parece todavía muchísimo más claro es que sin la experiencia y la aportación personal del Dimitrov que pasa por las cárceles fascistas, que ha visto cómo ha triunfado el fascismo en Alemania, sin esa aportación, sin ese pensamiento de Dimitrov, no hubiera habido el cambio que se produce en la Internacional Comunista en el año 35. ¿Y ese cambio a qué lleva? Ese cambio lleva a una renovación de la cultura comunista (y por eso digo que no se puede hablar, cuando me refiero a la cultura tradicional, de una cultura leninista, porque aparte de la cultura leninista hay una cultura de la Internacional Comunista desde la muerte de Lenin, particularmente, que no tiene nada que ver con el leninismo, que es otra cosa, y que tampoco es exclusivamente stalinismo, no). Lo importante, repito, es que Dimitrov plantea ya en ese período a los partidos comunistas la necesidad de una penetración más amplia en el tejido social, de concebir no sólo el papel de la vanguardia o de la clase obrera, sino de otras capas y de otros sectores sociales, de comenzar a respetar posiciones ideológicas antifascistas, democráticas, socialistas, socialdemócratas hasta entonces vituperadas. Creo que, en realidad, Dimitrov con sus planteamientos sobre el Frente Popular y con la aplicación de esos planteamientos en países como Francia, España y otros da una nueva dimensión histórica de masas a la labor de los partidos comunistas.

¿Cuál es el drama? El drama es, en mi opinión, que la política de Frente Popular viene demasiado tarde, desde el punto de vista de la Historia. Si los partidos comunistas se hubiesen planteado esa política antes; si hubiéramos sido capaces de lograr la unidad del movimiento obrero y democrático, **sí, sí...** Esa política planteada en otro momento hubiera sido capaz, a mi juicio, de cerrar el paso al fascismo en Europa. Y digo **sí**, no por el pasado, digo **sí** por el presente, es decir, por la necesidad de que hoy tengamos un espíritu abierto a la comprensión, a este nivel histórico en el que nos encontramos de una política no sectaria, de que comprendamos el papel de diferentes sectores y capas sociales, el papel de



diferentes países y grupos de países; es decir, que aprendamos de una experiencia histórica que ha costado muy cara a la clase obrera, a los pueblos, a la paz del mundo.

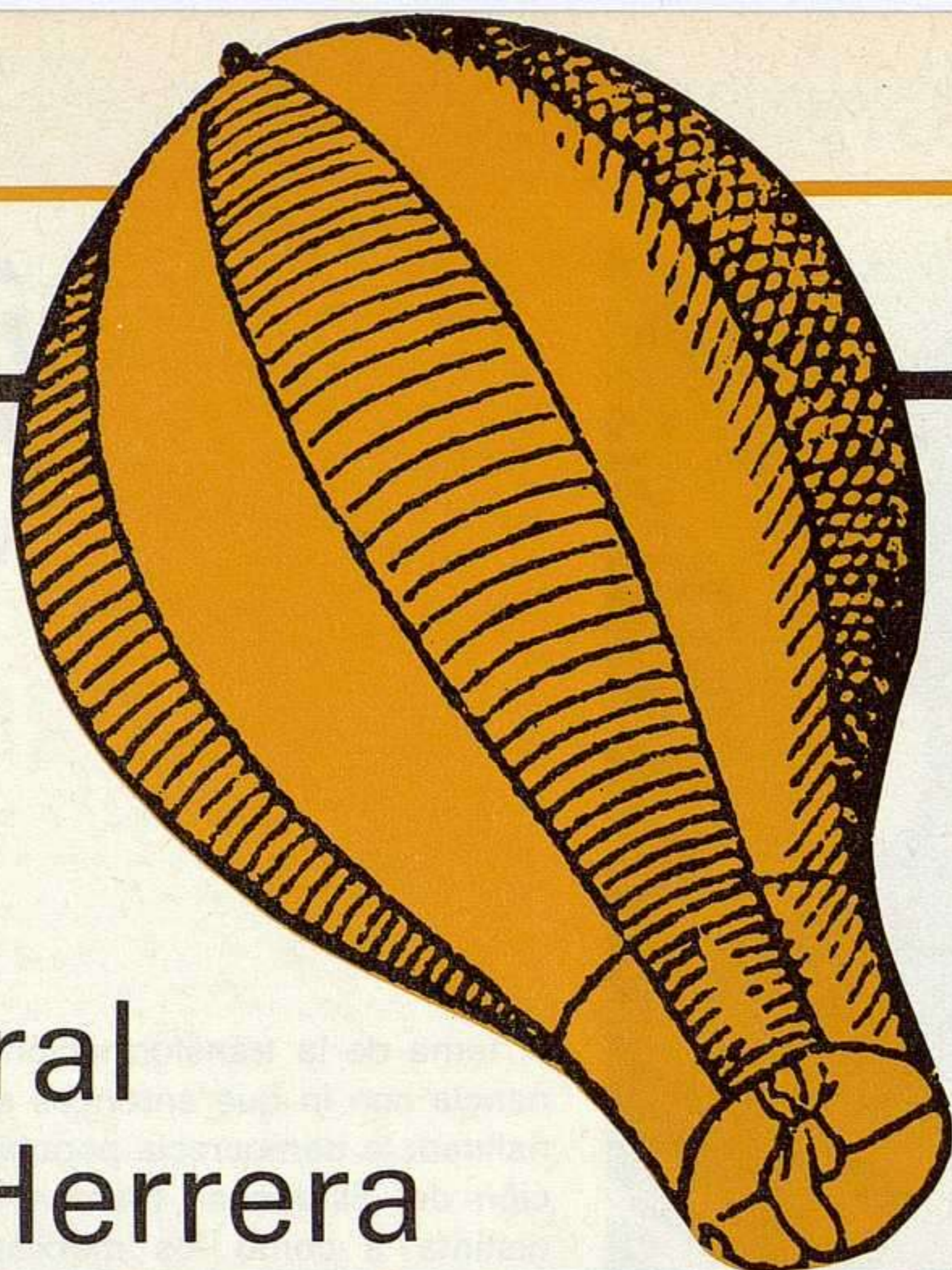
Diría una palabra más relacionada con el Dimitrov de las democracias populares. Aquí se ha hablado tanto, ha habido un debate interesante y a mi juicio útil, y sé que es muy difícil tener una imagen exacta de Dimitrov en ese momento, en aquel tiempo. Es muy difícil porque falta documentación y porque a mí me parece que en ese período hay una serie de discusiones, a un nivel de grandes líderes y también, probablemente, a un nivel de intelectuales comunistas en los países de democracia popular, en los países del socialismo, un debate que no queda registrado en la prensa ni en las actas. En lo que mi propio recuerdo me dice, ese debate existe y es un debate muy vivo. Hablando con el amigo Guerra recordaba que en el año 46 se publica un trabajo, quizá del que menos se podría imaginar hoy nadie, un trabajo en el que



el tema de la transformación del Estado está en consonancia con lo que entonces se pensaba que era la originalidad: la democracia popular. El tema de la transformación del Estado se plantea de una manera totalmente distinta a como los marxistas y leninistas lo habían tratado hasta ese momento. Es un trabajo de Wishinski (por eso digo que es de quien menos se podía imaginar), el hombre que había sido fiscal en los procesos de los años 36-37; como tal, tiene una triste reputación en la historia del movimiento revolucionario. Pero, a la vez, era sin duda un hombre de gran talento y un gran jurista. En ese libro hace, a mi juicio, un desarrollo original en aquel momento sobre la posibilidad de transformar el Estado, de pasar de un Estado burgués a un Estado socialista sin destruirle de raíz, a través de transformaciones sucesivas, en un proceso democrático. Traigo aquí este recuerdo porque creo que en aquel momento, en una serie de pensadores marxistas de los países socialistas y las democracias populares, y creo que en el mismo Dimitrov, existe la idea de que la democracia popular es una forma nueva, distinta a la dictadura del proletariado, democrática, de paso del sistema capitalista al sistema socialista.

Hay una frase de Jorge Dimitrov que ha citado aquí el doctor Dimitar Sirkov, pronunciada en abril de 1934, que, a mi juicio, aunque sólo sea una frase, sigue siendo una buena materia de reflexión para todos los comunistas. Dice Dimitrov en ese momento: "En la prisión he pensado mucho. Si nuestra doctrina es correcta, ¿por qué en los momentos decisivos las masas no nos siguen, por qué siguen a la socialdemocracia o, como en el caso de Alemania, al nacionalsocialismo?". Y comenta el profesor Sirkov: pues bien, Dimitrov subraya que la causa principal es el enfoque incorrecto hacia los obreros europeos. Así pues, creo que esas cuestiones son siempre válidas. Que ese enfoque incorrecto hacia los obreros europeos puede estar todavía, en una medida mayor o menor, en nuestros partidos y que desde luego está, a mi juicio, en el movimiento comunista de los países del socialismo real. Y eso sí que justifica la necesidad de profundizar, de avanzar en la investigación de lo que se conoce ya como eurocomunismo.

Agradecería a todos los que han participado en estas conferencias por sus valiosas contribuciones y, haciendo uso de la prerrogativa que me da la FIM, declararé clausuradas estas conversaciones.



# El general Emilio Herrera

Amaro del Rosal Díaz

Recientemente apareció en la prensa la noticia de la designación del general de Brigada Juan Bautista Sánchez Bilbao como director de la Academia General de Zaragoza. En la gaceta publicada por "El País" se subrayaba que el nuevo director "era un hombre de reconocida lealtad a las instituciones democráticas y de profunda convicción monárquica". Esa alusión de "El País" nos lleva a ciertos recuerdos de hace cerca de cuarenta años que hoy podríamos considerar como históricos y que evocan en nosotros no pocas consideraciones.

En la época a la cual vamos a referirnos, la Comisión Ejecutiva de la UGT, la legal, la que salió de España en febrero de 1939, se había establecido en París, domiciliándose en un local de la CGT francesa, en el Bd. du Temple, 31, y rue Charlo, 85. En una transversal de esta última empieza la pequeña calle de Bergerac, que termina en la plaza de la República. En uno de sus viejos caserones, en una modestísima buhardilla, vivía el general Emilio Herrera, un hombre dotado de las más bellas cualidades, de una estampa moral extraordinaria, de una gran nobleza e hidalguía. Su refugio de "refugiado" estaba a pocos metros del de la UGT. Con frecuencia, le rendíamos visita, entreteniéndonos en largas y confidenciales conversaciones.

En más de una salió a relucir la madre del hoy general de Brigada Juan Bautista Sánchez.

Subir hasta el humilde aposento del matrimonio Herrera representaba un peligroso ejercicio. Había que remontar una escalera de madera, estrecha, mal iluminada, con peldaños gastados por los años, diríamos por siglos (el viejo edificio posiblemente rebasa los tres), no representaba una fácil ascensión. Allí encontrábamos al general con sus párpados caídos, arropado con una gruesa bata, inclinado sobre una gran mesa de arquitecto estudiando planos, mapas, dibujos, esquemas y fórmulas algebraicas. Desde el primer momento, ofrecía una sonrisa de niño candoroso. De una conversación pausada, cargada de amabilidad, su primera parte la dedicaba a temas científicos en los que estaba sumergido, llevado de su gran pasión por los problemas aeronáuticos, a los que tenía dedicada su vida. Era miembro de varias instituciones científicas internacionales y colaboraba en sus revistas y boletines oficiales. En los primeros momentos de la conversación, siempre aludía a su último artículo y explicaba el que tenía en elaboración sobre su tablero de trabajo. Un día, en una de nuestras frecuentes visitas, nos habló largamente del problema de la bomba ató-

mica y de un artículo suyo publicado en una revista científica en el que anticipaba la era atómica. Hablaba de sus investigaciones con la mayor modestia y sencillez, sus dos grandes cualidades, entre otras. Estaba reciente la monstruosa acción sobre Hiroshima y Nagasaki. El general condenaba al Presidente Truman como responsable de ese crimen de lesa humanidad. Le gustaba leernos cartas de sus amigos científicos. El general Herrera fue una vida apasionada, obsesionada por una profunda inquietud científica en la línea de la paz y del progreso. Daba la impresión de que no vivía más que para esas nobles inquietudes.

Cuando se ascendía por la escalera secundaria que conducía a su buhardilla, era frecuente tropezar con tres o cuatro españoles que descendían de rendir visita al general o encontrar en su rincón a otros compatriotas. Por lo general, eran militares. Había que esperar en una reducida antesala la despedida de sus visitantes.

En una de nuestras visitas tropezamos en la escalera con un señor, para nosotros desconocido, que bajaba de visitar al general. Cuando nos recibe, después de un cordial saludo, se apresura a preguntarnos si habíamos reconocido a la persona que acabábamos de encontrar en la escalera. "No —le contestamos—. Era —nos dice— el aviador Ansaldo". La primera parte de la conversación giró en torno al aviador que en los primeros días del movimiento de julio de 1936 conducía la avioneta que trataba de trasladar al general Sanjurjo de Estoril a Burgos y que al iniciar el vuelo se produce el accidente que costó la vida al que estaba destinado para ser el jefe de la sublevación. Ansaldo, a los pocos años del franquismo, desilusionado por el sesgo que tomaba la dictadura, trasladaba al general Herrera sus desilusiones; le entregaba y dedicaba un libro que acababa de publicar y le anunciaba su propósito de expatriarse e instalarse en la Argentina. El general nos daba a conocer las confidencias antifranquistas del aviador falangista arrepentido.

El general Herrera tenía una gran fe en la parte del Ejército de significa-

ción monárquica. Elementos monárquicos le visitaban con frecuencia; le enviaban mensajes de saludo. Esas manifestaciones estimulaban su confianza en que restablecerían una monarquía constitucional de tipo inglés.

En lo político, el general Herrera, llevado de su gran nobleza y buena fe, era de una candidez infantil. Sumergido en sus inquietudes científicas, creía cuanto le exponían los emisarios que venían de España. Cabe suponer que entre ellos no faltaría un Judas. No podía concebir ni creer en los métodos "gestapo" ni aceptar los dramáticos problemas de la represión a que el régimen de dictadura tenía sometido al pueblo español.

Un día encontramos en su buhardilla a un grupo de tres o cuatro jóvenes. Esperamos en la pequeña antecámara que terminara su visita. Cuando entramos, nos informamos de quiénes eran los visitantes. Tratábase de unos oficiales. Uno de ellos cercano o formando parte de la Casa Militar de Franco. Todos habían sido unánimes en considerar "que la situación tenía que cambiar". No había más solución que la del restablecimiento de la monarquía a base de don Juan. Creo que fue en esa entrevista cuando nos habló de sus sentimientos monárquicos, confesándonos que, al establecerse la República, había jurado lealtad al nuevo régimen con el consenso y aquiescencia de Alfonso XIII, a la vez que nos afirmaba su fidelidad, la firmeza de su lealtad a ese juramento en acatamiento a una voluntad nacional y soberana. Fue durante esa conversación cuando nos mostró una carta en la que el general Franco, con toda clase de consideraciones, le invitaba a regresar a España. Con argumentos morales y éticos, rechazó la invitación de Franco, no perdonándole su conducta para con el Rey y para con la República.

En una de las entrevistas que venimos relatando, muy larga —para el general Herrera no había tiempo cuando se entusiasmaba con los temas científicos o del Ejército—, me dio a conocer algunos de los mensajes personales que recibía de España por intermedio de elementos oficiales que visitaban París. En el curso de

nuestra charla acudió a una larga carta de la esposa del general Juan Bautista Sánchez, capitán general de Cataluña. Quiero recordar que la esposa del general Herrera y la del capitán general eran parientes y mantenían una asidua correspondencia familiar, medio en clave, burlando la acción de la censura, eliminando toda alusión a los esposos. En la carta que acababa de recibir, entre líneas, se confirmaban las opiniones que expresaban los mensajes que recibía de España y los de los visitantes. Todos coincidían en la necesidad y urgencia de un cambio, en considerar que después del final de la segunda guerra mundial, España no podía seguir bajo la dictadura de Franco, impuesta por Hitler y Mussolini. El general Herrera, cuando me leía e interpretaba ciertos párrafos de la carta de la esposa del capitán general, madre del actual director de la Academia Militar de Zaragoza, lo hacía con exaltada emoción, creyendo, como se afirmaba en la misiva, "que aquello iba a cambiar...". Quedaba convencido de que el "cambio" sería una realidad. Sus ojos azules se encandilaban con esa esperanza.

El prestigio del general Herrera, su gran estampa moral y ética, reconocida por toda la emigración española, por todas las organizaciones sin excepción, por todas las personalidades de la democracia republicana, inclusive por muchas de la monarquía, le llevaron a ocupar, por poco tiempo, la presidencia del Gobierno republicano en el exilio y a ostentar el cargo de ministro de la Guerra. Con esos títulos envió un mensaje al Ejército español, a sus compañeros; un documento henchido de pasión patriótica y nacional, de elevados sentimientos de fidelidad y lealtad a una noble causa. Hoy que tan desvaídos están los principios morales, como documento histórico, sería bien oportuno darlo a conocer a las nuevas generaciones de nuestro Ejército, como un ejemplo de quienes rindieron culto a la disciplina, al honor y a la lealtad puestas al servicio de los supremos intereses de la nación en el marco de una Constitución democrática.

El general Herrera ha sido el único

científico español y militar que formó parte del equipo que llevaba a bordo el "Gran Zeppelin", esa hazaña de la aeronáutica de aquella época que en una mañana sevillana logró "amarrarse" a una potente columna. No amarró, ni aterrizó, ni tomó tierra. Nos falta vocabulario, términos técnicos, para relatar el trascendental acontecimiento en la historia de la aviación y en la que uno de los protagonistas fue el general Herrera.

El matrimonio Herrera tuvo dos hijos. Uno, aviador, pereció durante nuestra guerra, al ser derribado su aparato de caza por un caza "nacional", manejado por un alemán; el otro hijo, Herrera Petere, gran poeta —viento sobre los olivares—, era la estampa de su padre. Descansa bajo tierra ginebrina. Su padre y su madre, creo que en París. A las siete de la mañana de cada día se les encontraba en la plaza de la República camino de la Iglesia. Nos unió a Herrera Petere una gran amistad. Convivimos en México, en París; nos encontramos en Suiza, pero el destino frustró el reencuentro en España. Sus cantos de esperanza le traicionaron.

Para las nuevas generaciones de historiadores, de la vida del general Herrera desprendense muchos motivos de investigación: la muerte del general Jordana, ministro de Estado; la del general Juan Bautista Sánchez, capitán general de Cataluña; la marginación del coronel Beigbeder Checon, ministro de Estado. Para los poetas, la reivindicación de la obra de Herrera Petere. La reagrupación de los archivos científicos y político-militares del ilustre y sabio general Emilio Herrera será un gran servicio a la Historia de España. Su nuera, la viuda del poeta, Carmen Soler, que vive en Ginebra, sin duda es la depositaria de esa valiosa documentación histórica. Por nuestra parte, conservamos cartas del general Herrera en relación con los problemas de solidaridad y ayuda a los refugiados españoles en Francia en su calidad de representante de la Cruz Roja Suiza. Un aspecto más de su vida, de sus inquietudes y calidad humana.



# RACIONALISMO TECNOLOGICO, IDEOLOGIA Y POLITICA (\*)

56

## Adolfo Sánchez Vázquez

Partiendo del papel que desempeña la tecnología en la sociedad actual y del modo como afecta a la vida entera, desde la base económica a la supraestructura política e ideológica, nos proponemos examinar la ideología que engendra, así como el problema político que plantean sus consecuencias y alternativas.

### La cuestión roussoniana de la validez del progreso científico y técnico

En verdad, no es éste un problema nuevo si de lo que se trata es de

(\*) Conferencia pronunciada en el Primer Congreso Nacional de Filosofía (Guajuato, México, 7-11 de diciembre de 1981).

considerar hasta qué punto el progreso de la ciencia y la técnica eleva o degrada a la Humanidad. El problema ya había sido planteado por Rousseau en el siglo XVIII frente al optimismo del racionalismo burgués (1), y se va agudizando en la sociedad burguesa a medida que la ciencia y la técnica se van integrando en la producción material y se subordinan con ello al fin que la rige. No es casual, por ello, que cuando se gesta la gran revolución que ha de imponer el nuevo Estado que garantice ese objetivo burgués y con él una nueva racionalidad social, Rousseau plantee la cuestión de la validez humana del progreso científico y técnico. Cuestión, por otro lado, in-

(1) Cf. Juan Jacobo Rousseau: *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. Sobre la cuestión planteada por Rousseau, cf. mi estudio *Rousseau en México (La filosofía de Rousseau y la ideología de la independencia)*. Grijalbo, México, D. F., 1969, páginas 15-21.

concebible para la sociedad griega antigua, y no sólo porque el desarrollo de la ciencia y la técnica se encuentran en ella a un nivel incipiente, sino porque su racionalidad social era incompatible con una producción que no fuera producción para el hombre "libre". De ahí el "bloqueo mental" (Schuhl) o el "bloqueo social" (Vernant) que la estructura social griega impone al desarrollo científico-técnico (2).

Lo que entre los griegos no era posible, habría de serlo más tarde justamente con la sociedad burguesa, cuando bajo el signo de la "producción por la producción" el progreso científico-técnico permite un inmenso desarrollo de las fuerzas productivas que supera al de toda la Historia anterior. Y esto se inscribe —como reco-

(2) Cf., respectivamente, P. M. Schuhl: *Machinisme et philosophie*. París, 1938, y J. P. Vernant, *Mythe et pensée chez les Grecs*. París, 1965.





noce Marx en el **Manifiesto**— entre los méritos históricos de la burguesía (3). Ese progreso productivo es progreso de la razón, y, sobre todo, de la ciencia que encarna esa racionalidad, así como de la técnica que la aplica. Con su cuestión, Rousseau da también un grito de alarma, porque la razón puede corromperse y el progreso de la ciencia y la técnica impulsado por ella puede volverse —se ha vuelto ya— contra el género humano.

La pregunta roussoniana, lejos de apagarse, se vuelve hoy más incisiva y más dramática, ya que las consecuencias negativas del progreso científico y técnico que Rousseau señalaba han adquirido una dimensión gigantesca en la sociedad contemporánea. Frente al racionalismo tecnológico actual o al irracionalismo u oscurantismo de nuevo cuño, trataremos

(3) C. Marx y F. Engels: *Manifiesto del Partido Comunista*, en *Obras escogidas*. Ed. Progreso, Moscú, 1973, t. I.º pág. 115.

de determinar la naturaleza, límites y porvenir de la revolución tecnológica que se está operando ante nuestros ojos.

### **Precisiones conceptuales: técnica, ciencia, tecnología**

Pero antes de adentrarnos en esta acuciante problemática, necesitamos —en aras de un mínimo rigor— algunas precisiones conceptuales previas.

Para nosotros, la acción tecnológica —o acción real mediada por la tecnología— es una forma de la actividad material transformadora del mundo o **praxis**. Como toda forma de praxis, es actividad conforme a fines, y en cuanto acción material, transformadora, se inscribe en la praxis productiva (4). Esta praxis productiva no

(4) Sobre el concepto de praxis, sus formas y, en particular, la praxis producti-

sólo se adecua a un fin, sino que se apoya en cierto conocimiento (de la realidad a transformar, de los instrumentos necesarios para ello, de los procesos que llevan a esa transformación, etc.). En la praxis productiva, la relación con ese conocimiento se presenta como una tecnología basada en su forma más alta y rigurosa: la ciencia. En este sentido es legítimo distinguir, como hacen Bunge y Quintanilla, tecnología y técnica (5); una técnica como la del cazador prehistórico se apoya en la visión de la realidad que

va, cf. mi *Filosofía de la praxis*. Ed. Crítica, Grijalbo, Barcelona, 1980 (especialmente el capítulo 1, segunda parte).

(5) Cf. de Mario Bunge: *Tecnología y filosofía*. Universidad Autónoma de Nuevo León, Monterrey, México, 1976, y *Epistemología*. Ed. Ariel, Barcelona, 1980 (especialmente el capítulo VII: "Filosofía de la tecnología"); de Miguel A. Quintanilla: *A favor de la razón*. Taurus, Madrid, 1981 (capítulo VII, "El problema de la racionalidad tecnológica").

le ofrece su actitud mágica ante el mundo, no en un conocimiento objetivo, racional de la realidad. A través de la técnica, la ciencia, una vez constituida, entra ya, en los tiempos modernos, en la producción, pero sólo en nuestra época —con la tecnología— la acción real, transformadora, productiva, adquiere una dimensión plenamente racional, la que le da precisamente la unión de la ciencia y la tecnología.

Tenemos, pues, en la acción real transformadora cierta relación con el conocimiento en que se basa, pero también la presencia de determinados fines (inmediatos, intermedios o últimos) a lo que se adecua el acto práctico. Esta doble relación de la acción nos permite precisar a su vez el doble sentido en que puede hablarse de la racionalidad de una acción real.

Es racional, en un primer sentido, en la medida en que se basa en un conocimiento racional, y puesto que éste no es otro que el de la ciencia, y la tecnología se caracteriza justamente por su aplicación, la acción tecnológica es propiamente racional; es racional, en un segundo sentido, cuando la acción real se ajusta a los fines que se quieren materializar en ella y que, por tanto, deben presidir sus modalidades; una acción que no se ajuste a su fin —como dice Mosterin— no será propiamente racional (6).

Hay, pues, un doble componente —cognoscitivo y teleológico— en la acción que, por otra parte, no pueden ser separados, pues el conocimiento se halla siempre al servicio de un fin y el fin que se aspira a realizar requiere necesariamente un conocimiento. Una acción real como la lucha por el socialismo —por ejemplo— será racional si se basa en el conocimiento de la realidad social y si esa acción se

(6) Jesús Mosterin: *Racionalidad y acción humana*. Alianza Editorial, Madrid, 1978, págs. 29-31 y 52-57.

ajusta a ese fin último o a los fines intermedios que llevan a él.

Hay, pues, una doble racionalidad: la del conocimiento y la del fin que, lejos de estar separadas tajantemente, se implican. El fin para realizarse requiere el medio adecuado; el medio remite forzosamente al fin. El conocimiento está al servicio del fin que lo preside (inmediato o búsqueda de la verdad que, a su vez —en el ejemplo de la acción real citada—, es medio al servicio de un fin último, emancipatorio); si de lo que se trata es de realizar este fin, el conocimiento —como medio— tiene que integrarse en su realización. Este —y no otro— es el sentido que da Marx a la relación teoría y práctica en su **Tesis XI sobre Feuerbach**.

## La racionalidad tecnológica

La división entre racionalidad teórica y práctica, o racionalidad de los medios —instrumental— y racionalidad de los fines, no puede mantenerse si los dos términos —medios y fines— no pueden separarse. Pero volvamos a la acción productiva material que se caracteriza por la mediación de la tecnología, entendida ésta en su necesaria vinculación con la ciencia.

Puede hablarse de racionalidad tecnológica en una acción real: si **1)** la acción se basa en el conocimiento científico correspondiente y **2)** si la acción se adecua a determinado fin. La primera delimitación es clara, puesto que en cada acción puede precisarse qué tipo de conocimiento —dado el nivel alcanzado por la ciencia— sirve de base a la tecnología; se trata asimismo del conocimiento que sirve mejor al fin. Diríamos entonces que la ciencia sólo puede servir como medio a determinado fin, en cuanto

que, como ciencia, sirve a su fin inmediato, o sea, como ciencia a la búsqueda de la verdad. En este sentido, la racionalidad de la acción depende de la racionalidad teórica.

La segunda delimitación es la que está en el fondo de la cuestión que nos ocupa preferentemente. La acción es racional —decíamos— no sólo por su dependencia del conocimiento científico, sino también por su adecuación al fin. Pero, ¿cuál es el fin inmediato e insoslayable en la racionalidad tecnológica? Tecnológicamente, una acción es racional sólo si cumple este fin: la eficiencia. Pero como no se concibe la búsqueda de la eficiencia por la eficiencia misma, en la racionalidad tecnológica su fin inmediato —la eficiencia— es medio para otro fin. En este sentido es legítimo llamarla **instrumental** (7). En este aspecto, su situación es análoga a la de la ciencia en que se basa y de ahí la imposibilidad de la dicotomía racionalidad pura como puro fin —la teórica— y racionalidad práctica (o tecnológica) como simple medio. En ambos casos, el fin inmediato —la verdad o la eficiencia—, lejos de ser fines últimos, se convierten en medios de otros fines. De acuerdo con esta dialéctica de medios y fines, la ciencia y la tecnología podrían ser fines relativos, transitorios, pero nunca fines o valores absolutos en sí.

## Ciencia y tecnología en el capitalismo desarrollado

Pero veamos cómo se da esta dialéctica en la sociedad actual en los

(7) Sobre el problema de la racionalidad de los medios y la racionalidad y, en particular, desde el enfoque de la Escuela de Frankfurt, cf. Javier Muguerza: *La razón sin esperanza*. Taurus, Madrid, 1977 (especialmente el ensayo "Teoría crítica y razón práctica. A propósito de Jürgen Habermas").

países que —como Estados Unidos, Alemania Occidental o Japón— se caracterizan por su elevado desarrollo tecnológico. El impacto de la tecnología es tan vigoroso en este tipo de sociedad que Marcuse la llama **sociedad tecnológica** (8). La denominación puede variar: se le llama también “sociedad industrial” (Aron), “sociedad programada” (Touraine), “sociedad posindustrial” o también, por Marcuse, “sociedad industrial avanzada” (9). Para nosotros sigue siendo sociedad capitalista en su fase más desarrollada o “capitalismo tardío”, como la caracteriza Mandel (10), en cuanto que se da en ella la contradicción fundamental entre fuerzas productivas y relaciones de producción, o entre capital y trabajo, que Marx estableció. Pero, nombres aparte, es innegable la enorme influencia del progreso tecnológico en todos los aspectos de la vida social: económico, político y cultural.

Una manifestación fundamental de ese progreso, particularmente en el terreno de la producción material, es el nivel alcanzado por la automatización. La automatización tecnológica excluye al hombre del proceso productivo, o sea, su participación directa en la producción. Dicho en otros términos: sustituye el trabajo vivo del obrero por el trabajo muerto encarnado en las máquinas. La tendencia a extender más y más la producción automatizada, que alcanza su punto más alto en la producción automática de máquinas automáticas y que tendría por límite absoluto su extensión a toda la producción material, se halla

(8) H. Marcuse: “Libertad y agresión en la sociedad tecnológica”, en Varios: *La sociedad industrial contemporánea*. Siglo XXI, México D. F., 1967.

(9) Herbert Marcuse: *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Joaquín Mortiz, México D. F., 1968.

(10) Ernest Mandel: *El capitalismo tardío*. Ediciones Era, México D. F., 1979.

en la naturaleza misma del capitalismo.

Marx previó su posibilidad, pero también sus límites y contradicción insoluble con las relaciones sociales de producción basadas en la propiedad privada sobre los medios de producción, ya que la disminución del número absoluto de obreros en el proceso productivo excluiría de él a la mayoría de la población. El capitalismo hace imposible la producción completamente automatizada, ya que al dejar de ser el trabajo vivo fuente de riqueza se desplomaría —como afirma también Marx— “la producción fundada en el valor de cambio” (11). Ciertamente, en un mundo de robots que no consumen mercancías no habría lugar para el valor de cambio que define a la producción mercantil generalizada bajo el capitalismo.

Pero sin llegar a este límite absolu-

(11) Karl Marx: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (borrador), 1857-1858. Siglo XXI, México, 1972, págs. 228-229.

to de la producción automatizada, es innegable que, en la fase actual, hace posible un inmenso desarrollo de las fuerzas productivas. Y puesto que la tecnología se basa en la ciencia, el progreso tecnológico y productivo es inseparable del científico. Justamente a través de la tecnología que la aplica, la ciencia eleva su papel en el proceso productivo. Esta unión de ciencia y tecnología es histórica y alcanza su nivel más alto en la fase actual del capitalismo desarrollado, “cuando —como decía Marx— la gran industria ha alcanzado ya un nivel superior y el capital ha capturado y puesto a su servicio a todas las ciencias...”, cuando “la aplicación de la ciencia a la producción inmediata se torna en un criterio que determina e incita a ésta” (12).

Tenemos, pues, que la unión de la ciencia y la tecnología determina e impulsa la producción. La investigación científica conduce a invenciones y descubrimientos que se traducen en

(12) *Ibíd.*, pág. 227.



innovaciones tecnológicas que permiten elevar la productividad y, por tanto, desarrollar las fuerzas productivas.

Podría pensarse que las innovaciones tecnológicas derivan de la lógica interna del progreso tecnológico que, a su vez, se halla determinado por el progreso científico. Pero aunque las innovaciones tecnológicas no puedan darse sin éste, lo que empuja a buscarlas es la lógica de la producción capitalista y la búsqueda de su objetivo fundamental: la maximización de la ganancia. No es la ciencia la que lleva, por la fuerza de su desarrollo interno, a su aplicación; su potencial tecnológico no se realizaría por su solo movimiento. Tampoco es el progreso tecnológico **per se** el que lleva a poner en primer plano la búsqueda de las innovaciones tecnológicas que impulsan a su vez a la investigación científica. Es la lógica del capital la que exige acelerar esas innovaciones tecnológicas que permiten una mayor **rentabilidad**, al contribuir a reducir el tiempo de rotación del capital fijo. En otras fases del capitalismo, la rentabilidad tenía otras fuentes: dominación colonial, explotación máxima de la fuerza de trabajo al mantener bajo el costo real de los salarios, etc. Las rentas "tecnológicas" elevan con creces las fuentes de ganancias extraordinarias (13).

¿Significa esto que la plusvalía ya no es el producto de la fuerza viva de trabajo de un agente real, sino de la ciencia y la tecnología unidas por su servicio común al objetivo fundamental de la producción capitalista?

La exclusión del trabajo vivo del obrero individual puede llevar a pensar que la atención, en este punto,

(13) Sobre el papel de las innovaciones y rentas tecnológicas de acuerdo con la lógica del capitalismo tardío, se puede consultar amplia y provechosamente el capítulo VIII, "La aceleración de la innovación tecnológica", en la obra de Mandel ya citada.

debe fijarse en la ciencia y la tecnología que la aplica y no en el trabajo del agente real como fuente de la plusvalía. Pero el agente real no desaparece en la producción tecnológica automatizada, sino que adopta una nueva forma: la de un trabajador colectivo que combina socialmente cierta capacidad de trabajo que se realiza en un producto total. De ese trabajador colectivo y de su actividad social combinada forman parte los científicos y técnicos junto con los obreros que, como peones, supervisores o reparadores —aun siendo su número reducido—, siguen siendo necesarios. En suma, hay un agente real del proceso de trabajo sin cuya actividad la ciencia y la tecnología no se incorporarían al proceso productivo ni contribuirían a la creación de plusvalía. La ciencia y la tecnología no crean de por sí plusvalía, aunque contribuyan a elevarla."... La máquina no crea valor alguno —dice Marx—, sino que transfiere su valor al producto para cuya elaboración sirve". Cualquiera que sea la distancia a que se encuentre el agente real del trabajo manual, o el grado en que éste se encuentre excluido de ese proceso, la plusvalía sigue siendo producto de la fuerza viva de trabajo.

### La irracionalidad de la racionalidad tecnológica

Con la producción automatizada, la racionalidad tecnológica —medida por su fin y criterio inmediatos: la eficiencia— alcanza su nivel más alto. Aunque basada en la razón teórica —en la ciencia—, es razón propiamente instrumental, pero lo es en tanto que se mide exclusivamente por su fin inmediato: la eficiencia. Pero no puede quedarse en ese fin inmediato y dejar de servir otros fines que le son

impuestos por la estructura social. La racionalidad tecnológica deja de tener una condición instrumental estrecha: la que lo pone en relación con su fin inmediato. Bajo el capitalismo, más allá de este fin inmediato: ser eficiente, sirve —como hemos visto— a la producción de plusvalía, fin que justifica y permite reproducir el sistema capitalista de producción. Pero el progreso tecnológico se vuelve irracional no sólo con respecto a este fin último del sistema capitalista, sino sobre todo cuando en la cadena de fines y medios llegamos a fines últimos como son la conservación y afirmación de la vida, el autodesarrollo del individuo y la sociedad, el control de la Naturaleza y la sociedad por el hombre, etc.

El progreso tecnológico entra en contradicción con esos fines últimos en cuanto que significa:

1) Incremento del desempleo y la miseria entre la población creciente excluida del proceso de producción.

2) Desarrollo ilimitado y deformado de las fuerzas productivas, que convierte la transformación de la Naturaleza en una verdadera destrucción de ella.

3) Aumento continuo de la enajenación al extenderse el dominio de los productos creados por el hombre —las máquinas automáticas— sobre el hombre mismo.

4) Extensión creciente de la brecha entre los países industriales (avanzados) y los países en vías de desarrollo o subdesarrollados, ya que la dependencia tecnológica aumenta más su atraso y su opresión.

5) Dilapidación de los recursos tecnológicos al aplicarse en gran escala a la producción de medios de destrucción, lo que vuelve las fuerzas productivas cada vez más destructivas, y finalmente:

6) Aumento de las probabilidades de una confrontación bélica nuclear que, dados los recursos tecnológicos

destruictivos disponibles, podría acabar con la supervivencia misma de la Humanidad.

Vemos, pues, que la racionalidad tecnológica en todos estos casos se vuelve irracional, y tanto más cuanto más racional, más eficientemente se persiguen unos fines irracionales. Esta dialéctica de lo racional y lo irracional es inevitable cuando los fines a los que sirve el progreso tecnológico son la obtención de plusvalía, de la ganancia y, en general, la explotación de los hombres y los pueblos. Nos encontramos así con la paradoja de que a la racionalidad tecnológica más perfecta corresponde a su vez la más perfecta y total irracionalidad.

## La ideología tecnológica

La sociedad en la que el progreso tecnológico adquiere esta dimensión irracional genera asimismo la ideología que tiende a ocultar su realidad y a legitimarla. Empleamos el término ideología de acuerdo con la definición que dimos de ella en otro trabajo: "La ideología es: **a)** un conjunto de ideas acerca del mundo y la sociedad que; **b)** responden a intereses, aspiraciones o ideales de una clase social en un contexto social dado, y que, **c)** guían y justifican un comportamiento práctico de los hombres acorde con esos intereses, aspiraciones o ideales (14). La justificación de la ideología tecnológica no recae sobre la tecnología en su condición instrumental, pues, como tal, se justifica por su eficiencia. Como ya señalamos, es su adecuación a este fin inmediato lo que hace racional una acción tecnológica; en cambio, su justificación se hace necesaria en cuanto que —como medio sirve a los

(14) A. Sánchez Vázquez: "La ideología de la 'neutralidad ideológica' en las ciencias sociales", en Varios: *La filosofía y las ciencias sociales*. Teoría y Praxis, Grijalbo, México D. F., 1976, págs. 293-295.

fines e intereses que dominan en la producción bajo el capitalismo tardío. Pero entonces los que tienen que ser justificados son esos fines e intereses y, por tanto, el uso que en nombre de ellos se hace de la tecnología. Ello requiere ocultar o enmascarar la verdadera naturaleza de un proceso que no sólo puede ser considerado en su condición instrumental, sino en relación con los fines que en él se materializan. Surge así la ideología tecnológica, que puede ser caracterizada por una serie de rasgos que exponemos a continuación (15).

Primero: **la autonomía tecnológica.**

(15) Sobre la ideología tecnológica existe ya una amplísima bibliografía, en la que cabe destacar, junto a la obra ya clásica de Marcuse sobre el tema *El hombre unidimensional* (ed. cit.), particularmente los capítulos 5, 6 y 7, el estudio más reciente de Leo Kofler: *La racionalidad tecnológica en el capitalismo tardío*, especialmente los capítulos 3 y 4 (Aguilar, Madrid, 1981).

El progreso tecnológico se presenta como un proceso autónomo, inmanente, guiado por su lógica propia, interna. Aunque se admite su dependencia respecto del desarrollo científico, es autónomo en cuanto que:

**a)** Se excluye el contexto histórico-social en que se da (el paso de la producción maquinizada a la producción automatizada se explicaría por la historia interna de la tecnología).

**b)** De su condición de medio, instrumental, se hace un fin que no admitiría otro fin ajeno (este último no podría ser trazado por el hombre que, lejos de dominar la producción automatizada, se integra en ella).

En el fondo de estas tesis subyace una concepción ideológica de la Historia: metafísica, especulativa y determinista-mecanicista a la vez. **Metafísica.** Al hacer de la técnica un nuevo absoluto que se abre paso a través de las acciones humanas y que con una astucia semejante a la hegeliana de la



razón, hace creer a los hombres que sirven sus propios fines cuando ellos —como medios— sirven al progreso tecnológico. **Determinista-mecanicista:** Al excluir el elemento teleológico de las acciones humanas y, por tanto, de las acciones tecnológicas. En la historia de la tecnología sólo se realizaría lo que está dado en una fase anterior como posibilidad. Ahora bien, si se toma en cuenta la historia real, que no puede reducirse al factor tecnológico, y se admite la existencia de fines exteriores a ella como expresión de intereses reales, se puede concluir: **1)** que el potencial tecnológico no puede ser creado por esos intereses de por sí al margen del desarrollo científico y tecnológico; pero **2)** que esos intereses intervienen en la realización de ese potencial y el curso que toma su realización. Baste recordar a este respecto cómo los intereses reales dominantes en el capitalismo tardío determinan la orientación, el uso y el ritmo del desarrollo tecnológico.

En esta concepción determinista-mecanicista de la historia tecnológica hay una asimilación de la técnica a la Naturaleza o una naturalización de la técnica con el objeto de hacer de ella un proceso meta-humano.

Segundo rasgo: **fetichismo tecnológico.**

En su desarrollo histórico, la tecnología ha ido elevando el dominio del hombre sobre la Naturaleza. Pero en virtud de una ley que escapa hasta ahora al control humano, cada progreso en el dominio de la Naturaleza ha sido también progreso en el dominio sobre el hombre. Al quedar excluido el hombre del proceso mismo de producción con la producción automatizada o al insertarlo en ella como un elemento más en el sistema maquinizado, la tecnología se presenta con toda su omnipotencia, como un fetiche que ejerce su poder sobre el hombre mismo. Lejos de controlar éste a

la máquina, es controlado por ella.

Esta tesis parece confirmar, con trazos aún más vigorosos y dramáticos, lo que Rousseau ya había señalado y hoy reafirma Adorno: que cada progreso en el dominio de la Naturaleza es progreso en el dominio sobre el hombre. Pero, en verdad, la cuestión no está en reconocer que la dominación sobre la Naturaleza se ha traducido siempre en cierta dominación sobre el hombre (dicho en términos marxistas: que el desarrollo de las fuerzas productivas en que se manifiesta el dominio del hombre sobre la Naturaleza ha revestido hasta ahora —en las sociedades divididas en clases antagónicas— la forma de una dominación de una clase sobre otras). Son, pues, los hombres —que unas estructuras sociales determinadas—, y no la técnica o tecnología en sí —aunque ciertamente estos hombres poniendo a su servicio cierta técnica o tecnología—, los que ejercen esa dominación sobre otros.

Tercer rasgo, deducido del anterior por la ideología tecnológica: **Identificación de tecnología y dominio.**

De acuerdo con esta ideología, la dominación no está inscrita en ciertas relaciones sociales entre los hombres, sino en la tecnología misma. La dominación no es asunto político, sino técnico. Los exponentes más reaccionarios de esta ideología —como Gehlen y Schelsky— no vacilan en poner el acento de la dominación en la tecnología y no en la política. En Marcuse se borra esta distinción, pues, para él, en la "sociedad industrial avanzada", la racionalidad tecnológica se confunde con la racionalidad política. La fuente de la dominación no está, por tanto, en ciertas relaciones sociales de producción, sino en las relaciones técnicas. Con ello se pone de manifiesto la omnipotencia de la tecnología, pero con este fetichismo tecnológico la necesidad de luchar contra la

dominación en la llamada "sociedad tecnológica" se aparta de sus verdaderos fundamentos y de las relaciones sociales que hay que cambiar radicalmente para acabar con la dominación. Si la racionalidad tecnológica se identifica con la dominación política y ésta se convierte en un fin en sí, la dominación queda legitimada como una relación inexorable en virtud de la omnipotencia de la tecnología. Tal es la consecuencia que sacan los representantes más regresivos de la ideología tecnológica. Marcuse, en este punto, aunque asocia a la liberación la necesidad de un cambio de tecnología, hace hincapié en que el espacio donde tiene que librarse la lucha contra la dominación política es el de las relaciones técnicas y no el de las relaciones sociales de producción.

Cuarto rasgo: **la "desideologización" de la tecnología.**

El valor absoluto de la racionalidad, entendida como racionalidad científico-técnica, conduce al "fin de las ideologías". El racionalismo tecnológico es total y no deja espacio para fines o valores ajenos. Dado el alto nivel alcanzado por la ciencia y la técnica en la "sociedad industrial", se hace innecesaria la ideología. El "fin de las ideologías" es, pues, consecuencia obligada de la absolutización de la racionalidad científico-técnica. Los grandes problemas sociales podrían resolverse mediante la extensión de la racionalidad tecnológica a este campo, es decir, mediante una "ingeniería" o "tecnología social" —como la que propone Popper— sin la intervención perturbadora de los fines o valores de la ideología. Pero, en verdad, las ideologías no desaparecen en cuanto que expresan intereses reales y cumplen una función práctica de guía del comportamiento de los hombres de acuerdo con esos intereses. El pretendido "fin de las ideologías" no hace sino elevar el "racionalismo tecno-

lógico" como ideología y legitimar con ellos los fines que, en el capitalismo tardío, orientan la tecnología.

El carácter ideológico de este "racionalismo tecnológico" se pone de manifiesto en su intento de enmascarar el dominio político de la clase dominante como dominio tecnológico o en el intento de reducir la solución de los grandes problemas políticos y sociales a simples cuestiones de "tecnología social", sino también en el intento de borrar los antagonismos de clase al integrar la oposición y las clases trabajadoras en el sistema social industrial único, tesis marcusiana que las propias luchas de la clase obrera en Occidente y hoy de grandes masas de ciudadanos que se oponen al uso de la tecnología, vienen a desmentir.

En suma, esta ideología tecnológica que proclama la autonomía absoluta de la tecnología, su omnipotencia fetichista, la desaparición del dominio propiamente político, así como de las ideologías y los antagonismos de clase, no hace sino ocultar que el progreso tecnológico, lejos de obedecer a una lógica propia o a una "coacción objetiva interna" (Schelsky), responde a fines e intereses reales que son los que dominan en las grandes decisiones tecnológicas; oculta asimismo el hecho de que el poder de la tecnología se halla condicionado por el marco social y político correspondiente y que, por tanto, la racionalidad tecnológica, como racionalidad instrumental, se halla limitada por esos intereses reales y por ese marco, y oculta finalmente que, en nuestros días, la tecnología se desarrolla sobre un fondo irracional que hace que cuanto más racional sea la acción tecnológica, más irracional se vuelve su uso. Y esta dialéctica de lo racional y lo irracional sube de punto cuando la razón instrumental, como medio, se pone en relación con el fin último de la afirmación y emancipación del hombre.

### **Alternativas al irracionalismo y nihilismo tecnológico**

Dejando a un lado la ideología tecnológica y volviendo a la realidad que oculta y justifica, cabe preguntarse finalmente: ¿qué alternativas pueden avizorarse a esta irracionalidad a la que conduce la racionalidad tecnológica? El uso destructivo de la tecnología tiene consecuencias reales o probables que no pueden ser ignoradas. Fijemos la atención en esta enumeración de algunas de ellas:

1) La creciente automatización aumenta el "tiempo libre", pero este "tiempo libre", premisa según Marx de la verdadera libertad, no hace más que extender el paro forzoso y, con él, el hambre y la miseria.

2) El dominio del hombre sobre la Naturaleza amenaza destruir la base natural de su existencia y encaminar

la Humanidad hacia un desastre ecológico.

3) La ingeniería genética que abre enormes posibilidades a la transformación del patrimonio hereditario con fines terapéuticos, abre el campo a la manipulación genética con fines indeseables.

4) El enorme incremento del potencial destructivo de las armas nucleares eleva las probabilidades, por un accidente o por una política agresiva como la del Gobierno actual de Estados Unidos, de un holocausto nuclear que acabaría o reduciría considerablemente la supervivencia del género humano.

En todos estos casos, el riesgo va unido a la racionalidad instrumental; cuanto más elevada ésta, tanto más destructiva.

¿Qué alternativas se ofrecen a esta irracionalidad de lo racional? Para muchos —a un nivel mayor o menor de reflexión—, habría que buscarlas



en la tecnología misma y en la ciencia que le sirve de base. El progreso científico y tecnológico se convierte por ello en el blanco de los ataques. Por sus consecuencias destructivas o por la dominación sobre el hombre que entraña, habría que renunciar a ese progreso y, por tanto, al progreso científico. Las posiciones románticas, irracionistas e incluso oscurantistas contra la ciencia y la técnica se alimentan no sólo de filósofos como Heidegger, sino también de los críticos de la cultura de la Escuela de Francfort (16).

Estas posiciones pierden de vista que —como hemos subrayado— el mal no está en la racionalidad tecnológica misma, o sea, en su condición instrumental inmediata, sino en los fines con respecto a los cuales —en el

(16) Cf. la aguda crítica de Kofler a las posiciones de la Escuela de Francfort que él caracteriza como "ideología marxista nihilista de la tecnología" (L. Kofler, op. cit., págs. 139-185).

capitalismo tardío— es medio. Se puede y se debe renunciar a su uso destructivo y se puede y se debe renunciar, sobre todo, a los usos destructivos que amenazan la base natural de la existencia humana y su propia supervivencia. Pero no se puede renunciar a la automatización, al dominio del hombre sobre la Naturaleza que se eleva con ella, o al control genético, es decir, a un uso constructivo cuyos beneficios, en la actualidad, no están al alcance de la mayoría de la población. No se puede renunciar tampoco al uso racional y, por tanto, al desarrollo de la tecnología en los países subdesarrollados, aunque hasta ahora la transferencia de la tecnología de los países industriales avanzados a ellos haya servido para empobrecerlos y oprimirlos aún más.

Este adiós a la ciencia y a la técnica, aunque se dé en nombre de cierto radicalismo político, es sólo una manifestación de oscurantismo e irracionismo y, por tanto, de reaccionarismo.

Marcuse, que tan vigorosamente ha denunciado las consecuencias represivas de la racionalidad científica y técnica en la "sociedad industrial avanzada", ha contribuido también a nutrir ese irracionismo al considerar la ciencia y la tecnología como variables independientes. Por eso llega a afirmar: "El método científico que ha llevado a una denominación cada vez más eficaz de la Naturaleza llega a proveer así los conceptos puros tanto como los instrumentos para la dominación cada vez más eficaz del hombre por el hombre **a través** de la dominación de la Naturaleza".

Ciertamente, Marcuse ve la necesidad de un cambio de tecnología vinculado al cambio de las relaciones sociales, pero en cuanto que las fuerzas que pudieran llevar a cabo ese cambio se hallan —según él— integradas a la "sociedad tecnológica", las posibilidades del cambio se cierran o se vuelven totalmente utópicas. Queda abierta, sin embargo, para él la

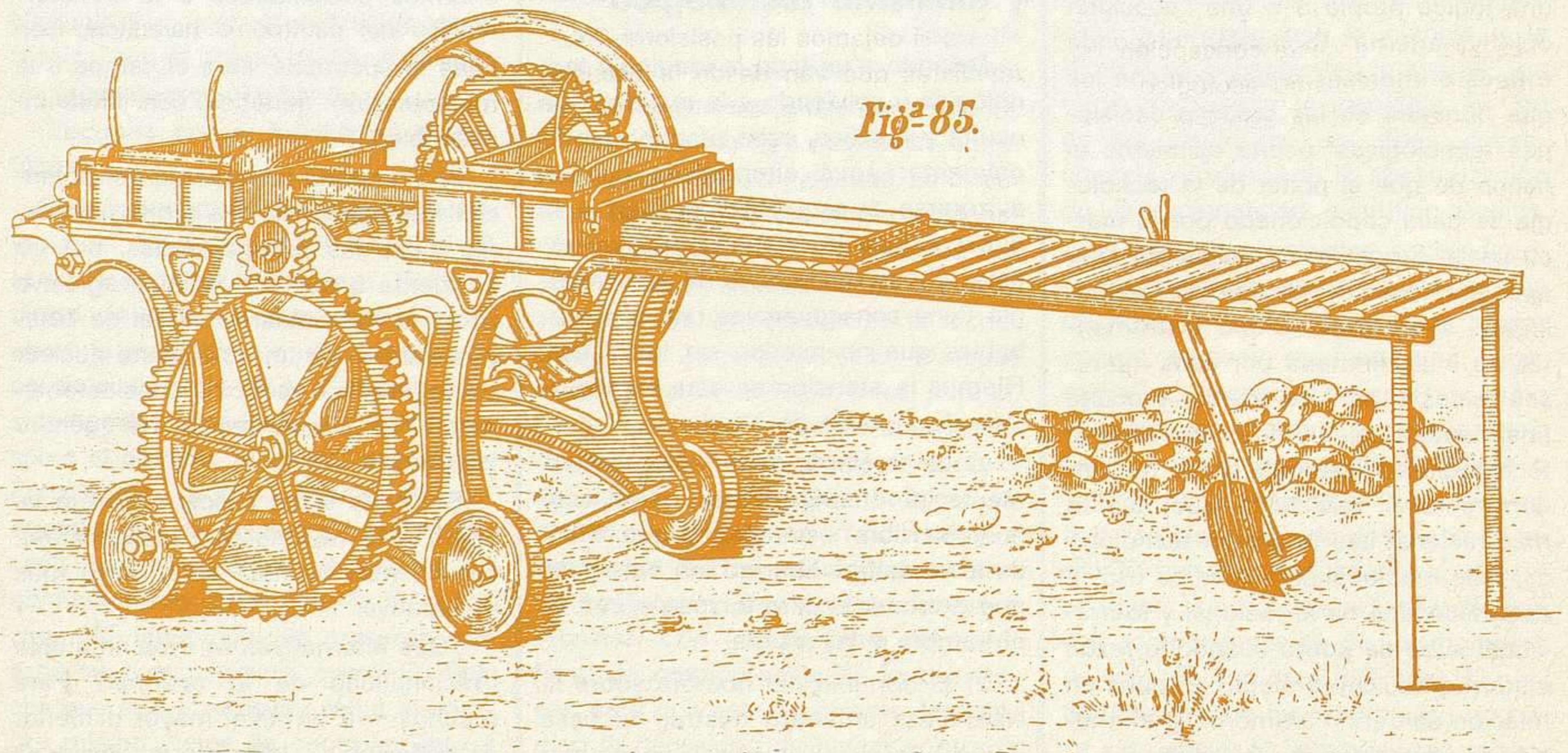


Fig. 85.



posibilidad de una tecnología **a la medida humana** en los países atrasados "si éstos llegan a ser independientes (17), pero esto implicaría la destrucción de las relaciones sociales de producción de las metrópolis, tarea imposible si, como piensa Marcuse, se ha integrado a ellas el agente que —de acuerdo con el marxismo clásico— pudiera llevarla a cabo.

Con respecto al progreso tecnológico, existen también posiciones como las de Rudolph Bahro y Harig, que, no obstante sus orígenes marxistas, pueden calificarse también de nihilistas (18). Se trata para ellos no de un cambio de tecnología, sino de detener el progreso tecnológico, no ya en las condiciones capitalistas actuales o del tránsito al socialismo, sino con vistas a la sociedad superior comunista. Harig propone un comunismo de la escasez, sin crecimiento económico, que sacrificaría la libertad a la igualdad bajo un nuevo autoritarismo. Este comunismo del racionamiento de bienes sería el precio que la Humanidad tiene que pagar para superar la crisis ecológica en que se encuentra al destruirse la base natural de su propia existencia.

La premisa de esta concepción es, pues, el catastrofismo ecológico, que lleva a Harig a una redefinición del comunismo que, al eliminar de él el elemento de libertad, elimina el concepto mismo de comunismo. Por otra parte, la detención del desarrollo técnico a que obligaría este comunismo igualitario —tan ajeno al definido por Marx en su **Crítica del Programa de Gota**—, significaría la detención del progreso científico y, por tanto, de la

(17) Marcuse: "Libertad y agresión en la sociedad tecnológica", en: *La sociedad industrial contemporánea*, ed. cit., página 71.

(18) Cf. Rudolf Bahro: *La alternativa*. Ed. Materiales, Barcelona, 1979, y Wolfgang Harig. *¿Comunismo sin crecimiento?* Barcelona, 1978.

más alta racionalidad humana. En una sociedad así, la vuelta a ese igualitarismo de las necesidades elementales sería también un regreso de la razón.

Pero si dejamos las posiciones irracionales que van desde la Escuela de Francfort a Harig, está claro que se impone la necesidad de un cambio radical en la orientación del progreso tecnológico que no puede esperarse del desarrollo autónomo e inmanente de la tecnología, en cuanto razón instrumental, sino de un cambio de fines: producción para el hombre, autodesarrollo del individuo y de la sociedad. Pero este cambio de fines sólo puede asegurarlo un cambio radical de las relaciones sociales de producción. Sólo una nueva estructura social de productores libremente asociados en la que la socialización de la producción vaya acompañada de un verdadero control social —no puramente estatal— de la producción, distribución y uso de sus productos, podrá

cortar de raíz las consecuencias destructivas del desarrollo científico y tecnológico, y la ciencia y la técnica —lejos de detenerse— se desarrollarán a una escala propiamente humana.

La racionalidad de los medios dejará de estar en contradicción con la de los fines, y de este modo se conjugarán racionalidad instrumental y racionalidad social.

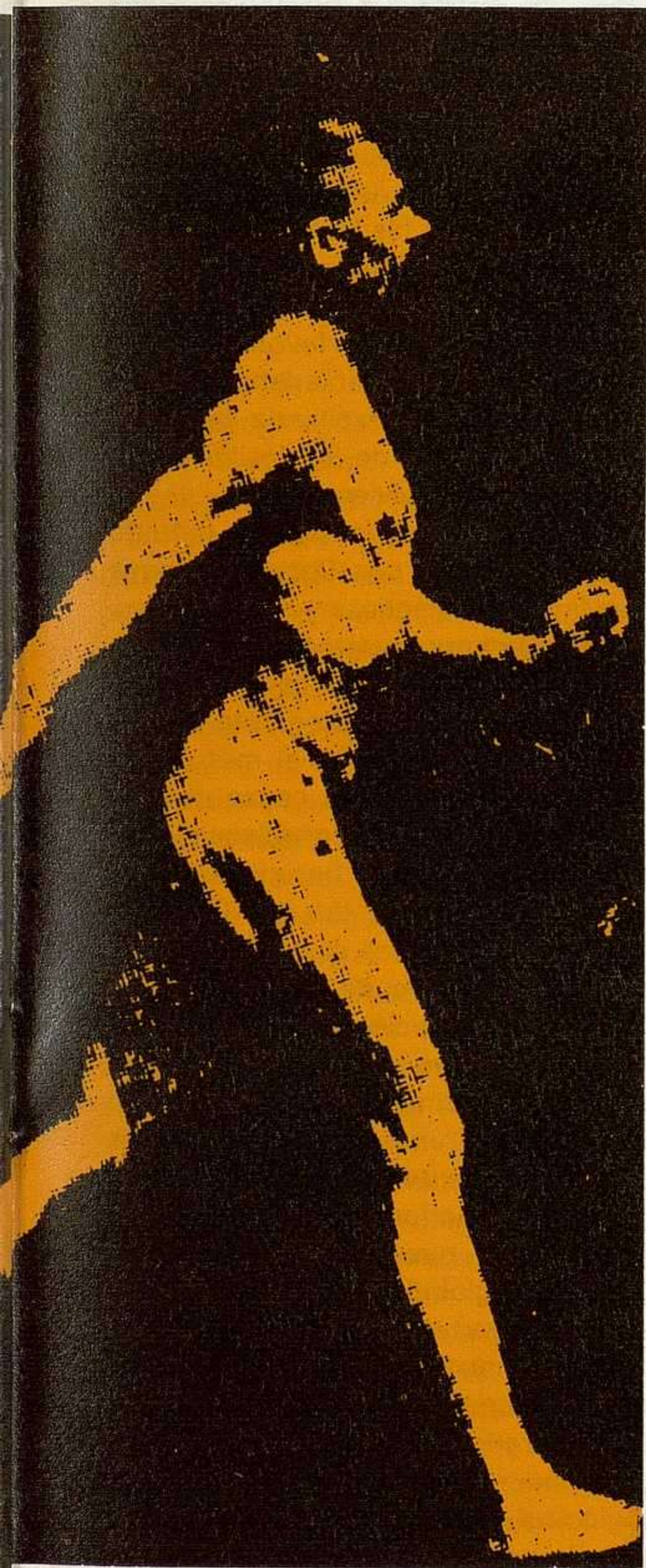
En conclusión, la búsqueda de una nueva alternativa al progreso tecnológico actual rebasa el marco de la tecnología y es, en definitiva, un problema político en cuanto que requiere una acción política transformadora de las relaciones sociales que determinan la orientación, el ritmo y el uso de la tecnología.



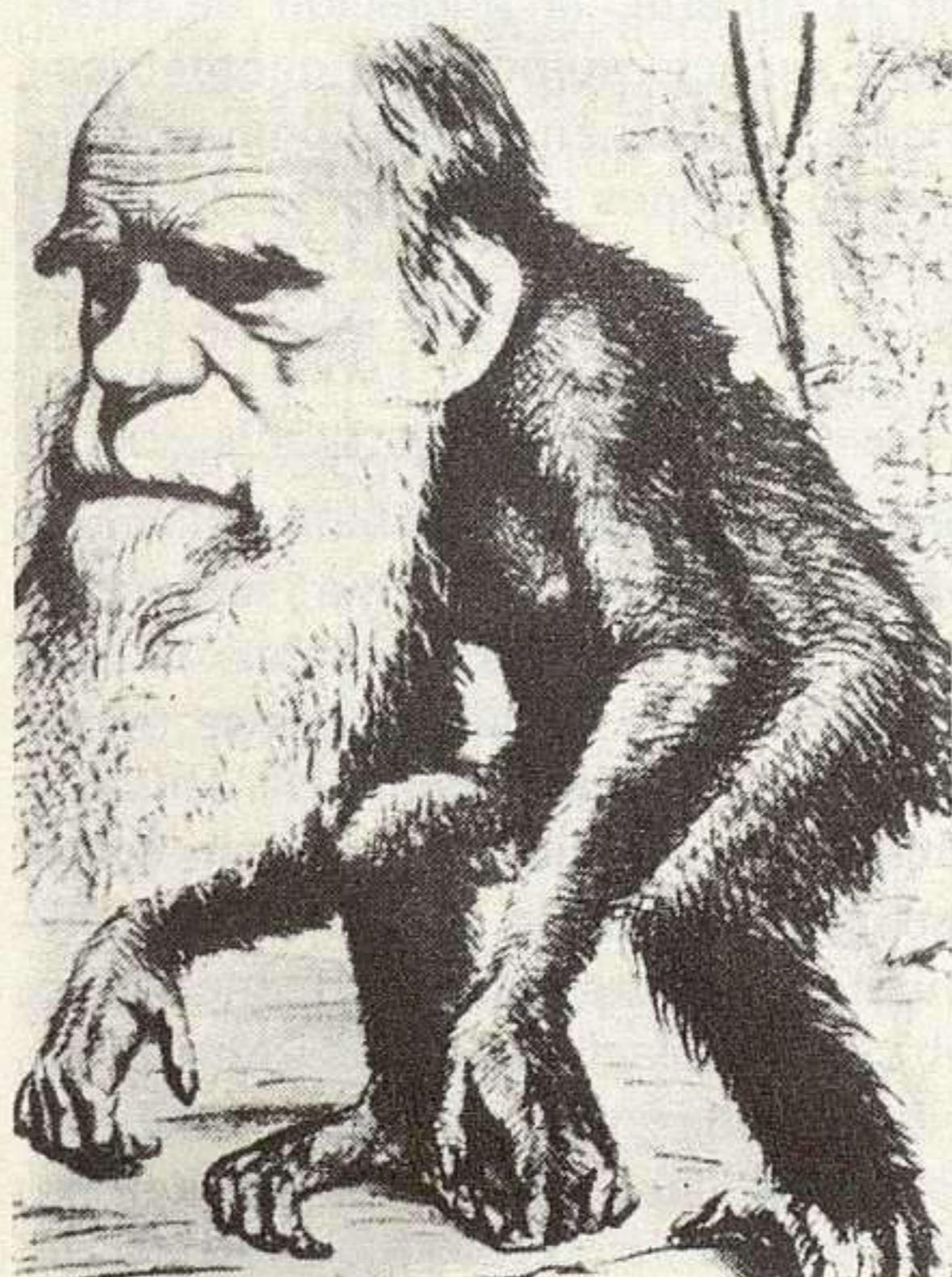
# LA POLEMICA EVOLUCIONISTA. UNA HISTORIA DE LOS CONCEPTOS BIOLOGICOS

66





**Pedro Marset** (profesor de Historia de la Medicina. Murcia)



## I. Por fin, Darwin en España

Este año del centenario de Darwin se están efectuando en España actos de conmemoración que significan el reconocimiento oficial y social del evolucionismo en nuestro país. Como si de una asignatura pendiente se tratara, o más precisamente como si fuera consecuencia de una sensación de culpabilidad colectiva, dada la intransigencia que hacia el evolucionismo ha tenido la cultura dominante española.

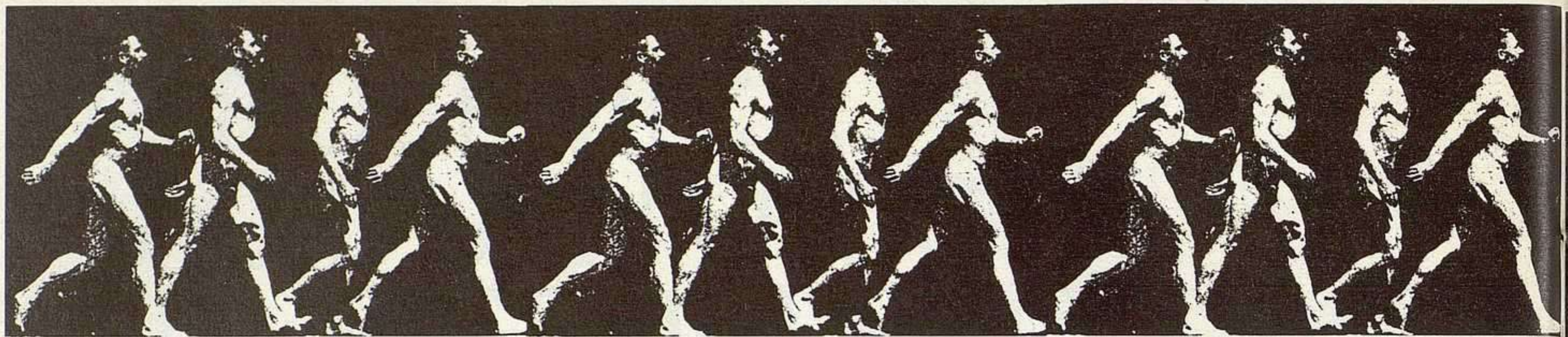
Sin embargo, la cuestión de evolucionismo ha planteado y plantea problemas epistemológicos en España, aparte de por razones culturales similares a las que en un día se suscitaron en la Inglaterra victoriana (1), por insuficiencias filosóficas y científicas

provenientes de la peculiar historia de nuestra Universidad.

Todo ello ha reparado un retraso en la constitución y desarrollo de la biología como ciencia en España, puesto que en definitiva y de forma global se puede afirmar que el significado de la obra de Darwin es la creación de un modelo explicativo nuevo, original, para una zona de la realidad, el mundo de lo viviente (2). Este modelo o esta lógica explicativa nueva suponía por fin dejar de seguir aplicando al conjunto de fenómenos vivos mecanismos analíticos o explicativos anacrónicos: el esquematismo filosófico aristotélico-tomista de naturaleza fixista o el mecanismo reduccionista de la física newtoniana.

Este retraso en incorporar sociológicamente y científicamente la nueva biología en nuestro país, el darwinismo, es, junto con otros síntomas, clave de nuestra lenta evolución filosófica y científica (relatividad, psicoanálisis, marxismo, etc.), una muestra de nuestras insuficiencias estructurales (3). Mientras el desarrollo de los estudios biológicos previos a la guerra civil fueron importantes en general en el campo descriptivo, con escasa dedicación a la genética o a la bioquímica (4), las nuevas aportaciones biológicas realizadas tras la guerra han sido realizadas bajo programas científicos extranjeros (Ochoa, Ayala, Planelles, etc.) (5) o han sido de naturaleza fundamentalmente teórica, como propuestas (Cordón) (6).

Mientras que por fin se ha incorporado Darwin, la biología, a nuestro acervo cultural y científico, casi como una axiomática más, de rutina la polémica



mica evolucionista y sus distintas versiones, por ejemplo, el impacto de la obra de Monod la estamos viviendo como espectadores, a través de las traducciones o directamente de los originales extranjeros. No estamos participando en ello como tal colectividad de científicos.

## II. Los componentes científicos de la polémica evolucionista

El núcleo de la cuestión que da lugar a la polémica evolucionista sigue siendo el mismo casi, con otras palabras, que en su día hizo meditar a Darwin para que, desde su inicial concepción de la teoría evolucionista en 1837, esperara más de veinte años para darle su presentación en la sociedad en 1859. Esta cuestión es la de la adaptación de las especies a los ambientes cambiantes y, por lo tanto, dilucidar la causa, el motor de esa adaptación, es decir, de los cambios que crean, transformándose, nuevas especies: la evolución.

La causa de esta adaptación, adaptación que como idea ya era antigua, tenía que huir de cualquier teleologismo, y la radicó en la selección natural, como concepto nuevo científicamente, pero que suponía aparentemente una vía intermedia entre el mecanicismo ciego del azar y el antropocentrismo con resonancias religiosas de una finalidad rectora inserta en la Naturaleza.

Este nuevo concepto fundamental en la ciencia introducía dos polémicas íntimamente unidas entre sí: una derivada de los propios componentes del concepto y otra del método científico de verificación y aceptación de las hipótesis científicas.

A) Los componentes del concep-

to evolucionista se pueden esquematizar, siguiendo a Kleiner (7), en:

1. La generalización de la "ley de Malthus", aplicándola a todos los organismos: cada organismo, en la duración de su vida produce más prole que su propio número. Por lo que, sin la muerte, la población de cualquier especie aumentaría geométricamente, dando en cortos períodos de tiempo grandes proporciones de organismos, por lo que la adaptación de las especies daría una tasa de crecimiento cero.

2. Bajo ciertas condiciones, los organismos durante su vida individual varían de su usual forma, tamaño y otras características y muchas de sus peculiaridades así adquiridas se transmiten a su descendencia.

3. Causas de la variación: Estas incluyen desde la presencia de alimentos, agentes del ambiente como el clima o facilidades de transporte, hibridación, etc. En general, estos factores del medio ambiente actúan sobre el organismo, produciendo caracteres adquiridos que pasan a ser hereditarios.

4. Selección natural: Algunas características producidas a causa de la variación le supondrán al organismo una ventaja sobre sus congéneres a la hora de obtener alimentos, escapar de la predación o evitar la enfermedad, adaptarse mejor al medio ambiente, aparearse o aumentar la proporción de descendientes. Por todo ello, sobrevivirán y se reproducirán más que los de su misma especie sin esas variaciones.

5. Especiación: En sucesivas generaciones, esas características ventajosas se acumulan, sobrepasando los límites sustitutivos de la especie originaria.

A estas cinco hipótesis se le pueden añadir dos auxiliares:

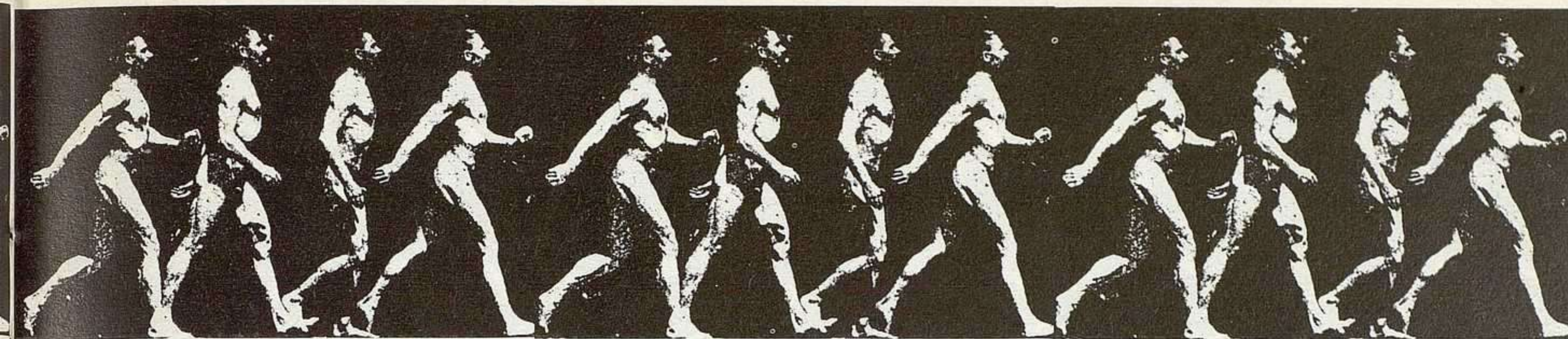
6. Las condiciones de fosiliza-

ción: Las condiciones geológicas más favorables para la preservación de los fósiles son las que producen y preservan los depósitos sedimentarios (v. g., depósito de materiales en aguas poco profundas, cuyo suelo va lentamente hundándose). Por lo tanto, habrá escasez de fósiles (de eslabones intermedios), por la rareza de estas condiciones, y las condiciones de fosilización se complementarían con las de variación, con lo que se explicaría la discontinuidad en los fósiles.

7. Papel de las barreras geográficas y de las rutas de migración: Estas condiciones geográficas y ecológicas (vientos, islas, etc.), favoreciendo a unas especies o características y dificultando a otras, explicaría la dispar distribución tanto de los fósiles como de las especies vivientes.

B) Los componentes del método científico usado por Darwin, aunque con facetas dialécticas y materialistas, que igualmente motivaron cuestiones polémicas, se pueden centrar según los postulados complementarios de Herschel y Whewell en el método de la analogía como **vera causa** del primero (8), y el de la **consilience** (coligación) de Whewell, basado en la inducción por eliminación (9). Tomados por Herschel los tres componentes del método analógico de Lyell (10) para explicar la evolución geológica como ejemplo de **vera causa** (es decir, que lo que hoy vemos es resultado de la actuación de un conjunto de fuerzas siempre presentes, el "actualismo", y uniformes, "uniformismo", en un contexto global que no ha cambiado y "situación global equilibrada"), influirían decisivamente en Darwin.

Este instrumento metodológico, quizá un poco esquematizado por mí, ha deparado el mayor salto científico para poder construir el paradigma biológico, al permitir saltar sobre el método imperante hasta entonces el me-



canismo causa-efecto galileo-newtoniano como componentes mensurables y únicos (la causa y el efecto) y ligados en el tiempo como sucesos casi inmediatos. El método introducido por Darwin posee mayor flexibilidad y descansa por una parte en la analogía (selección artificial comprobada es similar a la natural postulada como base de la adaptación especies vivas-ambiente) y, por otra parte, en la ampliación que del tiempo geológico había hecho sobre todo el propio Lyell.

Podemos, por tanto, resumir los componentes de la polémica científica, es decir, lo que supondrá constituir puntos de fricción derivados sólo del concepto o del método científico en: 1) El concepto de la selección natural como motor de la adaptación y de la evolución es un modelo explicativo intermedio con posibilidades de derivar hacia el mecanicismo (Monod) o hacia el **teleologismo** (Teilhard de Chardin); a su vez, esta selección natural posee igualmente el peligro de convertirse en una tautología (las especies que triunfan son las mejores) o en un principio excesivamente generalizador que dé respuesta a todo. 2) El método analógico y de coligación posee el riesgo, al no descansar las leyes postuladas sobre hipótesis verificadas factualmente y experimentalmente en conducir por el mismo principio metodológico a postular teorías o leyes opuestas. De hecho, la tercera base de los supuestos de Lyell mencionados anteriormente (la de situación global equilibrada), destinada a combatir la concepción "direccionista" que sobre la evolución de la Tierra se sostenía entonces, que postularía un progresivo enfriamiento de ésta por la analogía derivada de los fósiles: los grandes animales fósiles indicarían un medio ambiente más cálido en otras épocas geológicas.

### III. Razones culturales para una polémica sobre el evolucionismo

Aunque, como demuestra Bloor (11), no se pueden separar las teorías científicas y su contexto creador de los patrones y perfiles ético-sociales y formaciones sociales que las enmarcan y posibilitan históricamente, la teoría del evolucionismo suponía un choque frontal con las visiones globales de la cultura europea. Como este aspecto ha sido el más analizado por los historiadores y sociólogos marxistas, sobre todo a partir del historiador de la ciencia Bernal, no voy a exponerlo. Sólo señalar que contribuyó a que Darwin analizara detenidamente cuáles serían los conceptos, modelos y términos científicos que deberían utilizar para que sus ideas fuesen aceptadas con las menores resistencias posibles.

Además de la contradicción general social y cultural de estar viviendo una experiencia de transformación socio-económica como la revolución industrial, totalmente nueva y que suponía ya la idea de extinción de conjuntos y normas sociales y su sustitución por otras nuevas (entre ellas, la idea del capitalismo competitivo), y a la vez estar aferrándose la cultura dominante al mantenimiento de las normas éticas fixistas tradicionales, las influencias contradictorias del entorno social que recibió Darwin y que contribuyeron a la larga preparación de su **Origen de las especies** serían las siguientes:

1) El ambiente revolucionario social, que se extiende concretamente entre 1830 y 1845 en Gran Bretaña (12) y en Europa culmina con el año de la revolución proletaria fracasada en 1848.

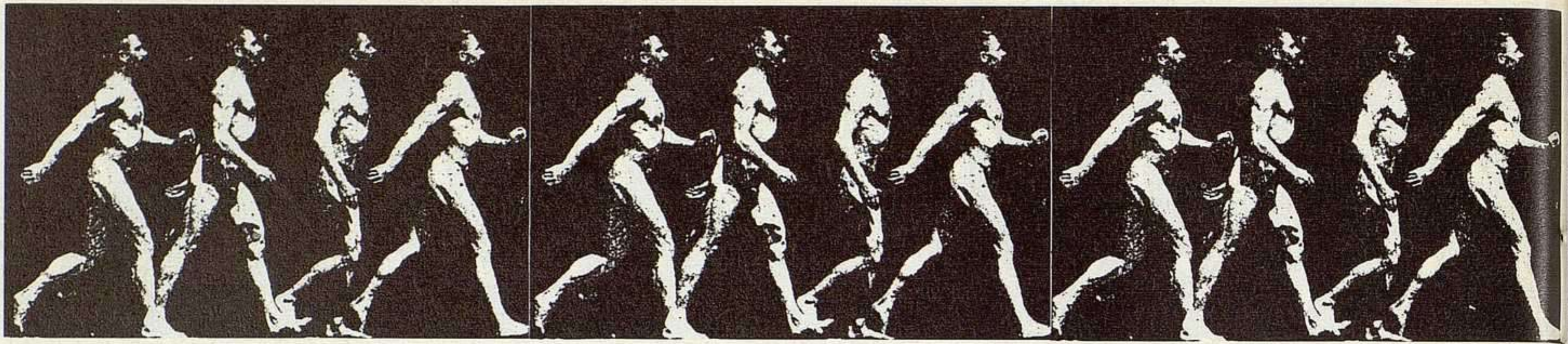
Fue en este ambiente que su teoría fue concebida, mientras que su publi-

cación ocurrió en un período de confianza, crecimiento de la productividad industrial y prosperidad (1850-1870).

El período de 1830 a 1845 fue casi el peor socialmente en la historia inglesa desde 1700: descenso de la renta individual, extensión del hambre y desesperanza entre la población, llevando a la exigencia de cambios sociales profundos entre los trabajadores y clase media. Sin embargo, en el período siguiente, desde 1850 a 1870, el liberalismo económico británico hizo crecer la prosperidad económica y privó a la clase trabajadora de su fervor revolucionario (13).

2) La influencia del romanticismo literario y artístico sobre Darwin, sobre todo a través de William Wordsworth, en los años iniciales para su teoría, 1837-1839. Concretamente, su largo poema **The excursion** (14), considerado como su mejor obra. Situando en el centro de éste la cuestión del significado de la ciencia en las respuestas que hay que dar a la existencia histórica de las generaciones humanas, los puntos cruciales de Wordsworth que influirían en Darwin serían: la situación central moralmente del amor, la característica fructífera de la lucha dentro de la Naturaleza, la significación vital que llegan a adquirir sucesos debidos al azar y la legitimidad en poner esperanza para una trascendencia de la especie humana.

3) El concepto de Malthus de "lucha por la existencia". Sobre todo en sus aspectos positivos de capacidad de reproducción de los organismos y dependencia unos de otros. Sin embargo, Darwin no tomó en consideración los aspectos negativos socialmente de esta obra. Es decir, las presiones de los grupos demográficos actuarían como frenos para evitar cambios sociales, según Malthus, mientras



que para Darwin esta lucha por la existencia permitía la adaptación y, por lo tanto, el progreso y el cambio.

Mientras para Malthus es una lucha competitiva derivada de la limitación de recursos, para Darwin es una lucha por superar obstáculos a la supervivencia y reproducción (15).

4) Las opiniones de la escuela escocesa de filosofía lingüística (Dugald Stewart) sobre realismo del lenguaje y su generalizada función simbiótica favoreció que escogiera Darwin el término "lucha por la existencia" como posición intermedia entre las de "guerra" y "equilibrio", y a la vez cargada de resonancias antropomórficas. Sin embargo, este término tenía la ventaja de unir tres ideas: 1) La de dependencia de unos seres orgánicos en otros. 2) La actuación de fuerzas o agentes, a veces ocasionales o aleatorios. Y 3) La más estricta de lucha, sea voluntaria, como en animales, o involuntaria, como en plantas.

5) El contraste entre sus tendencias juveniles cuando concibió las ideas germinales de la teoría evolucionista, orientadas al romanticismo, al panteísmo y a las teorías raciales globales progresistas, y las ideas dominantes en el ambiente social cuando publicó su **Origen**, orientadas hacia el positivismo, individualismo, el materialismo y el agnosticismo.

6) La realidad de un "establishment" científico hostil culturalmente tanto a la nueva terminología como a los métodos usados por Darwin, y que se extienden desde el propio Lyell e ideas de Cuvier hasta las normas metodológicas de Herschel y Whewell en aceptar nuevas teorías científicas. Para superar estas dificultades, tuvo que ir constituyendo su propia audiencia entre un amplio y heterogéneo grupo de científicos, para que cuando se pu-

blicaran sus ideas se facilitara la aceptación. Este consenso cultural logrado sobre un círculo reducido de profesionales y científicos, que se podría simbolizar en las figuras de Spencer, Huxley y J. S. Mill, favoreció la presentación científica de su teoría y permitió neutralizar las reacciones contrarias.

#### IV. Adaptación biológica e histórica de los conceptos biológicos

Dada la recuperación que se realiza en los siglos XVII y XVIII de los conceptos democriteos y epicúreos sobre la filosofía y la materia, es conveniente tener en cuenta el contenido y significado tanto de las ideas biológicas como de los marcos filosóficos que serán el centro de la polémica: la adaptación y el azar.

Y es conveniente por constituir el marco referencial que permite darle el verdadero significado al esfuerzo de Darwin. Es decir, hasta qué punto hay permanencia de conceptos, innovación u obtención de ellos por analogía en las distintas situaciones sociales.

El concepto de adaptación en biología es centrado filosóficamente por Aristóteles dentro del esfuerzo socrático por introducir la finalidad como criterio fundamental a la hora de analizar y comprender la conducta humana.

Frente al puro mecanicismo, determinismo ciego, o al azar igualmente ciego de los presocráticos para explicar los fenómenos cosmológicos, físicos, biológicos y sociales, se alza la prosecución de la justicia y la verdad de Sócrates como guía filosófica. Platón extiende el teleologismo a toda explicación, dándole naturaleza de realidad a los conceptos ideales, inaugurando el fixismo espiritualista para,

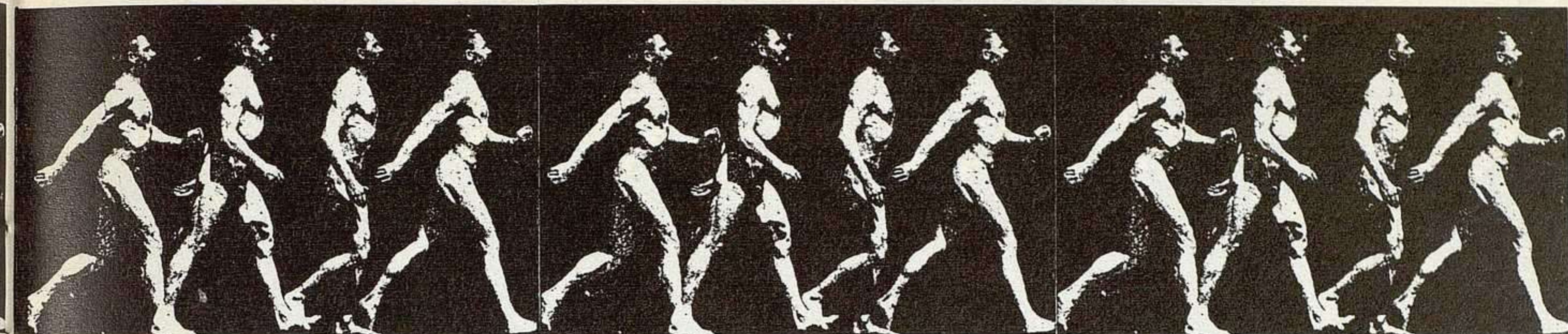
entre otras materias, las ciencias biológicas.

Sin embargo, conviene modificar la visión predominante acerca del teleologismo y fixismo aristotélicos en las ciencias naturales, puesto que, en realidad, en materia de las ciencias biológicas, como en otras, Aristóteles se apartó de Platón y, en definitiva, permite constituir una corriente conceptual que atravesará la Historia y que, ayudada por otras aportaciones, justificará la obra de Darwin.

Podríamos afirmar que Aristóteles retoma los métodos y la parte más fructífera del pensamiento presocrático, originado por las transformaciones sociales que derrumban la sociedad jerarquizada religiosamente y la conducen a la democracia y la racionalidad, añadiéndole las exigencias metodológicas conceptuales de Sócrates y Platón.

En síntesis, Aristóteles abandona la noción idealista de especie o concepto platónico como modelo ideal del que derivan los individuos o cosas que encontramos para darle carta de realidad a estos individuos concretos, a partir de los cuales se construirá el concepto abstracto de especie animal. Aunque no llega a retomar las ideas presocráticas transformistas por no poderle dar una explicación racional, sin embargo, sitúa dos principios que funcionarán como marco abierto a que quepa la teoría transformista o evolucionista. Estos dos principios son el de la adaptación y el de la variación material entre las especies animales de un género.

Por ello, la idea que se tenía de Aristóteles como instaurador de una teoría fixista (inmutabilidad de las especies desde el origen o la creación), que, por ejemplo, manifiesta Ernst Mayr en su obra, **Populations, species and evolution** (16), "los conceptos de esencias inmutables y de completas discontinuidades entre cada especie (eidos) y otras convirtieron en imposi-



ble un pensamiento evolucionista", la hemos de modificar. Por una parte, acepta Aristóteles el concepto de gradación material, física, mensurable entre las distintas posibilidades de una característica u órgano de individuos de distintas especies, y por otra parte, que esta gradación no obedece a una posible degeneración de un modelo ideal o a una causación aleatoria, sino a una adaptación a un determinado medio ambiente, que ha posibilitado esas diferentes especies animales. A su vez, esa diferenciación posee como principio el de la finalidad de equilibrar y organizar las distintas partes de los organismos. Es decir, no hay patas cortas o largas por defectos o excesos, sino como resultado de la finalidad biológica de adaptarse a ambientes cambiantes. Por ello no se pueden clasificar los animales en especies por una característica, sino por el conjunto de características que le dan sentido a un modo de vivir y adaptarse.

Como vemos, llega a aceptar un antecesor común dentro de un género que explicaría las distintas especies, pero no da el salto al transformismo de unas especies en otras.

Lo que pudo actuar como freno sería, en todo caso, la adecuación cristiana del aristotelismo, en este caso simbolizada en la obra de Santo Tomás: "No dudo en modo alguno de que el mundo haya sido creado desde el principio con tanta perfección como la que ahora tiene, o sea, que el Sol, la Tierra, la Luna y las estrellas han existido desde entonces, y la Tierra no sólo tuvo en sí las semillas de las plantas, sino que las plantas mismas cubrían parte de ella, y Adán y Eva no fueron creados niños, sino con la edad de hombres completos. La religión cristiana así quiere que lo creamos y la razón natural nos persuade totalmente de dicha verdad, pues si consideramos la omnipotencia de Dios, debemos juzgar que todo cuanto ha hecho ha tenido desde

el principio toda la perfección que debía tener".

Este fixismo es reforzado paradójicamente por el derrocamiento que se produce del pensamiento aristotélico tras el Renacimiento, que pone, en nuestro terreno concreto de la biología, dos conceptos recuperados del materialismo democriteo: uno, el del mecanicismo genérico (en última instancia, producto combinado del éxito de la mecánica de Galileo y del componente materialista de las filosofías de Bacon y Descartes), que vería en los animales máquinas vivientes, unidades fijas, y el otro, resultado de la aplicación de este materialismo democriteo a la herencia, es decir, la idea del átomo, de unidades materiales infinitesimas, explicaría que las semillas perpetuasen las formas generación tras generación desde el origen del mundo, a través de los procesos embrionarios de Naturaleza preformacionistas. Como vemos, serían, pues necesarios unos progresos que en el campo de la biología abriesen un campo epistemológico en las fortalezas mecanicistas y fixistas. Estos procesos son realizados a lo largo del siglo XVIII por la paulatina instalación de una mentalidad científica que en principio aparece como reaccionaria: la del vitalismo. Movimiento de alternativa ante las insuficiencias de los modelos físicos o posteriormente químicos en biología, ya iniciadas estas alternativas, entre otros, en el propio Renacimiento, por Paracelso, cargándolo de espiritualismo, van a intentar acercarse a modelos biológicos más flexibles, diríamos hoy más sistemáticos, globales, con la idea vieja aristotélica de finalidad bajo otros ropajes.

Y, efectivamente, este es el significado de la obra de Buffon y Lamarck alrededor del concepto de especie y la posibilidad de una transformación, por una parte (dentro del vitalismo y romanticismo de la época), y por otra, la necesaria destrucción del concepto y

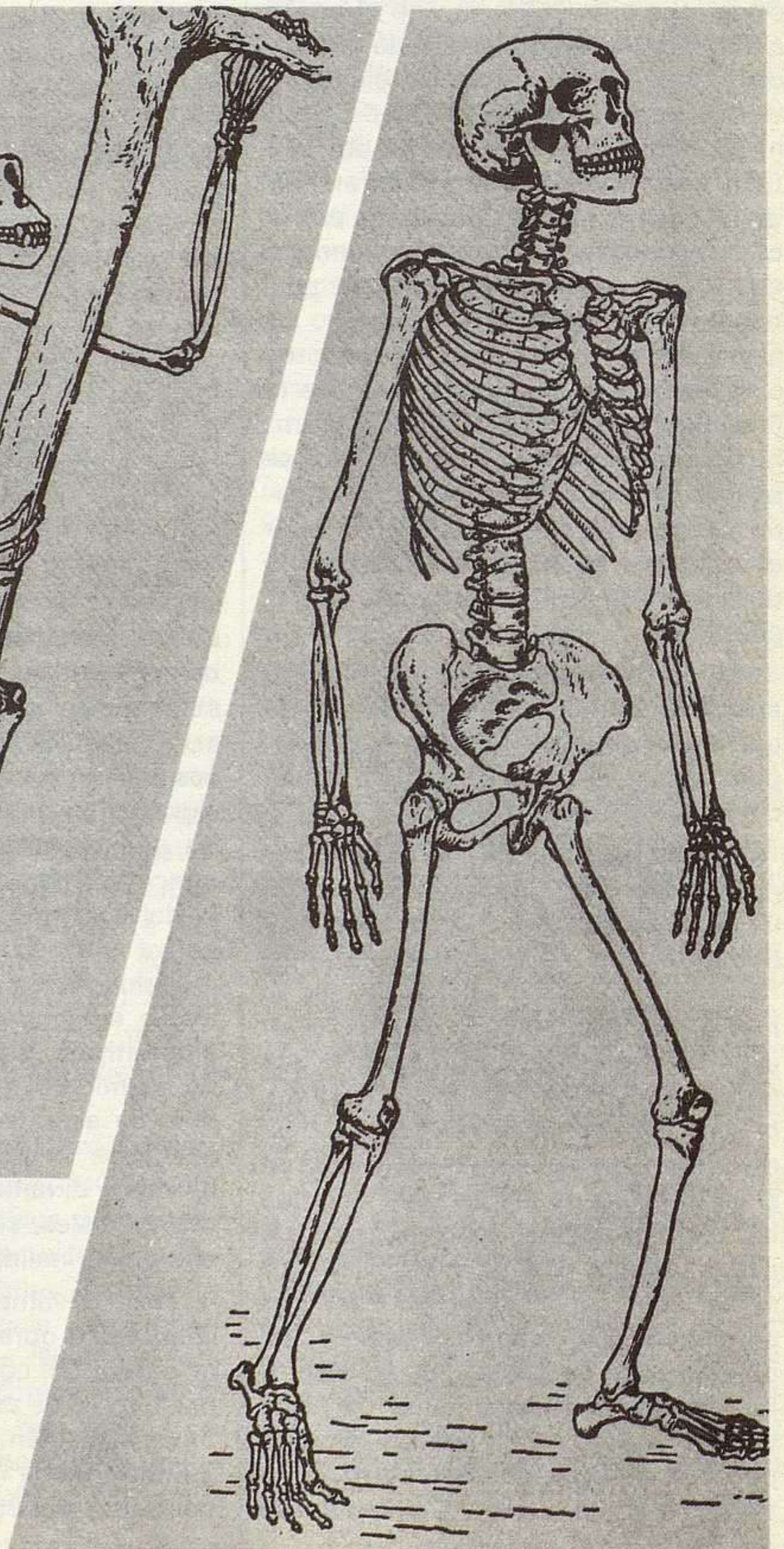
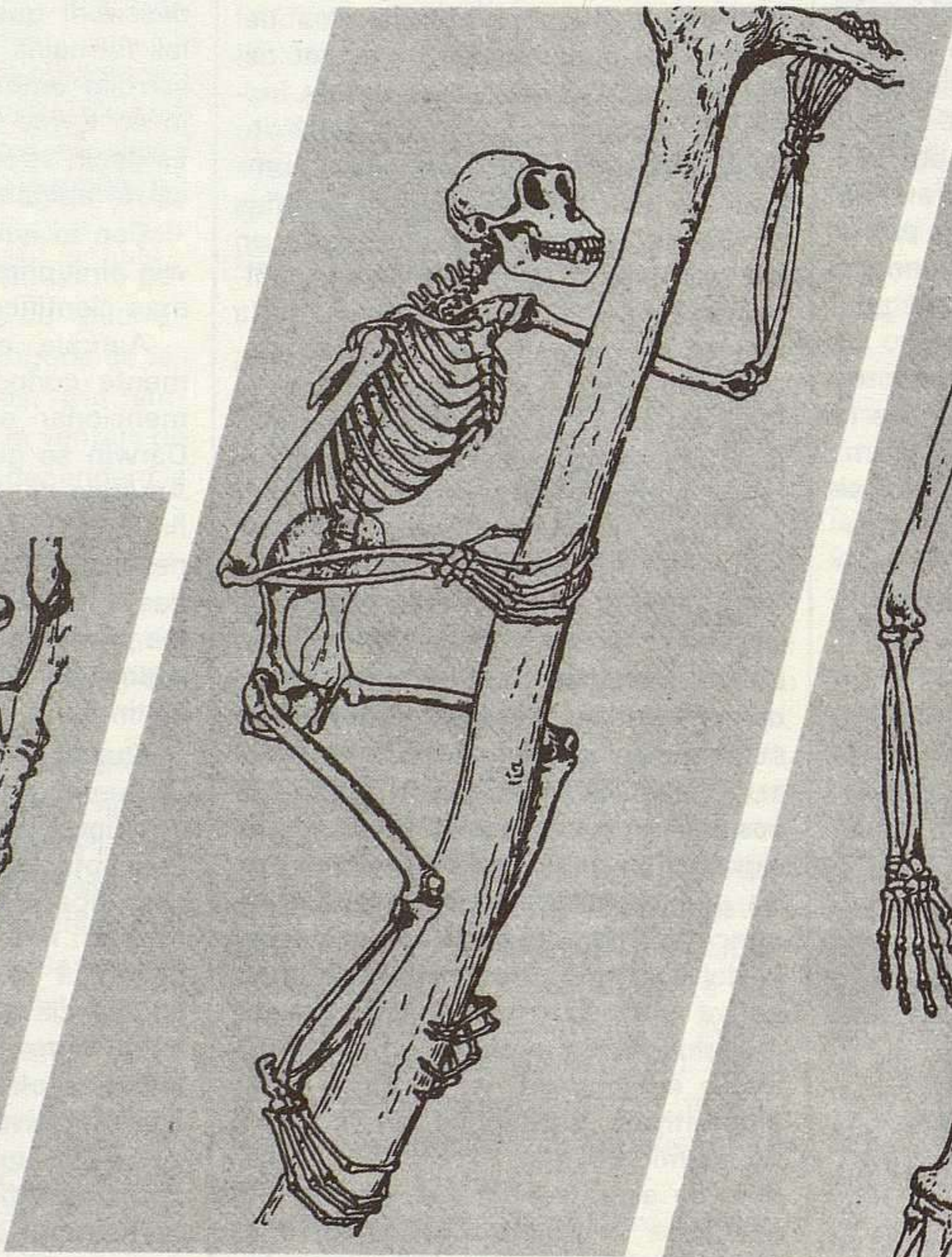
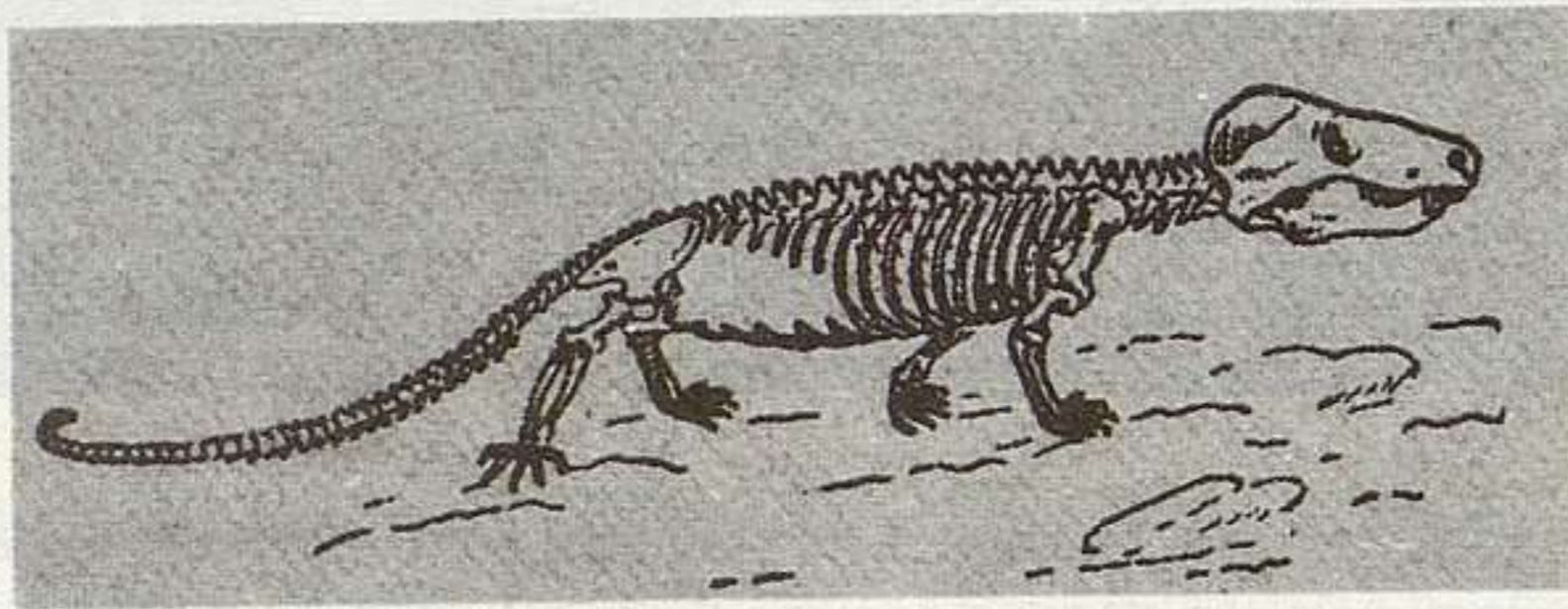
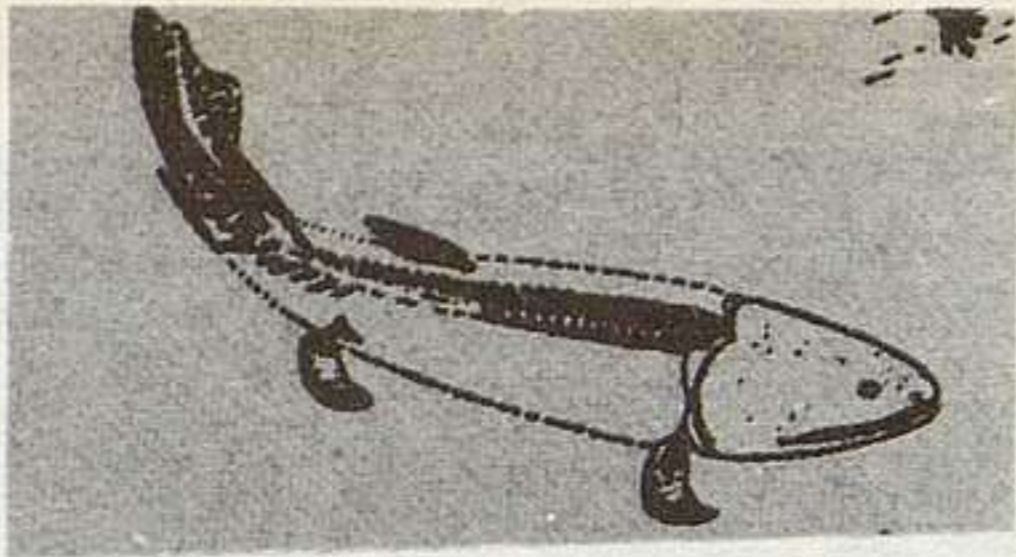
modelo de herencia como concepción infinita de formas preinscritas de una a otra generación a través del preformacionismo —condición necesaria para que el ambiente actúe de una u otra forma— se realiza a través de la observación del proceso embrionario y descubrir que no existen tales modelos formales a escala, sino que el desarrollo embrionario se realiza desde lo no forme a lo diferenciado (Wolff). Es decir, se recupera la idea aristotélica de epigénesis.

Con lo que se abre el paso a Darwin al suprimir los anteriores paradigmas científicos frenadores.

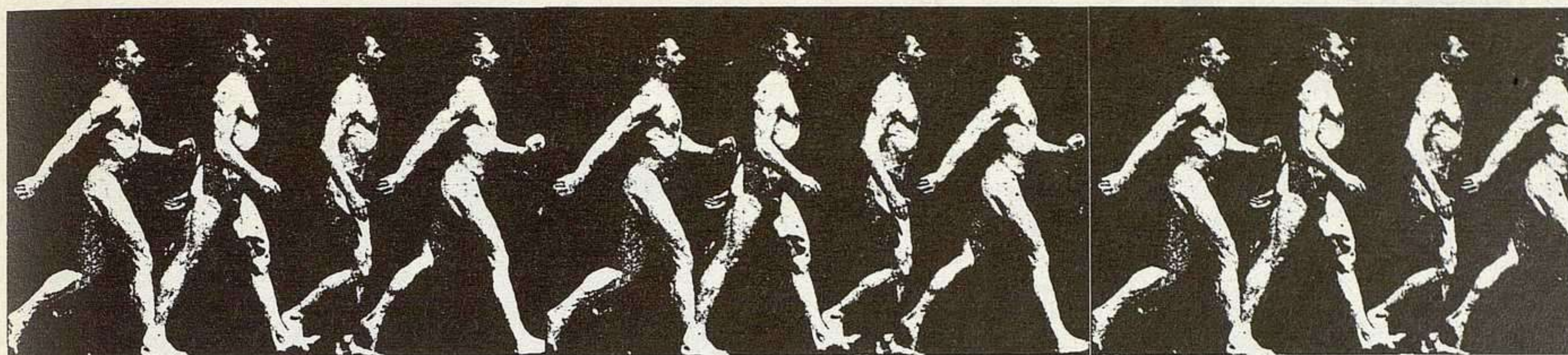
Aunque es un hecho suficientemente conocido, no quiero dejar de mencionar en este contexto el que Darwin se guiara en su recorrido por América del Sur por la obra del español Félix d'Azara, llena de observaciones sobre las modificaciones acaecidas a las especies vivas llevadas por los primeros colonizadores tras varios siglos de "adaptarse" a ambientes distintos.

Queda, por último, mencionar brevemente, tras haberme extendido en el concepto de adaptación, el otro concepto que indiqué al comienzo de este apartado: la polémica sobre el azar. En realidad, la evolución de esta polémica va más ligada a la propia conciencia de la evolución de la conducta humana como determinada por alguna u otra razón que a las cuestiones exclusivamente biológicas. Es decir, sería un concepto más cargado antropomórficamente. Si he traído esta cuestión conceptual es para poder comprender cómo Darwin no pudo tener una visión exclusivamente aleatoria de la evolución de las especies, aparte de porque metodológicamente su concepto de adaptación y selección natural lo matizaba, porque en sus años de formación intelectual no estaba aún desarrollado.

Postulado de forma excesivamente generalizadora y, por lo tanto, ineficaz







por los presocráticos y obstaculizado como posibilidad filosófica por Aristóteles, va a ser perfilado y convertido el concepto de azar en instrumento filosófico por Epicuro.

Esta confluencia del concepto atomista con la concepción dialéctica de la Naturaleza de los epicúreos es la que hace posible una explicación en la que quepa la evolución combinando la necesidad, la determinación, con la arbitrariedad, con el azar.

Sin embargo, como todos sabemos, la recuperación de la dialéctica materialista epicúrea se realiza en los mismos años que trabaja Darwin, pero en un ambiente totalmente diferente, el Berlín imperial, y dentro de una polémica totalmente distinta, la discusión sobre el papel de la filosofía y de la voluntad humana en la historia de la sociedad, a consecuencia de la concepción paralizante, acomodaticia, de Hegel sobre el Estado, y la insuficiencia de la crítica de los jóvenes hegelianos a Hegel, iniciada por O. F. Strauss en 1835 con su **Vida de Jesús** y seguida luego por Köppen, Bauer y Feuerbach. Fue precisamente Carlos Marx (18) el que, estudiando directamente y en extenso la obra epicúrea, pudo recuperar el concepto dialéctico de azar, tanto para analizar las ciencias naturales como para las sociales.

Por esta razón, la ausencia de ambiente filosófico y cultural que Darwin vivió y el posible papel del azar explica que este concepto no jugase un papel importante en su teoría.

Será más tarde, primero matizada por el propio Huxley con sus mutaciones, frente a la insuficiencia de la variación continuada de la selección natural de Darwin para determinar nuevas especies, y ya en este siglo con el neodarwinismo, al incorporarle las consecuencias de la genética mendeliana y de la obra de Morgan, cuando, también tras una asimilación del papel del azar y de la de-

terminación en la filosofía y en la ciencia, se realizará tal incorporación.

## V. La filosofía de la biología

Para finalizar, podría terminar, como ocurre frecuentemente, con una conclusión bastante obvia. La sucinta y obligadamente esquemática historia que he presentado de los conceptos biológicos que configuran la polémica darwinista creo que demuestra algo también conocido en círculos marxistas. El paradigma biológico, la teoría de la evolución, es producto no sólo de unos descubrimientos hechos activamente por personas motivadas científicamente, sino, sobre todo, de un conjunto de ideas filosóficas, científicamente globalizadoras, que se desencadenan tras la revolución industrial y que en parte reflejan nuevos modelos de relaciones sociales y visiones del mundo y en parte suponen conectar, recuperar de forma matizada, con arquetipos culturales, con matrices científicas que atraviesan la civilización occidental. Por todo ello, hemos podido comprobar cómo tras más de un siglo de la publicación de Darwin, aún hemos asistido a polémicas sobre el azar o la necesidad y cómo por lo mismo sigue siendo fructífero el ahondar en temas que muchas veces los biólogos, los científicos no toman en cuenta: la historia de la ciencia, la filosofía de la ciencia; en definitiva, la visión del mundo, la ideología en sentido marxista, para así no convertir la ciencia en un obstáculo para el progreso histórico de la Humanidad en su lucha contra la alienación.

(1) Véase Hull, D. (1973): *Darwin and his critics*, Cambridge, Mass, Harvard University Press, para el tema en Inglaterra, y para España, Núñez, D. (1979): *El darwinismo en España*, Madrid, Ed. Castalia.

(2) Jacob, F. (1973): *La lógica de lo viviente*, Barcelona, Laia. Monod, J. (1970): *Le hasard et la nécessité*, París, Eds. du Seuil.

(3) Glick, T. H. (1980): "Repercusiones sociales de la introducción de la relatividad en España". *Llull*, 3, 41-53. Carles, F. (1982): "La introducción del psicoanálisis en España". *Estudios Historia Social*, II (en prensa). Marset, Pedro, y col. (1981): "Consecuencias de la guerra civil española sobre la evolución de la física en España". *Dynamis*, I, 179-202.

(4) Garrido, J. M.; Marset, P. (1975): "Análisis bibliométrico de la biología en la España de entreguerras". *Bol. Soc. Esp. Hist. Med.*, 16, 5-34.

(5) O líneas realizadas en España, pero también bajo la dependencia de programas extranjeros, como el grupo del profesor Sols.

(6) Consúltese la abundante obra del doctor Faustino Cordón.

(7) Kleiner, S. A. (1979): "Feyera-bend, Galileo and Darwin. How to Make the Best out of What You have or Think you can get". *Stud. His. Phil. Sci.*, 10, 285-310.

(8) Herschel, J. F. W. (1831): *Preliminary discourse on the Study of Natural Philosophy*, London, Longman, Rees, Orme Brown and Green.

(9) Whewell, W. (1847): *Philosophy of the Inductive Sciences*, London, Parker.

(10) Ruse, M. (1970): "Darwin and Herchel". *Stud. Hist. Phil. Sci.*, 9, 323-331.

(11) Bloor, D. (1974): *Knowledge and Social Imaginery*, London, Routledge and Kegan Paul.

(12) Hobsbawm, Eric J. (1968): *Industry and Empire*, London, Weidenfeld.

(13) Hobsbawm, E. J. (1979): *The Age of capital*, New York, Mentor.

(14) Wordsworth, W. (1814): *The excursion*, London.

(15) Manier, E. (1980): "History, Philosophy and Sociology of Biology: A Family Romance". *Stud. Hist. Phil. Sci.*, II, 1-24.

(16) Mayer, E. (1963): *Population, Species and Evolution*, Cambridge, Mass Harvard University Press.

(17) Tomás de Aquino (1947): *Suma teológica*, Madrid, I, 94,3.

(18) Baronovitch, I. (1978): "Marx, Hegel and Greek Philosophy: a new approach to the Subject of Karl Marx's early intellectual development." *The Undergraduate Journal of Philosophy*, 7, 45-77.



74

# UN LUGAR DE ENCUENTRO Y DEBATE

**José Sandoval**

**A** lo largo de más de tres años de actividad, con éxitos, con discontinuidades y también con vacíos indudables, la Fundación de Investigaciones Marxistas ha venido realizando una labor importante, que le ha ganado paso a paso un lugar reconocido en el mun-

do cultural e intelectual. Ha desarrollado un apretado programa de seminarios, ciclos de conferencias, encuentros y debates, como los muy recientes sobre "El pensamiento político de Dimitrov", del que damos cuenta en este número de NUESTRA BANDERA, o el celebrado el pasado mes de marzo sobre "El marxismo como filosofía". Pero la

Fundación no elude el análisis y la discusión sobre los problemas vivos que la actualidad arroja sobre el tapete. Como ilustración podríamos citar los encuentros y seminarios sobre "La droga", "Feminismo y política", "Comunicación y sociedad", "Anticoncepción y aborto", "Los movimientos ecologistas", "El urbanismo en Madrid", "La reforma de la Seguridad Social", "Las nuevas tecnologías y el mercado de trabajo" y tantos otros cuya enumeración sería fatigosa.

Por otra parte, la Fundación ha iniciado una política de publicaciones para dar cuenta de aquellos ciclos de conferencias, encuentros y debates de interés general; ha establecido relaciones con numerosos centros de estudio de Europa y América, de países capitalistas y países socialistas, centros vinculados tanto a partidos comunistas como socialistas o socialdemócratas; y ha emprendido, finalmente, el camino de su extensión y presencia física en otros lugares de España, fuera de Madrid: el primer paso al frente lo

ha dado la Fundación de Investigaciones Marxistas del País Valenciano, que está realizando ya una interesante actividad.

Pero dejando a un lado lo que ha habido de positivo en esta actividad, quisiera hablar de los vacíos a los que aludía líneas atrás. Uno de los más notables y necesitados de cobertura urgente es la débil vinculación de las organizaciones y las bases del Partido con la FIM, lo que se refleja entre otras cosas en el insuficiente número de asociados-colaboradores de la Fundación. Creo que una de las causas de esta débil vinculación —y del práctico desconocimiento de la Fundación por muchos camaradas y no pocos órganos dirigentes del Partido— podría tener su origen en el carácter singular de la FIM, que aparece como una institución autónoma, como algo existente a extramuros del Partido.

A este propósito interesa decir que, pese a esta particular situación, la FIM forma parte del grande y múltiple colectivo de los comunistas españoles. Y no es la suya una vinculación discrecional, sino orgánica, que tiene su base tanto en los fines señalados por el Comité Central del Partido en el mandato fundacional como en la propia composición del Consejo General, encargado de que estos fines se cumplan y cuyos integrantes deben reunir la condición de miembros del Comité Central del Partido, según los Estatutos de la FIM, aprobados el 21 de julio de 1980.

Vale la pena añadir que este singularizado "status" de la Fundación fue algo propiciado por el Partido como condición necesaria para que pudiera funcionar como un espacio abierto de encuentro y debate. Porque si es cierto que el Partido no es —usando un término comparativo ya tópico— un "club de discusiones" ni pretende asumir ningún magisterio filosófico o sentar cátedra sobre los caminos que va abriendo la investigación científica, cierto es también que un Partido como el nuestro, que fundamenta su acción política en el marxismo revolucionario, necesita impulsar el pensamiento marxista y despejar espacios para el debate libre y la confrontación de ideas en el campo de la teoría.

La Fundación intenta ser esa sede abierta a cuantos quieran trabajar y

ahondar en las canteras del marxismo; y puede ayudar a los comunistas a desplegar las pantallas de radar de su curiosidad intelectual para seguir el movimiento científico y teórico actual, a fin de enriquecer sus propias reflexiones y la elaboración colectiva del Partido con todo lo que concurra a iluminar la lucha de las fuerzas transformadoras de la sociedad. Creo que esta es la forma de entender el cometido de la Fundación de Investigaciones Marxistas y de conseguir de ella y desde ella la máxima aportación a la cultura política e ideológica de los comunistas.

Hay por lo menos dos razones que abonan la necesidad de una participación más intensa y de un apoyo más enérgico a la Fundación de Investigaciones Marxistas por el conjunto de los militantes y de los órganos de dirección del Partido.

La primera es que hemos entrado en un período que presenta muchos problemas políticos, culturales y teóricos originales al Partido y, de manera más general, al movimiento revolucionario y progresista.

Está, por ejemplo, el problema de superar las contradicciones que han aparecido en la cultura política del movimiento obrero de componentes tradicionales, ya sean las que tienen su origen en la Internacional Comunista, ya las de inspiración socialista o socialdemócrata. Hay, en una y otra, demasiados sedimentos ideológicos, demasiadas premisas —como ha escrito Biagio Giovanni— "implícitas o explícitas, filosóficas o epistemológicas, de función y de historia", que deben ser verificadas y sometidas a discusión, si realmente queremos recomponer la unidad del movimiento obrero como condición para avanzar hacia una sociedad socialista que supere las limitaciones históricas de los modelos existentes.

Está por delante el esfuerzo para conectar con los nuevos agentes de contestación y de transformación revolucionaria surgidos de las nuevas contradicciones de las sociedades capitalistas contemporáneas.

Está la cuestión del régimen socialista que necesitamos y queremos los trabajadores españoles, de conformidad con nuestras tradiciones políticas y culturales, nuestra economía y nuestras experiencias históricas, así como la búsqueda de las vías para avanzar hacia esa meta. Aquí se

abre un amplio campo para la investigación y el debate, siempre que seamos conscientes de que nada más ilusorio que la idea de que el proceso revolucionario vivo pueda conitcidir pulgada a pulgada con las previsiones teóricas y que vamos a prefigurar milimétricamente los itinerarios y las etapas de la marcha al socialismo.

La segunda razón que quisiera señalar, abundando en la pertinencia de esta mayor participación del conjunto del Partido en la vida de la Fundación, la centraría en el propio marxismo como problema. Vivimos momentos de crisis del modelo de socialismo "realmente existente", que parece haber agotado las potencialidades renovadoras contenidas en aquel formidable salto histórico que supuso la gran revolución proletaria de octubre de 1917. Pero vivimos también una crisis de la socialdemocracia europea, cuyas experiencias de gobierno han venido a demostrar, año tras año, su ineptitud para superar el sistema capitalista.

Y vivimos, finalmente, momentos de crisis del movimiento comunista, que alcanza también al propio Partido Comunista de España. La pregunta es ésta: ¿Estamos ante una crisis del marxismo? Una pregunta que quisiera responder recordando unas palabras de Adam Schaff, según el cual estos fenómenos de crisis "no han conmovido los fundamentos teóricos del marxismo; se trata de una aplicación errónea del marxismo, lo que es fácil de demostrar, y no de un 'mal inmanente', inherente a los principios del marxismo".

En efecto, habrá que repetir una vez más que el marxismo ha sufrido una dogmatización radical a manos de Stalin, tras las banderas de la ortodoxia marxista-leninista, pero que ha padecido también revisiones y desvirtuaciones procedentes de otros contornos y otros espacios del movimiento obrero e intelectual.

Porque el marxismo no es un cuerpo de dogmas cerrados; porque no es tampoco un ecléctico amasijo de ideas sociológicas, económicas o filosóficas en el que todo cabe; porque quiere seguir siendo una concepción rigurosa y coherente del mundo, reclama hoy una mirada más atenta y un análisis más afinado de las nuevas realidades con las que debe medirse.

En marzo de 1983 se cumplirá el primer centenario de la muerte de Marx. No son pocos, ciertamente, los que quisieran celebrar entonces el funeral definitivo de Marx, pero muchos más serán quienes aprovechen la efemérides para dejar constancia de que un siglo de intentos de enterramiento no les han servido para otra cosa que para poner de relieve la vigencia de las ideas de este poderoso pensador cuyas obras, como alguien ha dicho, han igualado la tirada de la Biblia y cuyas teorías armaron a las fuerzas de progreso en el mundo entero para cambiar los rumbos de la Historia.

En todo caso, la Fundación de Investigaciones Marxistas se propone celebrar el centenario de la única forma que parece seria: ahondando en la teoría marxista, alentando a todos los comunistas a desarrollar el marxismo como ciencia de emancipación de la clase obrera y de liberación del hombre, de acuerdo con las exigencias de nuestros días.

La experiencia acumulada nos lleva a pensar que la FIM puede y debe desempeñar un papel eficaz como lugar de encuentro y debate de los problemas contemporáneos, huyendo de discusiones academicistas y debates intemporales. Será preciso para ello una selectividad mayor de sus actividades; tendrá que hacer un esfuerzo para conectar mejor con las necesidades y las preocupaciones del país; será menester que aborde los grandes temas planteados ante el movimiento obrero y progresista internacional, que contribuya a multiplicar los lazos con las fuerzas europeas de izquierdas, que ahonde en el examen de los problemas de la lucha por la paz y contra la lógica de los bloques, por la unidad de la izquierda, por una salida de progreso a la crisis económica, por la apertura de caminos al socialismo en la democracia. Tendrá que desarrollar una actividad que contribuya a la dura lucha del Partido para devolver el prestigio a los grandes ideales comunistas y la esperanza a los millones de hombres y mujeres que quieren cambiar la vida. Mas, para todo esto, la Fundación necesita más que nunca el soporte moral y material de todos los comunistas.

# NICOLAS GUILLEN: OCHENTA AÑOS

Jaime Ruiz Encina

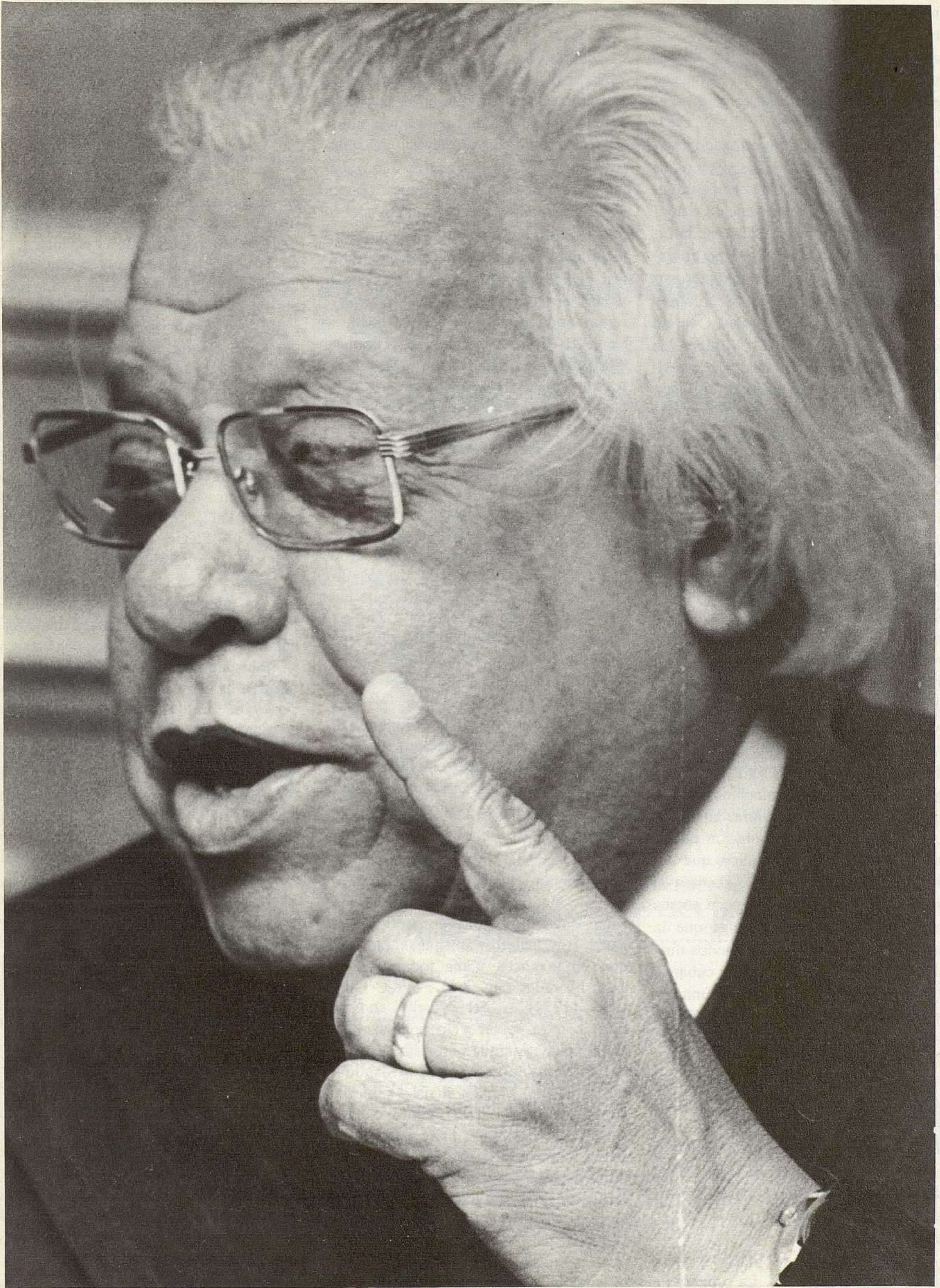
**N**

NICOLAS Guillén va a cumplir ochenta años, el próximo día 10 de julio. Desde La Habana contemplará toda la larga perspectiva de su vida de poeta y no dejará de recordar aquel año de 1937, cuando, junto a Juan Marinello, su compatriota; los mejicanos José Mancisidor y Octavio Paz y el peruano César Vallejo, encabezó la delegación latinoamericana al II Congreso de Escritores Antifascistas para la Defensa de la Cultura, que se iba a celebrar en Madrid, que se iniciaría en Valencia y que tendría su sesión de clausura en París. El pueblo español estaba empeñado en una dura lucha por su existencia frente a los enemigos de dentro y de fuera. Guillén llegó con sus amigos y entre centenares de camaradas escritores de todo el mundo —André Malraux, Langston Hughes, Spencer Spender, Martín Anderson Nexo, Gustav Regler, Jef Last, Ilya Ehrenburg, Vicente Huidobro, Pablo Neruda, Erik Blomberg, etc.— y durante varios meses compartió con el pueblo español sus desdichas y sus esperanzas. Para él aquellos días fueron gravemente decisivos. Siempre había estado del lado de los oprimidos, allá en su Cuba natal,

donde había tomado parte en los movimientos intelectuales de la izquierda. Pero fue en España, frente al fascismo en armas, cuando decidió ingresar en el Partido Comunista. Como César Vallejo, lo hizo en la sección española. Le debemos, pues, el honor de su presencia entre nosotros. Como le debemos el haber dedicado a la lucha de nuestro pueblo uno de sus más bellos poemas: “España. Poema en cuatro angustias y una esperanza”, que le editó en Valencia, en 1937, nuestro Manuel Altolaguirre y que sirvió para darle a conocer entre los soldados y los trabajadores de la retaguardia. Junto a Miguel Hernández, a quien entrevistó para las crónicas que enviaba a Cuba, como periodista, una noche leyó sus versos desde la emisora de Radio Valencia. Aquel librito, precisamente impreso, apenas treinta páginas de emoción estremecida, fue compañero ya de los combatientes, que lo llevaban en sus mochilas para leerlo en las horas en que la lucha amainaba o cesaba.

Pero no fue esta la primera presencia literaria de Nicolás Guillén en España. No fue entonces cuando sus poemas llegaron por primera vez a Madrid. Unos años antes, con motivo de la estancia de otro poeta cubano entre nosotros, Emilio Ballagas, a raíz de la proclamación de la República, éste compu-





so y dio a la luz una "Antología de la poesía negra", cuya mayor parte llenaban los poemas de Guillén. Allí se recogían composiciones de sus dos últimos libros, "Motivos de son" y "Cóngoro sorongo", que habían aparecido en Cuba, respectivamente, en 1930 y 1931. Era una poesía que empezaba por sorprender, que llenaba los ojos y los oídos de ritmos afrocubanos, de acentos populares, de danzas y de canciones. La honda sensualidad de los trópicos se derramaba en ella aludiendo al cuerpo humano, a las grandes hojas, a los sabrosos frutos, al caliente clima de los bohíos y al aire dulce de los cañaverales. Cuando apareció en La Habana "Motivos de son", Guillén había enviado a don Miguel de Unamuno un ejemplar. El viejo rector de Salamanca se sintió tan sorprendido y complacido que le escribió una carta destacando sus valores y la honda autenticidad de aquella palabra nueva.

78 Pero en estos libros había algo más que folklore en clave de ritmo. Había una inquietud social, un espíritu de solidaridad. Apenas apuntado en el primer libro, más acentuado en el segundo. Después, Guillén no sabría nunca dónde terminaba el canto y dónde empezaba el hombre, dónde acaba éste con sus afares y sus luchas y dónde empezaba la poesía. En "Motivos de son" hay un rescate de esencias populares, lo que ya era una búsqueda de las señas de identidad de un pueblo semicolonizado. Y había una asunción de valores en la que se fundían los de una población negra, blanca y mulata. Guillén diría que deseaba "una poesía nacional, liberada al fin, dueña de sí misma, en la que no sea aventura fácil separar esencias que la integran". Más o menos, lo que los nuevos historiadores y etnólogos cubanos estaban proponiendo después de una imprevista investigación —en aquellos años— de las íntimas raíces de su pueblo. Para Guillén, como ha dicho Cintio Vitier, el negrismo o afrocubanismo iba a significar "la apertura hacia las posibilidades reales de la expresión". Y añade: "En él lo negro y lo social acabarán integrándose en la poesía de más calidad cubana y universal que esas dos direcciones han producido entre nosotros y, creo, en Hispanoamérica".

En "cóngoro sorongo" inicia el poeta varias nuevas direcciones. La primera de ellas es la toma de conciencia resuelta-


mente social y de defensa del pueblo negro: "¡Eh, compañero, aquí estamos!/Bajo el sol/nuestra piel sudorosa reflejará los rostros húmedos de los vencidos,/ y en la noche, mientras los astros arden en la punta de nuestras llamas,/ nuestra risa madrugará sobre los ríos y los pájaros". En esa piel sudorosa no sólo están los negros que trabajan, sino los blancos, o los mestizos, en cuya línea establece el ecuador de su pueblo. En el mismo libro se encuentra la primera reivindicación que hace Guillén del pasado africano de sus compatriotas de color, con el "Canto negro" retumbando en los bongos y hasta el elemento de la magia tribal en el conjuro "Sensemayá". Años más tarde, en su poema "El apellido" asumirá con orgullo sus raíces ancestrales de más allá del mar, en las selvas del Congo o Dahomey. Pero en este poeta de tan ancho vuelo no podía quedar marginada su herencia española. También ella corre por su sangre y es motivo de orgullo. Y para ello echa mano de la esbelta gracia del romance español para cantar la doble estrella de la "Balada de los dos abuelos", el blanco y el negro, que juntos "sueñan, lloran, cantan". De este modo, en la poesía de Guillén van confluyendo los componentes todos del tan largamente despedazado árbol de su pueblo, y al unirlos les restituye su identidad, los renueva y los hace universales. Por primera vez, con Nicolás Guillén, el pueblo cubano se siente entero y adquiere su voz separada y única, su verdadera voz, en la que se reconoce y se afirma.

Pero vendrían otras constataciones. Por ejemplo, el sometimiento, la sojuzgación. No bastan el aire libre de los cañaverales ni el canto consentido de la zafra. Hay peligros, amenazas; hay yanquis en la costa. Cuba todavía no ha sido liberada. Su libro "West Indies Ltd." (1934) es del resuelto compromiso con lo social y lo político y del enfrentamiento antiimperialista. Unas veces en verso largo, otras guardando el ritmo del son, Guillén suma a sus preocupaciones no sólo el ámbito cubano, sino el de todas las Antillas. Este ámbito se irá ampliando en su producción posterior hasta abarcar todos los pueblos de Latinoamérica. Su voz no hace más que crecer, abrirse a nuevos temas. En "Cantos para soldados y sones para turistas" (1937), su poesía se afina para dirigirse a la condición popular de quienes portan las armas: "No sé por qué

piensas tú,/ soldado, que te odio yo,/ si somos la misma cosa / yo,/ tú". En este libro crea el personaje José Ramón Cantaliso, un juglar de calles y tabernas que canta como denunciador de atropellos e injusticias.

De toda la producción de Guillén, quizá sea "El son entero" (1947) su libro más puro, más acendrado, más tenso, el de un lirismo más madurado, en el que la palabra adquiere toda su rotunda limpieza, todo su potente brillo. Está dedicado casi todo él a Cuba y su voz se hace entrañable y tierna como nunca. Prolongación suya sería "La paloma de vuelo popular" (1958), libro variado y abierto, escrito todo él en el exilio, en el que incluye composiciones que, musicalizadas, se ha hecho universalmente populares, y en el que incluye todos los poemas dedicados a China más "Sputnik 57". Pero el interés de este libro y su novedad primera reside en las seis largas elegías con que se cierra, entre las que destacan "Elegía a Emmett Till", "Elegía a Jacques Roumain" y "Elegía a Jesús Menéndez", dirigente comunista cubano asesinado. El género no era nuevo para el poeta, pero la manera de tratar estas seis elegías alcanzan una grandeza y una originalidad única en la poesía guilleniana y en la hispanoamericana de su época. La primera de ellas data de 1948; la última, de 1956. El libro en que aparecieron reunidas se publicó, en Buenos Aires, el 28 de diciembre de 1958. Tres días después, las fuerzas guerrilleras de Sierra Maestra, encabezadas por Fidel Castro, hacían triunfar la revolución. Pocos días más tarde, Nicolás Guillén podría volver a su patria, recobrada desde los cimientos.

No vamos a seguir el itinerario de la obra de Nicolás Guillén. Con la revolución, ésta tomó nuevos rumbos, se orientó hacia nuevos temas. Eran nuevos tiempos y otras las cosas que había que cantar. Su primer libro después de la paz estuvo dedicado al amor, el segundo se titulaba "Tengo". Por fin, el poeta y su pueblo podían conjugar el verbo tener. Ya tenían algo. Tenían una patria, todo su futuro por delante. Hoy es Guillén el patriarca de la poesía cubana. Pero sigue siendo el hombre que sólo nació para cantar a los hombres. Un juglar que llena con su nombre una de las páginas más grandes de la poesía hispanoamericana.



# Nuestra Bandera

es parte de la historia de las ideas  
y de la lucha  
de los comunistas.

**SUSCRIBETE** a la revista teórica  
y política del  
**Partido Comunista de España**

## SUSCRIPCION POR OCHO NUMEROS

España .....	1.650 ptas.
Europa y norte de Africa .....	2.150 ptas.
América y Africa .....	2.450 ptas.
Asia y Oceanía .....	2.750 ptas.



*Nuestra Bandera, 1937  
Edición Facsímil*

Los suscriptores  
recibirán como  
obsequio la edición  
facsímil que recoge  
los números 1 y 2 de  
**NUESTRA BANDERA (1937).**

Nombre .....

Dirección: Calle ..... n.º ..... D.P. ....

Población: ..... Provincia .....

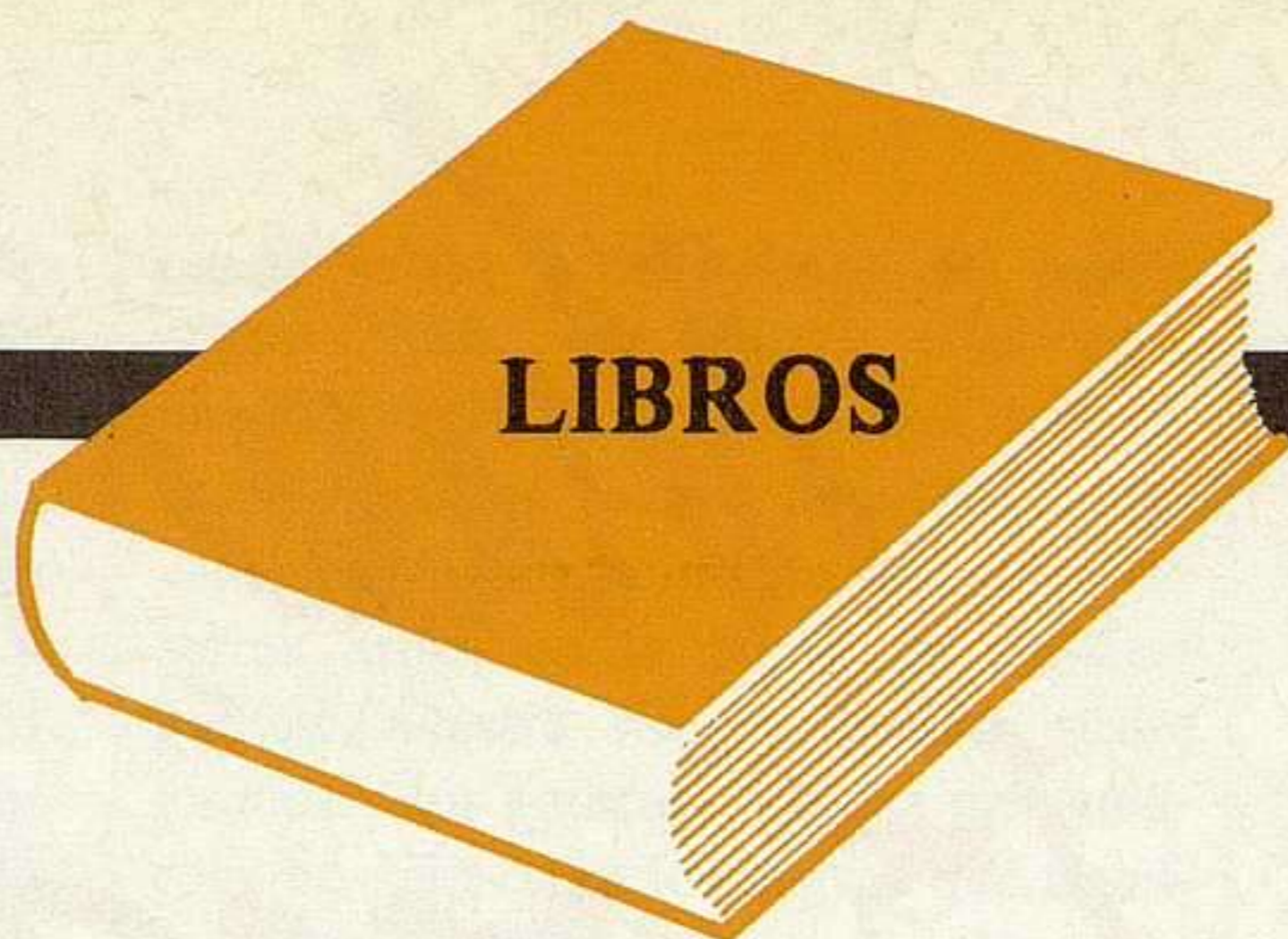
Deseo suscribirme a ocho números  
y ocho cuadernos de **NUESTRA BANDERA**,  
empezando por el número.....

El importe de la suscripción lo haré efectivo:

- Contra reembolso.
- Envío cheque bancario.
- Por giro postal n.º .....

Recórtese o cópiese este cupón. Escribese con  
mayúsculas. Envíese a **NUESTRA BANDERA**.  
Calle Santísima Trinidad, 5.  
Madrid-10.





## El control de la información en España

Entre la maraña inmensa de libros sobre información y comunicación, apenas pueden contarse con los dedos de una mano los estudios dedicados a los detentadores reales del poder informativo. Mientras, prácticamente, se sabe casi todo de las audiencias, de los consumidores, apenas se sabe algo de los realizadores de los mensajes, de los "intermediarios", de los periodistas. Estos siguen siendo todavía uno de los estamentos profesionales más conocidos por el público y menos estudiados por las ciencias empíricas.

Mucho menos todavía se ha investigado acerca de quiénes poseen, manejan y controlan realmente los medios de información y la producción de mensajes. Su identidad se suele ocultar tras las siglas "S. A.". Pero estudiar el proceso de información y comunicación social sin incluir en él la infraestructura y estructura, las relaciones de propiedad y sus determinaciones económicas, equivale a tomar el rábano por las hojas. El conocimiento de esos poderes ocultos, su exposición pública, es una necesidad social que rebasa los límites de una investigación académica. De él pueden y deben arrancar las alternativas reales que conduzcan a una transformación liberadora de la situación actual.

La tarea no es nada fácil. De ahí que

sea tanto más meritorio el trabajo efectuado por Enrique Bustamante en su libro **Los amos de la información en España**, Madrid, 1982. Derivado de su tesis doctoral, se trata de una investigación pionera en nuestro país, que, seguramente, dará paso a otros estudios similares que permitirán el conocimiento real del proceso de información social de nuestro país.

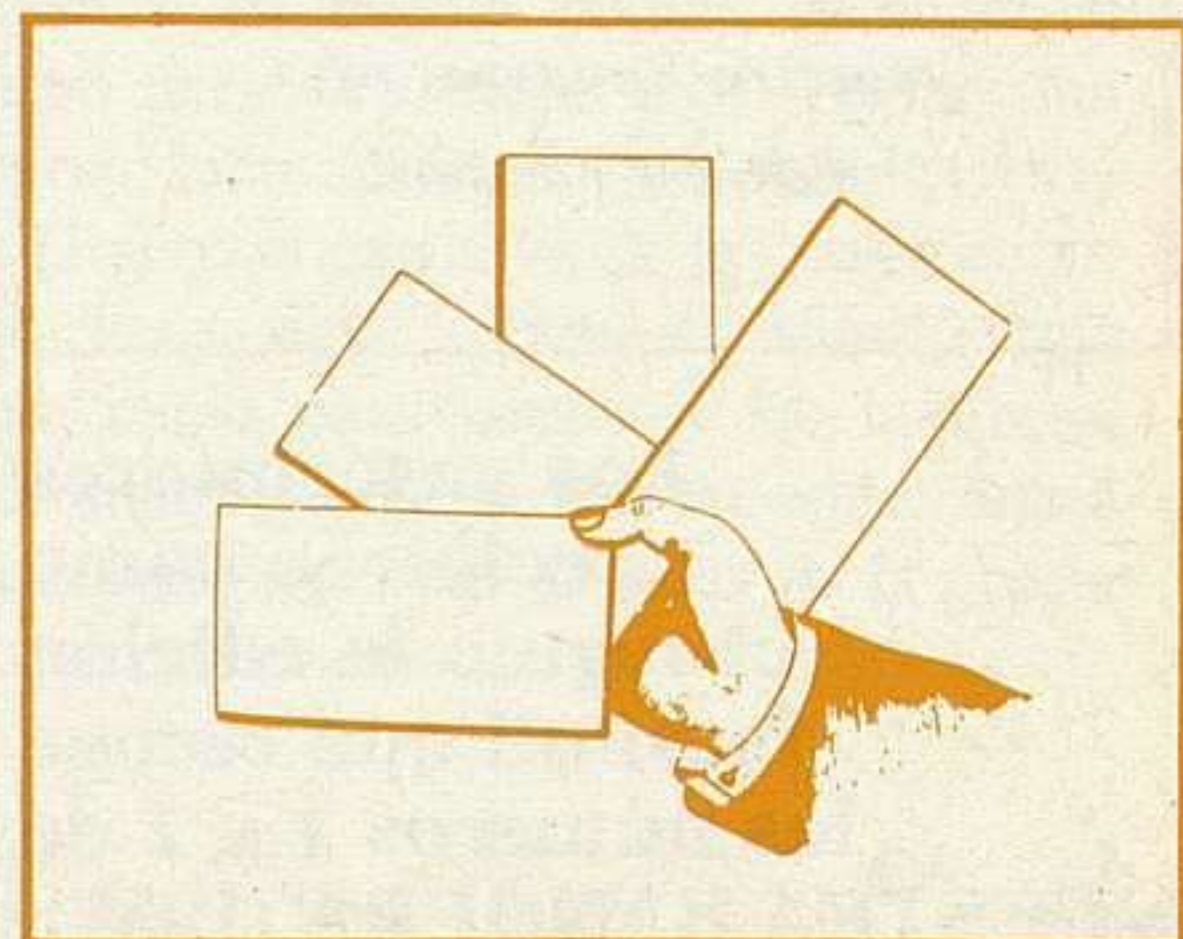
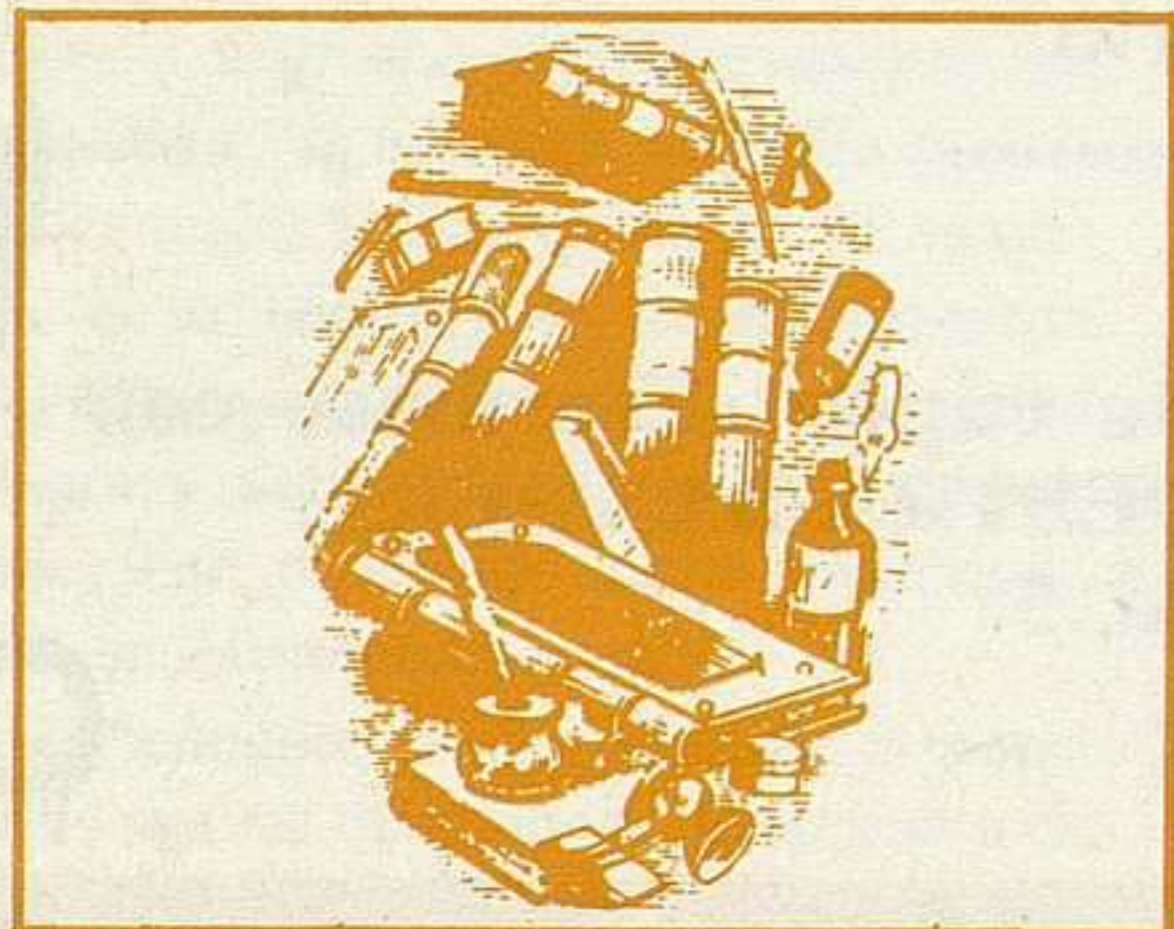
Enrique Bustamante se ha centrado en la prensa periódica, la publicidad, la infraestructura del abastecimiento de papel prensa y de la distribución, las agencias informativas, la radio y la televisión. Respecto a la prensa periódica y, tras un documentado análisis de sus antecedentes inmediatos, su situación bajo el franquismo, llega a la conclusión certera de que el estudio de la concentración de los medios en España debe orientarse hacia sus vinculaciones financieras e industriales (pág. 21, 34). Los emporios informativos del tipo Hersant en Francia, Axel Springer en la República Federal de Alemania, Murdoch y Thompson en el mundo anglosajón, no se han dado aún en España, aunque el desarrollo de **El País** apunte hacia una situación de futuro monopolio informativo.

Pero si la situación se observa desde sus vinculaciones financieras y políticas, resulta que la concentración de los medios masivos es un hecho palpable, que corre paralelo al resto de la industria. Tras las primeras revelaciones de **Arriba** en su penúltimo número (16-VI-79), donde se afirmaba que los siete grandes Bancos privados controlaban más del 60 por 100 de los diarios españoles, Enrique Bustamante se adentra en el estudio pormenorizado de estas conexiones. Los primeros resultados de su investigación revelan que la oligarquía financiera e

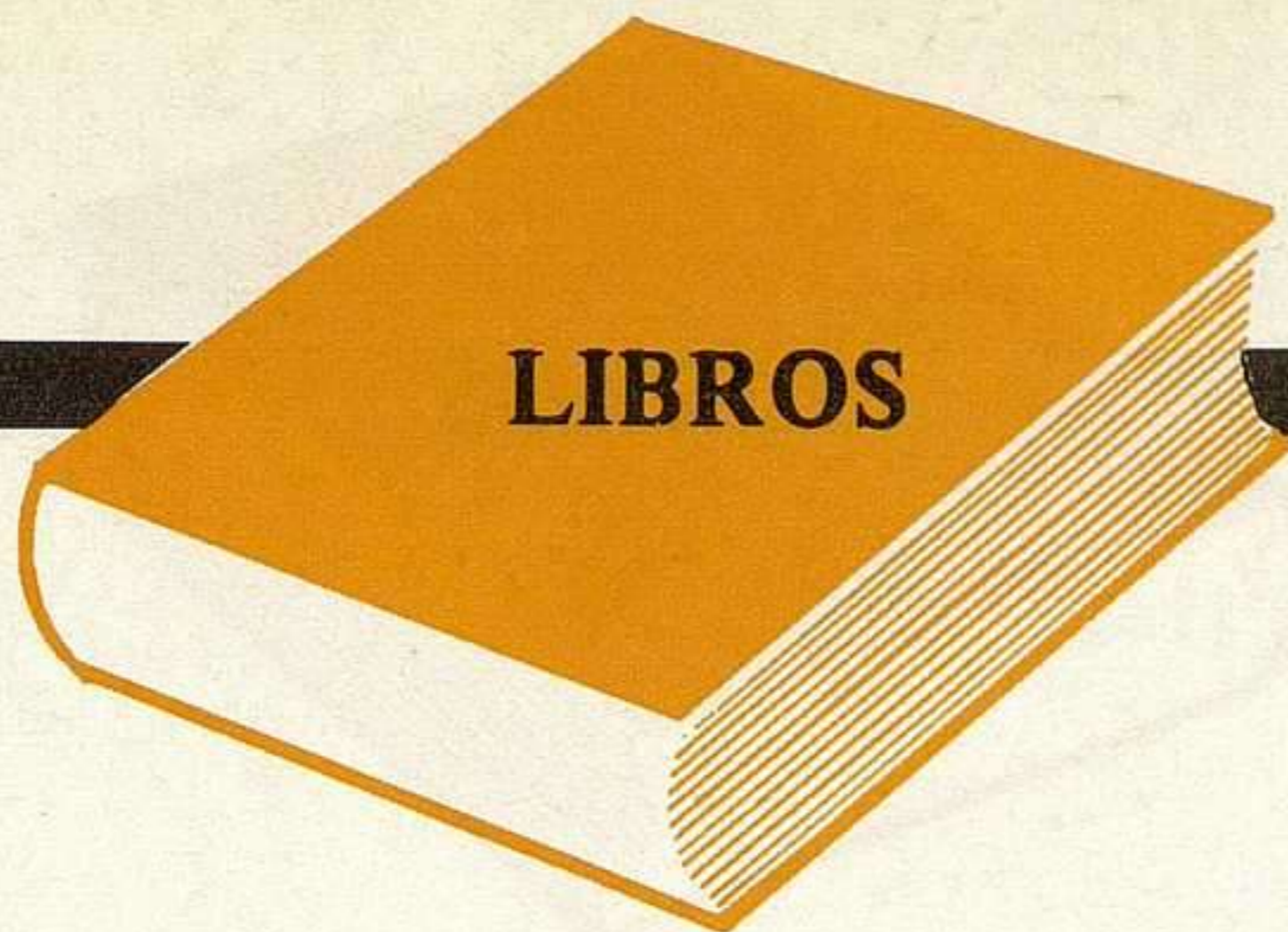
industrial controla directamente periódicos con una difusión media diaria de 1.916.462 ejemplares, mientras que los diarios que aún no guardan una relación determinante con los monopolios sólo tienen una difusión media de 391.028 ejemplares (pág. 37). Esta proporción, referida a datos de 1977, se comprueba de nuevo en 1980. Así, de los 76 diarios privados analizados por el autor y conectados con la Banca, 39 de ellos tienen una difusión media de 1.875.612 ejemplares diarios. Si se tiene en cuenta que la tirada global diaria de los periódicos españoles escasamente supera los dos millones de ejemplares, el control ejercido por la oligarquía financiera resulta abrumador.

Si a ello se suma la proliferación de ex ministros, ministros, diputados y senadores de la derecha y ultraderecha en los Consejos de Administración de los grupos editoriales, resulta evidente que la concentración ha caminado y camina hacia la acumulación del poder informativo, como sostén del poder político y económico. Y esto es rentable para la derecha, aunque las cifras de consumo de prensa en España sean tan bajas.

Por otro lado, también hay que tener en cuenta los condicionamientos decisivos que imponen la publicidad y el abastecimiento del papel prensa. La primera,







Vicente Romano

en manos de las multinacionales, proporciona entre el 70 y el 75 por 100 de los ingresos de la prensa diaria. Basta, pues, con retirarle la publicidad a un órgano para que éste se hunda. El abastecimiento del papel prensa tiene igualmente una importancia económica capital. Como afirma E. Bustamente, "su control, su fabricación y comercialización se traducen inevitablemente en términos de poder, de poder informativo indirecto a través de las empresas periodísticas y de su dependencia en este terreno y, a veces, en control directo por la tendencia de los fabricantes de papel o de los consejeros de estas sociedades a entrar a formar parte de las empresas periodísticas" (pág. 83). Ahora bien, el 80 por 100 de la producción de papel prensa de España corresponde a Papelera Española, quedando el otro 20 por ciento para Papelera Peninsular, que apenas abastece a empresas periodísticas. Las consecuencias de esta situación son fácilmente imaginables.

La segunda parte del estudio de Enrique Bustamente se centra en los medios de titularidad estatal. El autor demuestra la creciente privatización de la radio. Actualmente, la radiodifusión privada, no estatal, está en manos de las tres cadenas siguientes: la SER (Sociedad Española de Radiodifusión), la COPE (Cadena de Ondas Populares Españolas) y la CRI (Compañía de Radiodifusión Intercontinental).

La SER, con sus 12 emisoras en concesión directa, siete de participación mayoritaria y 34 asociadas, es la principal cadena privada de Europa. Ocupa una posición casi monopólica con respecto a las demás, con una audiencia que supera incluso a la radio estatal y más del 70 por 100 de la publicidad invertida en el medio. La SER está vinculada por 33 altos cargos a 26 sociedades anónimas,

entre las que se destacan grupos financieros, empresas de publicidad y transnacionales norteamericanas. Sus vinculaciones políticas e ideológicas están con la derecha y el Opus Dei.

La COPE, perteneciente a la Iglesia, y la CRI, con predominio de la familia Serrano-Súñer, albergan también en su seno a siete ex ministros de la derecha.

La concentración de la radiodifusión es, por tanto, más acusada aún que la de la prensa. Los últimos acontecimientos apuntan claramente a la concentración de distintos medios, a la acelerada privatización de los medios estatales, al control oligopólico de la información en España. Recuérdense, a título de ilustración, los últimos pasos emprendidos en este sentido por el Gobierno de UCD: subasta a precios de saldo de los Medios de Comunicación Social del Estado, adjudicación arbitraria a los grandes medios de prensa y radio del primer lote de emisoras de frecuencia modulada y reparto controlado del segundo grupo, autorización de la TV privada, monopolización casi total de la publicidad en manos de las transnacionales, etc.

El edificio del poder informativo, concluye el autor, ofrece la jerarquización siguiente: anunciantes, agencias publicitarias, propietarios de los medios.

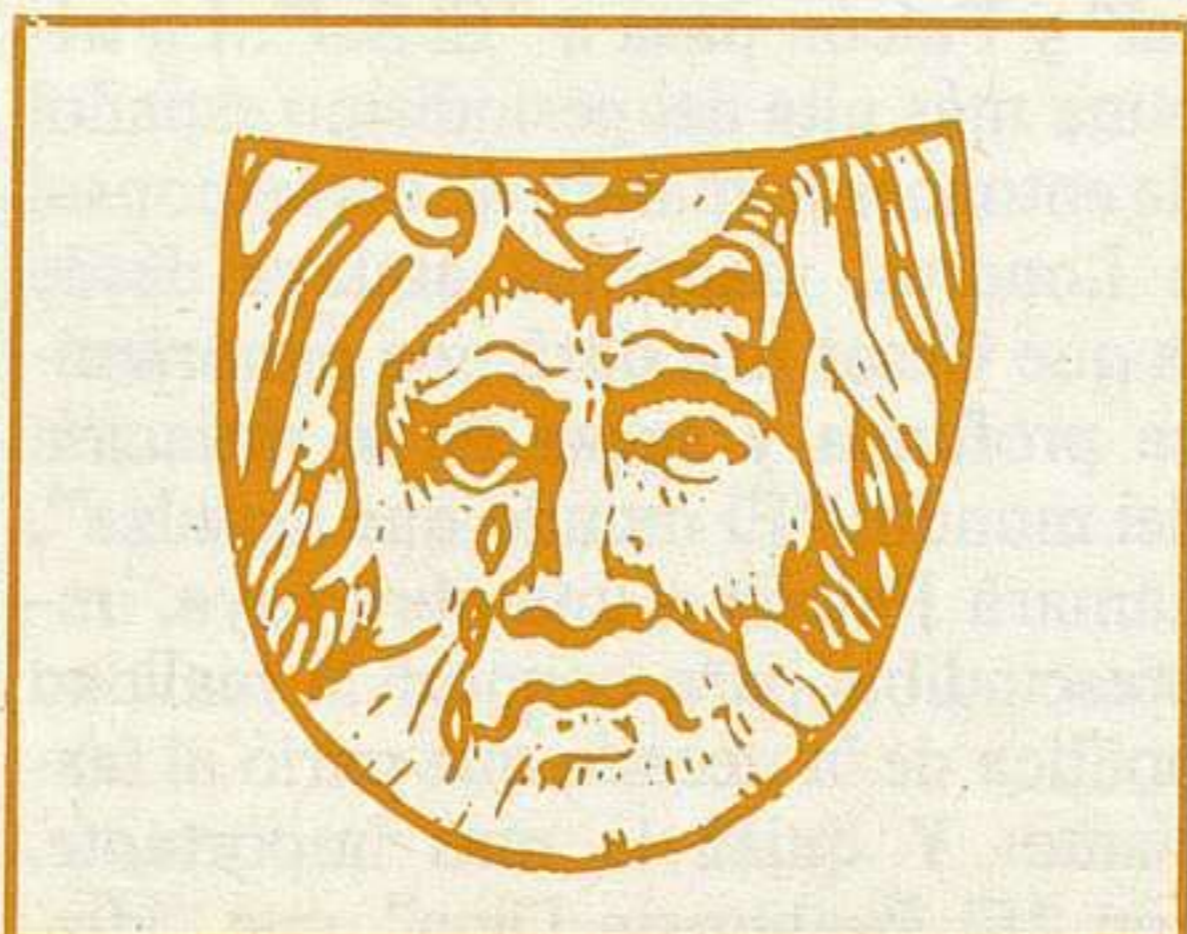
Más, por cruda que sea esta realidad, aún queda campo para el optimismo. El

propio conocimiento de esta realidad, su exposición pública, debe servir para plantear alternativas que conduzcan a su dominio y transformación.

Las fuerzas progresistas no pueden permanecer insensibles ante esa evolución del poder informativo, contrario a ellas. Sus demandas de gestión democrática de la TVE y de control parlamentario y democrático de la agencia Efe debe extenderse a todos los medios de titularidad estatal y, además, difundirse ampliamente para que el público español, las masas populares, conozca quién lo manipula y qué se hace con los fondos públicos. La crítica al sistema social capitalista implica también el análisis crítico de sus medios de producción ideológica.

En este sentido, es de desear que el excelente trabajo de Enrique Bustamente se amplíe a los demás "amos" de la industria cultural y de la conciencia. Ahí están, por ejemplo, la industria del libro y del fascículo, de tebeos y "comics", de discos y "cassettes", de películas, etc.

Como es sabido, el mundo editorial está pidiendo a gritos una ordenación jurídica que defienda los intereses de los autores, por un lado, y las necesidades culturales del pueblo español, por otro. Lástima, pues, que la investigación de Enrique Bustamente se haya quedado corta y no se haya podido adentrar en estos campos. Esperamos, sin embargo, que sirva de estímulo a otros investigadores. Dentro de esta línea, sería también muy útil una tesina o tesis sobre las vinculaciones del Opus, Bancos y empresas con la Facultad de Ciencias de la Información, a través de sus profesores. Los resultados de una investigación semejante esclarecerían las luchas de esos poderes, no tan ocultos, por el control de los futuros profesionales de la información en España.



## César Falcón: Memoria de un escritor perdido

Este libro de Jorge Falcón, titulado "El hombre en su acción" (Ed. Hora del Hombre, Lima), que ve la luz sobre su hermano César con motivo de cumplirse los noventa años del nacimiento del escritor allá, en Perú, nos trae aquí, en España, a unos, muy pocos ya, el recuerdo, la presencia casi de este soldado de la revolución que no empuñó más armas que las de la pluma y la palabra, y a otros, los más, la revelación de una figura apasionante por su dimensión humana, por su talante combativo y su talento de propagandista y sembrador. Y fue en España, por su pueblo y con su pueblo, donde César Falcón vivió los años más intensos y luminosos de su larga, de su difícil y entregada vida, enriqueciendo la cultura española con su obra y defendiendo la libertad con su lucha.

Cuando César Falcón llega a Madrid, finalizando 1919, trae un dilatado bagaje literario y político —el periódico, el libro, el ensayo, el teatro, la tribuna—. Viene de Nueva York, de París, del Perú de Mariátegui, embajador de un hispanoamericanismo sin ripios de juegos florales ni ternezas maternofiliales, del que serán protagonistas los pueblos hermanados en un afán compartido de libertad. ¿Y qué es España para César Falcón? El mismo lo ha escrito al respirar su primer aire: "La vida comenzó a serme más clara, las cosas más precisas, el mundo más hecho, más del hombre. Me pareció que hasta entonces sólo había vivido como huésped, entre paredes extrañas y que, de pronto, sin darme cuenta, me encontraba en mi propia casa...". Y como suya la defendió cuando la agresión fascista (Falcón en Roma y en Berlín vería muy pocos años después las orejas del lobo) la incendió por los cuatro costados.

Pero aún hay paz tras los Pirineos. Muy cerca de ellos, en su casa de Vera del Bidasoa, conoce a Pío Baroja y, más tarde y más lejos, en Madrid, a Santiago Ramón y Cajal. Muy pronto este inca disputador y turbulento, con una gota de sangre india atenazándole la piel e hirviéndole en la polémica, será familiar de las cafeteriles tertulias madrileñas, como la de Regina, donde pontifica Valle-Inclán, y la de Pombo, donde hace lo mismo, a su aire, Ramón Gómez de la Serna, o cualquier otra del mundillo —y el mundo— literario y político de la época.

En seguida estará en la Redacción de "El Liberal", de Madrid, y colaborará en "La Vanguardia", de Barcelona. "Plantel de inválidos", editada por Pueyo, será la primera obra que dará a conocer a la crítica y al lector españoles al César Falcón novelista. Viajará a Italia y Alemania, verá las primeras svásticas en las calles de Hamburgo, todavía en marzo de 1924, y presiente y denuncia la "invisible conjura internacional" que está abriéndole el apetito a Hitler. Mira por dónde el fascismo hace su caricaturesco amago en septiembre de 1923 con Miguel Primo de Rivera, aquel dictador esperpéntico y chulángano que concitará la repugnancia y el odio de toda la intelectualidad española. Por esas fechas ha cambiado la dirección de "El Liberal" y Falcón pasa a "El Sol". La tribuna más alta del periodismo español de entonces le manda de corresponsal a Londres, magnífica atalaya desde la que César nos dará una panorámica profunda y sagaz de la situación del mundo: "El mundo que agoniza", llamará Falcón a una obra suya, imprescindible para conocer la realidad política de la década que parió al fascismo. Y quizá la más importante, con "El Pueblo sin Dios", que "His-

toria Nueva" publica en Madrid, en 1928, y que consagra a César como escritor inmerso en lo que él llama "el compromiso social". "Al gran periodista César Falcón, que ha puesto siempre su pluma y su entusiasmo al servicio del progreso y de la comunidad espiritual de los pueblos hispánicos", dice la convocatoria del banquete-homenaje sobre la firma de Valle-Inclán, Jiménez de Asúa, Ramón Gómez de la Serna, José Díaz Fernández, Gregorio Marañón, Luis Araquistáin, Antonio Espina, Félix de Lorenzo...

Desde Hendaya, donde está desterrado, llega la adhesión de Unamuno en una carta antológica que transcribimos en recuadro.

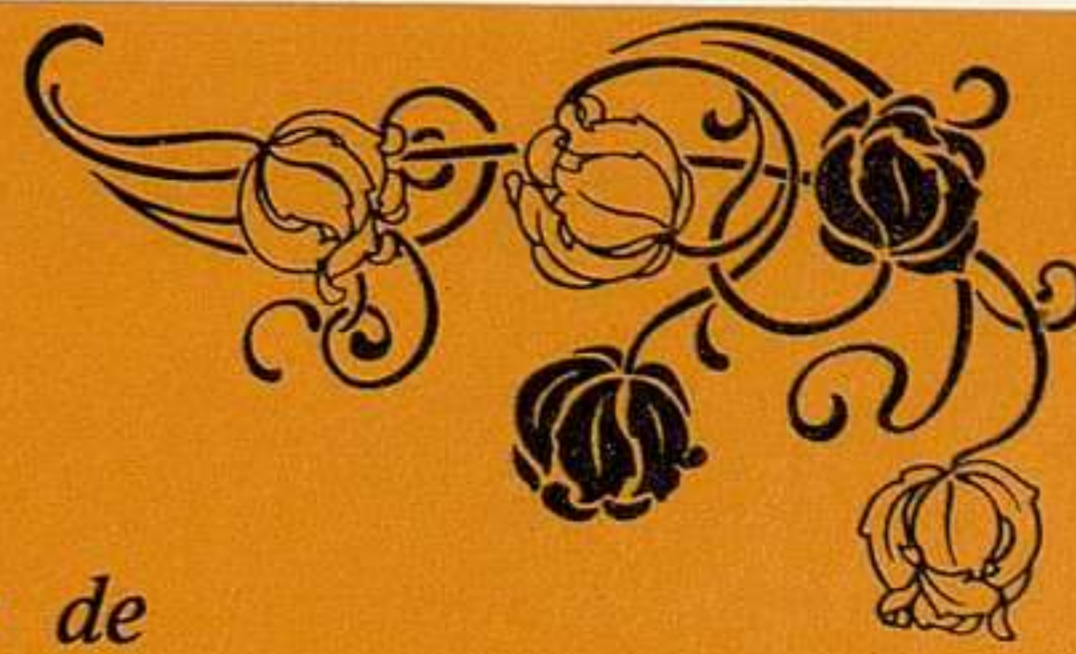
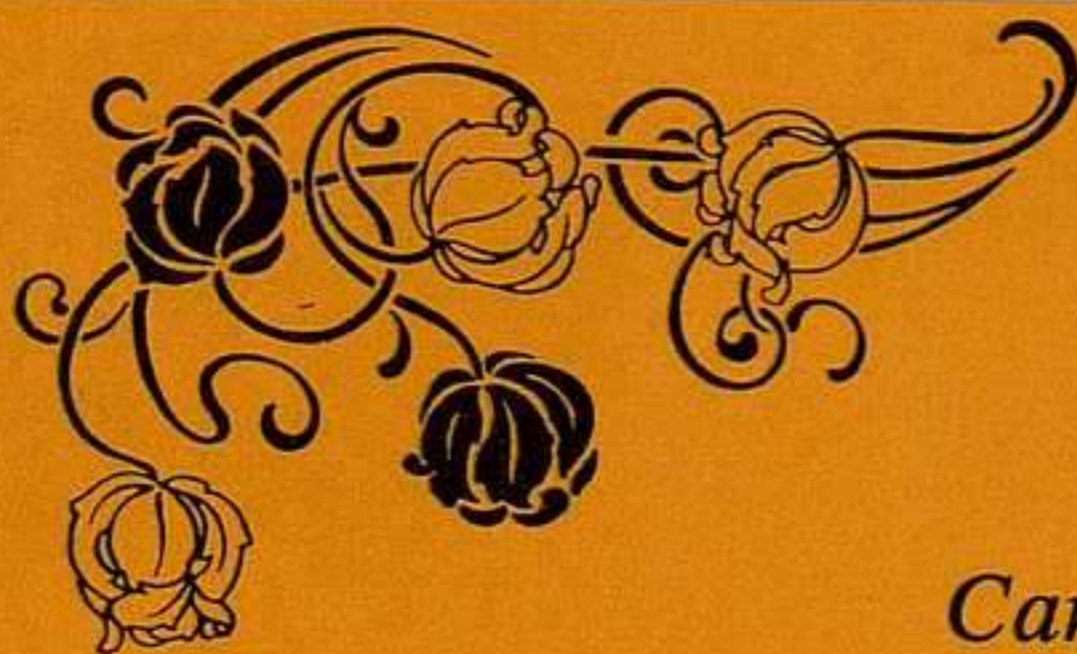
En 1929 cesa la corresponsalía londinense de César Falcón, que ya está absorbido, profesional y políticamente, por el crispado acontecer español, cuando "España era una caldera de agua hirviente..." y en su fondo ardía "una terrible y densa pasión revolucionaria". La que arrebatará para siempre a César Falcón. Ahora es ya la lucha periodística abierta desde el semanario "Nosotros", creado por él, contra la dictadura del general Primo de Rivera. Lo asaltarán los gamberros del prefascismo (ese día estaba sola en la Redacción Irene, la compañera de César), lo acosarán a procesos judiciales y acabarán cerrándolo y expulsando a su director. César Falcón se reunirá en París con Indalecio Prieto, con Marcelino Domingo y otros exiliados de la izquierda española de entonces. Hasta el 15 de abril de 1931, en que el tren de los repatriados le devuelve a Madrid, que acaba de estrenar la primavera. César Falcón la saluda así: "Cuando la revolución española está comenzando, mi más vehemente deseo es contribuir a convertirla en una etapa de la revolución universal".

Mi memoria de César es ya la de un tiempo compartido, desde las elecciones generales de 1933, en las que él se presenta candidato en una lista unitaria de la izquierda y en las que sale elegido el doctor Bolívar, el primer diputado comunista en la historia de España, hasta finales de 1938, cuando los azares de la guerra civil separan nuestros caminos, que no se volverán a encontrar nunca. En medio están los años en que "España se deshace y rehace" y el pueblo es más que siempre protagonista de la Historia. Clandestinidades, tampoco demasiadas, en las que uno aprende de este hermano mayor, de este lúcido maestro que era César Falcón. Me llevaba casi veinte años de edad y muchos más de experiencia y saber. El Teatro Proletario de César e Irene reúne en la sala Rosales de Madrid a un público joven del taller y del aula que se entusiasma con los poemas rojos del mar Negro que Rafael Alberti trae de vuelta de la que, entonces, creíamos la tierra de promisión; se asombra con "La chinche", de Mayakovski, y se enardece con el drama "Asturias", del propio Falcón. Será el mismo público que protagonizará el voto de febrero del 36 y empuñará, para defenderlo, los fusiles del 18 de julio. Falcón y yo estamos juntos en la dirección de "Mundo Obrero". César, ese gran organizador del entusiasmo, ha puesto en marcha "Alta-voz del Frente", aquella exaltante trinchera de la poesía, de la imagen, del color, de la música en armas. Y luego, "Frente Rojo", el periódico del CC del PCE, en Valencia y Barcelona. El último libro de Falcón en España, "Madrid", testimonio y casi testamento del escritor que todo lo aprendió en la lucha. Después... Un después que sólo conocimos mucho más tarde, un después que para César Falcón siguió siendo continuación de combatividad por lo que él llamara la causa del hombre. En París, en México, en Nueva York, editando fugaces periódicos, como "La Voz de España", buscando ayudas y visas para los vencidos, escribiendo nuevos libros, arengando a las muchedumbres, desarrollando el pensamiento marxista, recordando siem-

pre, después de la victoria mundial sobre el fascismo, que esa victoria, otra vez por la conjura internacional, se había quedado a las puertas de España; que las puertas también para él permanecieron cerradas. No vivirá Falcón —murió en Lima, en 1970— hasta verlas abiertas. Pero todavía no ha entrado por ellas ni siquiera su clara, su frutal memoria.

Hora es ya de recobrarla, con algo más que el modesto homenaje de estas páginas de NUESTRA BANDERA, "su" bandera, por y para la España del trabajo y de la cultura, la casa que un día eligió su corazón.

**Eusebio Ciorra**



*Carta de*  
*don Miguel de Unamuno a César Falcón*

**D**ESDE luego me asocio —¿y cómo no?— al homenaje a nuestro César Falcón, por él, nuestro amigo querido, y por ustedes, mis queridos amigos. Hay que cerrar el cuadro, incluir y con esto excluir. Y más ahora que mendiga tregua en su obscena agonía esa pornocracia —mejor pornocleptocracia, pues a la prostibulación unce ladronería— castrense que está desfondando a España.

Falcón, peruano, es de los nuestros, de la máxima venidera Entre-república y, a la vez Tras-república espiritual de los pueblos hispánicos. Porque tenemos que fraguar —la lengua, sangre del espíritu, fragua— la **comunidad espiritual de los pueblos hispánicos** abortada ya desde la Conquista —y por conquista, por cruzada—, ya que la secular, ahí endémica y allí epidémica, guerra civil la llevaron allá los conquistadores mismos; al Perú, los Pizarro. ¡Fatídica manzana de oro de la discordia! Que no fueron nuestros abuelos —y de ellos— trashumantes de mar tenebroso buscando, como los Padres Peregrinos del "Mayflower", libertad de conciencia. Vamos a buscarla sus nietos de allí y de aquí. Y los Austrias de España a pagar con el oro de los incas la Contra-reforma y el Contra-renacimiento. Y hoy también en el Perú tienen que soportar a la internacional pretoriana.

Quieren ustedes que ese **acto sea exaltación de los valores civiles** de Falcón. No hay otros. El mismo valor guerrero, si no es civil, no es valor, sino barbarie.

**"El Pueblo sin Dios".**—Es como Dios, la Conciencia Universal, sin Pueblo. **Dio e il Popolo**, gemía rugiendo el gran proscrito Mazzini, cuyo recuerdo estremecido habrá acaso rastreado, a paso de historia, Falcón en Inglaterra. El pueblo, el Demo, no la masa, en quien encarna el Espíritu Santo civil; la mayoría selecta. "Dios, Patria y Rey" rezaba la genuina y, después de todo, gloriosa comunidad tradicionalista española. Pero el reclutarse ese enteco y desmirriado amasijo de asistentes, sacristanes, zurupetos, soplones y chulos aburridos de la apodada Unión Patriótica no atreviéndose a anteponer la Patria a Dios lo cambiaron en "Patria, Religión y Monarquía". Una Religión —la de los estafadores de la Patria— sin Dios. Mas basta. "¡Justicia!" que abarca todo. Libertad, Verdad y Gracia. Libertad de la Verdad, hoy ahí engrilletada. Libertad que me retiene, hombre-palabra, desterrado, desenterrado, en la frontera de nuestra patria y de nuestro cielo.

Creo recordar que la última vez que cambié miradas y palabras con nuestro Falcón fue en el Ateneo, en ese Ateneo que resurgirá y después de desinfectado de gérmenes morbosos volverá a ser la conciencia civil y universal de España.

A todos, Falcón en medio, un abrazo de

**Miguel de Unamuno**

A LA MANO DEL FRONTE

PRECIO 75 CTS

# NUESTRA



REVISTA  
QUINCENAL

# BANDERA

C.C. DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA (S.E. DE LA I.C.)



Nuestra Bandera  
45 años